

Jorge Luis Bernetti • Mempo Giardinelli

**México:
el exilio que hemos vivido**

Jorge Luis Bernetti • Mempo Giardinelli

México: el exilio que hemos vivido

Memoria del exilio argentino en México
durante la dictadura 1976-1983

OCTUBRE
EDITORIAL

Bernetti, Jorge Luis

México, el exilio que hemos vivido: memoria del exilio argentino durante la dictadura 1976-1983 / Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli. - 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Octubre, 2014.

320 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-45474-1-5

1. Historia Política Argentina. I. Giardinelli, Mempo
CDD 320.82

© Jorge Bernetti • Mempo Giardinelli, 1998 y 2014

© Editorial Octubre, 2014

Diseño de tapa e interior: Verónica Feinmann • Juan Manuel del Mármol

Corrección: Aurora Chiaramonte

Editorial Octubre

Sarmiento 2037 • C1044AAE • Buenos Aires, Argentina

www.editorialoctubre.com.ar

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

*A Héctor J. Cámpora, Rodolfo Puiggrós
y Miguel Ángel Piccato in memoriam.*

A México y a los muchos mexicanos solidarios.

*Y aquí estoy viejo, esperando...
con el mismo traje viejo de ayer,
haciendo recuentos y memoria,
haciendo examen de conciencia,
escudriñando agudamente mi vida...
Que desastre ! ... Ni un talento !... Todo perdí
Solo mis ojos saben aún llorar.
Esto es lo que me queda
Y mi esperanza se levanta para decir acongojada:
“Otra vez lo haré mejor, Señor”.*

León Felipe (“Credo”)

PREFACIO A ESTA EDICIÓN

Los autores hemos revisado detenidamente la primera edición de este libro y encontramos que, transcurridos treinta años desde su primera versión, el texto continúa siendo representativo de la compleja experiencia vivida por miles de compatriotas durante casi diez años de exilio en México.

La presente edición es casi exactamente la misma, con un par de documentos agregados en el Apéndice, que nos parece que enriquecen aún más el cómputo testimonial y documental que originalmente tenía este libro.

Esperamos que los lectores compartan esta perspectiva y así este libro siga, como hasta ahora, ilustrando acerca de la peripecia colectiva que vivimos muchos compatriotas durante los años de la Dictadura.

JLB & MG

Coghlan, Buenos Aires, febrero de 2014.

PALABRAS PRELIMINARES

Este libro surgió de una idea discutida e imaginada en los últimos meses de 1983, cuando ya se veía que la dictadura argentina desembocaría en un pronunciamiento electoral. Cuando así sucedió, y terminado el exilio, en enero de 1984 empezamos a escribirlo.

Nos impusimos dejar un testimonio de los años que habíamos vivido fuera de nuestro país. Necesariamente, sabíamos que iba a ser un testimonio subjetivo, basado en nuestra propia memoria, en nuestra apreciación y reflexión de lo que fueron esos años, de lo que significó para toda una generación de argentinos vivir el trauma social que fue la dictadura. Nuestro aporte debía reducirse a una porción de la historia reciente de la Argentina que pensábamos sería más desconocida, menos atendida: el exilio.

Para ello, debimos imponernos un recorte: este trabajo habla de una visión –la nuestra– y de un exilio: el que se vivió

en México. No se espere entonces una comprensión global de todo el exilio argentino durante aquellos siete trágicos años. Por lo tanto, sabemos que este texto puede ser cuestionado, y hasta es probable que se diga que es una generalización. Lo es, en efecto, porque en cierto modo solo pretende ser una exposición más o menos ordenada, fluida y de memoria –con un sostén documental que incluimos en forma de Apéndice– de lo que fue la vida en el exilio mexicano, de cómo se organizó la comunidad argentina y de cómo se vivió la tragedia política más grande de nuestra historia.

Por otra parte, los autores hemos participado activamente de la vida exiliar (si se nos permite la innovación verbal), y como militantes peronistas que éramos entonces nos corresponde parte de la responsabilidad de la vida comunitaria en el exilio. Por eso mismo este libro es también una autocrítica, en la medida en que intenta ser una meditación sobre el país, sobre algunas conductas nacionales y sobre formas de pensar autoritarias y antidemocráticas. También queremos aportar un material que permita unir dos pedazos de una Argentina separada. Pretendemos que estas páginas sirvan como puente para que quienes no vivieron la experiencia del exilio tengan un conocimiento general –limitado, seguramente, pero válido– de lo que fue esta etapa.

Ya llegará el momento de investigaciones más profundas. Mientras tanto, queremos dejar estas constancias. Dijo Héctor Cámpora al asumir la Presidencia de la República el 25 de mayo de 1973 que la historia de la resistencia peronista no se había escrito. No queremos que pueda decirse algún día lo mismo del exilio argentino.

El texto que el lector tiene en sus manos no pretende ser exhaustivo. El material documental se recopiló durante años en nuestros archivos personales, sin saber que finalmente nos serviría para este trabajo. A la hora de escribirlo, todo se discutió, redactó y revisó conjuntamente. En todo momento predominó en nosotros la decisión de ser fieles a nuestra

memoria y de hacer un recuento lo más veraz posible, sin hacer concesiones por razones de amistad y sin ofender a nadie gratuitamente. Como protagonistas de esta experiencia nos preocupó ante todo no erigirnos en jueces y dar un testimonio sincero.

Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli

México, D.F., enero/marzo de 1984 –Coghlan, mayo/junio de 1998

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Exilio: En las vísperas de una tormenta del azar

Por Ernesto López

“Azar y destino dan a los hombres todo...”

Arquíloco

Me tocó, como a los autores de este medido pero estimulante libro que debo prologar, vivir exiliado en México los años del “Proceso”. Cada vez que retorno a esa época –porque un texto, un viaje o una charla con viejos compañeros me hacen remontar el curso– junto a un entrevero de sentimientos me aparecen también preguntas (a veces nuevas, a veces recurrentes), inquietudes y hasta asombros intelectuales. En ambas dimensiones –la del sentimiento y la de la comprensión– este libro de Jorge y de Mempo me ha resultado disparador y estimulante.

Me he encontrado en los pasajes que describen cómo era la vida común y corriente, allá, en aquellos días; la vida conyugal, la relación con lo chicos, los problemas laborales o el

vínculo con los sutiles, misteriosos, amables y generosos mexicanos. He rememorado con nostalgia la borrosa silueta del Ajusco y el sabor del mole. Y me he vuelto a poner en contacto con temáticas no fáciles de abordar. Por ejemplo, ¿cómo evaluar políticamente un período que se inicia con las luchas antidictatoriales de la segunda mitad de los 60 y se cierra con el fin del exilio, que tiene muy poco que ver con el inmediato posterior, iniciado en 1983? O también, ¿cómo juzgar nuestra propia peripecia personal y nuestras opciones de entonces?

Como probablemente se habrá advertido ya, pertenezco a una generación que vivió en su juventud un tiempo de promesas, de misterios y de alucinaciones. E integro la porción de aquella que respondió a esos llamados y tuvo un conmovedor –visto desde hoy– compromiso con la política. A la vera de aquel tiempo yace hoy una historia que se anunció como epifanía y terminó en tragedia. No faltan, en consecuencia, quienes la califican de irracional o de insensata, desde los confortables parámetros que les ha provisto el tiempo. Conocen ya el final de la película y acomodan los hechos poco menos que *a piacere*. Carecen, claro está, de toda sensibilidad histórica o filosófica y proceden a analizar e incluso a enjuiciar el pasado munidos de una suficiencia y/o de una racionalidad completamente extemporáneas.

Mi mirada es, creo, más benevolente al escudriñar lo que fue, especialmente al juzgarlo. Y quizá más respetuosa en el plano analítico. Me parece que efectivamente azar y destino –como escribió Arquíloco hacia el 650 a.C.– se entrelazan. ¿Quién hubiera anticipado en 1969 el proceso de revalorización de la democracia que maduró durante la dictadura militar iniciada en 1976? ¿Quién hubiera imaginado la guerra de Malvinas, la caída del Muro, el fin de la Unión Soviética? Los contextos históricos cambian, a veces súbitamente. Un número inabarcable de fenómenos se interconecta para producir unas consecuencias que la abrumadora mayoría de las veces quedan fuera de todo cálculo. A esta multideterminada

impredictibilidad, que sobrepasa largamente nuestras humanas limitaciones para conocer y anticipar, solemos llamarla azar, quizá para no volvernos locos.

Destino quiere decir, en este caso, me parece, lo que le toca a cada uno dentro de una situación dada y, extremando el planteo, dentro del curso general de la historia. Implica la voluntad y en cierta medida la libertad. Pero también las limitaciones de lo que viene dado. ¿Cuál es el espacio que efectivamente tiene el libre albedrío frente al llamado peso de las cosas? ¿Podía Aquiles abandonar definitivamente el sitio de Troya tras su pelea con Agamenón? Era libre de hacerlo –y quizá si se hubiera ido, hubiera cambiado el curso de la historia contada por Homero– pero ¿estaba efectivamente en condiciones de dejar a sus hermanos aqueos librados a su suerte?

Creo, en definitiva, que la calidad de la mirada analítica y la mayor o menor indulgencia del juico dependen del modo en que se considere la interconexión entre azar y destino. La democracia, por ejemplo, estaba fuera de nuestro horizonte de visibilidad; para quienes nos fuimos incorporando a la política desde mediados de los 60 –especialmente para los que éramos peronistas– aquella carecía de sentido. Había sido pisoteada una y otra vez, y los recurrentes golpes incluso la enarbolaban como justificativo. ¡Qué curiosa horripilancia: el golpismo interrumpía la democracia con el objeto alegado de restablecerla a futuro!; hubiera bastado que los militares no intervinieran para que aquella siguiera su curso. Perón vivía en Madrid, exiliado y privado de sus derechos políticos y el peronismo estaba proscripto cuando no, también, interdicto. Nuestro libre albedrío podría, no obstante, habernos acercado a una opción por la democracia, pero nuestro destino más bien se inclinaba hacia formas resistentes y violentas de la política. Especialmente desde el golpe de 1966 que, sin proponérselo, al prohibir por completo la actividad partidaria, indujo a una clandestinización de hecho de las conductas políticas.

El azar, por su parte, caprichoso hacedor de paradojas, dispuso que ese tiempo de encrucijadas de sangre y de furor pariera una revalorización de la democracia.

Quien no sea capaz de abrirse a estas sorpresas, quien desdeñe al azar porque se siente poseedor hoy de unas pocas certidumbres que sencillamente no estaban disponibles como tales en aquellos años, quien desacredite al destino en nombre de una suficiencia vacua seguramente comprenderá mal y juzgará peor.

Señalan bien los autores que la actividad política del exilio se centró en dos ejes, la solidaridad y la denuncia. Materializado lo primero en la cooperación para resolver los problemas de alojamiento y trabajo de quienes iban llegando, en la orientación para los trámites migratorios, en la asistencia en materia de salud física o psicológica, en el aporte pecuniario para atender situaciones imprevistas y en el relacionamiento con otros exilios latinoamericanos. Lo segundo, desplegado en torno básicamente a dos asuntos: la denuncia de las violaciones de los derechos humanos en general y la defensa en particular de los compañeros presos en condiciones de rehenes, y el cuestionamiento sistemático de la dictadura militar.

También señalan bien los autores que no hubo a este respecto unidad en el exilio. Hubo dos entidades diferentes, el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), e incluso gente que prefirió mantenerse al margen de ambas. Sin ignorar estos clivajes, sin desconocer las diferencias de posición y aun de matices que atravesaron el exilio, puede señalarse que las funciones de solidaridad y denuncia se cumplieron adecuadamente. No obstante los roces y las rencillas, se hizo lo que cabía y lo que se podía. Qué hicieron en Argentina quienes tenían pretensiones de sostener una actividad política allí y se expresaban en el exilio a través de una de aquellas casas o mediante otro/s organismo/s, es harina de otro costal.

Establecido esto, anoto a renglón seguido que me resulta especialmente impresionante el desfasaje que existió entre la atmósfera político-ideológica del exilio, sus preocupaciones, conceptualizaciones, discusiones y polémicas, y el escenario que se abrió camino con posterioridad a la guerra de Malvinas y al retorno de la democracia. Los debates exiliarios referidos a lo que nos había sucedido (a todos, peronistas o izquierdistas), particularmente los relativos a “la derrota” –que están muy bien reflejados en el libro– pero también las estimaciones sobre el curso de la política en la Patria, tenían que ver con el pasado –y obviamente con lo que “nos” había pasado– pero bastante poco con el porvenir. El Apéndice Documental de este libro es un muestrario de dicha atmósfera.

El “montonerismo” navegaba envuelto en una patética nube de Úbeda (véase el documento 8 del Apéndice), que hoy se recordaría tan solo como una curiosidad si no fuera por los resultados trágicos que prohió.

En la más moderada cuenca del CAS convergían vertientes mucho más atemperadas (véanse, por ejemplo, los documentos 31 y 32) pero de todos modos, también desajustadas respecto de lo que traería el futuro. El “establecimiento de una verdadera democracia de signo antioligárquico y antimperialista”, fijaba como meta la Lista Uno del CAS (véase documento 31), en el contexto de un marco de referencia que atisbaba ya el valor de lo democrático, pero hacía alusiones, todavía, al logro de objetivos revolucionarios. El Movimiento Independiente (Lista Dos), también del CAS, por su parte, exigía “enfrentar a la dictadura con una práctica que genere un proyecto alternativo de país” (véase documento 32). Más prudente que el anterior, este planteamiento alude de un modo poco determinado a una “vocación socialdemócrata” y recalca con cierta ambigüedad en la expresión “proyecto alternativo”. ¿A qué clase de alternatividad se refería? Probablemente no a eso que llamamos hoy modelo económico, sino a la alterna-

tividad social que desde sus orígenes inspiró a los socialistas (que eran la mayoría de la Lista Dos).

Formábamos parte de un campo político y de una familia ideológica llamados, en el inmediato futuro, a dispersarse y desaparecer. En materia de derechos humanos –que, como ya se ha mencionado, constituyó uno de los ejes fundamentales de la actividad exiliar– los trabajos, discusiones y polémicas en el exilio dieron lugar a la configuración de un paquete de principios y criterios de abordaje que conectó sin inconvenientes con lo que se hacía y se continuó haciendo en el país. Pero fue prácticamente el único plano en el que esto ocurrió. Los encuadres políticos exiliares y sus respectivos marcos ideológicos, tanto de peronistas como de izquierdistas, no articularon con facilidad con los que se iban abriendo camino en el país. El peronismo de Herminio Iglesias e Ítalo Luder resultaba insatisfactorio para la mayoría de los que pertenecíamos al viejo movimiento. Mientras que los vaivenes del Partido Intransigente y las inconsecuencias de la UCR de Raúl Alfonsín chocaron contra las expectativas de los que se habían inclinado hacia estas opciones.

Hay, pues, un desfasaje –como he mencionado más arriba– entre la atmósfera político-ideológica del exilio y el escenario del retorno a la democracia. Una discontinuidad que nos colocó a buena parte de los exiliados que retornamos, en un incómodo lugar escaso en asideros y ralo en contención política –una especie de purgatorio– en el que terminamos de saldar nuestras cuentas con el pasado y acabamos de reconfigurar nuestros marcos de referencia, adjudicándole esta vez un lugar central a la democracia.

En su monumental *Guerra y Paz*, León Tolstoi expone de un modo u otro, ya sea en la propia narración como en esas a veces engorrosas incrustaciones de filosofía de la historia que posee el texto, a veces con limpieza y a veces con poca claridad, un asunto central. El gran curso de la historia y la urdimbre infinitesimal de las vidas singulares componen un fresco

interminable. Los hombres formamos parte de un “plan” mayor que nos excede y que sobrepasa nuestra capacidad de comprensión. Quizá pueda decirse, como lo hace Isaiah Berlin en *El erizo y la zorra*, que a través de algunos personajes –Pierre, Natasha, Kutúzov– Tolstoi indica un camino hacia la “sabiduría”: reconocer la fatalidad de lo inconmensurable y transaccionar con ello de la manera que resulte más satisfactoria para cada quien. No sé yo bien si esta apreciación de Berlin le hará justicia al célebre novelista ruso. Lo que sí me parece es que estos desarrollos calzan armoniosamente con mis señalamientos precedentes en torno del entrelazamiento de azar y destino.

Nadie puede calcular lo incalculable ni conocer lo incognoscible. Hay en todos los aspectos de la vida –incluido desde luego el político– un monto de incertidumbre que nos hace enormemente vulnerables ante los vaivenes de eso que por comodidad llamamos azar. ¿Elegimos bien en el pasado? ¿Teníamos otras opciones? ¿Podía decodificarse el rumbo general de nuestra historia nacional de una manera distinta a la que lo hicimos nosotros? ¿Alguien fue capaz de hacerlo, alguien que fuera lo mínimamente respetable como para que fuese posible prestarle los oídos?

En las mansas tardes de lluvia del DF y al amparo del tenaz y fraternal empeño por seguir siendo desde lejos lo que éramos antes de partir, comencé a buscar las respuestas. Hoy me (nos) veo con indulgencia y hasta con compasión. Me parece que, como Aquiles, no podíamos escapar a nuestro sino, lamentablemente trágico. Y veo también al exilio –a “nuestro” exilio, del que Jorge y Mempo ofrecen una versión que excede con inteligencia y rigor la intención simplemente testimonial que aducen en sus Palabras Preliminares– con indulgencia, batallando su destino con una enorme dignidad, en las vísperas de una tormenta del azar que cambiaría en pocos años la cara del mundo.

CAPÍTULO UNO

La llegada a México

El comienzo del exilio argentino en México debe situarse aproximadamente alrededor del mes de octubre de 1974. Fue en ese momento cuando comenzaron a arribar al país azteca los primeros refugiados. La gran mayoría de ellos lo hacía tomando distancia de las amenazas de muerte lanzadas en su contra por la Triple A de José López Rega e Isabel Perón.

En una primera secuencia, y en viajes separados, llegaron a México entre octubre y diciembre de 1974: Rodolfo Puiggrós, Carlos Suárez, Ana Lía Payró, Ricardo Obregón Cano, Adriana Puiggrós, Esteban Righi, Ignacio González Jansen, Rafael Pérez y Raúl Laguzzi. Este núcleo fue recibido, con especiales atenciones, por el gobierno mexicano que encabezaba el presidente Luis Echeverría Álvarez. Fueron alojados en el hoy desaparecido Hotel del Prado, en el centro del Distrito Federal.

En las largas y ya nostálgicas conversaciones de los flamantes exiliados (que, en general, no solían considerarse tales y que especulaban acerca de la posibilidad de un rápido regreso al país), fue cuando surgieron las primeras formas organizativas que delinearían los futuros organismos del exilio.

En 1975 la corriente de exiliados aumentó progresivamente, y el arraigo se hizo más profundo. La búsqueda de casa y trabajo fue definiendo las nuevas condiciones de la estadía. Y el golpe del 24 de marzo de 1976 impuso una perspectiva de largo plazo. El exilio mexicano ya se había instalado. Y con él los primeros esbozos de tensión interna.

A fines de 1975 se habían definido las líneas estructurales de los primeros organismos exiliares. Los dos años posteriores estuvieron signados por una constante llegada de argentinos que salían del país, sometido entonces a las mayores atrocidades de la dictadura. En algunos casos, lograban salir por la vía del ejercicio del derecho constitucional a dejar el país en el marco de una detención (art. 23 de la Constitución Nacional). Eran los que habían estado presos “a disposición del Poder Ejecutivo Nacional” y podían abandonar las cárceles en las que estaban confinados. Se los conocía como “los opcionados” o simplemente “PEN”.

La llegada a México constituía, para la gran mayoría de los argentinos, una aventura más angustiosa que excitante. Porque no venían a hacer turismo y porque el país y su capital, la mega ciudad que es el Distrito Federal de la República Mexicana, constituían un panorama desconocido.

Solo algunos pocos habían residido en suelo mexicano con anterioridad (por ejemplo, los mencionados Rodolfo Puiggrós y Carlos Suárez, o el economista y periodista Carlos Abalo, llegado luego del derrocamiento del gobierno de Isabel Perón). Pero la gran mayoría no podía siquiera mencionar una calle de México o señalar un punto de la ciudad que le fuera familiar. Quizá, en algunos casos, se conocía el gran mural de Juan O’Gorman que cubre los muros exteriores de la Biblioteca

Central de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y que ha recorrido el mundo entero en imágenes de postal, o se podía tener cierta familiaridad con Cantinflas, Agustín Lara, María Félix o con los enormes y emblemáticos sombreros charros. En esa tosca arquitectura del país, se tenía una visión seguramente idealizada de la Revolución Mexicana de 1910 y un conocimiento más cercano de la matanza de Tlatelolco, en ocasión del movimiento estudiantil de 1968. Pero no mucho más que eso.

Algunos pocos argentinos seguramente habían aprendido en la escuela secundaria los nombres de los *quartiers* de París, pero la gran mayoría ignoraba que, en México, a los barrios se los llama “colonias”.

Inevitablemente, el primer paso en el proceso de ingreso en el país era el del acostumbramiento a las señas básicas de la ciudad, el transporte público entonces tan ineficiente, el agua de la canilla (o pila en el castellano local) de graves efectos para el aparato digestivo, y algunos rudimentos básicos acerca de las normas de cortesía y trato y, sobre todo, de la psicología de los mexicanos. Todo lo cual se ligaba con las primeras y urgentes cuestiones migratorias.

La instalación de los grupos familiares, en los primeros días, se resolvía mayoritariamente por medio de habitaciones en casas de amigos o parientes ya ubicados. En algunos casos se disponía de cuartos de hotel provistos (no solo en los primeros tiempos) por la Secretaría de Gobernación, equivalente mexicano del Ministerio del Interior argentino. Otro recurso era la residencia temporaria en el local de alguno de los organismos de exiliados.

El alivio por la llegada a un lugar donde reinaban condiciones elementales de seguridad, y el reconocimiento de amigos o compañeros, daba paso, con el transcurrir de los días, a la búsqueda de trabajo y a las rutinas burocráticas de lento trámite ante la Dirección General de Migraciones de la Secretaría de Gobernación, cuyo inconfundible y prontamente familiar

edificio se alzaba en la avenida Juárez entre las calles Iturbide y Humboldt, en la zona céntrica conocida como “El Caballito” (porque allí se alzó, hasta 1979, la estatua ecuestre del rey español Carlos IV).

La otra decepción era la del paisaje urbano, carente casi por completo de sol. Y para los que venían de Buenos Aires, acostumbrados a una gran ciudad sin smog, se sumaba aun la ineficiencia de los transportes públicos y la carencia de vida nocturna y de cafés.

El proceso de incorporación fue trazando sus marcas, imponiendo condiciones y modificando conductas. Todo eso llevó a una resistencia cultural y psicológica que a muchos argentinos les dificultó la adaptación. Algunos militantes políticos dejaron de serlo; otros, más bien apolíticos, se convirtieron en decididos trabajadores de los organismos de solidaridad y de defensa de los derechos humanos; hubo los que simplemente se detuvieron en el pintoresquismo; y hubo también una cuarta corriente que comenzó a plantear la necesidad de “pensarlo todo de nuevo, en términos políticos”.

Y todo ello, mientras las preocupaciones cotidianas (resolver los problemas de habitación y de transporte, ubicar escuelas para los chicos, conseguir trabajo y papeles migratorios), comenzaban a definir un nuevo estilo de vida.

La organización del exilio

El exilio argentino en México, desde que llegaron a aquellas tierras los primeros compatriotas, manifestó de diversas maneras la preocupación por darse una forma de organización que pudiese nuclear a la comunidad (que muchos ya intuían que llegaría a ser muy numerosa), y desde la cual se encauzara la denuncia por la represión que se vivía en el país.

A la vez que se demandaba la urgente coordinación de las necesarias tareas de solidaridad para los exiliados y sus fami-

lias, las formas de organización imaginadas fueron variadas y tuvieron distintos orígenes ideológicos. Pero indudablemente fueron tres los organismos creados a lo largo del exilio que llegaron a tener alguna capacidad de nucleamiento y movilización, y que se constituyeron –en diversas etapas– en las formas más eficaces de representación del exilio político argentino en México.

Estos organismos distaron de coexistir armoniosamente, lo que es fácilmente explicable por sus diferentes orígenes ideológicos, a la vez que por sus disímiles prácticas políticas y por los objetivos también diversos que perseguían. Sin embargo, es de destacar que estos tres organismos nunca sostuvieron polémicas públicas.

Cronológicamente, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) fue la primera entidad organizadora del exilio. Fue creada a comienzos de 1975 por los primeros exiliados que llegaron. En sus orígenes fue una coalición de peronistas camporistas y militantes de izquierda distanciados de sus organizaciones. La CAS rentó su primer y único local en la sureña Colonia Las Águilas, en la Calzada de los Leones número 180. Era una casa familiar de cuatro dormitorios y una amplia sala comunicada con el garage, lugar que en adelante serviría para reuniones sociales y políticas. Tenía además un jardín, en el que rápidamente se instaló una inevitable y necesaria parrilla.

La segunda organización fue el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), fundado en octubre de 1975 a impulso de los Montoneros, que contaba ya entonces con un buen número de inmigrantes forzosos. Esta entidad se instaló en un amplio local de la calle Roma 1, en la Colonia Juárez, en el centro de la Ciudad de México. Era un edificio de tres plantas que con el tiempo sirvió –gracias a sus múltiples habitaciones– de hotel para familias que arribaban pero también de restaurante, peña folklórica, salón de actos y aun de guardería infantil.

La tercera organización fue conocida por todos simplemente como “la Coordinadora de Derechos Humanos”. En

realidad, nunca llegó a ser un organismo sino solo una instancia de funcionamiento abocado específicamente al tema de los derechos humanos, sin que por ello se constituyera en un superorganismo del exilio. La Coordinadora no tenía local propio ni sede fija, y su integración se conformaba con representantes del COSPA, así como de una docena de otros grupos del exilio, todos los cuales ponían el eje exclusivo de su acción en la denuncia de la represión y el reclamo por los detenidos-desaparecidos. Utilizaba alternativamente los locales de la CAS o del COSPA, entre otros.

La adhesión a la Coordinadora era libre, pero las decisiones se tomaban por votación de los muchos grupos y organismos político-profesionales que actuaban en el exilio, lo cual creaba un problema operativo bastante frecuente dados los diferentes grados de representatividad de los mismos. De hecho, con el paso de los años la CAS llegó a ser la organización más numerosa y más representativa del exilio, y la que siempre cuestionó ciertos excesos de sectarismo que imperaban en la Coordinadora.

Aunque como queda dicho hubo muchos otros grupos en el exilio, en este capítulo nos ocupamos de los tres más importantes porque fueron los que realmente pretendieron y buscaron una representatividad del conjunto.

El COSPA fue un organismo que entre los años 1976 y 1978 nucleó a la mayoría del exilio e incluso el edificio de Roma 1 fue llamado genéricamente “La Casa Argentina”. Aunque originalmente impulsado por los Montoneros, en 1976 también adhirió a ese organismo el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), conducción política del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

El COSPA pudo mantener un cierto predominio en los primeros tiempos, hasta que la derrota político-militar empezó a ser tan evidente que se desataron cuestionamientos de todo tipo por el sectarismo y el dogmatismo de los grupos militaristas, lo cual redujo drásticamente su influencia.

Hacia 1977 el predominio montonero comenzó a declinar. Progresivamente, la mayoría de los exiliados que no eran montoneros o del ERP fueron abandonando el COSPA, en tanto que la obstinación sectaria y la empecinada carencia de autocritica de las organizaciones guerrilleras fueron encerrando a sus miembros y convirtieron a esa institución en un exclusivo frente de expresión de las políticas de aquéllos. Así, su representatividad, que en un momento pudo contar con varios cientos de personas, terminó siendo la de un grupo reducido. Hacia 1980 su declinación fue definitiva.

La CAS, por su lado y a la inversa, fue un organismo originalmente muy minoritario, que desarrolló un camino opuesto al del COSPA. Hacia 1977 la CAS era un pequeño núcleo de argentinos: unas pocas docenas. Su trabajo en gran medida era de tipo social y cultural, lo cual lo hacía blanco de no pocas críticas y menosprecios por su supuesta despolitización. Pero con el tiempo se amplió notablemente su base hasta que este organismo alcanzó el mayor grado de representatividad del exilio.

Entre 1978 y 1983, la CAS fue el organismo más democrático (el único que elegía sus autoridades anualmente, mediante comicios por listas, con votación secreta y representación proporcional) y también y por eso mismo el de mayor crecimiento (el padrón de afiliados llegó a contar con más de 600 miembros cotizantes). Desplegó una importante y prolífica actividad social, cultural y política. De hecho, aun los más acérrimos enemigos de la CAS terminaron por asumir –conscientemente o no– que todo lo que pasaba en el exilio entre 1980 y 1983 pasaba por la CAS.

En cuanto a la Coordinadora, por la misma especificidad de sus objetivos y de su misión, tenía una amplitud un tanto ambigua (pues aceptaba a cualquier grupo político-profesional en el mismo nivel que los organismos de solidaridad) y eso mismo implicaba una limitación. Tanto la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU) como la Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos, Muertos y Desapareci-

dos por razones políticas en Argentina (COSOFAM), y particularmente sus representantes más conocidos (el abogado Carlos González Gartland y la señora Susana Miguez, respectivamente) fueron, de hecho, el eje de ese organismo. Y si su trabajo fue incansable, los enfrentamientos constantes con el COSPA, y los celos, también constantes, hacia la CAS, disminuyeron su efectividad.

La historia de estos tres organismos permite trazar un recorrido en la historia política del exilio: del predominio de las organizaciones guerrilleras (vigente en el COSPA) a la conformación de un organismo (la CAS) en que el pluralismo político fue fruto de la coexistencia activa de diversas corrientes de la izquierda y del peronismo, junto a socialistas y unos pocos radicales, poniendo el eje en la construcción de una perspectiva democrática. En paralelo, las denuncias por la vigencia de los más elementales derechos humanos se mantuvieron como centro de la acción de la Coordinadora.

Los problemas laborales

Como sucede con toda comunidad de extranjeros en un país que no es el propio, la cuestión laboral fue, para la colonia argentina en México, una de las preocupaciones fundamentales.

Puede decirse, en principio, que el problema se debía a la urgencia por conseguir la regularización migratoria, algo extraordinariamente complejo debido a la minuciosa y discriminatoria legislación mexicana hacia los extranjeros. Sin dudas, si algo ensombrecía a los exiliados, cayéndoles como lápida sobre los hombros, era el interminable proceso de tramitación que obligaba a pasarse días enteros en la Secretaría de Gobernación, de una oficina a otra, con esperas de muchas horas y con la segura expectativa de que al cabo de una larga jornada los papeles no estarían terminados e inexorablemente habría que retornar varias veces más.

Eso era inevitable para todos los extranjeros, porque la situación se repetía y las trabas eran las mismas para los miles de exiliados chilenos, uruguayos, bolivianos y de una docena de nacionalidades, especialmente los refugiados centroamericanos, que se contaban por millares, sobre todo los guatemaltecos y salvadoreños. Todos llegaban –llegábamos– con visa de turistas. Muchos otros entraban ilegalmente, y aunque éste no era el caso de los argentinos sí lo era de los centroamericanos que huían de sus dictaduras cruzando las largas fronteras sureñas de México.

Las visas turísticas siempre eran válidas por períodos muy breves, y cuando no era así (seis meses era el máximo), era posible que al llegar al país el oficial de migraciones redujera el período a tres o dos meses, o a solo uno y aun a quince días. El hecho era que, apenas instalado en el nuevo país, el recién llegado debía iniciar el kafkiano proceso de búsqueda de papeles que le permitieran residir y trabajar. Porque la ilegalidad era prácticamente imposible de sobrellevar: lógicamente, podía terminar uno en la cárcel antes de la deportación, como ocurrió en varios casos.

Sin que aquí se pretende hacer un aburrido listado de las tramitaciones a que obligaba la burocracia mexicana, los pasos para conseguir trabajo eran más o menos los siguientes: el exiliado debía encontrar primero un empleo, donde le dieron una carta con la cual pudiese iniciar su tramitación. En los hechos, si era difícil conseguir trabajo, más lo era que las empresas redactasen la carta necesaria, pues si así sucedía, debían comprobar su regularidad fiscal, lo cual las comprometía.

Es claro que además se pedía a todos los extranjeros papeles y constancias que algunas veces eran muy difíciles de obtener. El primer resultado que uno podía conseguir era que se lo proveyera de una llamada Fórmula Migratoria 3 (FM-3), que era una constancia de residencia y permiso de trabajo en condiciones de “no inmigrante” y por un plazo de seis meses. En ocasiones, el trámite requería más de seis meses, y por eso era

común que una segunda renovación, por ejemplo, la estuviera haciendo quién llevaba ya dos años o más en el país.

Teóricamente, la ley General de Población mexicana disponía entonces que al cabo de cuatro renovaciones de FM-3, el solicitante tenía derecho a pedir su FM-2, que era una nueva condición, “inmigrante no inmigrado”, y que daba un estatus mejor: duración de un año con posibilidad de renovación anual durante cuatro años. Pero esta condición no siempre se otorgaba a los solicitantes, que al terminar sus cuatro renovaciones semestrales de FM-3 solían ser informados de que debían iniciar nuevamente el proceso con un número distinto de la misma calidad migratoria.

Los que accedían a la FM-2 tenían la posibilidad teórica de, al cabo de cinco años (en realidad, cinco renovaciones) acceder a la FM-1, o sea la declaratoria de “inmigrado”, a partir de la cual ya no había plazos asignados para la renovación del permiso de residencia y trabajo. Con ella ya no se obligaba al extranjero a pedir nuevos permisos en caso de cambios, sino solo a mantener informadas a las autoridades. A esta situación llegó un porcentaje insignificante: menos del uno por ciento de los exiliados argentinos.

Como queda claro, la cuestión migratoria iba de la mano de la cuestión laboral. O ésta dependía de aquélla, en un perfecto círculo vicioso. A ello, naturalmente, debía sumarse, la búsqueda misma de ocupaciones, que para un exilio como el argentino planteaba competencias antipáticas con los nacionales, pues mayoritariamente el argentino fue un exilio semicalificado, con mayoría de profesionales e intelectuales.

Esto no quiere decir –sería un absurdo –que todos los argentinos que recalaron en tierra azteca eran universitarios ni mucho menos, pero sí que nuestros exiliados tenían un nivel educacional de por lo menos secundaria básica cumplida. Esto, en un país donde alrededor del 30% de sus 75 millones de habitantes eran analfabetos, no era un dato poco significativo.

Buscar trabajo, de todos modos, significaba largas peregrinaciones. Allí fue donde se pudo apreciar el sentido de solidaridad –y también ciertas mezquindades– entre los exiliados. Primero el COSPA, y luego la CAS, funcionaron tanto como oficinas migratorias –a través de sus departamentos de consulta y gestión– como verdaderas bolsas de trabajo. También fue determinante la indicación de las posibilidades laborales por gremios: así, los exiliados veteranos ayudaban a los colegas recién venidos a conseguir conchabo.

¿En que trabajaron los exiliados argentinos en México? Es difícil generalizar una respuesta. Toda afirmación que se haga podría ser refutada por algún caso excepcional; de igual modo toda generalización –a falta de estadísticas– es lógicamente falible. Pero pensamos que es válido intentar una clasificación, aunque imperfecta (y en un orden que no es ni jerárquico ni taxativo) que podría ser ésta:

1. Las universidades

Especialmente, la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), la UAM (Universidad Autónoma Metropolitana) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) fueron las instituciones en las que muchos profesionales, incluso algunos que no habían tenido experiencia docente en la Argentina, encontraron un campo para su actividad, como docentes de grado y de posgrado, y/o como investigadores, debido a la fuerte expansión del sistema universitario público mexicano en esos años. La mayoría se ubicó en las carreras vinculadas con las Ciencias Sociales y las Humanidades.

También fueron campo de trabajo para muchos argentinos la Universidad Iberoamericana (UIA), dirigida por los jesuitas y también ubicada en el Distrito Federal, así como diversas universidades de estados periféricos a la Capital, en particular las Universidades Autónomas de Puebla, Morelos, Querétaro y el Estado de México. En el resto del país trabajaron argentinos en servicios docentes en las Universidades de los estados

de Nuevo León, Coahuila, Guerrero, Nayarit, Chiapas, Baja California, Sinaloa, Sonora y Zacatecas.

2. El sector público

Tanto en la administración pública federal (nacional) como estatal (provincial) hubo numerosos argentinos que consiguieron colocación, mayoritariamente en trabajos por contratos limitados en su tiempo de vigencia, o en asesorías. En la administración federal, en la capital de la República, el concurso de argentinos fue muy limitado. Hubo algunos pocos que llegaron, por sus méritos profesionales, a desempeñar cargos de alta responsabilidad dentro de algunos ministerios: en Programación y Presupuesto, en Agricultura y Recursos Hidráulicos, en Trabajo y Previsión Social, algunos compatriotas llegaron a ser directores generales de áreas estratégicas.

3. Profesionales independientes

Fue uno de los campos en los que mayores desilusiones sufrieron muchos argentinos. Por razones de política migratoria, en México las equivalencias para profesiones de las llamadas libres o liberales no significaban autorización para el ejercicio profesional. Así, muchos abogados, ingenieros o arquitectos debieron trabajar asociados con mexicanos, o empleados con ellos, pero no podían figurar como responsables. Conocemos el caso de un médico que, en 1979, debió presentar un recurso de amparo que llegó hasta la Suprema Corte de Justicia para que se le permitiera ejercer su profesión. Entre los profesionales independientes, los que sí pudieron ejercer con menos exigencias fueron los psicólogos y psicoanalistas, quienes además resultaron funcionales a la creciente demanda debida a la por entonces menor tradición psicoanalítica mexicana.

4. El sector privado

Las empresas de capital privado (grandes, medianas o pequeñas) fueron seguramente el ámbito donde la mayo-

ría del exilio encontró trabajo. Salvo en la banca, y quizá en el comercio minorista, los argentinos trabajaron en las más diversas áreas industriales y comerciales, fueran ellos profesionales o no.

5. La pequeña empresa

Curiosamente, al contrario de, por ejemplo, el exilio español de fines de la década de 1930, el exilio argentino no tuvo impulso empresarial. No solo por la carencia de capitales, sino al parecer por falta de vocación y/o de iniciativa. Acaso también por una cierta conciencia de transitoriedad. En realidad, fueron muy pocas las empresas que crearon los argentinos exiliados en México. Y las pocas que hubo nacieron casi todas vinculadas con el campo editorial: hubo argentinos editores, distribuidores y libreros. En otros campos, algunos exiliados incursionaron en la industria del mueble o en la distribución de materiales para la construcción.

Este panorama, imperfecto e incompleto, permite extraer algunas conclusiones: a) que el exilio tuvo una cierta confianza en el pronto retorno al país y por eso sus raíces en el territorio de residencia fueron relativamente poco profundas; b) que éste no fue, en modo alguno, un exilio dorado, como además lo prueban los miles de argentinos que en todo el mundo debieron sobrevivir muy pobremente vendiendo artesanías, fabricando bijutería barata o desempeñando oficios completamente opuestos y alejados de sus habilidades o profesiones.

La educación de los hijos en el exilio

El problema de la educación de los hijos constituyó otro de los momentos difíciles del proceso de adaptación e integración al nuevo país. En México no existía el inconveniente idiomático que caracterizó a otros exilios. Sin embargo, el tema de la

adaptación de los niños a un mundo escolar que difería de la realidad habitual de la familia argentina fue uno de los grandes desafíos de los primeros tiempos.

En general, la inmensa mayoría de los argentinos exiliados había enviado a sus hijos a la escuela pública. Porque ellos mismos habían cursado sus propios estudios en la escuela primaria y secundaria estatales y muchos en la universidad nacional. De modo que su lógica intención era que sus hijos siguieran el mismo camino.

Pero en México la mayoría de los exiliados advirtió enseguida que las escuelas primaria y secundaria oficiales tenían –al menos hacia 1976– un nivel menor que el de sus similares argentinas. La equivalencia con la enseñanza que, real o supuestamente, tenía la escuela pública argentina solo fue hallada en un determinado tipo de escuela privada mexicana.

La educación escolar en México está regida por el artículo tercero de la Constitución Nacional, pieza clave del sistema escolar y político de la Revolución de 1910, institucionalizada legalmente en 1917. En ese artículo (que sufrió numerosas modificaciones y rectificaciones desde su dictado hasta el presente), se establecía no solo la vigencia de la educación laica, sino que se prohibía la intervención de la Iglesia en materia de enseñanza. Sin embargo, existía todo un sistema de escuelas primarias, de enseñanza media y de universidades controladas por la Iglesia, aunque su peso numérico (que no cualitativo) era muy reducido en el conjunto del sistema educativo.

La realidad educativa mexicana planteaba entonces una nueva y paradójica realidad: la escuela privada progresista. De tal manera que escuelas activas, organizadas con criterios pedagógicos y políticos muy avanzados, fueron punto de referencia insoslayable para muchos exiliados. Un ejemplo típico fue el Colegio Madrid (de enseñanza primaria y media), que había sido fundado en la década de 1940 por los republicanos españoles exiliados. En las décadas de 1970 y 1980 recibió a

muchísimos hijos de refugiados latinoamericanos residentes en México. Varias otras instituciones similares permitieron también experiencias de este tipo.

El traslado de los chicos a la escuela fue otro de los problemas a resolver, dadas las dificultades e ineficiencias del transporte público de la Ciudad de México en ese tiempo. Los chicos debían ser transportados a y desde las escuelas en “camiones” (autobuses) especialmente contratados o en los autos particulares de sus padres.

En cuanto a los previsibles problemas de integración, los resolvieron fácilmente los propios chicos. El lenguaje de los hijos de los exiliados prontamente integró todas las formas, influencias y matices del español hablado en México. Asumieron la historia y la geografía de México como propias, mientras recibían las referencias limitadas y problemáticas del país de donde habían venido ellos o sus padres. En suma, lo característico de cualquier emigración.

El sistema educativo mexicano consiste en una escuela primaria que dura seis años; luego se cursa una secundaria de tres (equivalente al antiguo ciclo básico argentino) y después está vigente la llamada escuela preparatoria para el ingreso a las universidades.

El sistema de enseñanza superior incluye una universidad pública de enormes dimensiones cuantitativas y cualitativas: la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). También hay universidades en cada estado (provincia) y unidades descentralizadas en torno del Distrito Federal. Entre éstas se destacan las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales (ENEP), dependientes de la UNAM, y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), que es una entidad de menor dimensión pero con grandes unidades departamentales surgida luego de los sucesos de 1968, también en el D.F.

Los niños argentinos asistieron, como ya se mencionó, mayoritariamente a las escuelas primarias, secundarias y preparatorias privadas “progres”. En este sentido, el exilio argen-

tino asumió, en su mayoría, las pautas de la clase media mexicana de nivel medio económico y orientación progresista.

En cambio, en el plano universitario, la proporción se invirtió totalmente: los hijos de los exiliados que habían ido a escuelas particulares ingresaron, en abrumadora mayoría, a las universidades públicas: la UNAM, la UAM o la ENEP. Y éste también fue el camino seguido por algunos argentinos ya maduros que decidieron iniciar sus estudios o retomarlos en el nivel de licenciatura, y también ingresaron en las universidades oficiales. Esto no se debió solamente a la cuestión de los altos aranceles de las universidades privadas mexicanas (frente a la virtual gratuidad de la universidad oficial), sino también, y particularmente en el plano de las ciencias sociales, a la orientación progresista, la libertad académica y el espíritu crítico y latinoamericanista del sistema universitario mexicano.

Conviene apuntar aquí que muchos argentinos ingresaron en esas universidades oficiales a cursar maestrías o doctorados, y que muchos de ellos realizaban esos estudios mientras paralelamente desarrollaban tareas docentes.

Además del Colegio Madrid, es posible citar en el plano primario y secundario los colegios Paulo Freire, Jean Piaget, Bartolomé Cossío, y diversas variantes de los Montessori, entre otros, como algunos de los que cobijaron a los hijos de argentinos exiliados. En esos establecimientos esos chicos convivieron no solo con sus compañeritos mexicanos sino también con muchos hijos de otros exiliados latinoamericanos.

La escuela a la que fueron estos chicos rompía con las pautas de uniformidad en la vestimenta y con las formalidades cuasi-militares de la escuela argentina de entonces. A través del libro de texto único y gratuito provisto por la Ley Federal de Educación mexicana para toda la enseñanza –pública y privada– el acercamiento al conocimiento de las ciencias físico-matemáticas, y de las sociales, se desarrolló en un marco de progresividad ideológica. Un clima que contras-

taba con la escuela dogmática y retardataria de la dictadura argentina, donde se llegó a prohibir las matemáticas de conjuntos por considerársela “subversiva”. Y donde no cabía de manera alguna que en los libros de ciencias sociales se informaran nociones de marxismo y ni siquiera de la existencia de un movimiento social latinoamericano llamado peronismo, el que sí se enseñaba en la escuela mexicana.

Visión argentina del mundo

El exilio argentino en México, entre sus múltiples características, tuvo la de estar compuesto por gente que, de muy diferentes maneras, había tenido lo que se llamaba y se sigue llamando una militancia política progresista. Aunque con diversos grados de participación y de compromiso, los vínculos políticos con el pasado estaban presentes y eran inoculables. La mayoría de los exiliados eran peronistas o provenían de diferentes corrientes de la izquierda, pero también había algunos radicales. Todos, de un modo o de otro, habían tenido relación con la tumultuosa vida política argentina de la década de 1970.

Esta característica, además de las condiciones intelectuales de muchos exiliados, en teoría hubiera permitido suponer en ellos una visión menos estrecha que la que se dio en los hechos. Nos parece que, a pesar de la militancia y de la práctica política, el exilio argentino llegó adoleciendo de un marcado provincianismo y de una notoria desinformación sobre México, América Latina y el mundo.

La mirada argentina era muy provinciana, seguramente porque —con escasísimas excepciones— así era el punto de vista de los medios nacionales (y esto lo descubrimos nosotros mismos como periodistas): una visión restringida, un tanto frívola y sobre todo muy limitada en el tratamiento de los asuntos internacionales. Además, cierta cuota de chovinismo argentino la traíamos

todos, como un componente de nuestra identidad. Una actitud autosuficiente ante el mundo, de larga tradición y raigambre, perspectiva común al liberalismo y al nacionalismo criollos.

Los exiliados, en su inmensa mayoría, llegaban a México casi sin saber nada del país en el que iban a residir por un tiempo absolutamente indeterminado. Asuntos de trascendencia histórico-social, como el complejo proceso de la Revolución Mexicana, las peculiaridades del sistema político mexicano o las características del partido oficial (el Partido Revolucionario Institucional, PRI) eran deficientemente conocidos por la mayoría de los que llegaban al altiplano azteca.

No fue un fenómeno exclusivamente verificable en México: en muchas otras geografías exiliares, los emigrados también tuvieron que seguir veloces cursos de aprendizaje elemental de sociopolítica de los países que los acogieron. Esto mismo explicaría, quizás, ese leve desdén de los argentinos por el país de su nueva residencia. Es necesario reconocer ese odioso estilo de desplante y pedantería que ha caracterizado al argentino y que nos ha sido y nos es señalado críticamente en muchos países. Esa ignorancia no se refería solamente a países de Asia y de África, sino también a los retóricamente denominados “hermanos” de Latinoamérica. Este defecto nacional planteó a algunos compatriotas enormes dificultades para comprender la nueva sociedad.

México parecía, a los ojos de algunos, un país mediocre y mestizo, valoración peyorativa y racista que era compartida por no pocos argentinos. Por supuesto, era poco europeo y estaba plagado de charros cantores y de personajes cantinflescos. Estos prejuicios hicieron que muchos argentinos compensaran la pérdida del país propio con el aumento de un absurdo sentimiento de “superioridad” mediante el cual se atribuía a los mexicanos ineficiencia, lentitud, indolencia, despreocupación, irresponsabilidad e incultura.

Descubrir el potencial económico de México, conocer su verdadero desarrollo relativo (muy superior al argentino),

maravillarse con su cultura dos veces milenaria, comprender el contradictorio funcionamiento de su sistema político y aun sus formas peculiares de autoritarismo solapado, fueron descubrimientos sorprendentes para los exiliados. Curiosamente, nos queda la impresión de que algunos compatriotas que regresaron a la Argentina después de haber vivido siete u ocho años en México, todavía hoy lo desconocen en algunos de sus aspectos más significativos.

Por otra parte, ese desconocimiento, ese provincianismo y esa mediocridad de los supuestamente “cultos” argentinos, de los orgullosos alfabetizados y un tanto racistas clasemedios del Cono Sur, no se refería exclusivamente a México. La visión míticamente malévola de los Estados Unidos, así como el sueño (cumplido en muchos casos) de conocer Europa, sufrieron cambios significativos por la sencilla razón de la cercanía relativa desde México. Esta cuestión, que tiene ya una copiosa literatura nacional, necesita otro espacio de discusión. Pero lo real es que la residencia en México contribuyó para que muchos argentinos (incluidos los que esto escriben) cambiaran su mirada sobre el mundo, perfeccionaran sus impresiones y redimensionaran sus puntos de vista. La visión argentina del mundo que traían los exiliados a la llegada sufrió importantes transformaciones. Hubo cambios de todo tipo y el equilibrio fue, lógicamente, escaso: despolitización vs. ultrapolitización; fanatismos vs. desinterés; una amplia gama de opuestos.

En la vida cotidiana, comenzó a verificarse forzosamente el cambio de matices, significados y tonos del castellano que se habla en México y que constituye el peculiar idioma de los mexicanos. La cortesía barroca de la sociedad azteca ingresó en la vida diaria de los argentinos. El decir “gracias” a cada rato y el pedir todo el tiempo y todas las cosas “por favor” concitaban rechazos, al principio, porque se veían como formas de sometimiento y hasta de comedimiento retorcidos. Pero también fueron adoptados a la larga como lo que son: una forma más cordial de trato, distante de la abrupta rudeza sureña, en especial la de

los porteños. Y otra cuestión para apuntar aquí es que las relaciones personales, incluyendo las familiares, también sufrieron transformaciones: de las características relaciones mexicanas tuvimos que aprender el silencio sabio, por ejemplo, el manejo de la elipsis en lugar del palabrerío vano de la argentina “sanata”.

Por supuesto, también hubo que aprender a vivir con la presencia impactante, la cercanía abrumadora de la cultura norteamericana. Quizás esto constituyó para nosotros un extraordinario aprendizaje prematuro del mundo que se venía. Al menos, a la vista de lo que ha sido y es el mundo después de la caída del Muro de Berlín. Lo yanqui, lo “gringo” para los mexicanos, constituye una presencia agresiva, casi brutal, por su poder de determinación en México. Por ello esa vecindad ha sido, es y seguramente seguirá siendo un formidable y permanente ejercicio de resistencia y resignificación cultural.

Vivir en uno de los países más bombardeados culturalmente, y uno de los más directa y constantemente influidos por los Estados Unidos (entre otras razones porque tienen 3.200 kilómetros de frontera común), pero además un país fuertemente dependiente en su economía del capitalismo norteamericano, fue un aprendizaje impresionante para todos los exiliados. A la vez, paradójicamente, eso mismo permitió descubrir el más latinoamericano de los países del continente, mucho más vinculado con el resto de países de la región que la Argentina. Verdadera frontera étnica y cultural, México maravillaba a los exiliados con su identidad y su perspectiva latinoamericana e indígena. Y también con su orgullo, muchas veces más retórico de lo querido, pero válido en esa situación de frontera sometida.

Visión mexicana de los argentinos

La llegada a México hizo descubrir abruptamente a los exiliados la imagen que los argentinos hemos construido fuera de nuestras fronteras. El chovinismo y la xenofobia existentes

en la sociedad mexicana, como en todas las sociedades humanas, fueron padecidos por los argentinos que llegaron al aeropuerto internacional Benito Juárez en 1976 y 1977 en formas muy duras, crueles a veces. Sumadas al desconcierto inicial, ciertas actitudes xenófobas de algunos mexicanos provocaron rabias y depresiones varias en muchos argentinos.

Descubrir que junto con la solidaridad por nuestra situación de exiliados y perseguidos políticos se manifestaban formas de desconfianza y rechazo hacia los argentinos fue algo difícil de aceptar. Los chistes sobre la identidad gaucha y sobre algunas de nuestras características, casi siempre grotescos y brutales, y aplicados en terreno visitante, nos dolieron tanto como duelen a los gallegos o a los judíos ciertas bromas típicamente argentinas. Los argentinos éramos en México materia de burla casi permanente y los chistes sobre nosotros forzaban a reprimir la indignación que a veces sentíamos. La condición de minoría débil descubrió nuestra forzada capacidad de indulgencia y simulación.

La imagen que creíamos proyectar, y que de alguna manera nos interesaba fortalecer, era la de gente inteligente, rápida de ideas, decidida, práctica, eficiente, “piola”. Pero la que muchas veces descubrimos fue completamente opuesta: sí eficientes, prácticos, útiles y laboriosos, pero decididamente insoportables. Alguna vez León Felipe definió a los mexicanos diciendo que no soportan que se hable con voz muy alta (característica del bardo español); nosotros, los argentinos, caíamos mal en principio por eso, por estentóreos.

También caíamos mal, de manera más significativa, por la suficiencia y afán de figuración típicamente argentinos. Para un pueblo cauteloso como el mexicano, receloso de los extranjeros pues han sido invadidos sucesivamente por españoles, norteamericanos y franceses, el desparpajo y el desenvolvimiento desinhibido de los argentinos hacía que les cayéramos según sus palabras, precisamente “en el hígado”. Los argentinos, para los mexicanos, primero “caemos gordos” y

luego debemos demostrar que “no somos argentinos como los demás”. Más aun, para ellos es todo un elogio decirnos: “¡Oye, tú sí que no pareces argentino!”.

La visión era por supuesto contradictoria, porque a la vez en ellos se podía observar a veces cierta cuota de admiración no reconocida. De hecho, también éramos algo así como “los yanquis de América Latina”, “los más europeos de los latinoamericanos”, y era y sigue siendo notable el prestigio de cierta tradición cultural argentina surgida al calor de la cultura de la escuela y la universidad públicas, de publicaciones periódicas y de la gran producción de libros que caracterizó a la Argentina desde finales del siglo XIX. Al mismo tiempo había envidia y admiración porque proveníamos de un país al que se consideraba culturalmente más avanzado, aunque era políticamente incomprensible.

La llegada del exilio argentino a México coincidió con los preámbulos de la tremenda crisis económica mexicana que solo el desarrollo de la explotación petrolera dilató hasta 1982, cuando estalló el globo ominoso de la deuda externa. Por supuesto, junto con la lógica de la exclusión de los extranjeros se presentó la suposición de que los argentinos (y los demás conosureños) quitábamos trabajo a los mexicanos. Esto obligaba a que en la vida cotidiana muchos compatriotas tuvieran que hacer arduos ejercicios de adecuación y prevención frente a muchos potenciales conflictos que podían quedar zanjados, siempre desventajosamente, con la simple comprobación de la extranjería de los exiliados.

“¿Que es el ego? El pequeño argentino que todos llevamos dentro”. “¿Cuál es el mejor negocio que se puede hacer? Comprar un argentino por lo que vale y venderlo en lo que él cree que vale”. “Cómo meter veinte argentinos en un Volkswagen? Sentando dos adelante y tres atrás, y a los otros quince desinflándolos y metiéndolos en el baúl”. La suficiencia argentina era azotada con esta reiterada exhibición burlona de las peores características nacionales.

Los argentinos, con nuestros defectos, llegamos a ser casi un lugar común para los mexicanos. La falta de estadísticas oficiales permitió comprobar algo sorprendente: el prejuicio era enorme pues en los momentos de mayor escalada represiva en Argentina, y cuando más connacionales hubo en todo México, no llegamos a significar ni el 0,01% de la población.

La visión prejuiciada de la clase media mexicana suponía, en cambio, que debíamos alcanzar varias decenas de miles de personas. La explicación de que apenas éramos una pequeña colonia daba paso, en ocasiones, al comentario: “¿De veras son tan pocos? Pues cómo abultan...”.

Incluso se destacaba negativamente que los argentinos éramos más numerosos que los chilenos, lo cual no era verdad pues el exilio chileno alcanzó cifras superiores de presencia (eran algunos miles más que nosotros) y padecían similares chicanas.

Pero al lado de estas manifestaciones chovinistas, desde luego, se alzó el costado más hermoso de la solidaridad. Hubo muchísimas muestras de apoyo latinoamericano. En primer lugar la permanente denuncia política contra la represión dictatorial. Y fueron muchos los mexicanos que colaboraron en el respaldo económico, laboral, hospitalario y migratorio de los exiliados.

También hay que subrayar que en general los sectores democráticos mexicanos tenían conciencia de la distinción entre el exilio político y la emigración económica tradicional, que aunque muy minoritaria ya existía previamente y que estaba integrada por algunos argentinos que residían en México desde las décadas del 1940 y 1950.

El país visto desde México

En el invierno boreal de 1979/80, que en Acapulco calza su rigor con temperaturas medias de 30 grados centígrados, muchos argentinos se encontraban pasando las fiestas decem-

brinas en diversas playas. En una de ellas, El Revolcadero, el espléndido océano Pacífico bañaba una serie de palapas (quinchos) en las que era posible escuchar cada tanto virulentos envidos y retrucos, en medio de carcajadas. Algunos argentinos que seguramente en la Ciudad de México se cuidaban de subrayar sus diferencias políticas y sus diversas afiliaciones a organismos de solidaridad, ahora hacían una saludable y democrática pausa vacacional en sus trabajos y compartían mates y cervezas, asados y partidas de truco, en un ambiente completamente distendido.

El segundo día de enero de 1980, cuando no se aplacaban los rumores de que “algo” pasaba en Argentina, un par de conocidos periodistas llegó, con rostro sombrío, a la palapa donde empezaba a truquear un grupo en el que se destacaba la presencia de Ricardo Obregón Cano, el ex gobernador de Córdoba ahora integrante del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero (MPM) y otros compatriotas, todos militantes de diferentes posiciones en el peronismo y en la izquierda. Uno de los periodistas comentó en voz alta: “¡Oiga, doctor, parece que hubo golpe en Buenos Aires!”. Y tras provocar el lógico revuelo se retiró al mar, con gesto preocupado, mientras los demás se alborotaban ante la noticia. Al volver del agua, el otro periodista le comentó a su amigo que obviamente se había suspendido el truco; y que ya se “sabía” que el general Antonio Domingo Bussi era presidente. Varios vacacionistas se retiraron a sus casas u hoteles para hablar por teléfono a la Argentina.

Aquella broma de verano –rápidamente aclarada para que ninguna economía familiar sufriera descalabros por cuentas telefónicas– es reveladora de la ansiedad con que el exilio siempre miró al país. El país era, indiscutiblemente, el referente para todo: para las discusiones políticas, para las decisiones gastronómicas, para la moda en el vestir, para el llanto desgarrado por las caídas (apenas comenzaba el uso generalizado del vocablo “desaparecidos”) de amigos, familiares o compañeros.

Sería una versión recortada y frívola pensar, como muchos han creído, que la nostalgia –esa pasión argentina– se redujo exclusivamente a la añoranza del dulce de leche, de los alfajores Havanna, de la polenta o el dulce de batata. Pero también sería dar una visión solemne y excesivamente patética creer que la Argentina que se veía desde México era solo la del terror institucionalizado, la de la represión o el desaliento. Nosotros pensamos que el exilio argentino en México miró incesantemente, durante todos aquellos años, hacia un país que iba dejando de existir. La Argentina que añorábamos no era la Argentina real. Y es que lo mítico de lo imaginado tan tenazmente impedía delinear con exactitud un país aprehensible. Y seguramente lo que más dolía era, para la generalidad, el no protagonismo, la condena a la marginación, la imposibilidad de ser actores de lo que pasaba en nuestra sociedad y con nuestra gente.

Otro de los eficaces vínculos con el país –a través del periodismo mexicano y también de la información que se recibía de diarios y de noticias directas de la Argentina– fue la actividad deportiva. Como pasión nacional, de hombres y de mujeres, el fútbol era un referente importantísimo. Las peripecias de River encumbrado a campeón, la constante debacle racinguista, la caída a segunda división de los gauchos de Boedo, la mediocridad boquense de esos años, el furor de Maradona (del que se hablaba mucho pero al que no habíamos visto ni en televisión), y luego el Mundial de 1978, el Mundial Juvenil de Japón 1979 y especialmente el que se hizo en México en 1981 eran reafirmaciones de identidad cultural inmediata, individual y colectiva.

Algo similar sucedía con otros fenómenos, de esos que se diría que son típicos del sensacionalismo periodístico argentino, de la frivolidad de nuestra clase media y del triunfalismo nacional: ¿Era Vilas el mejor tenista del mundo o debíamos aceptar la superioridad de Björn Borg y Jimmy Connors? ¿Vencería Lole Reutemann, todavía a galaxias de

ser un político, la “mala suerte”, la “mufa” que lo perseguía, y se coronaría, como era evidente que merecía, campeón mundial de Fórmula Uno? Los exiliados no estábamos fuera de estas preocupaciones.

Por otra parte, para algunos, tener que usar zapatos mexicanos y no recibir los mocasines porteños era algo que podía ser terrible. Para otros, aceptar la comida mexicana sobre la base de tortillas (masa) de maíz y chiles (ajíes) muy picantes, y casi siempre acompañados de frijoles (porotos) negros era intolerable. Era muy fácil saber cuándo algún compatriota había recibido visita de familiares de la Argentina: bastaba ver la extraña indumentaria que de repente vestía, muy a la moda vigente en Buenos Aires.

Pero esos datos de la vida cotidiana, que existían con rasgos bien perfilados, distaban de cubrir la realidad. Indudablemente, el país que se veía era, ante todo, el del miedo. Era doloroso estar alejado del escenario vital, tener conciencia del miedo que cada uno había sentido, y convivir con la inevitable certeza de que en México “sabíamos” más que “allá” de la represión, la tortura y la muerte de compañeros a manos de los asesinos que hablaban de “campañas contra el país” y de “malos argentinos” que veníamos a ser nosotros. Por otro lado dolía la impotencia de saber que la tierra de uno estaba siendo demolida.

Al calor de la visión externa de “lo argentino”, crítica de esa visión de “la Argentina Potencia” que se hundió luego definitivamente en las Malvinas, surgían interrogantes de peso sobre el porvenir inmediato: ¿caería alguna vez la dictadura militar? ¿Cuándo y cómo? ¿Habría elecciones algún día? ¿Podríamos educar a nuestros hijos en la Argentina con las libertades que tanto valorábamos en México? ¿El peronismo sería capaz de democratizarse? ¿La izquierda argentina superaría sus dogmas como lo hacía buena parte de la mexicana? ¿La sociedad argentina podría castigar alguna vez a los torturadores y asesinos? ¿Estarían vivos, presos clandestinamente, algunos de nuestros compañeros “desaparecidos”, o todos estarían muertos?

Se idealizaba un país que también había desaparecido junto con nuestros compañeros, demolido por la acción represiva, económica e ideológica de la dictadura “procesista” y se idealizaba un país imaginario, que cada uno soñaba a su gusto. Y la realidad –lo brutal de esa realidad– provocaba un constante desconcierto, con accesos de absurdo triunfalismo y oleadas de implacable derrotismo.

En las reuniones políticas nunca faltaba –como después aprendimos que sucedía en todos los exilios– el compañero que de pronto alzaba la voz y afirmaba que “todo lo que decimos *acá* no tiene ninguna importancia; lo importante es lo que pasa *allá*”. A lo cual seguía el inevitable “a mí me dijeron” o “yo leí que...”, con lo cual la realidad, casi mágicamente, asumía formas de descalificación.

Pero, por suerte, la conciencia colectiva del exilio argentino en México pareció resguardar siempre la esperanza, protegida de estos embates por la necesidad de estar juntos. Y así, algunos podían quedarse como clavados en el país viejo, mientras otros imaginaban futuros más venturosos que los que la realidad permitía pensar. Y aun había los que pensaban que ciertamente el país era otro, aunque, a la vez, era el mismo. Entonces, la única certeza, la única vocación, era volver.

Las cartas, por cierto, fueron vínculos necesarios. Se esperaban casi frenéticamente. Se escribían sin cesar. No había, para nadie, mejor contacto con la Argentina que las cartas que se recibían, en mano o por correo. En aquellos años no existían el fax ni mucho menos las comunicaciones virtuales, y las llamadas telefónicas eran demasiado caras. Por lo tanto solo las cartas podían ser eficaces portadoras de afectos, noticias y comentarios, aunque a veces también de olvidos dolorosos, esas amnesias inexplicables en algunos amigos. Las cartas significaban el hilo vigoroso y verdadero que nos conectaba con ese Sur que se hacía más y más mítico con el transcurso del tiempo.

El redescubrimiento de América Latina

Si bien buena parte de los exiliados habían asumido, en su práctica política o en sus trabajos intelectuales, un compromiso por la unidad y la liberación de América Latina, y este compromiso los había llevado en muchas ocasiones a realizar viajes de carácter político por la geografía física y social del continente, la residencia en México supuso un cambio cualitativo. Y para muchos otros, que por una u otra razón tenían un enorme desconocimiento y lejanía de las realidades latinoamericanas, la vida en México supuso un importante aprendizaje. Los frutos del mismo se sumaron a los cosechados por otros compatriotas forzosamente residentes en otros puntos de América Latina.

Sin duda, es necesario apuntar que una buena parte de la impronta latinoamericana de los primeros tiempos estuvo a cargo del COSPA y, específicamente, a cargo de Rodolfo Puiggrós, cuya primera residencia en México (1967) le había brindado amistades personales en largos años de militancia política y producción intelectual, enhebrados en diversas latitudes de América Latina. Del prestigio y el capital personal de Puiggrós partieron muchas de las acciones latinoamericanistas que llevaron a confluir con otras comunidades en la constitución del Comité de Solidaridad Latinoamericano (COSLA).

En 1975 ya estaban vigentes las dictaduras militares en Chile y Uruguay, se precipitaba la degradación de la situación política argentina, se mantenía la cerrazón del esquema dictatorial brasileño y regía la tiranía del general Hugo Banzer en Bolivia. Los exiliados provenientes de todos estos países se vinculaban entre sí para sumar fuerzas en las luchas antidictatoriales. A ellos se agregaron los centroamericanos, especialmente los nicaragüenses, empeñados desde 1974 en el desarrollo de la batalla final contra la dictadura de Anastasio Somoza. Se puede decir que la acción del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) recibió el apoyo y la simpatía masivos del exilio argentino.

También se destacó de manera creciente, sobre todo a partir de 1979, el accionar de los grupos revolucionarios en El Salvador. En México, representantes de las organizaciones que luego quedarían encuadradas en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y en el Frente Democrático Revolucionario (FDR), desarrollaban a través de representantes directos o exiliados una intensa actividad de publicidad política a la cual los organismos del exilio argentino se sumaron y apoyaron.

En México, por razones de límites geográficos y de vínculos culturales y sociales, la situación de Guatemala es especialmente valorada. La cultura maya impera a los dos lados de la línea fronteriza. El renacimiento de la lucha política, sindical y guerrillera en la segunda mitad de la década de 1970 generó, como en el caso de El Salvador, un éxodo de refugiados y de líderes políticos. El Comité Guatemalteco de Unidad Patriótica (CGUP), vocero de la Unidad Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG), frente de las cuatro organizaciones guerrilleras que operaban en la tierra del quetzal; el Comité Mexicano de Solidaridad con El Salvador y el FSLN en el caso de Nicaragua, recibieron la solidaridad argentina.

Ésta se expresó mediante la participación en manifestaciones y marchas, la realización de actos culturales (mesas redondas, exhibición de películas, exposiciones, festivales musicales) y la presencia y la acción de argentinos en asesoramiento a órganos gubernamentales. En la primera etapa del gobierno sandinista, a partir de 1979, muchos argentinos exiliados intervinieron en el complejo proceso político centroamericano. Es necesario anotar que integrantes o ex integrantes de Montoneros y del PRT-ERP actuaron en diversas etapas de la lucha militar antisomocista.

En el plano intelectual es ineludible mencionar a Gregorio Selser, cuyos libros –algunos de vieja data como la biografía *Sandino, general de hombres libres* (publicado originalmente en 1954) tuvieron una importancia significativa en la construcción del imaginario sandinista y llevaron al vete-

rano periodista argentino a recibir, en 1983, la Orden Augusto César Sandino de manos de Daniel Ortega, coordinador de la Junta de Gobierno instalada tras la caída de Somoza.

Una actuación destacada en este plano la tuvo el también periodista, nacido argentino y luego nacionalizado mexicano, Adolfo Gilly. Militante en su momento de la guerrilla guatemalteca encabezada por Yon Sosa, son conocidos sus trabajos periodísticos recopilados en libros sobre Nicaragua y El Salvador y su ensayo de interpretación histórica sobre la Revolución Mexicana titulado *La revolución congelada*.

Los exilios del Cono Sur tendieron a constituir casas de solidaridad que, como las mencionadas para la Argentina, servían tanto como centros de agrupamiento y reunión como de plataformas de denuncia y acción política. Sin dudas, entre éstas la Casa de Chile fue la más organizada. Con un estatuto de especial relación con el gobierno mexicano (favorecido por la ruptura de relaciones entre Chile y México, decretada en 1973 por el presidente Luis Echeverría), la casa chilena se beneficiaba también de la mayor organicidad política de las fuerzas que agrupaba. Todas las líneas partidarias de la izquierda chilena estaban encuadradas en la misma, aunque el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) no participó en su dirección hasta 1982.

La especial solidaridad brindada a los chilenos por los países del entonces existente bloque socialista y el permanente apoyo de la Internacional Socialista a la oposición antipinochequista marcaron diferencias con el caso argentino, que carecía de presencia en el primero y fue postergado por largo tiempo en la segunda. Eso hizo que los exiliados argentinos, para algunos pares chilenos, fuéramos considerados como oposición a una especie de dictadura de segunda clase. Hubo al respecto documentos lamentables, sobre los cuales se pronunció el exilio argentino (véase en el Apéndice Documental la respuesta de la comisión directiva de la CAS a declaraciones del secretario general del partido Comunista de Chile, Luis Corvalán).

Con los uruguayos existió una identificación mucho mayor por comprensibles razones geoculturales. Pero también en este caso las diferencias se manifestaron por caracterizaciones similares que provenían del campo socialista respecto de los regímenes imperantes en ambas orillas del Río de La Plata. Los orientales no constituyeron una casa exiliar sino hasta fines de 1982, y se organizaron a través del Frente Amplio y otras agrupaciones menores que no estaban incluidas en aquella coalición.

Por su parte, bolivianos, peruanos (y en su momento, brasileños y paraguayos, grupos de menor densidad numérica), se estructuraron a partir de organizaciones políticas, pero no llegaron a constituir superestructuras exiliares. Y aunque no eran colonias numerosas sí fueron muy activos en el terreno público.

Algunos de los exiliados latinoamericanos más relevantes radicados en México fueron, entre los chilenos, Hortensia Bussi, viuda de Salvador Allende; el senador radical Hugo Miranda, titular de la Casa de Chile; el radical Anselmo Sule, dirigente para América Latina de la Internacional Socialista; el ex ministro de Economía de Allende, Pedro Vuskovic, el cristiano revolucionario Luis Maira, entre otros.

Entre los uruguayos se destacaban el veterano editor del semanario *Marcha* Carlos Quijano; Luis Echave (dirigente comunista), Federico Fasano Mertens, editor de diversos diarios en Montevideo. Entre los bolivianos: Oscar Prudencio y Mario Guzmán Galarza, alineados en el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI); Marcelo Quiroga Santa Cruz, ex ministro de Energía y fundador del partido Socialista; René Zavalta Mercado; Emma Oblea de Torres, viuda del ex presidente general Juan José Torres. En cuanto al ya prolongado exilio brasileño, albergaba a figuras como el fundador de las Ligas Agrarias, Francisco Julião; los sociólogos Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos, y el periodista Neiva Moreira, editor de la revista *Cuadernos para el Tercer Mundo*, codirigida desde Roma por el también exiliado periodista argentino Pablo Piacentini.

Los exiliados del Cono Sur, pese a sus diferencias, circulaban en espacios comunes, adoptaban una elemental solidaridad hacia sus colegas de diáspora y examinaban con interés la evolución de la situación del conjunto de la región. En este sentido, cabe destacar que la evolución de la situación política argentina constituía un referente de primera magnitud para chilenos y uruguayos. La denuncia contra la intervención de la dictadura argentina en otros países latinoamericanos fue también una parte importante de la actividad del exilio argentino de cara a América Latina. Fueron muchas las denuncias del accionar de la Junta Militar en el golpe de estado de 1980 en Bolivia, así como también se repudió el envío de asesores militares, expertos en tortura y armamentos a la Nicaragua de Somoza y a El Salvador, Honduras y Guatemala.

Un aspecto complicado de la relación entre los exilios lo constituyó la tensión entre las dictaduras de la Argentina y Chile, que estuvo a punto de llevar a una guerra a ambos países a fines de 1978. En ambos exilios hubo una clara coincidencia en el rechazo a la posibilidad de esa guerra. La disolución del conflicto debida a la intervención papal produjo similar alivio en ambas colonias.

La relación entre los demás exilios del Cono Sur y de Centroamérica con el argentino fue más allá del plano meramente político. Se estableció también una relación cultural bastante sólida que implicó un verdadero descubrimiento de formas y tonalidades del lenguaje (el uso del *vos* por parte de nicaragüenses y salvadoreños y que, por cierto, se extiende incluso hasta el sur de México, en Chiapas), así como el reconocimiento de peculiaridades en los campos de la música, la literatura y la historia. El diálogo constante y el trabajo común con los otros latinoamericanos (aparte, obviamente, de los mexicanos), contribuyeron a la desprovincialización de muchos exiliados argentinos, al reconocimiento de los aspectos comunes de nuestra cultura con las de toda América Latina, a una mayor pluralidad cultural. En las casas argentinas muchas veces los

exiliados de otras regiones de América Latina realizaron sus deliberaciones políticas o reuniones sociales. Bolivianos, haitianos, salvadoreños y uruguayos lo hicieron regularmente en la sede de la CAS, en tanto que nicaragüenses, guatemaltecos y puertorriqueños, por lo menos, en la del COSPA.

Los peores años del exilio

Los argentinos que vivieron en el exilio y los que se quedaron en el país compartieron experiencias desparejas. Los puntos de vista del “adentro” y el “afuera” condujeron a apreciaciones diversas del devenir político-social. Donde sin dudas existió un paralelismo, que contribuyó a vincular ambas historias y a evitar su fragmentación, fue en el padecimiento de las vicisitudes de los peores años. Porque los peores años del exilio fueron, sin duda, los mismos que fueron los peores de la Argentina bajo la dictadura militar. Y esos años son los que van de 1976 a 1979. Ése fue el período de la gran represión y también del mayor éxodo. En esos años se registra la salida más significativa de perseguidos políticos, se plantean las mayores dificultades de establecimiento, aprendizaje de idiomas y de códigos, reconocimientos de otras geografías nacionales y urbanas, y de acostumbramiento a un nuevo trato laboral, a nuevas reglas de cortesía y convivencia, y a diferentes climas, tanto meteorológicos como humanos.

Entre los meses de julio de 1974 y marzo de 1976 el exilio ya se debatía entre la contradicción de sus propios problemas y la vigencia de un sistema constitucional cada vez más restringido como fue el gobierno de Isabel Perón. Pero luego del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 las esperanzas de una recuperación democrática se esfumaron por completo, y al mismo tiempo se incrementaron las acciones represivas hasta límites insólitos, jamás antes conocidos. Se sucedieron terribles requisas y se extendió la metodología de la desaparición

forzada de personas en el marco del plan de aniquilamiento que llevó a cabo la dictadura.

A diferencia de lo que sucedía en la Argentina de esos espantosos años (desinformación, censura y negación), en el exilio cada una de las caídas en prisión, cada desaparición y cada muerte eran conocidas de inmediato, denunciadas y lamentadas. Se recibía abundante información y eso permitía dimensionar adecuadamente la magnitud del drama argentino. Las listas de muertos y desaparecidos daban cuenta del derrumbe de un mundo, de la masacre de una generación, de la desdicha de exiliados, amigos y compañeros queridos. Se vivieron todos los duelos.

También en el exilio la depresión fue un estado muy común en esa época. La acción estuvo constreñida a pequeñas cosas, que se veían siempre como muy limitadas frente a la magnitud de los acontecimientos que se sucedían en la patria lejana.

En esos años se planteaba el problema de asumir o negar el exilio. Se sumaban a ello, para aumentar la angustia, las preguntas incesantes de todo exiliado: ¿Cuándo volveremos? ¿Volveremos? ¿En qué condiciones?

Desde el comienzo, un indefinible sentimiento de culpa pesó mucho en los exiliados, sobre todo en los más recientemente desvinculados de grupos guerrilleros. El heroísmo, considerado en el país como una de las virtudes de la militancia, se oponía a la seguridad de la vida en el exilio. Cuando la derrota de la guerrilla se hizo evidente hasta para los sectores más recalcitrantemente partidarios de la misma (aunque nunca lo reconocieron explícitamente) la culpa dio paso a la certeza de haber elegido una actitud preservadora de la vida que se justificaba frente a la derrota de una política insensata.

Las muertes de María Victoria (Vicky) Walsh, y Dardo Cabo; las desapariciones de Rodolfo Walsh, Haroldo Conti o Sergio Karakachoff, entre tantos otros, eran crudos testimonios de la muerte que impactaban en un exilio que comenzaba a asumir su parte de responsabilidad en la gran derrota

popular. Pero al mismo tiempo, en esos años, la contradicción mayor oscilaba entre la admisión de esa derrota y la valoración de los pequeños actos de resistencia en defensa de los derechos democráticos, no figurados ni fantaseados, que se daban en la Argentina.

Estos años fueron los de las dificultades laborales más grandes para el conjunto de los exiliados, sobre todo para aquellos que carecían de una profesión u oficio especializado (y en especial los jóvenes). En esos primeros años, por lo tanto, se dieron los momentos más penosos de la “mishiadura” del exilio.

Ciertos ámbitos físicos fueron punto de partida de la larga cuesta del exilio. El ya mencionado Hotel del Prado, residencia por breve tiempo de algunos de los primeros y más notables exiliados políticos; el hotel Versalles, donde vivieron transitoriamente algunos de los primeros refugiados, y para muchos otros los edificios de la sureña Villa Olímpica, cercana al campus de la UNAM, y el edificio de departamentos de la ochava de las avenidas Mariano Escobedo y Presidente Mazaryk en la norteña y elegante Colonia Polanco; este último era una descascarada residencia transitoria donde se podían alquilar –a precios razonables– suites que habían conocido mejores épocas. Contaba con ciertos servicios centrales pero también con vastísimas colonias de cucarachas y roedores. Allí vivieron –vivimos– como en un gueto muchos de los integrantes del espectro político del exilio. Mudarse (es decir, huir) del edificio de Mariano Escobedo delataba, indefectiblemente, el acceso a una cierta estabilidad económica y la urgencia por romper el clima asfixiante del autoencierro. Esta hégira implicaba, en la mayoría de los casos, el traslado hacia barrios del sur del Distrito Federal.

En 1979 hubo una serie de indicadores de cambios: la realización de la primera huelga general contra la dictadura en Argentina, el 27 de abril; la lenta afirmación –en medio de enormes dificultades– del accionar de los organismos de derechos humanos; la sensible disminución de las desapariciones

forzadas de personas, y las manifestaciones críticas, cada vez más acentuadas, de diversos sectores partidarios. Todo ello alentó un moderado optimismo en el ánimo del exilio.

En marzo de 1981, el fin de la etapa Videla, que planteó en la Argentina el principio de la lenta reanimación de un esquema partidario con la conformación de la Multipartidaria, inspiró en los exiliados nuevas expectativas políticas.

Paradójicamente, la mayoría de los militantes de la izquierda, que hasta entonces descreían rigurosamente de estos vientos de cambio y eran férreos detractores de las posibilidades democráticas, pocos años después celebrarían alborozados la victoria electoral de uno de los partidos burgueses que impulsó la Multipartidaria y, años más tarde, algunos de ellos terminarían siendo personal político y/o acomodados funcionarios de los gobiernos radical y justicialista, partidos de los que antes ellos mismos habían abominado.

Las primeras liberaciones de presos, *circa* 1981/82, señalaron además que, aunque muy lentamente, la tábala comenzaba a darse vuelta por las múltiples formas de resistencia popular. La recuperación de ciertos espacios sociales se producía en relación directa con el fracaso político de la dictadura. Faltaba todavía un duro tramo –lleno de episodios inesperados, como la guerra de Malvinas– pero parecía que lo peor comenzaba a entrar en el pasado.

Denuncia y solidaridad

Sin dudas, si hubo dos sustantivos que determinaron el accionar político y social del exilio, esos fueron “denuncia” y “solidaridad”. Desde que un exiliado llegaba, enseguida comprendía que su aporte a la lucha contra la dictadura –si quería hacerlo– consistiría en colaborar en la denuncia de las atrocidades del régimen militar y en ayudar a la mejor organización del exilio.

A grandes rasgos, la denuncia incluía diversas tareas de propaganda, recuento de experiencias, ilustración de métodos represivos, financiamiento y organización de actos culturales o políticos. Todo esto se dirigía a ilustrar a la sociedad mexicana, y al mundo en la medida de nuestras posibilidades, en colaboración con compatriotas exiliados de otros países. La solidaridad consistía en ayudar concretamente a que los com-

patriotas que iban llegando pudieran conseguir alojamiento, trabajo, regularización migratoria, escuelas para los hijos y todos los etcéteras imaginables.

Todos los organismos del exilio en México, así como la totalidad de los grupos políticos y corrientes de opinión que proliferaron en esos años, desarrollaron este tipo de tareas. Con diversos grados de participación, imaginación o consecuencia, la denuncia y la solidaridad fueron las dos materias fundamentales que caracterizaron al exilio y lo definieron.

Esto nos parece definitivo: si alguien pretende buscar, alguna vez, los elementos que hicieron de esa transterración un exilio político, no podrá dejar de concentrar su búsqueda en estos dos sustantivos. Quizás, además, la gran diferencia que hubo respecto de los compatriotas que buscaron otros horizontes de vida, o de los que salieron del país en otros tiempos, o más recientemente por exclusivas razones económicas que impuso Martínez de Hoz, o porque simplemente sintieron desaliento intelectual o quisieron que sus hijos encontraran una sociedad más libre y tuviesen nuevas oportunidades, estuvo en el diverso grado de compromiso con la denuncia y la solidaridad que impulsaron los organismos y agrupaciones del exilio.

Quede claro: no se pretende, con la afirmación anterior separar a la militancia de cualesquiera otras circunstancias que pudieron ser también válidas para quién optó por salir del país (y según datos extraoficiales serían como dos millones de personas). Simplemente, se trata aquí de ubicar términos que permitan definir el sentido último y profundo del adjetivo “político” que se acopló al sustantivo “exilio”.

Las formas de operar en cada una de esas materias (denuncia y solidaridad) fueron múltiples porque en gran medida dependió de la imaginación de los exiliados, que nos parece que fue mucha, aunque es claro que nunca resultó suficiente para mitigar el drama argentino.

La denuncia y la solidaridad, por otra parte, no eran tareas exclusivas del exilio en México. Necesariamente requerían sis-

temas de coordinación que no siempre funcionaron, pero que en todo momento se buscaron, con compañeros de diversas tendencias que habitaban en decenas de países del mundo. El acceso al hemisferio norte del planeta, al llamado primer mundo desarrollado o industrializado, permitió un notable ensanchamiento de las posibilidades de acción. En este punto hay que destacar la labor de organismos como la COSOFAM o la CADHU, que fueron las que mejor y más eficientemente coordinaban sus trabajos en todo el mundo.

La interconexión internacional llevó a muchos exiliados a viajar por diversos países y a mantenerse unidos de muchas maneras mediante cartas, llamadas telefónicas, intercambio constante de revistas, artículos o publicaciones. Particularmente, el exilio de México estuvo muy en contacto con exiliados en España, Francia y Suecia, aunque también fue frecuente el intercambio de experiencias y de tareas con los exiliados que vivían en Venezuela, Costa Rica y los Estados Unidos.

Las propuestas de acción de los sectores partidarios también fueron muchas, aunque no siempre prosperaron. Que sepamos, la izquierda exiliada no concretó esfuerzos consistentes, mientras que el peronismo no pudo pasar de dos encuentros internacionales (uno en Barcelona y otro en París, en 1981 y 1982).

La denuncia, de hecho, significaba el aspecto más específicamente político del exilio, mientras que la solidaridad cubría el aspecto que podríamos llamar mutua. Parafraseando a Arturo Jauretche, quien escribió que las montoneras eran el sindicato del gaucho, podríamos afirmar que para nosotros las infinitas tareas de solidaridad exiliar fueron algo así como las tareas del sindicato del exilio.

¿En que consistió, exactamente, la denuncia? Pensamos que abarcó cuatro grandes campos de actividad:

1. El tema de los derechos humanos, como dominante, obligó a recopilar testimonios de víctimas de la represión, y ello a su vez llevó a narrar, explicar, escribir y actuar incluso públicamente en actos y asambleas.

2. El cuestionamiento firme e invariable del sistema político imperante en la Argentina obligaba a tareas de propaganda directa o indirecta, mediante la participación de exiliados en revistas, en la publicación de desplegados (solicitadas) y en la organización de conferencias de prensa con los más variados motivos.

3. La realización de actos parapolíticos, que en ocasiones definían aún más y mejor la denuncia. De hecho casi todo lo que se hacía, social y culturalmente, tenía a la vez un contenido político. Así, por ejemplo, eran también actos de denuncia los actos culturales, festivales musicales, bailes, asados, peñas, ciclos de cine, obras de teatro, teatro de títeres, presentaciones de libros, mesas redondas, cursos de historia argentina para adolescentes hijos de exiliados, para todo lo cual se utilizaban muy frecuentemente los locales de los organismos exiliares, especialmente el de la CAS. Vale repetirlo: toda ocasión era buena para defender posiciones políticas en aquellos años.

4. Denuncia también era la preocupación constante por obtener financiamiento para todas las anteriores tareas mencionadas.

En lo que hace específicamente a la solidaridad, abarcó también, nos parece, cuatro áreas de trabajo.

1. Cooperación para resolver los dos problemas fundamentales de los exiliados que llegaban: el alojamiento y el trabajo. Ubicar a los centenares de compatriotas que arribaron en esos años, orientarlos y ayudar a que se instalaran, fue una tarea que no solo se hizo orgánicamente, sino en forma muy especial mediante la solidaridad silenciosa de los exiliados pioneros, que ora conseguían un departamento barato, ora gestionaban una garantía para alquilar, ora pasaban datos sobre trabajos vacantes que podían ser ocupados por argentinos. Y todo esto no solo con los compatriotas que venían de la Argentina, sino también con los muchos que arribaban previa escala en otras latitudes, particularmente los que llegaban

de Brasil, Perú, Uruguay, Suecia o España, pues fue un hecho que hubo mucha movilidad dentro del exilio mismo, e incluso hubo casos de familias que intentaron residir en hasta tres o cuatro países antes de encontrar un lugar donde afincarse.

2. Cooperación para gestiones administrativas o de sostenimiento psicológico, pues eran muchos los que llegaban en pésimas condiciones anímicas y materiales. Aquí se incluían orientaciones para conseguir papeles migratorios, y a veces asesoramiento jurídico, tratamiento psicológico o pedagógico para los hijos de los exiliados. Incluso, el COSPA administró durante los años de 1977 a 1979 una guardería infantil que se llamó “Casa del Niño Argentino”.

3. Una forma muy concreta, y muy requerida de la solidaridad (aunque desigualmente satisfecha siempre) fue el financiamiento. El exilio argentino en México, si hubiera que definirlo en términos de clase, diríamos que fue mayoritariamente un exilio de clase media de muy pocos recursos. Es cierto que hubo algunos pocos exiliados que gozaban de una posición económica acomodada e incluso algunos de fortuna, pero la gran mayoría llegó a México con lo puesto y monedas. La solidaridad reclamaba, por lo tanto, hacer colectas permanentes, ante todo tipo de situaciones fortuitas (fallecimientos, enfermedades, intervenciones quirúrgicas, accidentes o tratamientos clínicos), las que cada vez debieron ser cubiertas con los escasos fondos con que se contaba y con aportes solidarios de algunos compañeros. En casi todos los casos esta forma de solidaridad funcionó positivamente.

4. La solidaridad imponía, también, participar de las coordinaciones con los demás organismos de exiliados latinoamericanos, lo cual no era solo una forma retórica de acompañamiento. En muchos casos implicaba la recolección de fondos para actividades comunes: desde la publicidad de desplegados hasta colectas de dinero, medicinas o alimentos, como por ejemplo para apoyar la lucha sandinista contra el somocismo en Nicaragua.

Los derechos humanos en el exilio mexicano

Todos los argentinos que salían del país entre 1976 y 1977 recordaban, con acidez, el slogan publicitario de la dictadura: “Los argentinos somos derechos y humanos”. Pero desde el primer día en el exilio conocían la otra cara de la moneda: en los incalculables años por venir, la cuestión de la defensa y el reclamo por los derechos humanos sería el asunto principal de lucha contra la dictadura desde el exilio.

Este asunto fue, también, uno de los más ríspidos y difíciles de ordenar y darle coherencia. Fue, seguramente, el que causó las más duras y a veces insólitas, casi absurdas polémicas, justamente por la delicadeza de la cuestión. Se trataba de la vida de los compatriotas, de la desdicha de miles de familiares, amigos, vecinos. Porque una cosa estaba clara: prácticamente no había –no la hay– familia argentina que no hubiese tenido conocimiento cercano de una desaparición, ese eufemismo brutal y cínico que toda la sociedad argentina debió hacer suyo.

Todos los organismos de exiliados (tanto los institucionales como los mutuales, tanto las agrupaciones políticas más o menos organizadas como las corrientes de opinión) en muchos momentos debieron pronunciarse al respecto. Pronunciarse, y ser claro y contundente sobre este espinoso asunto, era una cuestión definitoria. Tanto podía igualar a sectores inconciliables, como podía hermanar a personas de diferente criterio y distinta militancia. Los derechos humanos eran el motivo de vida de muchos, la razón de sus existencia. Y no podía ser de otra manera; si es cierto aquel apotegma de que con la vida no se juega, nunca fue tan concretamente aplicable. Todas las comunidades de exiliados argentinos, en México como en España, en Francia como en Venezuela, en Suecia como en Israel, y dondequiera que hubiese exiliados argentinos, vivían con este trauma, quizás el más legítimo que puede sufrir un ser humano. Y el más duro de soportar.

Se puede decir que hubo una gran variedad de organismos que en México hicieron de esta lucha su causa fundamental, y también que fueron dos los grandes temas polémicos que afectaron a la comunidad exiliada.

En cuanto a los organismos más importantes, por su especificidad, consecuencia y capacidad de acción, ya se ha dicho que fueron la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), con filiales en muchos países y que en México encabezó el abogado Carlos González Gartland, y la Comisión de Solidaridad con Familiares de Desaparecidos y Detenidos (COSOFAM), también con filiales y cuya figura más visible en México fue la señora Susana Miguez. Pero aparte de esos dos organismos, hay que contabilizar a otros pequeños grupos, quizás más de tipo mutual pero que también tuvieron una destacada labor en esta área: entre ellos el Grupo de Arquitectos e Ingenieros Argentinos en México (GAIAM), Trabajadores de la Salud Mental (TSM), Frente Argentino de Cineastas (FAC), Unidad y Resistencia Argentina en el Exilio (URAE), Cristianos Argentinos en el Exilio (CAE), Comunidad Cristiana Argentina (CCA) y Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio (TYSAE).

En cuanto a los dos temas más polémicos dentro del campo de los derechos humanos, estos fueron: 1) el número, la cantidad de desaparecidos por quienes reclamar, asunto que no era solo contable sino que equivalía a una definición y a una direccionalidad en la lucha contra la dictadura, pues las cifras que se barajaban era arbitrarias y muchas veces interesadas, provocando confusiones que ayudaban a, o eran alentadas por el régimen de Buenos Aires; 2) el debate, larguísimo y desgarrador, sobre si los desaparecidos estaban muertos, y/o si debía aceptarse esa posibilidad.

En México, en 1977, se inició la organización de una instancia de coordinación de los Derechos Humanos, que procuraba dar coherencia y unificar las acciones de los muchos organismos y grupos, entre los que naturalmente se contaban

la CAS y el COSPA. La idea prosperó luego de arduas negociaciones y largos debates, hasta que en 1980 ya era un hecho que “La Coordinadora” (como se la llamaba) era el organismo más representativo en esta materia.

Claro que dentro mismo de la Coordinadora nunca faltaron debates y chicanas sobre el accionar de cada uno de los grupos o instituciones miembros. Entre otras cosas porque muchas veces el organismo avanzaba con ideas organizativas del conjunto del exilio, las cuales se superponían y/o colisionaban con la labor de las dos principales instituciones (CAS y COSPA). Otras veces sucedía que algunos organismos (la CAS, casi siempre) resistían prácticas sectarias como las que eran habituales en el COSPA. Y en otros casos lo que sucedía era que resultaba inadmisibles que grupos de profesionales formados por media docena de integrantes dictaran normas de acción a una institución plural con centenares de afiliados como era la CAS.

La primera gran discusión sobre los Derechos Humanos en el exilio, que ocupó parte de los años 1976 a 1979, se llevó a cabo a la par que se denunciaba constantemente a la junta militar y no se dejaba de escribir y de colocar a la dictadura en el sitio que merecía y del que procuraba escapar, incluso con la ayuda de los entonces llamados “países socialistas” que comerciaban con ella.

Esta discusión se hizo especialmente aguda en 1979, cuando visitó Buenos Aires la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA y fijó el número de desaparecidos en 7.500 personas. Por entonces, desde Washington, fuentes del Congreso norteamericano hablaban de 6.500. En Europa había organismos como Amnesty International que estimaban los desaparecidos en 15.000, mientras otras fuentes hablaban de 20.000. Por su parte, CADHU y COSOFAM, que tenían registros propios provenientes de Argentina y de testimonios de quienes estaban en cárceles o habían sido liberados, pero sobre todo por cómputos de casos por familias, estimaban cifras superiores.

Pensamos que aquella discusión fue importantísima. Establecer, como se estableció finalmente, la cifra de 30.000 desaparecidos, no fue un resultado oportunista ni exagerado como pretendió la junta militar. Al contrario, fue una estimación honesta que englobaba reclamos computados, casos familiares reconocidos, y cálculos bastante aproximados de la cantidad de gente desaparecida en los campos de concentración del régimen.

De esa discusión surgió un hecho que nos parece fundamental: a partir de ese debate, realizado en el país y en todo el exilio, el mundo entero empezó a tener una idea menos confusa y mucho más específica del horror que se vivía en la Argentina. Aunque parezca insólito, una cifra establecida, coincidente para los diversos organismos y aceptada por todas las comunidades en el exilio, o sea por decenas de miles de argentinos dispersos en el mundo, tuvo la virtud de ser una enorme cooperación para que la comunidad internacional ubicara al régimen de Videla, Massera y Viola como lo que era: un proyecto genocida.

El otro asunto fue mucho más espinoso y bastante más desdichado. Hacia 1980 ya eran varios los casos de compatriotas que habían sido liberados de las cárceles del régimen, o que se habían escapado de los campos clandestinos de concentración. Algunos de ellos optaron por el silencio; otros hicieron declaraciones a la prensa internacional; y hubo quienes hicieron sus denuncias solo privadamente.

Si bien nosotros siempre entendimos que esa decisión era algo que correspondía exclusivamente a la conciencia y a la decisión de los afectados, lo cierto fue que a medida que se fueron conociendo algunos testimonios (llegaron a ser decenas y se repartieron por todo el mundo), hubo una pequeña minoría del exilio (sobre todo en México y en España) que los cuestionó por supuestas colaboraciones, traiciones, etc. Esto, por supuesto, no dejaba de ser algo muy posible pero para nosotros era incuestionable, puesto que nadie –absolu-

tamente nadie— podría levantar un dedo acusador hacia quién sufrió las atroces torturas del régimen.

Pero ése no fue el tema polémico fundamental, de todos modos. El que sí lo fue tuvo que ver con las reacciones que empezaron a producirse luego de conocidos y difundidos los testimonios. Con cierto criterio preventivo, incluso, al principio algunos organismos como COSOFAM se opusieron a la difusión masiva de esos testimonios, en el entendido de que marcaban una tendencia derrotista, suponían un extremo pesimismo sobre la suerte de los torturados porque en esencia casi todos los testimoniados aludían a la muerte de sus compañeros. Así, parecía que los desaparecidos estaban en su inmensa mayoría muertos, idea que se fortaleció por ese entonces con las desdichadas declaraciones del entonces líder radical Ricardo Balbín, quien declaró en España que efectivamente los desaparecidos “están todos muertos”. Lo cual, de hecho, descalificaba e invalidaba el accionar de los organismos de derechos humanos.

Claro que era imposible detener la difusión de esos testimonios; y era ilógico, por otra parte, desde nuestro punto de vista. Finalmente la cuestión se planteó en otro terreno: ¿Realmente se invalidaba la acción de denuncia? ¿Realmente los desaparecidos estaban “todos muertos”?

Surgió entonces la discusión más profunda. No tenemos cabal conocimiento de en qué términos se debatió en otras latitudes (aunque sí nos consta que se debatió), pero en México hubo expresiones públicas como una serie de notas de Héctor Schmucler en la revista *Controversia*, un agudo artículo de Osvaldo Pedrozo y un intenso alegato de Luis Bruschtein en las mismas páginas, todo lo cual contribuyó a que el exilio mexicano se metiera de lleno en la cuestión.

Particularmente polémica fue la serie de Schmucler, en la que el autor planteaba que había que aceptar que los desaparecidos estaban muertos porque la sociedad argentina “ahora (1980) lo que necesita es curar sus heridas y seguir viviendo;

ahora necesita crecer y para ello enterrar a sus muertos. Necesita sonreír y abandonar el miedo”. Decía que “todos fueron sistemáticamente asesinados” y que los desaparecidos “son fantasmas que esperan recuperar sus cuerpos para de una vez ser enterrados”. Y acusaba a quienes no compartían sus ideas de sentir “temor a perder una bandera. El muerto, parece, no interesa, interesa la bandera agitativa”.

Paralelamente a estas declaraciones corrían rumores *sotto voce* de algunos grupos políticos en el sentido de que los “chupados” (término despectivo con que se calificaba a quienes habían sido dejados en libertad de los campos de concentración) eran supuestamente colaboradores de la dictadura.

Los autores de este libro pensamos que es muy probable que algunos lo hayan sido, en efecto, pero sostuvimos que era por lo menos brutal hacer aquella total generalización. Por otra parte, también discrepamos con la teoría de Schmucler, y uno de nosotros (MG) incluso publicó una larga réplica en la revista *Cuadernos de Marcha*, que dirigía el respetado periodista uruguayo Carlos Quijano, debido a que la revista *Controversia* se negó a publicar esa réplica, fruto del fuerte debate en curso y acaso porque Schmucler era uno de sus directivos (véase Apéndice Documental: textos de la polémica en *Controversia* y *Cuadernos de Marcha*).

El asunto era difícil y más difícil aún era lograr una interpretación adecuada: ni los desaparecidos-reaparecidos eran todos traidores y se debían descalificar sus testimonios; ni tampoco se debían aceptar como verdades reveladas sus declaraciones, y mucho menos éstas debían invalidar la lucha por los derechos humanos.

En todo caso, siempre apoyamos –y fuimos impulsores a través de numerosos artículos en medios mexicanos y de nuestra participación en la CAS– de la tesis de que:

1. Los testimonios de los desaparecidos-reaparecidos eran importantes porque expresaban dramáticamente un aspecto significativo del horror bajo la dictadura y porque, en ese

marco, permitían conocer detalladamente lo que había sucedido y sucedía, y dónde y cómo.

2. No por ello debían tomarse como una verdad absoluta y excluyente ni convertirse por el peso de su horror congénito en limitante de la acción política antidictatorial en el exilio.

3. Si los desaparecidos estaban muertos, el reclamo debía ser el mismo que si estuvieran vivos, hasta tanto no se explicara quién los había matado, dónde, cómo y por qué. Y ésa era otra razón fundamental para exigir castigo a los responsables.

De hecho, el tiempo demostró que esa posición no fue equivocada. La acción de los organismos, hacia 1982, había superado la cuestión y en todo momento se insistió en la “aparición con vida de los desaparecidos” (forma textual que se añadió a todos los reclamos, declaraciones, conferencias de prensa y escritos públicos de los organismos de la Coordinadora), lo cual era a todas luces lo justo. Por otra parte, la historia, esa gran mentirosa pero también invencible explicadora de la humanidad, ha demostrado que fue correcto persistir en la convicción de que los desaparecidos debían ser considerados como vivos hasta tanto no se demostrara lo contrario, y que declararlos “muertos” en 1980 hubiera sido un enorme error ético, político y social. Luego vinieron los juicios, los levantamientos carapintadas, la obediencia debida, el punto final y los indultos. Y la historia, a mediados de 1998¹, está lejos de haber clausurado las cosas en este punto.

En este capítulo debe también computarse que vivió en esta provincia del exilio un número indeterminado pero muy alto de ciudadanos PEN (aquellos que habiendo estado detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional habían logrado obtener la opción constitucional para salir del país). Asimismo, algunos compatriotas que vivieron en México en esos años estaban incluidos en la llamada “Acta de Respon-

1. Año de la primera edición de este libro.

sabilidad Institucional” de la dictadura (según la cual se cancelaban sus derechos políticos y se congelaban sus bienes): Rodolfo Puiggrós, Ricardo Obregón Cano, Esteban Righi, Mario Kestelboim, Héctor Sandler, y Juan Manuel Abal Medina, entre ellos.

Grupos políticos del exilio

Desde el inicio del exilio hasta el 10 de diciembre de 1983, la cantidad, dimensión y calidad de los grupos y tendencias políticas en el exilio mexicano fue cambiante, al mismo tiempo que se sostenía un intenso nivel de debate político.

En primer lugar es necesario subrayar la diferencia entre un exilio como el argentino y otros latinoamericanos, como el chileno o el uruguayo. En estos dos casos, que se podrían extender al boliviano y a algunos centroamericanos, la población exiliar resultaba dependiente de los partidos políticos que se habían ido al exilio, prácticamente en masa, junto con sus direcciones. Pero ése no era el caso argentino.

En los primeros años del exilio se habló del mismo como de un “exilio de la guerrilla”. Y era notorio que, en diversos momentos, más temprano o más tarde, Montoneros, PRT-ERP, Poder Obrero y otras organizaciones menores tenían en el exterior a muchos integrantes de sus direcciones y cuadros altos, medios y simpatizantes. Por cierto, vivieron también en México muchísimos exiliados que en la Argentina no habían formado parte de esas organizaciones, pero el peso, el número y la influencia de ellos –fueran de izquierda o peronistas y también algunos radicales– eran mucho menores.

En el caso del peronismo, el número de los considerados como tales (“peronistas sin adjetivos”, como se mencionaba en oblicua referencia a los Montoneros) fue creciendo notablemente. Por la transterración de ex integrantes de la organización guerrillera peronista y también por los sucesivos aleja-

mientos individuales que se producían, las rupturas colectivas silenciosas y las últimas escisiones públicas (1979-1980), el número de esos peronistas “sin adjetivos” superaba con creces al de los Montoneros.

En la izquierda se asistió a un fenómeno de cierto paralelismo. Las divisiones del PRT-ERP y las sucesivas escisiones producidas en diversos sectores de izquierda favorecieron la creación de agrupamientos que superaban los antiguos encuadramientos partidarios.

A continuación se enumeran las siglas y se ofrece una breve definición de los grupos políticos actuantes en México:

- Montoneros (o Movimiento Peronista Montonero, u Organización Político-Militar Montoneros): con las definiciones y la trayectoria conocidas, actuó en México tratando de desarrollar, de hecho, la representación exiliar del peronismo. Fundó y controló el COSPA y desarrolló una intensa política de alianzas con sectores políticos latinoamericanos, particularmente con organizaciones guerrilleras y partidos nacionalistas-populares. Entre sus figuras emblemáticas se contaron Rodolfo Puiggrós y Ricardo Obregón Cano.

- Peronismo en la resistencia (primero “Montoneros Auténticos”): este sector, disidente de los Montoneros desde febrero de 1979 y encabezado por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman (aunque solamente el primero residió en aquellos años durante un tiempo en México), se alejó del COSPA, se acercó a la Mesa Peronista y participó en la fundación de la Lista Uno de la CAS (véase más adelante). En diciembre de 1983 todos sus integrantes “mexicanos” habían regresado a la Argentina. Entre ellos se encontraban Héctor Mauriño, Silvia Yulis, Liliana Mazure y Silvia Corral.

- Montoneros “17 de octubre”: último sector disidente de los Montoneros desde marzo de 1980, después de que lo hiciera el grupo de Galimberti. Se dividió luego en dos sectores, encabezados, respectivamente, por Ernesto Jauretche

y por Miguel Bonasso. El sector de Jauretche editó, irregularmente, la publicación *Lucha Peronista*. Este grupo formó parte de la Lista Uno de la CAS.

- Agrupación peronista en el exilio (APE): Fue el primer grupo de peronistas, a los que el resto del exilio calificó como ortodoxos para diferenciarlos de las posiciones de izquierda del resto de los peronistas en el exilio. Sus principales figuras fueron Amílcar Fidanza (proveniente del Peronismo de Base), Esteban Righi, Mario Kestelboim y José Amorim. En la APE comenzó el reagrupamiento del peronismo no-montonero. Editó fugazmente el periódico *Mensaje Peronista*. Unió a sectores partidarios del sindicalismo justicialista (Fidanza) con el camporismo (Righi). Fue un acuerdo momentáneo: Fidanza se incorporó a la comisión directiva de la CAS y Righi a la directiva de la APE, en búsqueda de una acción común en el frente exiliario y peronista. Pero este pacto se quebró y Fidanza y su sector salieron de la CAS, en tanto que Righi y el camporismo, por una parte, y Kestelboim, por la otra, dejaban de pertenecer a la APE.

- Comisión para el apoyo al movimiento obrero argentino (COPAMOA): surgida en 1979, la COPAMOA se reveló como un estadio más extenso y más activo que la APE para el reagrupamiento del peronismo exiliario. Al grupo de Fidanza se sumó fugazmente el Peronismo en la Resistencia y diversos ex montoneros que habían tomado distancia de la organización. Se proponía respaldar la política de la Comisión de los 25 del sindicalismo peronista que operaba en la Argentina y enarbolaba nueve puntos reivindicativos (véase Apéndice Documental). En la COPAMOA militaron en diversos momentos: Noemí Cohen, Sergio Caletti, José Ledesma, Jorge Gadano, Luis Bruschtein y Eduardo Krage-lund, entre otros. Sus integrantes participaron de la Mesa Peronista, donde se vinculaban con sectores ubicados más a su izquierda. La COPAMOA manifestó su presencia en solicitadas y actos públicos, así como buscó relacionarse con el

movimiento sindical oficial mexicano, estrechamente vinculado con el PRI, labor en la que se destacó la abogada Cohen. De la COPAMOA se fueron desprendiendo diversos sectores hasta su extinción a fines de 1981.

- Los reflexivos: Este grupo constituyó un cenáculo de discusión ideológica estructurado a comienzos de 1978 por ex integrantes de Montoneros. Sus integrantes fueron: Nicolás Casullo, Sergio Caletti, Jorge Luis Bernetti, Miguel Talento, Juan Carlos Añón, Guillermo Greco, Héctor Schmucler, Carlos Ábalo, Adriana Puiggrós y Jorge Todesca. El grupo hacía eje en la necesidad de reflexión crítica acerca de la derrota del campo popular y de los sectores revolucionarios, particularmente Montoneros, a partir de la frustración del proyecto del 11 de marzo de 1973, el choque de la izquierda justicialista con Perón y el golpe de 1976. A fines de 1979 se escindió en dos sectores. Ambos subgrupos participaron de la Mesa Peronista.

- El camporismo: aunque no constituyó un grupo formalmente integrado, existió como corriente de opinión, vigente sobre todo durante el año de residencia de Héctor J. Cámpora en México luego de su salida de la embajada y hasta su fallecimiento. Su integrante más calificado fue Esteban Righi. Participaron de esta tendencia Héctor Cámpora (h), Francisco Yofre, Julio Villar y Rodolfo Gil, entre otros. También integraron, aunque solo en sus comienzos, la Mesa Peronista.

- La mesa peronista: surgió en 1979 a partir de una iniciativa del grupo Reflexivos, propuesta a Righi y al Camporismo. Se organizó como un “Encuentro Peronista”, nombre oficial nunca utilizado en la práctica. El primer viernes de cada mes una cena frugal reunía en la sede de la CAS (donde siempre se realizó el convite) una concurrencia oscilante entre 30 y 70 personas. Se discutía un tema relacionado con la realidad del país, informado por uno o más compañeros. El otro aspecto de la actividad lo constituía el desarrollo de actividades públicas que marcaran la presencia peronista. En la Mesa se planificaron trabajosamente actividades rela-

tivas a las celebraciones del 11 de marzo y del 17 de octubre, y se discutieron diversos desplegados que aparecieron en la prensa mexicana. La Mesa nunca pudo superar ese nivel organizativo, dada la amplitud del espectro justicialista que congregaba. Este se componía de una suerte de confederación informal de grupos compuestos por entre seis y diez personas cada uno. Fue en la Mesa Peronista donde se realizó el primer encuentro entre el ex presidente Cámpora y el exilio, una vez que éste fue liberado de su cárcel diplomática en Buenos Aires. Un debate intenso pero subterráneo tuvo como eje la necesidad de incorporarse masiva y conjuntamente a la actividad en el seno de la CAS. A pesar de que las actividades de la Mesa se realizaban en el local de la CAS, un sector importante de sus integrantes (lo que podría calificarse como su ala derecha), se negó durante largo tiempo (algunos de ellos, siempre) a participar de la CAS. Planteaban dos objeciones: una, tener que participar en actividades intrínsecamente exiliares, lo que era rechazado por quienes paradójicamente estaban en el exilio pero no querían ser considerados como tales por la supuesta connotación de derrota que el concepto encierra; y la otra, no querían compartir un espacio con grupos de izquierda calificados de “gorilas”. La Mesa Peronista dejó de funcionar a comienzos de 1982 por la polarización política producida en su seno.

Como fuere, la constitución de la Mesa Peronista estimuló el surgimiento de grupos similares en el exilio peronista europeo y también sirvió de acicate para la realización de un proceso similar, aunque de otro signo ideológico: la que luego se llamó Mesa Socialista, y cuya extensión en la Argentina contribuyó a la formación del Club de Cultura Socialista.

- Lista uno (de la CAS): se constituyó en diciembre de 1980 para intervenir en el primer proceso electoral de la CAS desarrollado con comicios directos, secretos y con representación proporcional. Hasta entonces, la renovación de la Comisión Directiva de esta institución se realizaba en asamblea y seleccio-

nando, en forma pública, nombre por nombre a los integrantes de la conducción. El cambio fue la más importante consecuencia de la apertura realizada en la CAS en diciembre de 1979. En esa ocasión habían ingresado a la CD los peronistas Elvio Vitali, Sofía Villareal y Jorge Luis Bernetti y los socialistas Juan Carlos Portantiero, Gregorio Kaminski y Osvaldo Pedroso. A fines de 1980, los peronistas de izquierda de la CAS se agruparon en la Lista Uno para los referidos comicios. Los integrantes del llamado Movimiento Independiente (cuya figura más notoria era Noé Jitrik), formaron una opción de izquierda (Lista Dos). Los peronistas camporistas y los ex reflexivos cuyo liderazgo se atribuía a Miguel Talento discutieron la posibilidad de aliarse con los socialistas que encabezaba Portantiero, pero la intención fue infructuosa y finalmente no presentaron lista propia y se abstuvieron de participar en los comicios. La Lista Uno se amplió en diciembre de 1981, incorporando a otros sectores de la izquierda peronista y también contó en esa ocasión con los votos de los exiliados de la Confederación Socialista Argentina (CSA).

- Bloque peronista: constituyó un agrupamiento de la izquierda de la Lista Uno de la CAS, estructurado a mediados de 1981, que mantuvo los temas clásicos del peronismo revolucionario como su punto de encuentro. Realizó reuniones de intercambio y discusión ideológicas. Entró en crisis, como todos los agrupamientos peronistas, luego de la guerra de las Malvinas.

- Frente revolucionario 17 de octubre: siguiendo los lineamientos del grupo de la izquierda peronista liderado por el sindicalista Armando Jaime, funcionó como tal durante un par de años participando de actividades de denuncia y editando algunos boletines.

- Partido del pueblo: grupo partidario que buscó estructurar Héctor Sandler, ex diputado nacional (1973-1976) por el Partido Unión del Pueblo Adelante (UDELPA). Sandler estaba incluido en el Acta de Responsabilidad Institucional. El grupo editó en pocas ocasiones una hoja partidaria llamada *Democracia*.

- Mesa socialista: Fue un grupo de discusión y análisis formado en 1979. Se reunía mensualmente para una comida en el local de la CAS y durante la misma se analizaba un tema político o ideológico. Participaban de este sector los miembros socialistas del comité editor de la revista *Controversia*, los militantes del núcleo mexicano de la Confederación Socialista Argentina (CSA) y el Partido Socialista Popular (PSP), cuyo principal dirigente era Oscar González. Entre sus principales integrantes se contaron: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, Jorge Tula, Carlos Ábalo, Liliana de Riz, Sergio Bufano, Olga Pisani, Ricardo Nudelman, Osvaldo Pedroso, Antonio Marimón y Emilio de Ipola, entre otros. La mayoría de los miembros de la Mesa Socialista no adhería sin embargo a la CSA-PSP y, paradójicamente, una personalidad como Gregorio Selser no integraba esta Mesa. De la Mesa Socialista surgió la Lista Tres para las elecciones de la CAS de 1982, encabezada por Osvaldo Pedroso.

- Lista tres (de la CAS): fue la representación de los socialistas de la Mesa en las internas de la CAS. Sostuvo una posición diferenciada tanto del otro sector de izquierda, el llamado Movimiento Independiente como de la Lista Uno peronista. Mantuvo excelentes relaciones políticas con el peronismo camporista.

- Confederación socialista argentina: pequeño núcleo de media docena de adherentes, desarrolló una intensa y persistente acción de presencia política por medio de solicitadas, comunicados de prensa y relaciones públicas con fuerzas políticas mexicanas y latinoamericanas.

- Movimiento independiente (Lista Dos de la CAS): tendencia de izquierda no alineada con partido alguno, hegemónica en la CAS. Su figura más notoria fue Noé Jitrik, quien fue secretario general de la CAS en 1981 y 1982. Los “independientes”, como se los llamaba no sin ironía, constituyeron formalmente un agrupamiento luego de estructurar la Lista Dos para las elecciones de la CAS. Muchos de sus integrantes eran ideo-

lógicamente marxista-leninistas; mantuvieron distancia crítica respecto de las fuerzas partidarias de la izquierda foquista y también de las por ellos consideradas “refomistas”, como la Mesa Socialista. Sobre esta última dispararon mucha munición ideológica y rechazaron la valoración del eurocomunismo efectuada entonces por los socialistas.

Durante largo tiempo organizó su trabajo mediante reuniones semanales. A pesar de las fuertes polémicas ideológicas con la Lista Uno –peronista– soportó con este agrupamiento todo el peso de la organización de la CAS. En el seno del Movimiento Independiente existían diversas opiniones que polemizaban sobre la línea general a sostener frente al proceso político argentino y los distintos sectores del exilio peronista. Insistían en la necesidad de producir lo que denominaban el rearme ideológico del movimiento popular. Entre los integrantes más notorios se contaban: Oscar Colman, Mario Burkún, Lucio Geller, Juan Pegoraro, Alberto Federico, Alberto Spagnolo, entre otros y la influencia distante de Juan Carlos “Lito” Marín.

- Trabajadores y sindicalistas argentinos en el exilio (TYSAE): formado hacia 1978, el TYSAE constituyó un agrupamiento de antiguos militantes clasistas argentinos. Formó parte de la Coordinadora de Derechos Humanos y sostuvo ácidas polémicas con la CAS, con el peronismo en sus diversos matices y con todos los sectores de izquierda que ellos tildaban de “reformistas”.

- Unidad y resistencia argentina en el exilio (URAE): coalición de grupos izquierdistas y unos pocos peronistas de izquierda. Formó parte de la Coordinadora.

- Partido revolucionario de los trabajadores (PRT). En los primeros años del exilio (1974-1976), el PRT no desarrolló una acción unificada en México. Cuando la dirección orgánica partidaria se estableció en el exilio, el PRT trabajó junto a los Montoneros en el COSPA. Luego, con la declinación de las organizaciones armadas, sufrió su propio proceso de cariocinesis.

El peronismo: debates y tendencias

El exilio peronista en México estuvo sometido, sobre todo en sus primeros años (hasta 1979), por el síndrome del montonerismo. Muchos exiliados habían llegado a México como ex miembros del aparato del partido o de sus diferentes agrupaciones.

Al arribar a México muchos de ellos se reintegraron al Movimiento Peronista Montonero (MPM) y, por el contrario, muchos otros se mantuvieron aislados respecto de su antiguo encuadramiento político. Otros militantes peronistas, que no habían llegado a México como montoneros ni ex montoneros, de todos modos procedían de experiencias políticas afines del llamado Peronismo Revolucionario en su más amplia acepción. Por ejemplo del Peronismo de Base o de la llamada Lealtad, entre otros.

La dispersión de los Montoneros fue generando un amplio cuadro de militantes peronistas exiliados y, como se decía en la jerga al uso, sin referentes. Organizados grupalmente, de manera formal o informal, o individualmente, los primeros intentos organizativos provinieron de personas vinculadas con estos sectores combativos, camporistas y similares. De ese marco surgió la APE, mencionada en el subtítulo anterior. Sin embargo, su capacidad de convocatoria fue sumamente reducida.

“Los Reflexivos”, también aludidos antes, se agruparon precisamente para repensar la crisis que implicaba la derrota, descartando el ejercicio de la acción política inmediata.

Entre los años 1976 y 1978 se fue produciendo la dispersión y el repliegue montonero, mientras aumentaba el escepticismo ante el triunfalismo delirante de su conducción, que anunciaba resistencias imaginarias y contraofensivas suicidas, a la vez que subvaluaba las pérdidas y sobrevaloraba las hipotéticas victorias. Así fueron capaces de anunciar el pronto y catastrófico final de la dictadura.

El 17 de noviembre de 1978 la APE organizó una evocación del retorno de Perón. Un asado celebrado en la CAS reunió a unas cuarenta personas. La velada fue presidida por Amílcar Fidanza y Esteban Righi, entonces secretario general de la CAS. (Curiosamente, la CAS tenía por entonces fama de “gorila”, concepto segregado desde las filas montoneras).

En enero de 1979, se produjo la primera entrevista de la comisión directiva de la CAS con el presidente mexicano José López Portillo, cuya publicitación por Fidanza como una entrevista de peronistas con el mandatario mexicano (en la que él incluyó un pedido de libertad para Isabel Perón), provocó una crisis y su inmediato alejamiento de la CD, a la vez que su ruptura con Righi dentro del peronismo.

En febrero de 1979 se produjo otra ruptura: esta vez la de Rodolfo Galimberti y Juan Gelman con los Montoneros. Surgió de esa escisión el llamado “Montonerismo Auténtico”. Estos dos dirigentes fueron condenados a muerte por el oficialismo de la organización guerrillera. Algunos militantes montoneros que residían en México siguieron esa línea rupturista y uno de los autores de este trabajo escribió una serie de cinco notas en el diario *El Universal* a propósito de ésta, la primera gran escisión pública y grupal de la organización, lo que a su vez provocó una ardua polémica en el exilio acerca de la oportunidad de esos artículos (véase Apéndice Documental, doc. 4).

En abril de 1979, a partir de la huelga lanzada en Buenos Aires por la Comisión de los 25, y de la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, se observó un lento avance de la cuestión de los derechos humanos. Y en el exilio peronista se dieron pasos hacia un agrupamiento más orgánico y decidido, enmarcado en aquellas luchas populares y en el incremento de las declaraciones del conjunto de la oposición política en la que se encuadraba el justicialismo.

El 17 de octubre de 1979 se celebró por primera vez en México el aniversario del “Día de la Lealtad”. Fue una reu-

nión peronista “sin adjetivos”, como se enfatizaba entonces, en contraposición a la celebración montonera. El acto peronista consistió en una comida en el restaurante “Los Inmortales” (conocido como “lo de Angelito”) en la colonia Altavista del sur de la ciudad. No hubo discursos y solo se entonaron el Himno Nacional Argentino y la Marcha Peronista, siguiendo así el compás más bien gastronómico que caracterizaba a la reagrupación justicialista en el país.

Por esos días se realizó la primera Mesa Peronista, mencionada en el subtítulo anterior. Y apenas un mes después, el 19 de noviembre, se produjo el arribo de Cámpora a México, otorgado finalmente el salvoconducto por la Junta Militar. Esa llegada marcó otro punto de polarización (Véase el texto que dedicamos a Héctor J. Cámpora).

Entre los debates importantes de aquel momento, para los peronistas, figuraba la necesidad de responder a las siguientes preguntas: ¿Cómo enfocar la acción “sindical” específicamente exiliar? ¿Se debía participar o no de los organismos exiliares con compatriotas de otras ideologías políticas?

En diciembre de 1979 la renovación de la CD de la CAS planteó la incorporación de más peronistas a la misma, junto a Esteban Righi. Un mes antes se había producido la aparición de la revista *Controversia*, en cuyo consejo de redacción figuraban tres peronistas: Nicolás Casullo, Sergio Caletti y Héctor Schmucler.

Empero, en la Mesa Peronista, pese a que la misma desarrollaba sus actividades en la sede de la CAS, la mayoría de sus integrantes todavía se resistía a integrarse formalmente a esa institución de tipo mutual en la que los peronistas eran minoritarios.

El 1º de febrero de 1980, en el Seminario Bautista de México D.F., Rodolfo Galimberti dio una charla política para exponer el proyecto de su sector.

La proliferación de grupos y sectores estimulaba todo tipo de actividades de reencuentro. Así, el 10 de mayo un llamado Grupo Copilco (un sector peronista de izquierda deno-

minado así por el nombre del complejo edilicio en donde se reunían) organizó un asado en conmemoración del 1º de mayo. Se anunció que el total de lo recaudado sería enviado a las “compañeras Madres de Plaza de Mayo” y los organizadores afirmaban en la invitación: “Aquí, en el exilio, los peronistas estamos comenzando a producir hechos de conjunto que nos permitirán aportar de la forma más efectiva posible para solucionar la situación que vive la República Argentina. Esta perspectiva de trabajo requiere como condición necesaria el esfuerzo y la participación amplia y constructiva para superar las experiencias negativas anteriores, que impidieron oponer a la dictadura un Movimiento Nacional poderoso y consolidado”. La asistencia fue numerosa: más de 250 personas.

Entre los organismos más representativos del peronismo exiliario estaba COPAMOA. Sus integrantes permanecieron en la Mesa Peronista y polemizaron con la Lista Uno y con el sector de los Reflexivos encabezado por Talento y Añón. Esas diferencias se expresaron en dos solicitudes publicadas simultáneamente en ocasión de la celebración del 17 de octubre de 1980 (véase Apéndice Documental, doc. 21 y 22). Las principales diferencias que manifestaban con el desplegado de la Mesa (donde la COPAMOA no era hegemónica) eran el subrayado del carácter coyuntural de la conducción de Deolindo Felipe Bittel en la Argentina, defendida en cambio como “orgánica” en el desplegado de la COPAMOA; y por otra parte en una diferente puntualización del tema de los detenidos-desaparecidos, que brillaba por su ausencia en el texto de la COPAMOA.

En diciembre de ese mismo 1980 la organización de la Lista Uno de la CAS fue rechazada por el grupo de Talento y por los camporistas de Righi, mientras que los integrantes de la COPAMOA permanecían ajenos al tema.

Los debates vigentes en el peronismo durante ese lapso incluían de manera preponderante la crítica a la teoría y práctica del foco, a la perspectiva de la vanguardia revolucionaria y la militarización de la política. Se produjo además la reivin-

dicación de la línea de masas, la priorización de la política por sobre las concepciones militaristas y economicistas, la revalorización de la lucha sindical y la recuperación de la democracia como instrumento y método para resolver las contradicciones del peronismo, y como mecanismo y estilo para enfrentar los problemas de la sociedad argentina.

Un punto sumamente polémico, que dividió de manera confusa y emotiva las posiciones, fue el porvenir del peronismo revolucionario. Superada la experiencia montonera, ¿cabía la posibilidad de un peronismo revolucionario democrático? O, por el contrario, ¿se debía volver a la concepción de que el peronismo, en su conjunto, era revolucionario *per se*? ¿Cuál era el papel de Isabel Perón? ¿Debía considerarse de valor equivalente la estrategia montonera y la política derechista de Isabel y López Rega? ¿Y cómo debían interpretarse los juegos burocráticos de los dirigentes sindicales? En este marco, algunas de las posiciones fueron calificadas de “doctrinarias” y las otras de “neomontonerismo”.

Un problema político concreto para la reconexión política fue el siguiente: en la mayoría de los casos (y hasta la aparición de Intransigencia Peronista en la Argentina) los grupos peronistas del exilio se vinculaban con sectores justicialistas del país que estaban ubicados sistemáticamente en la derecha del movimiento.

En 1981 se incrementaron los contactos peronistas del exilio con el interior del país. El 7 de abril de 1980 se difundió en Europa, y luego en México, una carta de Bittel. En ella el vicepresidente en ejercicio de la presidencia del Partido Justicialista manifestaba: “Considero que este régimen –entre las equivocaciones trascendentes– cometió el inexplicable acto de juzgar a todos los compañeros sin distinguir el ‘trigo de la paja’. Hay muchos compañeros peronistas que debieron dejar el país porque sabían que sus nombres estaban signados con el mote de ‘subversivos’. La historia algún día aclarará esta injusticia” (véase texto completo en Apéndice Documental, Doc. 25).

En los años inmediatamente anteriores habían circulado en el exilio dos documentos emitidos por grupos que, rompiendo con los Montoneros, sostuvieron durante algún tiempo la identidad originaria, aunque con aditamentos. En el primer caso, el “Peronismo Montonero Auténtico” surgió en febrero de 1979 y se dio a conocer mediante un “Documento de Ruptura” en junio de ese año. En el segundo, los “Montoneros 17 de octubre” anunciaron su nacimiento en marzo de 1980. En el primer caso, la conducción de Mario Firmenich dispuso la condena a muerte de los dirigentes Galimberti y Gelman. En el segundo, se firmó un acuerdo de partes que liberó a los disidentes de sus obligaciones respecto de la conducción nacional montonera (véase Apéndice Documental, Doc.8).

El “Documento de Ruptura” de los Montoneros Auténticos, en un tono fuertemente crítico hacia sus ex compañeros, se ocupaba entre otros temas de la “militarización de la política” por parte de los Montoneros y señalaba que “esta idea es de raíz reaccionaria, aunque se vista con ropajes de izquierda, negando la democracia, por ‘liberal’, y termina olvidando la soberanía popular, por burguesa. Basta ver el denominado ‘Proyecto Nacional Revolucionario’ del MPM, que es claramente corporativista, o en las últimas declaraciones de Firmenich, que proporcionó solución al drama argentino con arreglos de partes que ignoran la posibilidad de la libre expresión de las masas en un proceso democrático; con lo que la OPM (Organización Político-Militar) resulta tan autoritaria como la Junta Militar a la que dice oponerse, pero a la que sin embargo le propone ‘arreglar’ a espaldas de la voluntad popular”.

El documento de Galimberti agregaba: “El modelo de construcción concebido por la conducción de la OPM, que se articula a partir de la designación del ‘responsable’ desde arriba y a dedo, de acuerdo a una legalidad externa a las masas, chocó siempre con la realidad democrática del movimiento obrero. Esta metodología contiene además como elemento esencial la pretensión de ignorar las representatividades existentes

y reemplazarlas por el paracaidismo del cuadro profesional. Cuadro que no trabaja en ningún taller y que en el 99% de los casos adolecía de una ignorancia total respecto de la naturaleza, los métodos y los objetivos del trabajo sindical. Esta idea del cuadro ‘interno’ que garantiza, da prioridad a la fidelidad a la autoridad de la organización por encima de la representatividad o la capacidad, combinada con la decisión de someter, o en su defecto, destruir a todo aquel que no se controle organizativamente, lo único que consiguió fue que la OPM jamás pudiera hacer pie en la clase obrera”.

Por su parte, los “Montoneros 17 de octubre” señalaron, a su turno y en marzo de 1980, al presentar a su “Consejo Provisorio” que “dentro del peronismo montonero han coexistido claramente dos tendencias: una que hizo hincapié en el desarrollo de la política de masas y otra que sobrevaloró la importancia de la lucha armada en la acumulación de poder popular. La coexistencia entre ambas tendencias no terminó nunca de sintetizarse y fue aquella última, la militarista, la que mantuvo su preeminencia en el manejo del aparato y en la conducción de la política, con graves consecuencias para nuestro desarrollo”.

La presencia de Héctor J. Cámpora en México, en la etapa final de su vida, pareció plantear otra posibilidad de reagrupamiento. Pero su enfermedad y las limitaciones políticas del equipo que lo rodeó se conjugaron para bloquear esta posibilidad.

Otra tentativa de reestructuración de fuerzas fue la política de ampliación de la Lista Uno de la CAS con vistas a las elecciones de renovación de la Comisión Directiva en diciembre de 1981. Sin embargo, si bien el criterio organizativo de la Lista Uno avanzó por sobre la inorganicidad exaltada como virtud frente al aparatismo, tampoco esta línea política significó la unidad peronista. Pero sí recuperó los contenidos combativos del peronismo revolucionario en el marco de su funcionamiento democrático, inédito para los demás agrupamientos peronistas.

Un episodio aparte lo constituyó la presencia en México, en octubre de 1981, de Nilda Garré, quien explicitó la propuesta de Intransigencia Peronista (IP). El plenario del peronismo surgido de esa propuesta fracasó porque nunca estableció una vinculación continuada con la política de la IP, en un primer momento, y porque enseguida afloraron discrepancias en la medida en que IP se acercó a la política de los Montoneros. Lentamente, el agrupamiento esbozado se desdibujó hasta su extinción.

Durante la guerra de Malvinas se produjo el arribo de Juan Manuel Abal Medina, a quien la junta militar le otorgó finalmente el salvoconducto para salir del país. Su llegada constituyó el tercer gran acontecimiento político para el exilio peronista, luego del arribo de Cámpora y los viajes de Garré. Abal Medina suscitó muchas expectativas y el acto realizado en la central sindical “Congreso del Trabajo” (donde él fue orador principal. Véase Apéndice Documental, Doc.39) fue probablemente la mayor movilización del peronismo en México.

Pero la unidad que no habían podido lograr todo los intentos anteriores, tampoco pudo ser concretada por Abal Medina, incluida la propuesta de constituir una “coordinadora peronista”, en mayo de 1981, que él formuló para superar “las viejas prácticas verticalistas y las nuevas formas del aparatismo por todos conocidas”.

También naufragó la perspectiva de constituir una “Unidad Básica Peronista”, iniciativa lanzada en noviembre de 1982, comenzado ya el proceso de reorganización del Partido Justicialista. Este proyecto fue impulsado –entre otros– por Alfredo Guevara, Ernesto Jauretche, Juan Carlos Añón e Ignacio Vélez. Decía el manifiesto que apoyaba esa idea: “La reivindicación de los argentinos en el exterior mayoritariamente peronistas de votar en las internas y en las elecciones nacionales es cuestión que, obviamente, atañe al Partido Justicialista”. La falta de apoyo político en la Argentina para el reconocimiento del organismo por parte de la conducción del PJ hizo naufragar definitivamente el intento.

Ya para entonces había surgido con fuerza la preocupación por el que algunos consideraban inminente retorno al país, planteado a partir de la derrota argentina en la guerra de las Malvinas. En el peronismo se llegó a constituir una Comisión Peronista para el Retorno, integrada –entre otros– por Osvaldo Villaflor (ex integrante del secretariado nacional de la Federación Gráfica Bonaerense), Antonio Coria y Marta de Cea.

Si bien los múltiples intentos marcaron –como resulta evidente– un alto nivel de inorganicidad, los mismos no plantearon enfrentamientos abismales sino más bien largos procesos deliberativos que buscaban organizar acciones puntuales concretadas en marchas, manifestaciones, solicitadas, demandas a autoridades y a sectores sociales mexicanos. El mayor problema surgido durante estos empeños fue la falta de profundidad en el debate ideológico y la carencia de sistematización de la discusión teórica. En segundo término, la urgencia por resolver contradicciones y acelerar síntesis; y finalmente la incapacidad para convivir con diferencias menores. En definitiva, la carencia de una práctica política por el hecho insoslayable de la condición exiliar.

La izquierda: debate y tendencias

Como en el caso del peronismo, en la izquierda del exilio mexicano también es indispensable, desde el punto de vista analítico, realizar un esfuerzo por interpretar los cortes ideológico-políticos que permitan una aproximación a su recorrido en aquellos años.

Por cierto, buena parte de la izquierda exiliar también provenía de la experiencia de la guerrilla. Diversos niveles de compromiso y simpatía marcaron a los militantes que habían participado de esa experiencia en el PRT-ERP y la OCPO-Brigadas Rojas y grupos menores. Se podría agregar, además, a los que, aun sosteniendo una independencia político-organi-

zativa respecto de la guerrilla, llegaban de la experiencia del clasismo sindical. Por último estaban los que habían tenido vinculación con la política de Montoneros aunque sin haber asumido una identidad peronista ni participado formalmente en la organización encabezada por Mario Firmenich.

Una tendencia muy clara en la izquierda, como en el caso de los peronistas exiliados, fue la desintegración de los antiguos encuadramientos surgidos en la Argentina. El movimiento centrífugo se desarrolló a partir de considerar la derrota política sufrida en la Argentina por todos los grupos guerrilleros, el movimiento obrero y el conjunto del campo popular. El debate sobre la lucha armada se desarrolló, de manera sustancial, como crítica al militarismo. En algunos sectores, como el Partido Revolucionario Obrero Argentino (PROA), luego continuado como Centro “Rodolfo Ortega Peña”, se cuestionó la táctica seguida por los grupos guerrilleros (peronistas y no peronistas), que según su criterio se habían despegado de las acciones organizativas de la clase obrera, cuyo protagonismo esencial estaba fincado en el movimiento clasista y en las movilizaciones peronistas de izquierda más consecuentes. De alguna manera también fue éste el eje ideológico construido por los integrantes de la publicación *Rearme*.

En los diversos y complejos grupos en que se fraccionó el PRT, fue también un eje central de la discusión la crítica de la militarización de la política de izquierda por sobre la organización y las luchas de la clase obrera. También se produjo un esbozo de revalorización del peronismo, la democracia y la cuestión nacional.

Junto con el tema de la lucha armada, la reflexión sobre la democracia fue otro de los puntos de toque de la izquierda exiliar. En este caso, la disputa ideológica trazó una frontera de separación entre grupos como los mencionados anteriormente y la Mesa Socialista, y sobre todo con los integrantes de ésta que eran miembros del consejo de dirección de la revista *Controversia*.

Aquellos sectores que pusieron énfasis en la experiencia clasista obrera, denostaron la perspectiva de revalorización de la democracia de los socialistas de *Controversia* y de la Mesa. En su discurso, estimaron que esa línea equivalía a asumir las perspectivas socialdemócrata y eurocomunista. Sectores como el TYSAE y el URAE, entre otros, rescataban los contenidos del marxismo más dogmático. Entre sus preocupaciones fundamentales figuraba el apoyo a las luchas revolucionarias de Centroamérica.

En el caso del Movimiento Independiente (MI) constituyó un agrupamiento centrado en profesionales e intelectuales de tradición izquierdista, sin militancia partidaria orgánica. El MI, muy marcado por su integración a la CAS, mantuvo posiciones antidictatoriales desde una perspectiva no comprometida con sectores, partidos o corrientes de izquierda de la Argentina y, por lo tanto, no asumió un rol protagónico en los debates de la izquierda del exilio. Esta actitud quedó evidenciada en la falta de una publicación propia. Aunque el MI sostuvo una posición crítica respecto de las actitudes sectarias de los grupos de izquierda más “ultras”, también sostuvo una ácida oposición y rechazo a las tendencias expresadas por la Mesa Socialista y *Controversia*.

La mayoría de los sectores enfatizó en sus pronunciamientos y acción en la exaltación de la lucha de los organismos de defensa de los derechos humanos. Pero ese énfasis fue bastante más atenuado en el caso de la Mesa Socialista.

La izquierda, en general, fue escéptica respecto de la posibilidad de restauración de la democracia y de sus posibilidades de profundización. Cuestionó el colaboracionismo de los partidos políticos respecto de la dictadura, en especial del peronismo y del radicalismo, y fustigó con dureza a la Multipartidaria. También señaló negativamente las posiciones asumidas por el Partido Comunista Argentino frente a la dictadura.

A la hora de las elecciones del 30 de octubre de 1983, para la mayoría de estos grupos las opciones electorales

eran poco atractivas. Se dio la paradoja de que grupos que sostenían dentro de la CAS y el exilio visiones antagónicas, como la Mesa Socialista y el MI, acabaron definiéndose de manera abrumadora en favor de la candidatura radical de Raúl Alfonsín. Las posiciones más radicalizadas prefirieron un hipotético voto por el PO o por el MAS. Y un sector importante se pronunció por la candidatura de Oscar Alende. Y sin embargo hubo notorios militantes ultras que, en la polarización radicalismo versus peronismo, preferían aunque a disgusto ofrecer su voto desde la lejanía por la fórmula justicialista Luder-Bittel.

Las grandes polémicas del exilio

A diferencia de lo que ocurría en el país, en el exilio se podía discutir políticamente con amplia libertad. De tal modo, se pudieron procesar a cada instante todos y cada uno de los hechos políticos argentinos, así como se iban elaborando los muertos y se discutían temas que, por obvias razones de seguridad, no podían desarrollarse en la Argentina. La discusión política fue, entonces, intensa y constante. Recorrió las charlas en las casas y las reuniones sociales, se manifestó en las disputas en las asambleas de los organismos del exilio, en las polémicas escritas desarrolladas tanto en la prensa comercial como en los más modestos voceros de la opinión exiliar. Algunas de esas disputas abarcaron al conjunto y fueron de intensa tonalidad emocional; otras, confinadas a círculos de especialistas, se trataron con asepsia científica.

En los primeros tiempos, el punto esencial de discusión giraba en torno de la subsistencia o no de las organizaciones guerrilleras Montoneros y ERP. El tono crítico frente a sus propagandistas y dirigentes fue subiendo cada vez más, al mismo tiempo que se producía el paulatino alejamiento de muchos militantes y cuadros del aparato de los mismos.

De inmediato, esa polémica fue sucedida por la interrogación de la vía elegida como camino central hacia la Revolución: la lucha armada. De allí que temas como la derrota del campo popular o su negación; la derrota de la guerrilla y la existencia de una guerra en la Argentina se convirtieron en centro de ardorosas discusiones.

La derrota era negada por los Montoneros, que acusaban a sus críticos de un supuesto “derrotismo”. En cambio, era explicada como un elemental ejercicio de realismo por los sectores mayoritarios, muchas veces silenciosos, del exilio. En esta etapa de la discusión, el silencio equivalió a una forma de disenso con la voz hegemónica del exilio mexicano que, entre los años 1976 y 1979, fue la de los Montoneros. Sin embargo la mayoría del exilio, pese a la visión deformada que de ella transmitían los medios de información de la Argentina, estaba dotada de un amplio sentido de la realidad respecto de la caracterización del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

El tema de la derrota pasaba por definir si abarcaba a la totalidad del campo popular o solo a la guerrilla. Y, en el caso de elegir la primera opción, de qué modo se planteaba la posibilidad de reagrupar fuerzas y sectores para revertir la situación.

La discusión acerca de la existencia o no de una guerra se hizo en mesas redondas efectuadas en la CAS y en *Controversia*. Fue impulsada por peronistas disidentes de los Montoneros que subrayaron el elitismo, el sectarismo, el militarismo y el vanguardismo, características que habían sido llevadas al extremo por el ERP.

Del mismo modo, el tema de la guerra sirvió para señalar una suerte de identidad de planteos entre la dictadura y las organizaciones guerrilleras acerca de la militarización de la política, resultando ésta en una lucha de aparatos separadas de las masas. Como tema subsecuente de éste, lo que también se discutía era la pertinencia de la lucha armada como método válido para la consecución de objetivos políticos.

En general, los grupos de izquierda no peronistas, salvo los encuadrados en la Mesa Socialista, criticaban aquellas formas concretas de lucha armada a partir de una lectura tradicional de los textos clásicos del marxismo. Pero no cuestionaban los principios justificadores provenientes de esos mismos libros.

El de los derechos humanos fue otro importante tema de polémica. La creación de la organización “Madres de Plaza de Mayo” y de los demás organismos que se fueron sumando al combate antidictatorial, tuvo su correlato en el exilio. El debate giró en torno de dos grandes aspectos: ¿Los desaparecidos estaban todos muertos o existían sobrevivientes de ellos en los campos de concentración? ¿Y cuál era su número? En este contexto, la aparición de sobrevivientes de los campos de exterminio, y los testimonios públicos realizados por varios de ellos, se convirtieron en un punto verdaderamente muy crítico.

En el peronismo fue un punto central la discusión sobre la reestructuración del Movimiento. Después de la derrota, ¿había otro jefe del Movimiento? ¿Eran Bittel y el consejo nacional que lo acompañaba un punto legítimo de referencia? ¿Tenía sentido la reconstitución del peronismo revolucionario? ¿Que características debía plantearse su reformulación? En estos interrogantes se consumieron infinitas reuniones de la Mesa Peronista, la Lista Uno, la revista *Controversia*, el Bloque Peronista y otros grupos.

Otro tema que ingresó con fuerza, sobre todo ya en la década de 1980, fue el debate acerca de la democracia como modelo político. Fue importante en las fuerzas que, por diversas razones y justificantes ideológicas, no habían hecho de la democracia una preocupación ni un estilo centrales de sus prácticas.

El debate de la democracia no solo interesó en lo teórico sino también en los comportamientos del exilio: en las elecciones internas de la CAS y en las deliberaciones de la Mesa Peronista, la Mesa Socialista, el Movimiento Independiente y la Coordinadora de los Derechos Humanos. Toda práctica de

verticalismo, todo resabio de los viejos métodos de “orden y mando” perdieron peso específico en el exilio.

A partir de la izquierda, las grandes discusiones de fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1980 sobre el socialismo real, el eurocomunismo y la socialdemocracia tuvieron también un gran peso. Dividieron en campos seriamente enfrentados a los grupos “ultras” por un lado, y a los catalogados como “reformistas” por el otro. Las críticas a los países socialistas, burocráticos, y la revalorización de la independencia de los partidos eurocomunistas y el juego movimientista recuperado por éstos y exaltado por la socialdemocracia, solidarizaron a algunos sectores de izquierda y a peronistas. En cambio, otros peronistas e izquierdistas mantenían intereses comunes haciendo eje en la solidaridad con los movimientos revolucionarios de América Latina.

El modelo económico que impuso el equipo del ministro José Alfredo Martínez de Hoz originó fuertes debates acerca de sus consecuencias. En *Controversia* y en *Cuadernos de Marcha* se leyeron ensayos de Pedro Paz y de Edgardo Lifchitz, así como de Carlos Ábalo y Oscar Braun, y se realizaron diversas mesas redondas sobre el tema. La Mesa Peronista realizó varios debates acerca de la política económica de José Ber Gelbard y discutió la posibilidad de un nuevo Pacto Social, rememorando el que había planteado el peronismo en 1973.

La guerra de las Malvinas fue otro punto crucial de polémica, cuya importancia y extensión obliga a un desarrollo en otro capítulo (ver cap. La guerra de las Malvinas).

Y quizás una de las últimas polémicas del exilio y la primera del posexilio, fue la generada por un audiovisual sobre la comunidad argentina en México, producido por un equipo integrado entre otros por María Seoane. Luego de su exhibición en México hubo apoyos y disgustos, y hasta un cruce de artículos en el periódico *unomásuno* que reveló la amplia discusión que se abrió desde entonces para generar eventuales interpretaciones convergentes del exilio.

En las páginas de *Controversia* se desarrolló una ardua polémica sobre el populismo entre Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola, por una parte, y Nicolás Casullo, Sergio Caletti y Elena Casariego (seudónimo de Alcira Argumedo), por la otra. Esta polémica culminó en el último número de aquella publicación y fue anticipadora de temas de la campaña electoral para los comicios presidenciales de 1983.

La historia de la CAS

De los organismos aglutinantes del exilio argentino en México, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) fue, para la mayoría del exilio, la institución que tuvo una más interesante evolución, y la que llegó a reunir a la mayor cantidad de exiliados. Nuestra participación fue muy activa en la marcha y el desarrollo de esa institución, aunque también conocimos perfectamente la otra, el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), porque allí pasamos el primer año de nuestro exilio.

Fue fundada en 1975 por los primeros exiliados a causa del isabelismo-lopezrreguismo, entre los que se contaron Esteban Righi, Haydée Birgin y Rafael Pérez. A ellos se sumaron desde el inicio otros argentinos que ya radicaban en México, como Noé Jitrik, Tununa Mercado, Máximo Simpson y algunos más. Esa primera comisión tuvo como objetivos, desde su origen, atender los problemas de solidaridad elemental de los pocos argentinos que por entonces llegaban a México: se ocuparon de problemas migratorios, laborales e incluso de fomentar una relación de tipo social entre los compatriotas, cuando la colonia era apenas incipiente. En aquellos tiempos hubo otros exiliados del isabelismo, como Carlos Ulanovsky, Marta Merkin, Ricardo Halac, Luis Brandoni. Marta Bianchi, Julio Villar y otros que luego retornaron al país, aunque algunos de ellos tuvieron luego que volver a México, exiliados por segunda vez.

Hacia finales de 1975 la presencia de argentinos en tierra azteca era ya más numerosa, y se había incrementado mucho el peso de los Montoneros. En octubre de ese año, esta organización presionó para que el exilio asumiera posiciones y definiciones claramente políticas, lo que de hecho significaba aceptar su orientación partidaria. Como tal imposición fue resistida por algunos, se produjo la división en dos entidades: el COSPA, que se fundó entonces y cuyo primer secretario general fue Ricardo Obregón Cano (seguido dos años después por Rodolfo Puiggrós, ambos pertenecientes al Movimiento Peronista Montonero), y la CAS, que empezó a llamarse así a partir de esa escisión, con Esteban Righi como primer secretario general, cargo que desempeñaría hasta diciembre de 1980.

Desde su origen la CAS procuró resistir a las hegemonías partidarias, que de hecho se impusieron en el COSPA, organismo que se fue radicalizando a partir del 24 de marzo de 1976, ya claramente definido alrededor de la política montonera, y con el apoyo expreso o implícito del PRT-ERP y del OCPO (Organización Comunista Poder Obrero) y de algunos militantes de izquierda independientes pero muy cercanos ideológicamente a sus planteamientos. La CAS, por el contrario, aunque pasó a ser un organismo al principio muy minoritario, estableció un espacio mucho más amplio y no sectario en términos ideológicos. Esto, que se decía que era su principal capital, también en aquel tiempo era visto como su gran déficit, según algunas críticas que por entonces los autores compartíamos. Pero hoy podemos decir que es indudable que ese marco pluralista fue, con el tiempo, el mejor y el mayor mérito de esa institución.

La CAS empezó a funcionar en una casa de la calle Calzada de los Leones número 180, en la colonia (barrio) Las Águilas, en el sur de la ciudad de México. En el boletín número 2 de esta institución (marzo de 1977), se escribió: “La CAS se constituyó a mediados de octubre de 1975, luego de una serie de alternativas que tuvieron lugar en el seno de la colonia argentina en

México y como resultado de lo cual también surgió el Comité de Solidaridad con las Luchas del Pueblo Argentino por su Liberación (originalmente, COSPAL). En lo que respecta a la CAS, sus integrantes proceden de las más diversas experiencias políticas y de diferentes posiciones ideológicas, excluidos, naturalmente, quienes hagan del fascismo o de la vocación represora su profesión de fe; en consecuencia, su Declaración de Principios (véase Apéndice Documental, Doc.1) no comporta ni un programa de soluciones políticas para la Argentina ni una postura política o ideológica unívoca; por la misma razón, el respeto al pluralismo constituye uno de los conceptos centrales, tanto en la Declaración de Principios como en su práctica”.

El organismo se postulaba, también, con “finalidades bien precisas: ante todo, prestar solidaridad material a los emigrados como consecuencia de la represión existente en la Argentina; en segundo lugar, aunque no menos importante, denunciar dicha situación represiva por todos los medios a su alcance; y por último, tratar de establecer vínculos solidarios con otras instituciones o personas que consideren que la situación argentina es resultado de la acción de factores no solo internos sino también internacionales, lo que permite comprender la situación de otros países del continente”. Y se agregaba un párrafo que decía: “Todos los actos que lleva a cabo la CAS son financiados fundamentalmente con el aporte de sus integrantes. Por otra parte, los estatutos prevén la existencia de una Asamblea y de un Grupo Coordinador, integrado en la actualidad (N. de los A.: ésta fue la primera CD) por Haydée Birgin, Noé Jitrik, Oscar Pedrotta, Rafael Pérez, Esteban Righi y Miguel Ángel Rodríguez”.

Este Grupo Coordinador cuyo secretario era Righi, funcionó hasta 1978, cuando en Asamblea General se incorporaron a la dirección Ricardo Nudelman, Amílcar Fidanza y Miguel Ángel Piccato. Y en 1979 una nueva asamblea sustituyó a estos dos últimos y a Rodríguez, Pedrotta y Birgin. La nueva CD quedó integrada por Righi, Pérez, Jitrik y Nudel-

man, a quienes se sumaban ahora Juan Carlos Portantiero, Gregorio Kaminski, Osvaldo Pedroso, Sofía Villareal, Elvio Vitali y Jorge Luis Bernetti. Esta comisión fue aprobada en asamblea por unanimidad.

En ese período (diciembre de 1979 - diciembre de 1980) se produjo el que para nosotros fue el más importante salto cualitativo de organización del exilio, que permitió la incorporación de decenas de nuevos afiliados y fortaleció el marco democrático y pluralista de funcionamiento de la institución. Durante ese período, en la CAS se produjo un verdadero reagrupamiento del exilio, con la lenta incorporación de muchos peronistas no montoneros, de ex montoneros y de militantes de izquierda escindidos de diversas corrientes. La culminación de ese ciclo, a finales de 1980, fue la presentación de una lista opositora interna y el primer llamado a elecciones para la representación democrática exiliar.

Originalmente se pensó en una lista peronista-socialista de oposición a lo que luego sería el Movimiento Independiente, que por entonces lideraba Noé Jitrik. Esta lista iba a ser encabezada por Righi, pero las discusiones sobre las proporciones de la participación peronista y la socialista produjeron una rápida división, a consecuencia de la cual un sector peronista, del que formábamos parte los autores, se constituyó en la llamada “Lista Uno”, mientras Righi, otros peronistas y la totalidad de los socialistas se abstuvieron.

En aquellas elecciones, celebradas el domingo 7 de diciembre de 1980, el tribunal electoral (formado por Nudelman, Juan Pegoraro y Eusebio Maestre) controló las elecciones que tuvieron un alto porcentaje de abstenciones y que finalmente arrojaron este resultado: Lista Dos (Movimiento Independiente) 91 votos; Lista Uno: 47 votos; y hubo dos votos en blanco. La nueva CD de la CAS quedó integrada así: Noé Jitrik, Nora Schlaen, Oscar Colman, Mabel Piccini, César Lorenzano e Iván Baigorria (de la Lista Dos) y Jorge Luis Bernetti, Naldo Labrín y Mempo Giardinelli (de la Lista Uno).

El proceso de pluralismo se acentuó, y creemos que fue éste otro de los importantes períodos de agrupamiento: en este año el padrón de afiliados pasó de 269 a 449 miembros activos y cotizantes, y ello culminó el 12 de diciembre de 1981, cuando en las nuevas elecciones se presentaron ya tres listas: el MI-Lista Dos, la Lista Uno y la recientemente formada Lista Tres, integrada por los miembros de la Mesa Socialista con apoyo de algunos peronistas no integrantes de la Lista Uno.

El resultado de estos comicios fue el siguiente: Lista Dos (MI): 126 votos; Lista Uno: 115 votos; Lista Tres: 59 votos; y hubo cuatro votos en blanco.

La nueva CD quedó integrada por Jitrik, Colman, Lucio Geller, Alberto Federico y Roberto Estesso (MI-Lista Dos); Jorge Luis Bernetti, Silvia Corral, José María Vázquez y Luis Bruschtein (Lista Uno); y Osvaldo Pedroso y Hugo Galletti (Lista Tres). Jitrik fue elegido secretario general para el nuevo período.

La CAS ya era, en 1981, sin dudas el organismo más representativo del exilio argentino en México. A esta entidad adscribía, directa o indirectamente, la mayoría de los argentinos exiliados. Se llegó a la cifra de 660 afiliados activos, pero sobre todo a partir del cierre del COSPA, después de la guerra de las Malvinas, fue de hecho el organismo y el lugar físico donde se congregó el exilio en diversas ocasiones, fuesen afiliados o no.

En diciembre de 1982, ante el retiro de hecho, sin pronunciamiento formal, de la Lista Tres que inspiraba la Mesa Socialista (quienes consideraron terminada su actividad exiliar), en Asamblea General se decidió por unanimidad no realizar elecciones y constituir, en cambio, una comisión surgida en ese plenario y ampliada a once miembros.

La nueva CD quedó integrada así: Colman, Estesso, Geller, Alberto Spagnolo, Mario Burkún, Oscar Cismondi y Pedro Pírez (MI-Lista Dos) y Susana Lapsenson, Elena Squarzon y Luis Bruschtein (Lista Uno). Colman fue elegido secretario general. Esta comisión, que por decisión de asamblea tuvo un viso de provisoriedad fue ratificada trimestralmente durante 1983,

recibiendo algunas reincorporaciones (como la de Noé Jitrik) a medida que muchos exiliados iniciaban su retorno a la Argentina y ya se discutía la supervivencia misma de la institución.

Las asambleas trimestrales se cumplieron durante todo el año, hasta que a propuesta de los autores de este libro se dio por terminada la misión de la CAS el 10 de diciembre de 1983, el mismo día en que Raúl Alfonsín asumió la presidencia de la República Argentina. En esa fecha terminó la existencia física del local de la institución, que desde 1980 funcionaba en Callejón de las Rosas, número 21, Colonia Tlacopac, en el sur de la ciudad. La comisión liquidadora fue integrada por algunos de los miembros de la última CD.

Durante sus ocho años de existencia, la CAS cumplió una intensa actividad, no solo como marco de referencia político, sino también como centro de reunión social y familiar del exilio, como cine-club y como amplio foro de debates políticos y culturales. Sería larguísima la enumeración de la lista de las actividades que se realizaron, que incluye muy diversos ciclos sobre la situación política en el país; la discusión acerca de si hubo guerra o no en la Argentina; sobre el desastre económico de la dictadura; las políticas de Martínez de Hoz y las apasionadas discusiones durante la guerra de las Malvinas, entre muchos otros actos relevantes.

Entre los participantes en mesas redondas o conferencias a lo largo de los años, debe mencionarse a distinguidos intelectuales mexicanos como Emilio García Riera, Mariclaire Acosta, Salomón Nahmad, Rodolfo Stavenhagen, Carlos Pereyra, Gustavo Sainz, Federico Campbell, Julieta Campos, Ricardo Garibay, Carlos Monsiváis, Alejandro Córdova, Alejandro Aura, Rafael Segovia, entre otros, y también personalidades que pasaron por México como Alain Rouquié (quien en 1981 habló sobre “El poder militar en Argentina”) y decenas de compañeros latinoamericanos.

De los por lo menos treinta ciclos político-culturales que se desarrollaron entre 1976 y 1982, cabe destacar algunos de

los títulos: “La revolución mexicana y la reforma agraria”, “La violencia en la Argentina”, “El exilio como fenómeno político-social contemporáneo”, “Movimientos políticos en América Latina”, “Pluralismo étnico y sociedad nacional”, “Determinación y cambio en los procesos históricos”, “Concepciones psicoanalíticas sobre la sexualidad femenina”, “Cinco años de dictadura: Balance y perspectivas ante el recambio de Viola”, “La guerra de las Malvinas”, “Los testimonios de los desaparecidos”, etc.

Entre los compañeros argentinos que participaron, en diversas ocasiones, hay que mencionar a personas de muy diversas corrientes y pensamiento, como Carlos Ábalo, Juan Carlos Portantiero, Miguel Ángel Piccato, Héctor Mauriño, Miguel Talento, Héctor Sandler, Pedro Paz, Gustavo Lugones, Néstor García Canclini, Adriana Puiggrós, Adolfo Gilly, Osvaldo Villaflor, Jorge Todesca, Gregorio Selser, Sergio Bagú, Guillermo Almeyra. Rubén Dri, Ernesto López, Mario Kestelboim, Alfredo Guevara, Juan Manuel Abal Medina, Nilda Garré, Carlos González Gartland, Eduardo Jozami y muchos más, incluyendo, por supuesto, a quienes participaron de las distintas comisiones de la CAS.

Hacia 1982 se había participado en más de cincuenta actos solidarios, solicitadas, marchas y manifestaciones “por las mejores causas democráticas de América Latina, por las libertades públicas e individuales, las garantías constitucionales y la constante defensa de los derechos humanos conculcados. Todo ello (como rezaba un informe producido por la institución en marzo de 1981) en el entendimiento de que la CAS es una casa abierta al exilio latinoamericano, para debates y actividades culturales, políticas y sociales”.

La CAS jamás contó con financiamiento ni ayuda económica externa alguna. Se solventó siempre y solamente a través de la cooperación voluntaria de la masa de sus afiliados.

En lo organizativo, funcionaron siete subcomisiones: de Acción Política, encargada de promover debates e impulsar la

mayor movilización democrática posible de los exiliados; de Relaciones Internacionales, para la vinculación con organismos, instituciones y asociaciones de México y el mundo; de Prensa, para difundir el accionar de la CAS hacia adentro y hacia afuera de la masa de afiliados, mediante la edición de boletines regulares (más de veinte en toda su existencia); de Derechos Humanos, que impulsaba la denuncia de las violaciones de los mismos en la Argentina, detallando casos y reclamando esclarecimiento, aun antes de la fundación de la Coordinadora de Derechos Humanos en el Exilio; de Solidaridad, que atendía situaciones particulares y requerimientos específicos de los compatriotas en cuestiones familiares, laborales, migratorias, infantiles, clínicas y en casos de fallecimientos; de Actividades Sociales, que promovía las relaciones de y entre los exiliados, en lo deportivo y lo social; y de Finanzas. También se contaba con el Centro de Estudios Argentino-Mexicano (CEAM), que promovía actividades culturales conjuntas con la comunidad nacional mexicana.

Otro de los aspectos gremiales importantes a destacar de esta institución, fue que solo entre 1977 y 1981 se atendieron más de setecientos casos de compatriotas con problemas que requerían gestiones institucionales ante reparticiones públicas mexicanas, y a quienes hubo que orientar, ayudar y resolverles diferentes problemas migratorios.

En el campo de la solidaridad, que incluía la búsqueda de trabajo o de viviendas para individuos o familias, hay que destacar la administración, previa tramitación y aval, de un fondo de becas para argentinos. En tal sentido, la CAS mantuvo relaciones con el Fondo Internacional de Intercambio Universitario (FIIU), con sede en Ginebra (Suiza) y otorgó, avaló y administró unas 420 becas.

La CAS también se ocupó de publicar permanentemente materiales de prensa sobre la Argentina y el resto del mundo, sobre todo en asuntos relacionados con la defensa de los Derechos Humanos, contándose entre estos la casi totalidad de los

materiales que en la Argentina producía el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Entre las actividades más concurridas, cabe señalar la organización de un multitudinario asado el 9 de Julio de 1981, en el local del STUNAM (Sindicato Único de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México), al que asistieron más de 1.500 personas.

También se celebraron incontables asados, reuniones, fiestas, cumpleaños infantiles, casamientos, velorios, campeonatos de truco, de ajedrez, cursos de música, de karate, de historia argentina para niños y adolescentes, festivales musicales, domingos infantiles y permanentes ciclos de cine sabatinos habiéndose proyectado en esos años más de 200 películas. Además, en 1981 se organizó y realizó en el local de la CAS una Feria del Libro Argentino en el Exilio, del que participaron autores exiliados en todo el mundo.

Es necesario dejar constancia, de manera muy especial, de la labor que desarrolló una pareja de mexicanos, un matrimonio ya por entonces mayor que vivía en los locales de la CAS y que de hecho funcionaron como caseros, cocineros, cobradores, y hasta difusores de nuestros materiales: los inolvidables Vicenta y Ascensión (“Chón”) Martínez, quienes lloraron con nosotros el día de la despedida de la institución, convertidos en eximios conocedores de todas las líneas internas peronistas, de los vericuetos de todas las corrientes socialistas, de las más diversas pugnas en las más complejas líneas de la izquierda del exilio, y además se volvieron expertos en empanadas, locros y otras comidas argentinas.

Siempre, en todo momento, el accionar político determinó las actividades de la CAS, y dentro de ellas la prioridad absoluta estuvo en las denuncias contra las atrocidades de la dictadura y en el reclamo por la aparición con vida de los desaparecidos. Ello no impidió que el sectarismo de algunos grupos (como los Montoneros y otros sectores tanto socialistas como peronistas, que se perfilaron siempre desde el egoísmo y la mezquin-

dad) negara muchas veces validez a lo que hacía la institución. Se dijo de la CAS que era un Club Social del Exilio; se la acusó de “dar más importancia a lo cultural que a lo político” y más de una vez se la llamó “el Arca de Noé” en alusión peyorativa al compañero Jitrik. Al cabo de los años, sin embargo, de ser un organismo minoritario pasó a ser la más grande y luego la única expresión solidaria del exilio. Incluso, en los últimos tres años fue, de hecho, el centro físico de reunión al que concurren espontánea y masivamente los exiliados cuando la guerra de las Malvinas, cuando el caso Madero (véase capítulo 3), cuando las elecciones del 30 de octubre de 1983 y cuando sucedía cualquier cosa que interesaba al conjunto del exilio.

Más aún, incluso la Coordinadora de Derechos Humanos, algunos de cuyos integrantes en un principio se resistían “siquiera a pisar” la CAS, terminaron por aceptar que de hecho la casona del Callejón de las Rosas número 21 era el espacio físico y, sobre todo, político más importante, abierto y democrático de la colonia argentina. Con su amplio jardín, su gran sala de la planta baja, su abrigada cocina y sus cuatro saloncitos de la planta alta, en los que siempre había exiliados reunidos y deliberando, serán, para muchos de los que vivieron el exilio en México por aquellos años, uno de sus recuerdos más imborrables.

CAPÍTULO TRES

Las relaciones bilaterales México-Argentina

La historia de las relaciones exteriores de la Argentina se constituye de complejos trazos que dibujan la diferente imagen de nación que construyó cada gobierno. No ha sido una historia dirigida a poner el acento en la construcción de una política latinoamericana, salvo en determinados períodos como durante los gobiernos de Hipólito Yrigoyen y de Juan Domingo Perón.

Más bien de espaldas a los países que tradicionalmente han podido tener intereses comunes con nosotros, las relaciones exteriores argentinas han sido erráticas, oportunistas y demasiado autoconvencidas de nuestro cacareado “europeísmo”. En ese marco, las relaciones bilaterales con México nunca fueron atendidas –especialmente por los gobiernos militares– con la intención de delinear una política común o que por lo

menos fuera capaz de potenciar los rasgos afines de ambas naciones. La Argentina de las dictaduras y de la oligarquía tradicional siempre se mantuvo a distancia de México. Con cierto menosprecio racista y eurocéntrico, nuestra política exterior permanentemente desconfió de México y del peculiar sistema institucional surgido de la Revolución Mexicana, y sobre todo de su reforma agraria, de la sólida presencia del Estado en la economía y del fuerte laicismo de la vida pública.

La distancia existente entre estos dos países polares de la América Latina, y la desconexión de sus políticas comerciales y de inversión pública y privada, se convirtieron en un peso muerto histórico. Con un comercio bilateral muy poco significativo a pesar de las enormes posibilidades de complementación, México en el norte y Argentina en el sur fueron dos países con muy poco entendimiento hasta años recientes. Solo después de 1983 y, sobre todo a partir de 1989, puede decirse que los vínculos son intensos y múltiples.

Aunque las relaciones se remontan a la época colonial (Juan José Vértiz, primer virrey del Río de la Plata, 1778-1784, progresista funcionario de la política borbónica, era mexicano) y aunque el gran latinoamericanista Manuel Ugarte fue embajador argentino en México en la década de 1950, recién durante el gobierno del presidente Adolfo López Mateos (1958-1964) se produjo la primera visita de un mandatario mexicano a Buenos Aires, respondida luego con la visita de Arturo Frondizi en 1961. Pero se trataba de episodios aislados, como aquel del crucero argentino “9 de Julio” que en 1916 transportó los restos mortales del poeta mexicano Amado Nervo y se negó a saludar a la bandera norteamericana en el puerto de Santo Domingo, a la sazón ocupada por los *marines* estadounidenses.

Los intercambios y las mutuas simpatías se habían dado, desde mucho antes, en los ámbitos de la cultura. La música, el cine, el teatro y la radio a partir de las décadas de 1920 y 1930 consagraron como propias y queridas a figuras de

talento y carisma de uno y de otro país. Cantinflas, Pedro Infante y Agustín Lara desde México; Luis Sandrini, Enrique Santos Discépolo, Libertad Lamarque y las revistas *Billiken* o *El Gráfico* desde la Argentina fueron verdaderos valores de intercambio. Las industrias cinematográficas de ambos países consolidaron arquetipos nacionales y, en el plano de la literatura y las ciencias sociales, se hicieron comunes a ambas naciones los nombres de intelectuales como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Jorge Luis Borges, Arnaldo Orfila Reynal, Juan Rulfo y Octavio Paz, entre muchos otros.

En 1974, con la visita del presidente Luis Echeverría a Buenos Aires y con las designaciones del ex presidente Héctor J. Cámpora y del ex ministro Ángel Robledo como sucesivos embajadores argentinos en México, se había establecido un fuerte acuerdo político. Pero el golpe del 24 de marzo de 1976 y la dictadura procesista retrotrajeron las relaciones de manera drástica a su más pobre tradición. Y más aún: a partir del golpe de Estado, la permanente violación por parte de la dictadura argentina de todas las garantías individuales en lo interno, así como de ciertas normas fundamentales del derecho internacional público, deterioraron las relaciones argentino-mexicanas y las llevaron a su mínima expresión. Los atropellos a los derechos humanos, la violación por parte de la Argentina del derecho de asilo (ciertamente, un orgullo público mexicano desde que el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas acogió a millares de emigrados de la República Española a fines de la década de 1930) y las denuncias del exilio argentino en México, llevaron las relaciones entre ambos países al punto de la ruptura, finalmente nunca consumada.

A partir de 1976, los sucesivos titulares de la legación mexicana en Buenos Aires tuvieron arduo trabajo. Inmediatamente después del golpe de Estado, Roque González Salazar abrió la hermosa residencia de la calle Arcos 1650, en el barrio de Belgrano, a 16 personas que buscaron asilo en ella, el que les

fue inmediatamente concedido. Entre esas personas destacaban el ex presidente Cámpora y Juan Manuel Abal Medina, ex secretario general del Movimiento Peronista durante el proceso de retorno al país del general Perón en 1972.

La demora argentina en responder al cumplimiento de las leyes de asilo por parte de la junta militar de Buenos Aires en esos dos casos, y el haberlos convertido a ambos en rehenes en una prisión de hecho, deterioraron muchísimo las relaciones. Ambos asilados alcanzaron un nefasto récord mundial en la materia, pues fueron retenidos durante varios años. Todo eso motivó que el 16 de septiembre de ese 1976, aniversario de la independencia de México, no se celebrara en la embajada azteca la tradicional Ceremonia del Grito, que se realiza en esa fecha en las legaciones mexicanas de todo el mundo. Fue la única representación mexicana en el mundo en la que en ese año no se cumplió con el ritual. En esos días la embajada mexicana en Buenos Aires estaba acéfala –desde junio– y en manos del encargado de negocios Roberto de Negri.

Las relaciones de intercambio comercial, asimismo, habían descendido enormemente: de los 236 millones de dólares de comercio anual en 1975 (con saldo favorable a la Argentina por 120,5 millones) el intercambio cayó en 1976 a solo 86,5 millones de dólares (con saldo de igual sentido, pero solo de 19,3 millones).

Por ese entonces parecía inminente la ruptura de relaciones. El drástico congelamiento era un hecho: ninguna de las sedes diplomáticas estaba a cargo de un embajador. El canciller de la dictadura, vicealmirante César Guzzetti, lanzó los primeros embates contra la que llamaron *campaña antiargentina*. Según se publicó en los diarios mexicanos *El Universal* y *Excelsior*, citando cables de UPI y AP, el subordinado de Emilio Massera denunciaba “actividades de directo y neto corte subversivo” por parte de grupos de exiliados en México.

Su colega mexicano Alfonso García Robles, por su lado, replicó desde el Palacio de Tlatelolco (la cancillería mexi-

cana) reclamando el inmediato salvoconducto para el doctor Cámpora, su hijo Héctor, Abal Medina y “un número indeterminado de personas” retenidas en la legación azteca en Buenos Aires.

Un párrafo de aquel despacho de AP es especialmente esclarecedor: “Aunque oficialmente la cancillería (argentina) guarda silencio sobre los motivos del enfriamiento, en medios diplomáticos se aseguró que existira ‘hondo desagrado’ en el gobierno militar argentino por las amplias franquicias que las autoridades mexicanas otorgaran a un numeroso grupo de ciudadanos argentinos que viajaron a aquel país por motivos políticos. Las fuentes citadas señalaron que en la Ciudad de México funciona una llamada ‘Casa del Pueblo Argentino’ que agrupa a opositores al actual gobierno y desarrollan actividades que gozan de un rango que excedera al de una entidad privada común”.

Por esos días, en México se tenía conocimiento de que un alto funcionario, el ministro del Interior de Videla, general Albano Harguindeguy, durante una visita a México había protestado porque en el local del COSPA (la mencionada Casa del Pueblo Argentino) se usaba en la puerta una bandera argentina con el sol en la franja blanca, privilegio que entonces estaba reservado a las fuerzas armadas y al sector público (hasta que se derogó en el gobierno de Raúl Alfonsín). Ese detalle, que irritaba a los militares sureos, como es lógico tenía absolutamente sin cuidado a las autoridades mexicanas.

Otro de los hitos en el malestar diplomático mutuo se produjo el 29 de julio de 1977, cuando se difundió en México que “un grupo de civiles armados pretendieron suplantar, el martes pasado, a la custodia de la residencia del embajador mexicano en la Argentina Joaquín Bernal, con la presunta intención de secuestrar al ex presidente argentino Héctor Cámpora, asilado en esa representación diplomática desde hace un año” (diario *Excelsior*). Las notas hablaban de que

“la policía argentina seguía argumentando su total desconocimiento sobre el grave episodio” y era ostensible el silencio de la cancillería argentina.

La ofensiva de los militares argentinos fue burda. En su estilo oblicuo enviaron, en septiembre de 1977, al entonces vicealmirante Armando Lambruschini (quien luego sería jefe de la Armada), a “traer unas condecoraciones que el jefe de la Junta, general Videla, desea imponer al secretario (ministro) de Marina y a otros funcionarios mexicanos”, como reseñó el prestigioso columnista Manuel Buendía en el diario *El Sol de México*.

Por esos días fue nombrado embajador en Buenos Aires un almirante mexicano, Humberto Uribe Escandón, de 62 años, quien hasta entonces había sido inspector general de la Secretaría de Marina y quien nunca antes había desempeñado cargos diplomáticos. Esto, a juicio de Buendía, “causaba preocupación” porque la diplomacia naval parecía incidir también en el gobierno del presidente José López Portillo, quien el 1º de diciembre de 1976 había sucedido a Echeverría en el Palacio Nacional.

Dos meses después, el 13 de noviembre, llegaba a México el general Roberto Viola, segundo en la jerarquía del ejército argentino invitado por la Secretaría de Defensa, según unas informaciones, o por el Ejército Mexicano, según otras, de acuerdo a una nota de Buendía. Escribía el columnista —uno de los más influyentes del país hasta que fue asesinado en 1982—: “desde hace unos meses los militares mexicanos parecen estar bajo una ofensiva de calor humano por parte de los militares argentinos”.

Sugestivamente, menos de otros dos meses después se produjo uno de los episodios más torpes de la diplomacia militar argentina, y que a la vez fue una muestra típica del accionar de la dictadura, dentro y fuera del país. Quizá los estrategas procesistas se habían ensoberbecido porque creyeron que habían restablecido buenas relaciones con sus colegas mexicanos. Nos referimos al sonado caso de Tulio Valenzuela.

Según informaciones de la prensa mexicana, que una vez más manejó el caso en sus primeras planas, el 6 de enero de 1978 fracasó un atentado de comandos argentinos en México contra Ricardo Obregón Cano, ex gobernador peronista de la provincia de Córdoba (1973-1974) e integrante, a partir de 1976, del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero (MPM). Según diversos diarios y columnistas (y aquí seguimos una vez más a Manuel Buendía), “unos 45 elementos represivos de la junta militar argentina se han infiltrado en México, bajo coberturas diversas que proporciona personal de la embajada. Estos individuos están capacitados para realizar y apoyar actos terroristas. Existen presunciones de que han establecido alianzas con el hampa local y con organizaciones ultraderechistas mexicanas”.

Esa que iba a ser denominada Operación México terminó con un escándalo unos días después, cuando el 17 de enero fueron aprehendidos tres agentes argentinos en el hotel Mayaland, de la calle Antonio Caso, por denuncia de otro argentino que vino con ellos. Este era Tulio Valenzuela, “ex mayor de los cuadros militares montoneros” (según Buendía), quien había sido capturado y torturado en la Argentina. Según declaró el mismo Valenzuela en una conferencia de prensa que dio en México, había simulado pasarse al enemigo, convenciendo al mismísimo general Leopoldo Fortunato Galtieri, entonces comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, con sede en Rosario. La esposa de Valenzuela, Raquel Negro, y el hijo de ambos de solo un año de edad, habían quedado como rehenes en la Argentina y él estaba dispuesto –dijo– a sacrificarlos. Según sus declaraciones a la prensa mexicana, Valenzuela había ideado con Galtieri la Operación México, que consistiría en eliminar el “centro de gravedad de los montoneros”, supuestamente radicado en la capital azteca.

Con una asignación que los diarios mexicanos estimaron en 18.000 dólares, el operativo era tan completo que incluía un experto en aplicación de hipomorfina contra la ingestión

de cianuro, a fin de impedir que los líderes montoneros se suicidaran ingiriendo cápsulas del veneno, como era práctica en la organización guerrillera.

Según Valenzuela, él decidió por sí solo la operación de contrainteligencia y denunció a sus siniestros compañeros de viaje. Estos resultaron ser: Carlos Laluf (alias Manuel Vilá, ex montonero colaborador de Galtieri); el mayor del ejército argentino Pedro Julio Sesad (alias Manuel Gutiérrez); el capitán también del EA, Saúl Maló –alias Serafini–; y el agente de la policía de la provincia de Buenos Aires Héctor Gertrudis (alias Machete).

Detenidos por la policía mexicana en el mencionado hotel, al cabo de ocho días señalaron –según Buendía– “directamente al comandante del Segundo Cuerpo, general Galtieri, como el cerebro que armó esta fracasada operación”. Todos fueron deportados el 24 de enero, pero antes, el día 20, el diario *unomásuno* en su primera plana había publicado la llamada telefónica de uno de sus reporteros directamente a la quinta de la ciudad santafesina de Funes, donde funcionaba un centro clandestino de detención. Allí se transcribían las breves y “nerviosas” declaraciones del propio Galtieri, quien entre otras cosas decía: “Yo no tengo control de mis agentes fuera del país”. Según el diario, la comunicación se había logrado directamente pues Valenzuela había proporcionado el número telefónico directo que solo Galtieri atendía y una clave de identificación. En su libro *Recuerdo de la muerte*, Miguel Bonasso desarrolla el episodio.

Las relaciones entre los dos países obviamente empeoraron y hubo un evidente congelamiento con ausencia de los respectivos embajadores. Las invariables gestiones mexicanas en reclamo del salvoconducto para Cámpora, su hijo y Abal Medina continuaron siendo consistentemente rechazadas. En septiembre de 1979 ya se había confirmado el cáncer de laringe que sufría el ex presidente argentino, a la sazón de 70 años de edad. Llevaba más de tres años y medio en vir-

tual prisión en la residencia del embajador en la calle Arcos y la dictadura seguía negándole el salvoconducto. Ni siquiera atendían el argumento de permitirle salir del país por razones humanitarias para que se atendiera en México, donde estaba en esa época el mejor instituto oncológico de América Latina.

A fines de octubre de 1979 una misión militar mexicana visitó la Argentina, según el diario porteño *Clarín* por invitación del comandante en jefe del Ejército Argentino, general Roberto Viola. Esa misión fue encabezada por el secretario (ministro) de la Defensa Nacional de México, general Félix Galván López (cabe decir que en la estructura de poder mexicana el SDN es el comandante directo del Ejército y la Fuerza Aérea, arma esta última que carece de autonomía). Galván López declaró a la agencia EFE en México, el 5 de noviembre, que no había abordado el “tema Cámpora”. Enfatizó que “no fui a tratar el caso Cámpora, pero si me lo hubiesen entregado con mucho gusto lo habría traído”. Sin embargo dos semanas después, el 19 de noviembre, Cámpora, con su enfermedad ya avanzada, finalmente pudo salir del país, acompañado por el embajador José Antonio Lara Villarreal.

Pero la liberación de Cámpora no resolvió, en modo alguno, el problema bilateral principal. Como dijo Lara Villarreal a la prensa mexicana: “Al hacerme cargo de la embajada había tres asilados; ahora quedan dos. La institución del asilo político es clara y no distingue en cuanto a cantidades. Ya sean tres los asilados como en el pasado, o sean dos como ahora, o aunque fuese solo uno” (*unomásuno*, 3 de marzo de 1980).

Por eso, meses después del arribo de Cámpora a México las cancillerías, en lo que se interpretó como un nuevo congelamiento de relaciones, optaron por el repliegue de sus embajadores: el general retirado Carlos Gómez Centurión retornó a Buenos Aires y Lara Villarreal a México. En el DF, las declaraciones de este último fueron muy duras y la prensa azteca coincidió en condenar al diario argentino *Convicción* (editado por la Armada Argentina bajo la conducción de Massera) por

haber sostenido editorialmente que los dos asilados restantes debían “envejecer en la embajada” pues ello no importaba demasiado “habida cuenta del escaso intercambio comercial entre México y Argentina”.

Tuvieron que pasar muchos meses hasta que Héctor Cámpora hijo pudiera salir de la calle Arcos. Esto fue recién el 19 de diciembre de 1980, cuando falleció su padre en México. Por su parte, Abal Medina obtuvo su salvoconducto apenas en mayo de 1982, en plena guerra de Malvinas. Entre 1980 y 1982, siendo embajador en Buenos Aires Emilio Calderón Puig, las relaciones bilaterales fueron más bien de tono módico y especialmente enfocadas a negocios como las grandes ventas de granos argentinos para el sistema de tiendas oficiales Conasupo (Compañía Nacional de Subsistencias Populares), que compró alrededor de tres millones de toneladas en ese período.

En septiembre de 1981, en Nueva York y en el marco de las Naciones Unidas, los cancilleres Jorge Castañeda (del gabinete del presidente López Portillo) y Oscar Camilión (del gabinete del entonces presidente Viola) tuvieron un encuentro que, según la agencia UPI, se refirió solo a las cuestiones centroamericanas. El canciller mexicano hizo un relativo silencio sobre las conversaciones, mientras que Camilión habló mucho sobre el tema y dijo, entre otras cosas: “Coincidimos básicamente con el canciller mexicano en que en la América Central se realizará en los próximos meses una actividad diplomática muy intensa. El tema de América Central, y especialmente de El Salvador, como se ve en esta Asamblea General de la ONU, es centro de atención diplomática universal” (UPI, 25 de septiembre de 1981).

El problema fue que en América Central las posiciones de los gobiernos mexicanos, y en especial el de López Portillo, se opusieron abiertamente a la línea de acción de la dictadura argentina. Mientras el gobierno mexicano apoyaba abiertamente la acción de la oposición antisomocista nicaragüense, sin dejar de lado al FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional), la junta mili-

tar de Buenos Aires enviaba expertos en contrainsurgencia a combatir del lado del dictador centroamericano.

Esta diferencia se acentuó con el fuerte apoyo de México al FSLN, con el viaje de López Portillo a Managua (donde calificó de “mis muchachos” a los comandantes sandinistas) y con el alineamiento de la dictadura argentina con “los contras”. Por otra parte, mientras Tlatelolco apoyaba y coronó años después las negociaciones de paz en El Salvador, la dictadura argentina enviaba a ese país cuadros y equipamientos para enfrentar a los insurgentes del FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional).

Durante la guerra de Malvinas, a partir del 2 de abril de 1982, la posición mexicana fue rápidamente definida: apoyo irrestricto a la soberanía argentina sobre las islas, pero claro desacuerdo con la opción militar.

Durante el transcurso de la guerra, México votó por los derechos argentinos en la OEA. Y el entonces candidato presidencial del oficialista PRI y luego mandatario mexicano, Miguel de la Madrid Hurtado, ratificó ampliamente esa posición de su antecesor.

En mayo de 1982, Abal Medina llegó a México acompañado por Calderón Puig y, por fin, las relaciones bilaterales parecieron descomprimirse. En diciembre de ese año, con el cambio de gobierno en México, fue designado embajador Ignacio Ovalle Fernández, quien había sostenido buenas relaciones con el exilio argentino. En junio de 1982, se nombró embajador argentino en México a Rafael Vázquez, antes a cargo de la misión en Cuba y quien recién cubrió la sede cuando ya la guerra de Malvinas había terminado. Por esta razón, la conducción de la embajada argentina en aquel crucial momento bélico quedó en manos de funcionarios menores y su papel resultó lamentable en el conflicto, frente a la intensa acción desplegada por el embajador británico en México, Crispin Tickell, quien recorrió todos los medios de comunicación, escribió como columnista invitado en muchos medios y no dejó sección de cartas de los lectores

sin aprovechar. Por esta acción, el gobierno británico y la reina Isabel II lo premiaron después con el título de Par del Reino. En cambio, la defensa de los derechos de soberanía argentina sobre las islas solo fue defendida, en la prensa mexicana y ante el vergonzoso y patético silencio de la embajada, por muchos exiliados (uno de los autores de este libro –MG– polemizó con Tickell en el diario *Excelsior*).

Pocos días antes de las elecciones nacionales del 30 de octubre de 1983, el embajador argentino Vázquez convocó a una conferencia de prensa en la que exaltó cínicamente las virtudes de la democracia futura, lo que motivó la respuesta de uno de los coautores de este libro en el diario *Excelsior*. Al día siguiente de la publicación, fue amenazado telefónicamente. Colofón de una acción diplomática del nivel de la dictadura.

Los que pasaron por México

En todos los exilios, la llegada de un dirigente político o sindical, proveniente de la patria, y sobre todo si es residente en ella y forma parte –en el más amplio sentido– de las fuerzas de oposición, constituye un acontecimiento generador de enormes expectativas.

La visita a México de figuras políticas democráticas o antidictatoriales fue relativamente constante solamente a partir de 1978. Claro que también tuvo importancia, aunque por razones bien distintas, la presencia de personajes de la dictadura en tierras mexicanas.

Uno de los primeros dirigentes políticos de significación nacional que arribó a México luego de la instauración de la dictadura fue el entonces ex senador nacional por el Chaco y miembro del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, Luis Agustín León. En 1977 realizó una de sus reuniones regulares el pleno del Parlamento Latinoamericano, y el doctor León, fundador y primer presidente del mismo, concurrió a la ciudad

de México. Con extrema prudencia, el dirigente radical evitó todo contacto con los Montoneros, por entonces la fuerza de mayor presencia en la vida política exiliar, y eludió un encuentro ansiosamente buscado por aquéllos. Entrevistado por uno de los autores de este libro para el matutino *El Universal*, el 30 de julio de 1977 León declaró: “La guerrilla fue una estrategia equivocada de sectores jóvenes, que ha llevado a que se convierta en el caballo de Troya de nuestra inestabilidad al promover la intervención militar directa”.

Ya en febrero de 1978, varios dirigentes y militantes políticos argentinos, representando al Consejo Argentino de la Paz, participaron de la Conferencia Continental Latinoamericana y del Caribe por la Paz, la Soberanía y la Independencia Económica. Ellos fueron: Walter Bengeldorf, Raúl Rabanaque Caballero, Néstor Martínez Erazo, Carlos Imbaud, Simón Lázara y Alfredo Varela, todos ellos militantes de los Partidos Socialista Unificado, Intransigente, Comunista y Demócrata Cristiano. A propósito de la polémica estallada en el seno del cónclave, por la propuesta de otras delegaciones de condenar en términos enérgicos a la dictadura argentina, los arriba mencionados indicaron que “desde el interior mismo de nuestra patria defendemos nuestras posiciones y luchamos con esfuerzo denodado por devolver a la Argentina las normas elementales de la vida democrática y el libre ejercicio de la soberanía popular”.

En el transcurso de 1979 también visitaron México Guillermo Estévez Boero (Partido Socialista Popular) y Oscar Alende (Partido Intransigente). Este último tuvo una audiencia pública con Gustavo Carvajal Moreno, por entonces presidente del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI), a la que concurrió acompañado por Haydée Birgin. Estos viajeros, al igual que León, solo tuvieron contactos con sectores muy reducidos del exilio.

La exdiputada nacional justicialista Nilda Garré, integrante de la conducción de Intransigencia Peronista, visitó México

en 1981 en dos oportunidades. La primera, a comienzos de ese año y antes del lanzamiento público de la mencionada corriente liderada por el entonces ex senador nacional Vicente Leónidas Saadi. La segunda, en octubre, con el deliberado propósito de vincular a los peronistas exiliados más progresistas con la nueva perspectiva de izquierda peronista que surgía en el país. Garré sostuvo encuentros públicos con la militancia peronista: unas 150 personas se reunieron en dos ocasiones con ella en el local de la CAS; y respaldó los intentos de la Lista Uno para diseñar una política activa y unificada para el exilio. Asimismo participó, como observadora, de las deliberaciones celebradas en la Ciudad de México por la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL). Por último, conversó con funcionarios de la Cancillería mexicana respecto de la situación de Juan Manuel Abal Medina.

Otro asiduo viajero a México fue el propio Vicente Leónidas Saadi, quien estuvo varias veces entre 1981 y 1982. Participó, en la ciudad de Cuernavaca, a 50 kilómetros de la Ciudad de México, de un encuentro de fuerzas políticas latinoamericanas a la que también asistió el secretario general del Movimiento Peronista Montonero, Mario Firmenich.

En 1982 se llevó a cabo el único contacto de Saadi con el exilio no-montonero: luego de producido el desembarco de las tropas argentinas en las Islas Malvinas, llegó a México con el objetivo de incentivar los apoyos a la causa de la soberanía sobre el archipiélago. Igual que otros políticos argentinos del arco opositor, Saadi realizó gestiones en el exterior acordes con la estrategia diplomática de Galtieri. En declaraciones públicas efectuadas a diversos medios de difusión y en el encuentro que sostuvo con más de 200 personas en la sede de la CAS, el dirigente peronista fustigó duramente al régimen militar.

En similar posición actuó el ex subsecretario de la cancillería camporista Jorge Vázquez, llegado a México pocos días después que Saadi. Mantuvo reuniones con el conjunto de la

militancia peronista, y una con todas las demás tendencias políticas del exilio, celebrada en la sede de la CAS.

Antes de Malvinas, otros viajeros habían recalado en México: los dirigentes sindicales José Rodríguez (mecánicos) y Carlos Cabrera (mineros). Rodríguez compartió un asado con un reducido grupo de militantes peronistas y explicó la posición de su sector frente a la dictadura y en los conflictos internos del PJ. En cambio Lorenzo Miguel, también visitante de México en esa misma época, se mantuvo rigurosamente alejado de todos los grupos exiliares y solamente sostuvo contactos personales con algunos pocos peronistas residentes.

El único dirigente político de la derecha argentina que se acercó a tierras mexicanas fue Francisco Manrique. El ex marino y ex ministro afirmó, en conferencia de prensa celebrada ante los corresponsales extranjeros, que había llegado a México por curiosidad, para saber qué pasaba con el salvoconducto de Abal Medina. Y el 28 de enero de 1982 vaticinó que ese año sería el de “la reorganización política” y, sin dimensión profética, también declaró: “El radicalismo está agonizante”.

La información sobre el país

La información acerca de la patria lejana se vuelve, para el exiliado, un alimento imprescindible de cada jornada. Si en los primeros días o semanas de su asentamiento la vinculación informativa constituye un hecho casi neurótico, a medida que los días pasan y el asentamiento se verifica, el saber qué sucede cada día en el país de origen se vuelve una tarea cotidiana.

En México, a diferencia de la mayoría de los países que habitó el exilio, la posibilidad de aprovisionamiento informativo se resolvió positivamente. Esto fue posible porque, en primer lugar, además de que nos unía la lengua castellana, la prensa mexicana en general y algunos medios en particular dispensaban a la Argentina un espacio sin dudas

mayor que el que los medios argentinos destinaban a México. En segundo término, porque los medios gráficos argentinos llegaban regularmente a México con una demora de solo uno o dos días en el caso de los diarios.

Fue el matutino *El Día* el que más información suministró en aquellos años sobre la Argentina. Fundado en 1962 y dirigido hasta 1980 por Enrique Ramírez y Ramírez, un político de la izquierda del PRI, antiguo militante del Partido Comunista Mexicano (PCM) y luego del Partido Popular Socialista (PPS). Aunque se trataba de un hombre del sistema y vocero de las posiciones del sector sindical progubernamental (la Central de Trabajadores de México, CTM), la sección internacional de *El Día* siempre estuvo liberada de esos condicionamientos locales. Dio amplia cobertura a las posiciones de los movimientos de liberación nacional en América Latina y el Tercer Mundo, que todos los días recibían en sus páginas una amplia cobertura.

Sería difícil encontrar una edición de *El Día* de aquellos años en la que por lo menos un cuarto de página de la sección internacional no estuviera dedicada a la Argentina.

Vinculado con el diario desde su fundación, y por largos años colaborador del mismo desde su primera estadía en México en 1967, Rodolfo Puiggrós escribió habitualmente en este periódico, sobre todo entre 1974 y 1977. Con mayor regularidad, desde 1978 y hasta su muerte en los 90, Gregorio Selser también fue una presencia cotidiana en *El Día*, con sus comentarios sobre la situación centroamericana y, ocasionalmente, en polémicas sobre la Argentina. Un número significativo de periodistas argentinos trabajó en este medio: Ignacio González Jansen, Amílcar Fidanza, Miguel Ángel Piccato, Carlos “Quito” Burgos, Roberto Bardini, Carlos Vanella, María Victoria del Piero (con el seudónimo de Victoria Azurduy) y José Gorlero, entre otros.

Otro diario importante para la comunidad argentina fue el también matutino *unomásuno*, un tabloide que desde su

fundación en 1977 se alineó con la izquierda democrática de México de aquellos años. En ese diario, que era dirigido entonces por Manuel Becerra Acosta, también se dio cobertura constante a la situación argentina y, sobre todo, fue notable la posibilidad de que sus colaboradores editoriales opinaran sobre asuntos argentinos. Muchas polémicas políticas del exilio se dirimieron en sus páginas, tanto a través de las columnas de opinión como en su sección de cartas de los lectores.

En *unomásuno* trabajaron también muchos periodistas argentinos: Oscar González, Horacio Serafini, Ignacio González Jansen, Antonio Marimón, José Ricardo Eliashev, Héctor Mauriño, Ana María Amado, Miguel Ángel Piccato, entre otros. Allí colaboraron asiduamente María Seoane (con el seudónimo de Laura Avellaneda), Luis Bruschtein, Carlos González Gartland y muchos más.

El diario *Excelsior*, el de mayor importancia nacional en el México de entonces, integró en sus filas, en diversos niveles, a muchos otros periodistas argentinos: Sergio Sinay, Silvia Schulein, Mempo Giardinelli, Jorge Bocanera y Pedro Orgambide, entre otros.

En *El Universal*, otro de los diarios tradicionales de México, se publicaron muchos comentarios críticos hacia la dictadura argentina. Jorge Luis Bernetti coordinó durante dos años sus páginas editoriales. Nicolás Casullo colaboró en proyectos editoriales de ese medio.

Hubo, por cierto, órganos de la derecha mexicana que también dedicaron numerosas páginas a la situación política de la Argentina, pero para hacer la apología de la dictadura militar. Este fue el caso del diario *El Heraldo*, de importante circulación y el cual, para decirlo con una fórmula traducible para los lectores argentinos, constituía una especie de peculiar combinación de la etapa final de *La Prensa* de la familia Gainza Paz con el semanario nacionalista católico *Cabildo*. En *El Heraldo* se dedicó primera plana y ocho columnas para un intrascendente reportaje a Videla, por ejemplo, y varios de

sus editorialistas se ocuparon de ensalzar sistemáticamente a Martínez de Hoz y al generalato represor.

Entre las revistas aztecas, el semanario *Proceso* –fundado y dirigido por Julio Scherer García, uno de los más prestigiosos periodistas mexicanos– desarrolló una sostenida campaña en pro de la democracia en la Argentina. Varias portadas de la revista, el principal semanario político del país, estuvieron destinadas a la situación en el Sur con definido tono opositor a la dictadura videlista. Y también hay que mencionar a los prestigiosos mensuarios culturales *Plural* y *Vuelta*, en los que en alguna ocasión se publicaron artículos críticos de la dictadura.

En la radio y la televisión cabe mencionar al Canal 13, emisora por entonces dependiente de la Secretaría de Gobernación, así como al Canal 11 (del Instituto Politécnico Nacional, IPN, institución de nivel universitario dependiente de la Secretaría de Educación Pública, SEP). Por su parte, Radio Educación (también de la SEP) y Radio Universidad, administrada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) mantuvieron una constante y atenta información sobre la Argentina. El tono editorial de estas emisoras fue manifiestamente contrario al régimen militar y por ello eran sumamente apreciadas por el conjunto del exilio.

En cambio, la radio y la televisión privadas y especialmente el monopolio Televisa, que controlaba cuatro de los entonces seis canales abiertos del Distrito Federal y la mayoría de los de las provincias mexicanas, ejecutó una política editorial que encubría persistentemente las atrocidades de la dictadura militar y desinformaba de manera sistemática sobre la situación conosureña.

Por supuesto, los argentinos exiliados apelaban cuanto podían a la lectura de los diarios argentinos. La competencia era ganada de manera abrumadora por el diario *Clarín*, que se convirtió en el elemento informativo fundamental. Su lectura y comentario constituían una de las claves informativas del exilio. Entregado a mitad de semana en bloques de tres

o cuatro ediciones de otros tantos días anteriores, su lectura emborrachaba de información al exiliado, que luego la digería en largos comentarios con sus compañeros.

Junto a *Clarín*, otro instrumento específicamente elaborado en México funcionó con dedicación ejemplar durante muchos años del exilio: *Argentina Día por Día*.

El *ADxD*, aunque de limitada circulación, fue un excelente material que amplió el capital informativo de muchos exiliados. Era un resumen general de notas fotocopiadas, basado en una selección efectuada a partir de los diarios *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, en su momento *La Voz*, y diversas revistas políticas y hasta el imprescindible *El Gráfico* para la información deportiva. Con un formato de unas cincuenta páginas tamaño oficio, impresas de un solo lado y con portada de cartón, se organizaba por secciones (política nacional, gremiales, educación, internacional, derechos humanos, fuerzas armadas y deportes). Su llegada semanal, los días sábado, se convirtió en todo un rito para los suscriptores. A menudo esa suscripción, como la de *Clarín*, se compartía entre dos o más familias.

Durante un lustro, de 1976 a 1981, los responsables del *ADxD* fueron el ex ministro del Interior Esteban Righi y el periodista argentino, pero de larga actuación en el Uruguay, Federico Fasano Mertens.

La información en el exilio era completada con publicaciones que llegaban vía postal desde la Argentina o eran transportadas por los viajeros. La circulación de revistas y periódicos era enorme. A todo ese potencial informativo suministrado por los medios, se fue haciendo cada vez más constante –sobre todo a partir de 1980– la llegada de materiales publicados por partidos, sindicatos y organismos defensores de los derechos humanos, reproducidos y también publicados en la prensa mexicana. Las informaciones transmitidas por viajeros, exiliados más recientes y organizaciones políticas, se intercambiaban con velocidad y ansiedad.

De tal modo, el volumen de información, la veloz transmisión de ésta, su pródigo comentario y su discusión valorativa, permitieron un relativo buen seguimiento de la actividad política argentina. Una de las paradojas, y no de las menores, fue que el exilio en México tenía un acopio de información que fue calificado por viajeros que venían de “allá”, o sea del territorio nacional, de mejor que el que tenía el promedio de los argentinos.

Publicaciones del exilio

Un factor importante en el trazado de las líneas políticas del exilio lo constituyeron las numerosas, irregulares y muchas veces fugaces publicaciones producidas en su seno. En México, como en otros lugares del exilio, las diversas corrientes ideológicas planteaban sus propuestas políticas a través de textos que publicaban afanosamente.

Las características de las mismas pueden clasificarse en diferentes tipos:

- los boletines emitidos por las organizaciones con intenciones más abarcadoras (sindicales) como la CAS y el COSPA;
- las publicaciones aisladas que reproducían materiales generados en la Argentina, México u otros países por organizaciones defensoras de los derechos humanos, partidos políticos y sindicatos;
- específicamente generadas por grupos políticos, partidarios o no.

En el inicio del exilio, lo predominante fueron las publicaciones dirigidas a enfatizar la denuncia de los crímenes cometidos por la junta militar y a precisar los casos de desaparecidos y detenidos. Asimismo se daba cuenta de las nuevas leyes y métodos represivos, las características de la política económica antinacional y antipopular, el alineamiento internacional de la dictadura y la colaboración represiva con los regímenes del Cono Sur de características similares.

El COSPA produjo un boletín llamado *Casa Argentina* y la CAS una publicación de corte similar, ambas impresas a mimeógrafo y de tamaño medio oficio. El boletín de la CAS fue revigorizado a partir de 1980, convirtiéndose en un instrumento de la vida interna de la institución, de rigurosa aparición mensual, y que dejaba para publicaciones especiales las declaraciones específicamente políticas.

La reproducción de materiales incluía informes de las Madres de Plaza de Mayo, del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y/o los informes redactados por la CADHU sobre la común temática de las garantías individuales avasalladas y las luchas emprendidas para reconquistarlas.

También fue reproducido (cuatro ediciones) *Convocatoria*, órgano del Movimiento Sindical Peronista (MSP), por los sectores que se nucleaban alrededor de la Agrupación Peronista en el Exilio (APE).

Las declaraciones de diversos dirigentes justicialistas, los pronunciamientos iniciales de la llamada Intransigencia Peronista, las definiciones de la Confederación Socialista Argentina y un folleto con extractos seleccionados de discursos y declaraciones de Oscar Alende siguieron similar trámite reproductivo. Fueron distribuidos en el exilio y entre los sectores políticos y periodísticos mexicanos afines a las posiciones antidictatoriales.

Los Montoneros, que tuvieron primacía en los primeros años del exilio (1974-1979), reprodujeron con regularidad la revista *Evita Montonera* y otros boletines en los que daban cuenta de sus acciones armadas. Posteriormente, y a medida que aquéllas se fueron reduciendo y espaciando, el tono de las publicaciones montoneras pasó a ser genérico, retórico y doctrinario. En una línea similar el PRT-ERP reproducía *El Combatiente*.

Las publicaciones definidamente peronistas no tuvieron gran trascendencia pero sí una persistente vida cíclica. La APE produjo un par de números de ocho páginas en tamaño

tabloide denominado *Mensaje Peronista*, los que aparecieron en 1977 bajo la dirección de José Amorím. Incluía denuncias sobre la situación argentina pero se dirigía más bien a tratar temas de carácter doctrinario. En la línea denunciista se presentó *Volveremos*, una publicación editada en la ciudad de Puebla (130 kilómetros al sur de la ciudad de México), producto del esfuerzo individual de Antonio Coria. *Volveremos* reproducía textos, declaraciones y pronunciamientos peronistas en un tono ortodoxo y combativo.

Otras dimensiones se propuso alcanzar *Revolución Peronista*, una publicación producida por el núcleo mexicano del llamado Peronismo en la Resistencia, escisión montonera capitaneada por Rodolfo Galimberti. Este medio abrió sus páginas a militantes de otros sectores del peronismo exiliar, discutió temas de la emigración y se planteó el debate reconstitutivo del peronismo revolucionario. Era distribuido en varios países de la diáspora.

Otro grupo disidente, los llamados Montoneros “17 de Octubre”, produjo durante 1980 *Noticias*, una publicación mimeografiada en tamaño oficio, de unas 30 páginas, en cuya portada se reproducía el logotipo del diario montonero clausurado en 1974 por el gobierno de Isabel Perón. Esta *Noticias* exiliar tenía el mismo director que el homónimo diario porteño: Miguel Bonasso. En sus páginas se reproducían informaciones de diarios argentinos junto con artículos doctrinarios. Reprodujo “los trabajos que el Consejo (Superior de los Montoneros) nunca discutió”; es decir, parte de los cuestionamientos que habían llevado a este sector a la escisión del tronco central.

Por su parte, los Montoneros continuaron su producción periodística a través de otra revista: *Vencer*. Editada en México y dotada de oficinas públicas, *Vencer* se convirtió en el órgano burocrático formal de las declaraciones montoneras, aunque por sus características técnicas se presentaba como un producto de alta calidad formal, lo que delataba su fuerte capacidad económica en paralelo a su exasperada soledad política.

Un mismo título, *Lucha Peronista*, albergó –aunque en dos épocas diferentes– experiencias del justicialismo de izquierda. En 1975 sirvió para difundir artesanalmente posiciones cercanas a los Montoneros. En 1981 fue editado por el otro sector en que se dividió el grupo Montoneros “17 de Octubre”, el que encabezaba Ernesto Jauretche.

La casi inexistencia de otras fuerzas políticas, diferentes del peronismo o la izquierda revolucionaria, fue la causa de la casi total ausencia de una prensa de otras tendencias. Una excepción a esto fue sin dudas la edición de *La República*, vocero del radicalismo en el exilio, inspirado desde Francia por Hipólito Solari Yrigoyen. En México fue editado primero como publicación mimeografiada, y luego como tabloide, por Miguel Ángel Piccato. Férreamente antidictatorial, *La República* incluyó una sección cultural y abrió sus páginas a plumas provenientes de otros sectores del exilio. Después de 1980 se editó en Europa. Una línea editorial que *La República* comenzó a trabajar, aunque no tuvo continuidad, fueron sus “Cuadernos”. En el único número publicado reapareció el trabajo de Francisco Delich sobre el Cordobazo, originalmente publicado en entregas periódicas en el quincenario cordobés *Jerónimo*, en la década de 1970.

También entre las publicaciones unitarias se deben anotar los *Cuadernos sobre el populismo* editados por el Centro de Estudios sobre la Realidad Argentina (CEDDRA), conformado por Eusebio Maestre, Enrique Zylberberg, Sara Melul, Silvia Pannebianco, Luisa Galli, Mempo Giardinelli, Ernesto López, Adriana Puiggrós, Jorge Luis Berneti y Naldo Labrín.

Pero la publicación de mayor repercusión del exilio mexicano fue, sin dudas, la revista *Controversia*, que comenzó su aparición en 1979 y concluyó en 1981 luego de una decena de números. Su consejo de redacción estaba integrado por: Héctor Schmucler, José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Oscar Terán, Ricardo Nudelman, Carlos Ábalo y Jorge Tula. Un artículo aparecido

el 11 de octubre de 1979 en el diario mexicano *unomásuno* y firmado por Claudio Aguirre (seudónimo de Casullo), trazaba su definición: “Un grupo de exiliados argentinos, provenientes de la izquierda peronista y del marxismo, editaron el primer número de la revista *Controversia*. Esta publicación de carácter ensayístico y polémico busca llenar un vacío en el exilio; *Controversia* se propone examinar críticamente el proceso de la derrota popular en la Argentina [...] la necesidad de volver a pensar casi todas las cosas [...]. Al mismo tiempo rechazar el lugar común de las interpretaciones y enfrentarse a los tabúes que hoy saturan la política del exilio”.

La revista alcanzó un fuerte tono polémico y sus temas más transitados fueron la lucha armada, los problemas del socialismo, los derechos humanos y la vigencia del peronismo revolucionario. Desde la izquierda radicalizada, la revista recibió no pocas descalificaciones.

Rearme fue una revista que, desde su bélico nombre, fue vocera extraoficial de los pocos simpatizantes de la Organización Comunista del Poder Obrero (OCPO). Se expresó como la típica revista teórica de partido marxista revolucionario, con tratamiento ensayístico, en textos de largas dimensiones sobre temas políticos clásicos de la izquierda luego de las derrotas, como por ejemplo la reconstitución del proyecto de vanguardia.

El consumo de publicaciones exiliares incluyó también la recepción de materiales producidos en otras latitudes de la diáspora. La revista quincenal *Resumen*, editada en Madrid por el Club para la Recuperación Democrática Argentina, era recibida por muchos suscriptores en México; y también se leía *Testimonio Latinoamericano*, editada en Barcelona por un grupo peronista encabezado por Hugo Chumbita. *Resumen* todavía existe, con sede en Madrid y bajo la dirección de su fundador, el periodista Carlos Aznárez.

Otra forma sumamente utilizada para la denuncia, la solidaridad y la explicitación de posiciones políticas la consti-

tuyó la publicación de desplegados (solicitadas) en los diarios mexicanos de circulación nacional, una selección de los cuales se incluye en el Apéndice Documental de este libro. Esos textos fueron mayoritariamente insertados en los matutinos *unomásuno*, *El Día* y *Excelsior*.

El debate y la información sobre la Argentina se canalizaron también en numerosos artículos y comentarios publicados por exiliados en la prensa comercial. La mayoría de estos textos se publicó en los diarios *unomásuno*, *El Día*, *Excelsior* y *El Universal*, y en los suplementos culturales *Sábado* (de *unomásuno*) y *El Gallo Ilustrado* (de *El Día*). También en las revistas *Proceso*, *Siempre*, *Vuelta*, *Plural* y *Cambio*.

En la última etapa del exilio también se editó el periódico *Democracia*, cuya dirección ejerció el ex diputado de UDELPA (Unión del Pueblo Argentino) Héctor Sandler.

El círculo de publicaciones del exilio debe cerrarse con la ya mencionada *Argentina Día por Día*.

Tres símbolos del exilio: Héctor Cámpora, Rodolfo Puiggrós, Miguel Ángel Piccato

En abril de 1976, oculto en el piso del automóvil del embajador mexicano en Buenos Aires, entraba en la sede de la representación diplomática azteca el ex presidente constitucional argentino, Héctor José Cámpora.

En pleno despliegue represivo luego de la toma del poder por las Fuerzas Armadas, ese ingreso constituyó uno de los episodios decisivos de aquel período. Desde entonces y hasta el 19 de noviembre de 1979, día en que llegó a México, Cámpora estuvo presente en la vida del exilio argentino. Una muletila ritual incluía el pedido de su libertad “y la de los demás exiliados en la embajada mexicana en Buenos Aires”, la cual se repitió en muchísimos documentos emitidos por diversos grupos políticos, más allá de los polémicos puntos de vista que

acerca de su breve gobierno y su eventual porvenir político se podían tejer dentro y fuera del peronismo.

Un momento de particular tensión, e indignación, lo constituyó aquel día de 1979 en que se comenzaron a difundir las noticias relativas al cáncer que lo afectaba. En las pantallas de la televisión oficial mexicana (Canal 13), pudo verse y oírse el conmovedor pedido a la dictadura de la señora Georgina Acevedo, esposa del ex presidente, para que se permitiera el traslado de Cámpora, ya gravemente enfermo, a México.

Las pantallas de televisión difundieron la imagen de un Cámpora fatigado llegando a México, afónico y con un vendaje en el cuello que lo acompañaría hasta su muerte. En el aeropuerto Benito Juárez del Distrito Federal se produjo otra de las manifestaciones contradictorias del exilio, combinación de repudio a la dictadura y de lucha interna por hegemonizar la “línea política” del acontecimiento. Unidos circunstancialmente en el repudio a la dictadura, dos grupos coreaban estribillos enfrentados. De un lado los Montoneros, que todavía gozaban de alguna fuerza de arrastre; del otro, un conjunto donde se mezclaban peronistas no montoneros e izquierdistas que consideraban positivo recibir al ex mandatario de la “primavera democrática del 73”.

Pero Cámpora no pasó por allí: de la pista de aterrizaje fue trasladado rauda y directamente al Centro Médico del IMSS (Instituto Mexicano del Servicio Social), el mejor hospital público del país. Lo esperaba la plana mayor del hospital y de inmediato comenzaron los exámenes y el tratamiento.

El primer contacto de Cámpora con el exilio se produjo días después de su arribo, en el local de la CAS y organizado por un grupo de sus amigos más cercanos. Un centenar de peronistas, la mayoría de entre 25 y 40 años de edad, lo esperaron esa noche en la Calzada de los Leones y lo aplaudieron durante diez minutos seguidos. Cámpora saludó uno por uno a los asistentes, con un abrazo a los más conocidos, con un beso a las mujeres. Y la charla duró tres horas.

Primero pronunció un breve discurso introductorio y después respondió muchísimas preguntas. Repudió a la Junta; habló de la resistencia del peronismo “pese a los dirigentes sindicales y políticos que han defecionado”; mencionó críticamente a “los dirigentes de la juventud” pero rescató el papel de ésta. Rechazó las componendas con la dictadura y, ante una pregunta, reconoció que “Perón se equivocó al elegir el segundo término de la fórmula presidencial en 1973”. Pero a continuación subrayó que él también compartía, de algún modo, la responsabilidad, por su cercanía a Perón y por su propio silencio sobre el tema.

Este primer encuentro público –del cual lamentablemente no quedó testimonio grabado porque sus organizadores no lo permitieron– fue seguido por otro de mayor trascendencia y que fue mucho más polémico. El 11 de marzo de 1980, séptimo aniversario de la victoria justicialista que lo llevara a la Presidencia de la República, se celebró con Cámpora presidiendo una multitudinaria comida conmemorativa, que se desarrolló en el restorán “Enrique”, al sur de la Avenida Insurgentes –la principal de la capital mexicana– entre la Ciudad Universitaria y la carretera a Cuernavaca. Esa comida había sido organizada por la Mesa Peronista. Largas y complicadas gestiones precedieron al convite, dilatadas sobre todo por la falta de confirmación acerca de la concurrencia del propio Cámpora. Su más cercano grupo de colaboradores, entre los que destacaba Esteban Righi, había señalado la imposibilidad de garantizar la presencia del ex mandatario. Finalmente, frente a unos 300 comensales, y a una veintena de distinguidos invitados latinoamericanos, Cámpora se hizo presente. Se cantaron los himnos nacionales mexicano y argentino, y luego de la Marcha Peronista tomó la palabra el ex presidente en medio de un clima que estaba caldeado porque en los diarios de esa misma mañana los Montoneros habían celebrado el 11 de marzo recordando insistentemente el discurso de asunción de Cámpora en 1973.

Cámpora habló durante unos veinte minutos y sus palabras decepcionaron a casi toda la concurrencia. Profundamente irritado por la solicitada montonera (“Es un hombre que cuando tiene un adversario adelante embiste con todo lo que tiene”, diría Righi horas después), Cámpora reiteró que “el peronismo no es subversivo” y que “la lucha civil será el camino para la liberación”. No fue por cierto una clase de teoría política acerca de cómo utilizar las múltiples formas de lucha para alcanzar la democracia, ni tampoco la instancia desde la cual se proclamara el enjuiciamiento de Isabel y otros burócratas políticos y sindicales. Pero, sin duda, en aquel discurso Cámpora reiteró sus diferencias sustantivas con la guerrilla montonera.

El 25 de mayo de 1980 entregó a la prensa un mensaje titulado “Carta Abierta a los Argentinos” en el que se preguntaba: “¿Cómo es que hemos pasado de la esperanzada democracia a una dura y trágica realidad de dictadura militar? Ésta es la pregunta que debemos hacernos para que, afirmados en una respuesta verdadera, podamos intentar, nuevamente, la lucha que devuelva al Pueblo el ejercicio de sus derechos [...]. La verdad es que la democracia no se instala, no se afirma en la Argentina, porque no se la practica, porque su ejercicio, que es el ejercicio de la razón y de la persuasión, es ineluctablemente interrumpido por el ejercicio de la fuerza”.

Poco tiempo después, Cámpora pronunció una conferencia en la sede central del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El texto que allí leyó, de unas 18 carillas, retomaba ciertos temas ya señalados en la “Carta...”. En esa alocución pronunciada ante unas 300 personas, Cámpora fijó posición frente al gobierno de Isabel Perón: “El fallecimiento del general Perón, ocurrido el 1º de julio de 1974, fue utilizado por las fuerzas de la reacción para desvirtuar y acorralar al gobierno de su esposa. Ella actuó sin ninguna experiencia, mal asesorada, con la presión de un movimiento que, carente de su líder, pretendía en sus diversos sectores obtener poder en detrimento de las restantes partes del Movimiento. Removió los

ministros con que el general Perón instrumentaba su política, dando espacio para el retorno de los militares al gobierno”.

Y luego de describir duramente la política de la dictadura militar, anotaba que en sus aspectos social, cultural y económico “no podrá, sin embargo, destruir al pueblo argentino. A lo largo y a lo ancho del país, a pesar de la feroz represión desatada, se levantan las voces y el accionar de las múltiples manifestaciones de la ciudadanía de todos sus sectores. De los obreros, los empresarios, los estudiantes, los hombres del campo, en fin el pueblo todo que ha comenzado a cuestionar y actuar, contra el plan de desmantelamiento oligárquico [...]. Estoy plenamente consciente de que la lucha contra la dictadura militar no será ni breve ni fácil, pero tengo fe en nuestro pueblo y en nuestro Movimiento, que es su expresión política mayoritaria”.

En agosto viajó a Quito, Ecuador. Del 11 al 13 se hizo presente en la fundación de la Asociación Latinoamericana para la Defensa de los Derechos Humanos (ALDHU), reunión en la que fue electo miembro de la junta directiva. En esa ocasión Cámpora pronunció un mensaje por el cual pidió al congreso fundador de la ALDHU que exigiera al gobierno argentino la libre circulación del Informe de la CIDH (Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA), elaborado en 1979 durante una visita del organismo a Buenos Aires.

El ex presidente se entrevistó en Ecuador con el presidente Jaime Roldós y con el ex mandatario de Venezuela, Carlos Andrés Pérez. Dos meses antes, el 17 de junio, Cámpora había viajado a Panamá invitado por el general Ornar Torrijos, líder del proceso político nacionalista de ese país. Fue en aquella circunstancia cuando se insinuó una operación política finalmente frustrada: el gobierno panameño realizaba gestiones, por entonces, para lograr la libertad de Isabel Perón, detenida por órdenes de la junta militar desde la madrugada misma del golpe de Estado de marzo de 1976. Torrijos se proponía brindarle asilo en Panamá y producir una reunión entre los dos ex presidentes peronistas para lograr la unidad del Movimiento.

En México, Cámpora se entrevistó oficialmente con el presidente José López Portillo el 13 de noviembre de 1980, en la residencia presidencial de Los Pinos. En esa ocasión le agradeció el tratamiento brindado por México a los exiliados argentinos. Fue también por esos días y en la capital mexicana que dialogó con el senador y precandidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos Edward Kennedy, quien pasaba por México para atraer los votos de los chicanos en la interna de su partido.

Cámpora pasó sus últimos días en una casa de la ciudad de Cuernavaca, capital del Estado de Morelos, al sur de la Ciudad de México, acompañado de su esposa y de su hijo Carlos (el otro, Héctor, seguía mientras tanto en la embajada mexicana en Buenos Aires).

Poco antes de su muerte, Cámpora concedió la que fue su última entrevista de prensa. La realizó el periodista Luis Suárez para su programa de televisión “Siempre en el Once” que se transmitía por el canal 11, del IPN. Dicha entrevista fue transcrita textualmente en la edición 1420 del semanario *Siempre* del 10 de septiembre de 1980. Allí Cámpora señalaba: “Si yo estuviera ahora en la presidencia repetiría los mismos hechos que llevé a su realización durante mi rápido, efímero gobierno, porque fueron hechos trascendentales que dieron libertad al pueblo, tranquilidad y esperanza de vivir en la democracia. No se olvide que yo goberné sin estado de sitio, aunque haya sido poco tiempo, pero sin estado de sitio. Porque otros gobernantes que gobernaron poco al país lo han hecho siempre con esa atribución, constitucional, pero que limita la libertad. Yo no he dicho, ni sería capaz de decirlo, que mi gobierno fue brillante. No tuvo tiempo de serlo. Pero si los hechos no fueron brillantes, sí fueron constructivos y contribuyeron a darle al pueblo esperanza para concretar su aspiración de vivir en paz, justicia y libertad [...]. Yo creo que esta época de violencia, en la cual el Movimiento Peronista no tiene ninguna responsabilidad, será superada”. Y se preocupó en aclarar: “porque le han querido

atribuir al Movimiento Peronista y a Perón, y particularmente a mí, la responsabilidad de la subversión: el Movimiento Peronista, el general Perón y quien le habla han sido un movimiento y hombres de paz, de justicia y de libertad. La subversión tiene otros orígenes, otros causantes que para mí son, sin lugar a ninguna duda, los gobiernos de facto, anticonstitucionales, que han existido en el país durante cuatro o cinco períodos”.

Antes, el 23 de marzo de ese año, Cámpora había otorgado una entrevista al corresponsal en México del diario madrileño *El País*, Ángel Luis de la Calle. En ella, la última pregunta estuvo dirigida al eventual “futuro político” de la viuda de Perón. Cámpora contestó: “Ante todo, creo que la responsabilidad futura es del Movimiento Peronista y, dentro de él, de aquellos que sean elegidos por la voluntad de la mayoría de sus adherentes”.

En las últimas semanas del año, su estado de salud desmejoró visiblemente. El 19 de diciembre falleció en la ciudad de Cuernavaca. Ese mismo día su cuerpo fue trasladado a la sede de la CAS, donde se realizó el velatorio por expreso pedido de la familia. Al día siguiente, el cadáver de Cámpora fue trasladado al cementerio privado Mausoleos del Ángel ubicado en el sur de la ciudad, próximo al Estadio Azteca. Antes de llegar al lugar de su sepultura, el cortejo fúnebre se detuvo en la sede de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL). En el cementerio hubo dos oradores: por el exilio latinoamericano habló Juan Ferreira, hijo del líder “blanco” uruguayo Wilson Ferreira Aldunate y titular de la Convergencia Democrática Uruguaya (CDU), y por el exilio argentino su ex ministro del Interior, Esteban Righi.

• • •

Si se tratara de definir las características del exilio mexicano a partir de personalidades emblemáticas, sin duda la de Rodolfo Puiggrós tendría que figurar en un lugar privile-

giado: ejerció durante seis años de exilio en México (los seis últimos de su vida) una decisiva influencia sobre el conjunto de la emigración.

Había llegado a México en septiembre de 1974, perseguido por las amenazas de la Triple A. Murió en La Habana el 12 de noviembre de 1980, en ocasión de un viaje efectuado a la isla. Fue primeramente sepultado en México, tierra donde ejerció un papel que superó con largueza su pertenencia a los Montoneros. Su hija Adriana descubrió en 1987 que su cuerpo había sido ilegalmente embalsamado por los Montoneros. Después de superar densos trámites logró cremarlo y depositó sus cenizas en la bóveda familiar situada en el cementerio porteño de la Chacarita.

Puiggrós no pisó tierra mexicana por primera vez en 1974. Había residido en México bastante antes, en la década de 1960. Fue entonces uno de los fundadores del diario *El Día* y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Sus relaciones y vínculos, establecidos en la década de 1960, fueron puestos generosamente al servicio de un exilio necesitado de apoyo y respaldo oficiales. Puiggrós mantuvo una relación personal y política con el presidente mexicano Luis Echeverría, quien respaldó decididamente el establecimiento del exilio argentino en México. Entre los múltiples personajes del mundo de la política mexicana que frecuentaron su amistad estuvo, de manera preponderante, Enrique Ramírez y Ramírez.

Puiggrós participó, desde su llegada a México, en la organización de una estructura del exilio. En la primera gran disputa acerca del carácter y organización del mismo, en 1975, Puiggrós se identificó con la posición de los Montoneros, que organizaron por entonces el COSPA. Varias veces integró la comisión directiva de ese organismo y fue su secretario general hasta su fallecimiento.

Es preciso señalar que, cuando llegó a tierra mexicana, Puiggrós no integraba orgánicamente la estructura monto-

nera, a la cual se incorporó en abril de 1977 (fecha de la constitución en Roma del Movimiento Peronista Montonero). Ese enrolamiento en el MPM no limitó su espacio político en el exilio porque su figura –como historiador, académico y periodista– desbordaba los marcos partidarios.

Su papel fue muy importante entre los latinoamericanos. Apreciado por los exiliados del Cono Sur y de América Central y el Caribe, Puiggrós jugó un papel protagónico en la constitución del Comité Latinoamericano de Solidaridad. Este organismo impulsó numerosas acciones vinculadas con luchas democratizadoras y revolucionarias, notoriamente Nicaragua y El Salvador. El respaldo al sandinismo constituyó, visto en perspectiva, la tarea central de dicho organismo.

Puiggrós ejerció también la cátedra universitaria, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en la Facultad de Economía de la UNAM. Asimismo, como ya hemos dicho, colaboró en la página editorial del diario *El Día*, aunque sus entregas se fueron haciendo esporádicas y hacia 1978 desaparecieron completamente. No dejó libro escrito en esos años.

¿Cuál fue la causa de que Puiggrós no llevara a cabo un trabajo acerca del último gobierno peronista, por ejemplo, o un análisis del desarrollo de los Montoneros? Estos años significaron un momento de silencio significativo en su producción. Se puede anotar, además, que las notas publicadas en *El Día*, severamente adversas a la dictadura argentina y con especial énfasis en la crítica al modelo económico de José Alfredo Martínez de Hoz, no hicieron la apología de los Montoneros. El papel más destacado de Puiggrós en esos años de exilio parece estar jugado en el desarrollo de una intensa actividad política de denuncia y crítica de la dictadura militar a partir de la militancia en el MPM.

Es decir, el político le ganó el paso al investigador y crítico histórico. En el momento de su muerte, la declinación de los Montoneros se había hecho muy notoria.

Es probable que una de las grandes satisfacciones de Puiggrós haya sido la visita que hizo a Managua luego de la victoria sandinista, en julio de 1979.

Con su salud ya deteriorada (había padecido una crisis, en la segunda mitad de 1979, que lo condujo a la internación en el Instituto de Nutrición de México), y golpeado por la muerte de su hijo Sergio (combatiente montonero asesinado por la dictadura), Puiggrós viajó a Cuba, donde falleció en el hospital habanero en el que se había internado para que le realizaran un chequeo. Sus restos llegaron a México acompañados por el dirigente montonero Raúl Yager (miembro de la conducción nacional de esa organización), y quien en 1982 fue asesinado en la Argentina, en un supuesto enfrentamiento con fuerzas de la dictadura.

El velorio de Puiggrós se realizó en la sede del COSPA, que por entonces ocupaba una casona en la Colonia Florida, al sur de la ciudad de México, y fue enterrado en el Panteón Civil de Dolores. Hubo ocho oradores (argentinos y de otros países latinoamericanos). Carlos Marquís (quien había estado a cargo de la secretaría académica de la Universidad de Buenos Aires en 1973, durante el rectorado de Puiggrós) señaló que “su práctica intelectual y académica fue una franca demostración de que el desarrollo científico no puede aislarse de los intentos de cambio y que cuando así se hace, esa práctica se transforma en científicismo”.

También lo despidió el músico patagónico Naldo Labrín y, por el exilio boliviano, habló Oscar Prudencio, ex funcionario del gobierno de Hernán Siles Suazo, quien indicó que “es la Patria Grande de sus sueños la que llora su partida”. El intelectual guatemalteco y profesor de la UNAM, José Luis Balcárcel, manifestó: “Qué tranquilidad morir como Rodolfo Puiggrós, con plena lucidez, porque eso permitió que estuviera pensando hasta el último momento de su vida en la necesidad de la liberación latinoamericana”. Otro intelectual latinoamericano, el panameño Jorge Turner, dijo: “Ardoroso creyente en la clase obrera de su patria, fue ante todo un maestro de

juventudes, quizás el último gran maestro de juventudes de América Latina, como se concebía antes”. El diputado federal mexicano Carlos Sánchez Cárdenas, del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) lo despidió así: “Nos hará falta Rodolfo Puiggrós porque a los pueblos de los Estados Unidos del Sur nos espera un futuro de lucha. Ante las sombras del presente se asoma un futuro luminoso que ya vive en Cuba y Nicaragua y en la lucha de los pueblos salvadoreños y sudamericanos. En esta lucha sentiremos su ausencia”. Por su parte, el periodista Javier Romero, miembro del consejo de dirección de *El Día*, recordó su trayectoria en ese órgano de prensa: “En el primer número del diario hay un artículo de él, donde comentaba, como lo hacía diariamente, con el seudónimo de Alfredo Cepeda, los acontecimientos internacionales. Allí supimos verlo como el auténtico periodista, el que busca en la noticia y el comentario el trazo de una lucha”.

La serie de discursos se cerró con el de Ricardo Obregón Cano, en nombre del MPM, quien destacó “... el optimismo permanente de Rodolfo Puiggrós, porque era un revolucionario. Ese optimismo que hacía compartir y que, polémico como era, [...] enfrentó la mediocridad con un espíritu de lucha indomable, sosteniendo las banderas en alto de su pensamiento rector en una clara expresión de las masas argentinas. Rodolfo Puiggrós, frente a ese escepticismo de algunos, frente al derrotismo, frente a la falta de visión histórica, permanentemente convocaba a la victoria”.

El COSPA fue rebautizado, pocos días después, como “COSPA-Rodolfo Puiggrós”.

• • •

Las muertes en el exilio son doblemente duras, por aquello de morir sin haber vuelto a pisar la tierra madre. En el caso del periodista Miguel Ángel Piccato, la rabia y la impotencia

ante lo prematuro e irreversible se agigantó el 9 de noviembre de 1982, cuando falleció en la sala de terapia intensiva del Hospital Español de México, en el barrio de Polanco, siendo todavía tan joven.

Todo el exilio lo recordó especialmente en la noche del 30 de octubre de 1983, cuando seguíamos el arrollador triunfo electoral de Raúl Alfonsín a través de los todavía vigentes teletipos en los diarios mexicanos, y por las radios de onda corta que se instalaron en la planta alta del local de la CAS. A medida que se recibía la información de los resultados de los comicios, en ese mismo local donde casi un año atrás lo habíamos velado, más de un exiliado, peronista o de izquierda, lo evocó con cariño: “Este es el momento que siempre soñó el Gordo Piccato”.

Y es que había sido prácticamente el único militante radical del exilio mexicano, nuestro único radical a la hora de conformar multipartidarias, de abrir los debates a todas las líneas de la política y del pensamiento argentinos.

El Gordo Piccato –a fuerza de pasión, bonhomía y activismo– se había ido convirtiendo en un símbolo para los exiliados; su trayectoria y su estilo desbordaban el marco político del radicalismo, al que adhería con lealtad pero con autocrítica mordacidad.

Cordobés fanático, había sido secretario de redacción y editorialista del diario *La Voz del Interior*. Fue en ese periódico donde este hombre férreamente enamorado de su ciudad y de su provincia, protagonizó muchas jornadas importantes y escribió muchas páginas memorables del oficio periodístico. Como recordó su coterráneo colega Antonio Marimón, Piccato era de la misma Córdoba que “... fue la ciudad de Jorge Bonino y del Cordobazo; de la CGT de Atilio López, Agustín Tosco y René Salamanca; de las clases de Jitrik y Oscar del Barco en la Universidad; de *La Voz del Interior* y de *Pasado y Presente*; de las masas estudiantiles que ocupaban el barrio Clínicas y de las grandes fábricas de automotores que amanecían tomadas

por sus trabajadores y convertidas en polvorines; del movimiento sindical clasista o del tumultuoso gobierno de Obregón Cano; de los cuadros de Palmara, las pláticas del ‘Moro’ Terzaga o los cuentos semisecretos de Antonio Oviedo; y de las tradiciones del sabattinismo y la Reforma del 18 reescritas por la voluntad crítica, participativa y democrática de sus sectores más dinámicos” (en el diario *unomásuno*, 14 de noviembre de 1982).

Fundador y editor de la revista *Jerónimo*, el quincenario que acompañó a *Hortensia* en la proyección de la prensa mediterránea sobre la Capital Federal, Piccato fue también, durante la campaña electoral de marzo de 1973 para la gobernación cordobesa, el hombre de prensa del radical Víctor Martínez contra Obregón Cano (quien paradójicamente fue uno de los buenos amigos del Gordo en el exilio). Piccato había acuñado la consigna de campaña radical: “Víctor, el único”.

Empujado por la ola represiva del 76, Piccato se instaló en México. Trabajó en los diarios *El Día* y *unomásuno* de la capital mexicana, pero fue también uno de los pocos en partir hacia el interior de México. Recaló por algunos meses en la ciudad norteña y portuaria de Tampico, en el estado de Tamaulipas. Pero Tampico no era Córdoba para él, y Piccato volvió al D.F. donde asumió la subdirección del quincenario *Razones*.

En los primeros años de su exilio mexicano, Piccato había editado en México, prácticamente solo, el periódico *La República*, órgano de prensa del radicalismo en el exilio, con el apoyo político y financiero de Hipólito Solari Yrigoyen. Piccato bromeaba, orgullosamente, que podría haber un solo militante radical... pero con órgano de prensa propio. Aunque es justo decir que ese periódico en realidad no fue un vocero partidario, porque él lo manejó con generosa amplitud editorial, de modo que en sus páginas tuvieron cabida plumas peronistas y de izquierda y las reflexiones más encontradas, en tanto coincidieran en el hostigamiento a la dictadura.

Piccato llegó a integrar la comisión directiva de la CAS, de la cual se separó –aunque no de la institución– a raíz de un episodio que él juzgó como falta de lealtad política por parte de uno de sus colegas de aquella comisión directiva.

Siempre irónico, excelente conversador, novelista frustrado, gran lector, generoso con su humor y entusiasmado con cualquier posibilidad polémica, al Gordo Piccato le cupo otro mérito: fue el organizador de comidas políticas en las que convocaba todos los miércoles a gente de diverso pensamiento y durante las cuales se brindaba información, se discutía con ganas y, como broche de oro, Piccato pasaba un ingenioso, ácido y muy jocoso rastrillo sobre la realidad política de la Argentina lejana y la del exilio.

La guerra de las Malvinas le ocasionó una profunda decepción. Opuesto a todo el desarrollo de aquel operativo, Piccato vio, paradójicamente, alejarse esa Argentina que a partir de la derrota acertaba sin embargo sus plazos hacia la democracia. Quizás le pesaba que aquel país, aquella Córdoba, no serían nunca iguales a la de la fugaz edad de oro que él había contribuido a construir.

El ataque cardíaco que lo condujo a la muerte en menos de veinticuatro horas lo sorprendió como a un capitán en el puente: en la dirección de su revista, cerrando la edición.

CAPÍTULO CUATRO

El temor a cómo nos veían en la Argentina

La imagen que los exiliados sabíamos que se tenía de nosotros en la Argentina nos provocaba desazón y rabia, sentimientos que se sumaban al miedo. Durante los primeros años del exilio, cuando el desastre se expresaba en el terrorismo de Estado y en la delirante “contraofensiva” montonera, a muchos nos preocupaba la confusión que se podía tener en el país respecto de los exiliados, dada la imagen engañosa que sabíamos proyectaban las campañas publicitarias del gobierno y de los medios de comunicación solidarios con ella. No ignorábamos el empeño en construir la imagen de un exilio que desarrollaba permanentes “campañas antiargentinas”, como la dictadura denominaba a todas las denuncias contra su accionar represivo.

La perfecta identificación que los militares hicieron de su misión represiva con los destinos nacionales, de clara estirpe

nazi-fascista, fue uno de los aspectos más dolorosos del exilio. Incluso, en las cartas que los exiliados enviábamos a familiares y amigos la amenaza represiva obligaba a un cuidado lenguaje –lleno de eufemismos y ambigüedades– para no hacer caer sobre los receptores ninguna posible represalia.

Una de las mayores preocupaciones políticas fue, justamente y más allá de las definiciones ideológicas, hacer entender a los más cercanos en la propia Argentina que el exilio (el mexicano y los otros, con sus diferencias) no era lo que se suele llamar un “exilio dorado” sino, al contrario, un proceso de difícil acomodamiento en términos legales, económicos y culturales.

Por otra parte, la derrota política producida en la Argentina condujo a un arduo debate en el exilio para remontar las posiciones que el militarismo de los Montoneros y de otras organizaciones guerrilleras congelaba en el pasado. Además, hay que reconocer que la campaña de la dictadura contra el exilio tuvo un peso considerable en la sociedad argentina. Y dejó secuelas. Es un hecho que a más de tres lustros de reinstaurada la institucionalidad democrática, la narración del exilio (de todas las latitudes) ha sido verdaderamente muy escasa.

En el exilio se plantearon posiciones que, vistas ahora y a lo lejos, quedan desdibujadas por la falta de referencia o de debate. Por ejemplo, hubo muchos que estimaron que la derrota de la guerrilla se encontraba en una suerte de locura generacional. Hubo también quienes dieron vuelta la hoja de sus vidas desvinculándose de sus responsabilidades políticas. Finalmente, no faltaron los que incluso negaban hasta su propia condición de exiliados, como si su llegada a México se hubiera debido a la necesidad de un cambio de aire o a la simple búsqueda de un mejor pasar, sin conexión con los sucesos políticos que habían llevado al país a esa feroz dictadura.

Pero hubo también tragedia: la de los que volvieron al país convencidos por el delirio de la “Contraofensiva”, aque-

lla operación política así bautizada y ejecutada por los Montoneros, y cuya responsabilidad dirigencial todavía no fue asumida cabalmente.

Andando el tiempo, la preocupación por la autoimagen del exilio se trasladó a desmontar la ya mencionada idea predominante en la Argentina a partir de 1981, según la cual los exiliados estábamos viviendo una especie de “exilio dorado”. Idea a la que colaboró, por ejemplo, un discutible artículo de Rodolfo Terragno (exiliado él mismo en Londres) en la revista *Controversia*, en el que decía que el exilio en cierto modo “era un privilegio”. De alguna manera esa expresión era una forma de culpabilizar en parte a los exiliados, sin tener en cuenta matices ni obvias diferencias. Ese texto provocó una dura réplica de otro exiliado, Osvaldo Bayer, desde Alemania, con cuyos términos en general coincidimos.

Pero más allá de esa polémica, los que estábamos en México sentíamos que era injusto que se nos considerara privilegiados, puesto que, si bien no nos había tocado pasar el horror de los peores años de la represión (producto de la cual habíamos tenido que salir del país), eso no justificaba que los compatriotas “del interior” creyeran el discurso oficial (aunque no de Terragno, claro) de que los otrora “subversivos” se habían transformado en *bons vivants* que iban del Caribe a Acapulco gracias a supuestas succulentas cuentas en dólares.

Esta mitificación artera confundió sí a muchos exiliados, sobre todo a los más preocupados por hacer “buena letra”, los cuales, ciertamente, existieron. En México, en 1982, hubo quienes proclamaron anticipadamente que el exilio terminaba. Fueron replicados por otros que consideraban que el exilio era interminable, seguramente porque a ellos se les planteaba una nueva situación de cambio a la que se resistían.

Nosotros pensábamos que no era correcto ni decretar el prematuro fin del exilio ni afincarse en el exilio interminable. Lo que más grave nos parecía, de todos modos, era que muchos se inhibían de pensar, discutir y pronunciarse, dema-

siado preocupados por la imagen proyectada o la que se podía proyectar hacia el país. Ese fue uno de los déficits más fuertes del exilio: la incapacidad para reflexionar.

Ya desde las primeras asambleas, en discusiones trascendentes como la organización del exilio, los derechos humanos, la recuperación democrática, el peronismo, el papel de la izquierda y otros temas fundamentales, hubo muchos exiliados que siempre invalidaron las reflexiones con tajantes expresiones como: “Lo que importa es lo que pasa en el país”; “aquí lo único que podemos hacer es hablar, pero la lucha se hace allá”, y otras descalificaciones que no eran sino muestras de la inhibición de pensamiento de quienes encajaban a los demás esas sentencias.

Lo que queda claro, nos parece, es que la imagen que se tenía de nosotros en el país era una preocupación constante para todos. Quizás porque ciertos chantajes también son parte del modo de ser argentino, y entonces había en muchos exiliados una cuota considerable de sentimientos de culpa. O quizás era producto de que los argentinos vivimos más preocupados por la imagen que podemos dar antes que por vivir como realmente somos. Algo que se manifiesta en la preocupación argentina por las modas (que aprendimos a desdeñar en México), en la manía de fijarse en lo que hace el otro y saber cuánto gana, cómo vive, qué come, qué coche tiene y demás.

Casos que conmocionaron al exilio

Durante el tiempo que duró el exilio hubo, pública y privadamente, una serie de hechos penosos que afectaron a la colectividad.

Toda comunidad que vive en cierto modo encerrada en sí misma, a pesar de sus diferentes modos de integración a la sociedad que la acogió, necesariamente tiene una actitud autorreferencial que puede ser calificada como “vida de gueto”.

Sin que esto implique una calificación peyorativa, y aunque fue evidente que los niveles de ensimismamiento y aun de enclaustramiento fueron diferentes para muchos, creemos que sí hubo al menos una parte del exilio que hizo esa vida social cerrada y autorreferenciada.

Como toda comunidad en las condiciones antes mencionadas, la colonia argentina en el exilio dio lugar a toda una chismografía que, entre divertida y dramática, no dejó de constituirse en parte importante de la vida comunitaria. Y lo fue, creemos, porque incluso la más trivial diferencia conyugal (que las hubo y en cantidades) jamás dejó de ser comidilla o tema de conversación en las necesarias interrelaciones de los exiliados.

Pero cuando aquí pensamos en conmociones, nos referimos a hechos de mayor trascendencia social. Los sucesos más graves que nos parecen destacables en este capítulo se refieren a aquellos que afectaron la vida social de la comunidad toda; hechos que perturbaron el proceso de integración a México que cada uno eligió y/o que desdibujaron la imagen positiva que la colonia, mayoritariamente, quiso dar.

Por lo tanto, nuestra idea es la de rechazar *a priori* cualquier juicio de mala voluntad según el cual nos debería estar vedado referirnos a capítulos desgraciados de la vida de la colonia de exiliados. No es que no los sepamos, pero no nos interesa dar los nombres de los compatriotas que mancharon la imagen exiliar con conductas mezquinas, soberbias o sencillamente canallescas. Sí nos importa decir, en cambio, que hubo exiliados argentinos que “reventaban” tarjetas de crédito en la ilusión de que nunca serían reclamados sus pagos; y hubo también algunos que abandonaron México para dirigirse a otros países dejando alquileres impagos y, a veces, impresionantes cuentas telefónicas también sin pagar. Lo cual, naturalmente, nos desprestigiaba a todos y en algunos casos significó tremendos disgustos para sus garantes (en la inmensa mayoría de los casos, compañeros mexicanos) quie-

nes debían afrontar deudas que no habían contraído y que generaban en ellos un sentimiento antiargentino considerable y lamentable para los que quedábamos.

Hemos conocido varios casos de destacados profesionales argentinos que se marcharon del país sin haber pagado sus haberes a mexicanos que trabajaban con ellos, como asistentes, o aun como mucamas. Y, en general, podemos asegurar que no fueron pocos los que dejaron deudas sin pagar incluso entre sus amigos.

Toda proporción guardada, de ninguna manera estamos diciendo que ésta fue una conducta generalizada. Pero estos casos existieron y en muchas ocasiones justificaron la de por sí y previa mala imagen de soberbia e inconfiabilidad que se nos atribuye a los argentinos en casi toda América Latina.

Otro exabrupto común en esos años fue la crítica, desproporcionada, de muchos militantes del exilio que manifestaban que quienes se habían quedado en la Argentina eran todos “cómplices” de la dictadura, y esto se daba por válido en las más diversas actividades. Era un juicio obviamente desatinado que algunos compañeros imputaban a sus propios ex compañeros de militancia que, por haberse quedado en la Argentina y por tener que adaptarse a las condiciones represivas, ahora o mantenían silencio frente a ciertos hechos o bien levantaban reivindicaciones con moderación y extrema cautela. Pensamos que quienes incurrieron en esos exabruptos, por tontería o por sectarismo, cayeron en lo mismo que luego, al final de 1983, empezó a ser una preocupación para todos nosotros: un juicio simétrico en boca de muchos argentinos que en el país pensaban que los que nos habíamos ido éramos todos cobardes o todos privilegiados.

La lista de desmesuras sería larga si se hiciera un recuento caso por caso. Y también significaría salirnos de tema. Pero hemos reflexionado mucho el asunto y creemos que, por lo menos, hay dos casos que merecen una descripción, porque sucedieron en momentos determinantes del exilio y fueron

verdaderas emergencias que, acaso, pudieron cambiar la historia exiliar. Uno de ellos fue el llamado por la prensa internacional “Caso Graiver”; el otro es el que el exilio conoció como “Caso Beatriz Madero”.

David Graiver, banquero argentino que había sido subsecretario del Ministerio de Bienestar Social encabezado en 1971 por Francisco Manrique, y en 1973 subsecretario de Economía con José Ber Gelbard, volaba en un jet privado de Houston a Acapulco el 7 de agosto de 1976, para reunirse en el puerto turístico del Pacífico mexicano con su esposa y su hermano. A menos de 50 kilómetros de Acapulco –en plena sierra del estado de Guerrero (conocida como “la tierra caliente” en la que desde la década de 1960 se han producido los más vigorosos focos guerrilleros rurales, hasta el zapatismo chiapaneco de la década de 1990), tierra pobre y árida de campesinos retrasados económicamente y de comunidades indígenas marginadas– el avión se estrelló y murieron allí todos sus ocupantes. Ese mismo día empezó en Buenos Aires una crisis económica de enormes proporciones, que produjo la quiebra en cadena de muchas instituciones bancarias internacionales vinculadas con lo que la prensa llamó “El Imperio Graiver”: entre ellas el *Banque pour l’Amérique du Sud*, de Bélgica, y el *American Bank and Trust Co.* de Nueva York.

En el caso terminaron involucrados personajes tan disímiles como Alejandro Orfila (por entonces secretario general de la OEA), el inversionista norteamericano Robert Vesco (amo de la economía costarricense en esa época), los generales argentinos José Vaquero, Luciano Jáuregui, Roberto Viola, Carlos Alberto Martínez y muchos otros, así como el político derechista Francisco Manrique, el grupo guerrillero Montoneros, el asesor presidencial de Jorge Videla, Ricardo Yofre, y el periodista Mariano Montemayor, redactor habitual de los discursos del almirante Emilio Massera.

El escándalo fue mayúsculo porque, se supo inmediatamente, Graiver era depositario de entre 15 y 17 millones de dólares que

le habían entregado los Montoneros y que, según diversas fuentes periodísticas mexicanas, le reportaba a esa organización unos 113.000 dólares mensuales en concepto de intereses.

Este fue, de hecho, el primer suceso que conmovió al entonces incipiente exilio argentino en México.

No cabe aquí desentrañar la interpretación exacta sobre la veracidad del caso, pero pueden sintetizarse las cuatro posibilidades que se manejaron:

1. David Graiver no murió en ese accidente, que habría sido fraguado. Luego de la simulación, el supuesto occiso habría desaparecido con el dinero de los Montoneros. Esta fue la versión que recogió la prensa mexicana, atribuyéndola, en base a cables de agencias internacionales como *France Presse* y EFE, a los investigadores oficiales belgas y norteamericanos de las quiebras de los mencionados bancos.

2. Efectivamente Graiver murió en el accidente, y su cremación inmediata (el cadáver encontrado en el avión fue inmediatamente incinerado) fue “algo absolutamente lógico”. Tal fue la interpretación de la familia Graiver, la que no aludió al dinero y dijo que “toda la información solo sirve a intereses políticos y antisemitas para distorsionar la verdad” (cable de la agencia UPI del 5 de octubre de 1976, reproducido en la prensa mexicana).

3. El avión se vino abajo por el estallido de una bomba que habrían colocado los Montoneros por falta de pago, o por la negativa de Graiver a devolverles el dinero desde que abandonara la Argentina, en mayo de 1975, lo cual explicaría las amenazas recibidas por la familia Graiver a finales de 1976 (versión sugerida por el diario *Clarín* de Buenos Aires en base a la sentencia condenatoria de los familiares de Graiver, en amplia nota del 20 de julio de 1982).

4. “David Graiver, el famoso banquero, fue asesinado en México por los servicios de inteligencia del gobierno argentino, para impedir su participación en importantes actividades guerrilleras”. Esta hipótesis la expuso el por entonces principal

columnista del país, Manuel Buendía, en su célebre columna “Red Privada” del diario *El Sol de México* del 13 de julio de 1977. Diciendo que se basaba en documentos internos de los Montoneros, Buendía escribió que “el asesinato puso fin a los enlaces que Graiver estaba efectuando entre el movimiento guerrillero argentino y funcionarios del partido Demócrata de los Estados Unidos”, y habría sido perpetrado mediante “una carga de explosivos colocada en el avión”.

El “Caso Beatriz Madero” fue aún más grave que el anterior, por el modo en que conmovió al exilio.

En la tarde del miércoles 20 de octubre de 1981 fue ampliamente difundida por las radios y la televisión mexicanas, las agencias noticiosas y los diarios sensacionalistas, una noticia que literalmente noqueó a toda la colonia argentina: una veintena de compatriotas habían sido detenidos por el secuestro de Beatriz Madero Garza, la joven hija del industrial minero Enrique Madero Bracho, primo hermano de Pablo Emilio Madero, candidato presidencial del derechista Partido de Acción Nacional (PAN), en ese momento en plena campaña electoral presidencial.

Las informaciones decían que la policía mexicana había capturado a una “banda de guerrilleros gauchos” que exigían como rescate una suma equivalente a 1.600.000 dólares.

Esa madrugada, se supo inmediatamente, hubo razzias en los domicilios de algunos exiliados argentinos. El estupor, y en algunos casos el pánico, fueron completos.

Desde las seis de la tarde, espontáneamente, más de 250 compatriotas se congregaron en el local de la CAS, en un angustioso intento por confirmar las especies periodísticas, obtener información y saber qué hacer, algo que obviamente nadie atinaba a responder. Y es que, como siempre hubo, un cierto número de compatriotas estaba en situación migratoria irregular y este hecho los exponía totalmente.

El nerviosismo degeneró en cierta paranoia y fueron muchos los argentinos que esa noche abandonaron sus

domicilios por temor a una escalada represiva y a un brote xenófobo, el cual efectivamente se produjo, alentado por la impresionante cobertura brindada al caso por la prensa mexicana y el fuerte despliegue en las primeras planas de los diarios de ese día y el siguiente, con comentarios sobradamente chauvinistas en su mayoría. La excepción fueron los diarios *unomásuno* y *El Día*.

En principio, parecía evidente que la mayoría del exilio pensaba: 1) que nadie sabía si realmente había sucedido lo que se decía; 2) que si se probaba, era absolutamente condenable y debía ser repudiado rotundamente por todos los exiliados; 3) que mientras no se probara nada, se debían deslindar las responsabilidades del hecho; 4) que no cabía una defensa incondicional de los detenidos, pero tampoco una condena *a priori*; 5) que era evidente que de los casi veinte detenidos muchos no tenían nada que ver, entre ellos una niña, y que en ese sentido sí debía movilizarse toda la colonia para lograr su liberación; 6) que había que dirigirse urgentemente a las autoridades mexicanas para que las investigaciones no significaran persecuciones indiscriminadas al conjunto del exilio.

El clima no se distendió en ningún momento, y a las 10 de la noche algunos miembros de la comisión directiva de la CAS redactamos una solicitada (que apareció en el diario *unomásuno* a la mañana siguiente, véase Apéndice Documental, Doc. 30), que fue rápidamente discutida y aprobada por los presentes y a la que sumaron su firma todos los otros agrupamientos políticos y de derechos humanos, con la sola excepción de los Montoneros. Este grupo publicó al día siguiente, en el diario *El Día*, una solicitada en la que aceptaban la versión policial de los hechos y condenaban a los imputados sin hacer distinciones ni descargos en su favor.

En días sucesivos fueron liberados, efectivamente por falta de pruebas, la mayoría de los implicados por la policía. Al cabo, continuaron formalmente presos cinco de ellos:

Angelo Porcu Zuca, Ariel Italo Morán, Ramón Antonio Reviglia, Julio Santucho y Roberto Guevara de la Serna, este último hermano del Che.

Santucho y Guevara fueron liberados al año siguiente. Los tres primeros fueron sentenciados a diez años de cárcel.

En esos días se conocieron otras declaraciones, por medio de desplegados en los diarios. El 1º de noviembre un grupo de 29 “ciudadanos argentinos y militantes del Movimiento Justicialista”, entre los cuales estaban Mario Kestelboim, Celso Castiñeira de Dios, Héctor Schmucler, Amílcar Fidanza y Leónidas Lamborghini, publicaron una solicitada en la que manifestaban su “más firme repudio” al caso. Afirmaban que “el justicialismo ha condenado reiteradamente las prácticas aventureras y delictivas” y expresaban su “deseo de que este lamentable episodio no empañe la honorabilidad del conjunto de los argentinos residentes en México”, país que calificaban de “refugio generoso” para perseguidos y de “hogar para quienes llegaron en busca de un mejor horizonte de vida”. (véase Apéndice Documental, Doc. 31).

El 3 de noviembre, el Sindicato Único Nacional de Trabajadores Universitarios (SUNTU), entonces controlado por la izquierda antigubernamental, reclamó expresamente la libertad de Santucho y Guevara de la Serna, e igual actitud asumió al día siguiente el XX Congreso del Partido Comunista Mexicano (PCM) que por esos días se reunía para disolverse y constituir el que se llamó después Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

Algunas semanas después Héctor Sandler dirigió una carta distribuida en copias mimeografiadas a la CD de la CAS, apoyando la posición de esta organización y criticando lo que burlescamente se llamaba ya “la solicitada del mejor horizonte de vida”. Mediante otra carta, también mimeografiada, algunos de aquellos 29 firmantes (Kestelboim, Castiñeira de Dios, Alcira Argumedo, entre ellos) volvieron a la polémica y éstas fueron las últimas manifestaciones sobre el desdichado episodio.

El Mundial de Fútbol de 1978

Desde antes del comienzo del Campeonato Mundial de Fútbol que se jugó en la Argentina en 1978, la comunidad en el exilio vivió muchas jornadas de tensión. Se planteaba un serio problema político: ¿se beneficiaría la dictadura con el indudable impacto de la realización del campeonato en el país? ¿Mejoraría su imagen internacional con la televisación a todo el mundo de las magnéticas características del mencionado torneo? ¿Había que oponerse a su realización y boicotearla, o no? ¿Se estaba en condiciones de realizar un esfuerzo de las características necesarias para oponerse a la concurrencia de decenas de países al evento, y entre ellos concretamente México? ¿Podríamos festejarlo íntimamente sin sentir culpa alguna?

La pasión futbolística de muchísimos exiliados los llevaba a lamentar que una disputa de las características del Mundial los encontrase fuera del país. Un motivo más, si cabía, para repudiar a la dictadura, que se sumaba al cambio forzoso del Monumental, la Bombonera o el todavía existente viejo Gasómetro, por el estadio Azteca (del monopolio Televisa) o el Universitario (de la UNAM).

En términos generales, el conjunto del exilio estimó que la realización del Mundial era inevitable y que solo cabía realizar una acción de denuncia de la dictadura aprovechando, precisamente, la concentrada atención mundial que concitaba la Argentina en esos días. Cabe anotar que México debe haber sido el único país del mundo cuyo sistema de televisión transmitió absolutamente todos los partidos de aquel Mundial en directo, tarea que cumplió minuciosamente Televisa. Paralelamente el estatal Canal 13 transmitió todos los partidos que su espacio le permitió, con lo que se produjo una verdadera borrachera televisiva futbolística nacional y, por supuesto, esto alcanzó al conjunto de la colonia argentina.

Por si esto fuera poco, la transmisión de Televisa cubría, por las noches, un panorama turístico argentino, y particular-

mente de Buenos Aires, concebido *for export* y lleno de imágenes positivas. Lo cual constituía un *revival* nostálgico engendrador de mayores depresiones.

Los Montoneros realizaron en esos días una de sus sistemáticas conferencias de prensa en la que plantearon su posición sobre la cuestión, que se resumía en el slogan: “Argentina campeón, Videla al paredón”. Por su parte, el PRT-ERP continuó con su política de boicotear el Mundial, desde su centro de operaciones en Francia.

La mayoría del exilio en México, en cambio, estimó que la dictadura en efecto podría obtener algunas ventajas de la realización del campeonato, sobre todo si Argentina lo ganaba, pero se pensaba que las mismas tendrían un rédito de muy corto plazo. Por otra parte, con las primeras movilizaciones estruendosas causadas por las sucesivas victorias blanquicelestes, se interpretó el fenómeno como una forma de recuperar, de algún modo y en cierta perspectiva, la calle como espacio popular.

El seguimiento del Mundial se hizo desdeñando las complicaciones de la diferencia horaria y las tareas por cumplir. En la mayoría de los casos, los partidos se veían en grupos y en casas particulares, en las que se producían masivas congregaciones de aficionados. También en lugares públicos, como la librería Gandhi, repitiendo así cánones clásicos argentinos como las vinchas, camisetas, banderas y los coros con letrillas intencionadas.

El domingo de la victoria de la selección argentina sobre la holandesa se realizó una manifestación iniciada precisamente en dicha librería, en el sur de la ciudad. Continuó por la Avenida Insurgentes de sur a norte y culminó en una recorrida por algunos de los principales diarios mexicanos, como *El Universal*, *Excelsior* y *El Día*. En todos los casos se corearon consignas antidictatoriales: “Milicos asesinos / del pueblo argentino”; “Videla-Viola, no rompan más las bolas”; “Que digan dónde están” y “Se va a acabar / la dictadura militar”.

Hubo también una escala en el Zócalo (la plaza central de la ciudad), con una ruidosa parada ante las puertas principales del Palacio Nacional, sede del gobierno de México. La hinchada se transportaba formando una larga caravana de autos y con profusión de banderas, gritos y bocinazos. El regreso al sur de la ciudad se realizó en los mismos estrechos términos, motivando la sorpresa y el asombro en la población, poco acostumbrada a este tipo de desbordes emotivos, tan poco compatibles, en ese entonces, con la naturaleza mesurada de las exteriorizaciones de alegría mexicanas en los acontecimientos deportivos.

Un grupo de manifestantes culminó la velada en una cena colectiva en el restorán “Los Inmortales”, propiedad de Angelito –un típico porteño pletórico de tics fidelpintescos–, quien había sabido convertir a su establecimiento en la casa de comidas argentinas más frecuentada del exilio.

Las manifestaciones y el clima festivo se repitieron en ocasión del Campeonato Mundial Juvenil, celebrado en México a comienzos de 1982. Una pequeña, pero persistente y entusiasta hinchada marchó al Estadio Azteca y también a la ciudad de León, a tres horas y media en coche, donde el equipo argentino jugó las semifinales. La hinchada argentina enfrentó estoicamente las tradicionales y abrumadoras simpatías de los mexicanos por Brasil, que se repetían en todo el país, salvo en León. En esta ciudad del estado de Guanajuato, famosa en México por ser el centro de la industria nacional del calzado, los “esmeraldas” del equipo local (el León) habían contado en la década de 1940 con un lote de jugadores argentinos que integraron el equipo que ganó por cinco años consecutivos el campeonato mexicano. Estos hombres se establecieron, a su retiro futbolístico, en la ciudad, y por eso el clima proargentino era incomparablemente superior respecto del DF.

El día de la final contra Brasil, un sentimiento casi fatal de derrota pesaba en el ambiente. Sin embargo, una minoría tenaz se congregó en el estadio para ser abrumada tanto por

el resultado como por la actitud del público. Empero, su entusiasmo infatigable mereció del diario *El Sol* el galardón moral: “La ‘porra’ (hinchada) número uno”.

El exilio no hizo perder el entusiasmo por el fútbol a los desterrados y, pese a interpretaciones en contrario vigentes en algunos círculos exiliares, esa pasión nunca desvió a los militantes de sus compromisos ni pasiones políticas. Populistas, ultraizquierdistas, activistas de los derechos humanos, semiólogos y antropólogos se unieron en el gusto por el disfrute de la fiesta, en la recuperación de la identidad nacional expresada por sus equipos futboleros y en la ocupación de espacios públicos (la calle, el estadio). En todo supieron unir estas manifestaciones a la crítica, en forma de insulto estentóreo y militante, al régimen de Videla y a Martínez de Hoz.

Sin embargo, este juicio solo constituye una apreciación de los autores y no excluye el desarrollo de una vasta polémica ya mencionada al comienzo de este capítulo. Y una manifestación ejemplar del cruce de juicios adversos sobre la naturaleza del Mundial se pudo leer en la carta enviada al periódico *uno-másuno* por el militante peronista Guillermo Greco.

Publicada el 26 de junio de 1978, señalaba que “... en el suplemento verde del día de la fecha dedicado al Mundial de Fútbol aparece un titular que dice: ‘Videla ganó la batalla’. Más adelante, continuando esta idea, se sostiene, refiriéndose al resultado del partido Perú-Argentina... que el triunfador fue el general Videla y su proyecto con ese marcador: 6-0”. Greco argumentaba: “Siguiendo con este razonamiento en sus más inmediatas consecuencias, el responsable del artículo debería haber dicho que la clasificación del equipo argentino es una derrota política para el pueblo y que todo revolucionario sincero debería desear que el seleccionado futbolístico pierda [...]. Esta concepción se podría sintetizar en la siguiente frase: ‘cuanto peor, mejor’. Cuando esta frase se convierte en la base de una estrategia política de izquierda se cae en el absurdo de desearle al pueblo más sufrimientos

que los que ya le toca padecer. Así, se puede llegar a plantear que las mejoras parciales en las condiciones de vida alejan al pueblo de posiciones revolucionarias y que cuanto más represión o injusticias soporta más conciencia revolucionaria adquiere [...]. Así, algunos dirigentes revolucionarios renegaron de la política legal, declararon la guerra y se felicitaron del advenimiento del golpe militar porque con ello se agudizarían las contradicciones y se elevaría el nivel de conciencia de las masas. Muchos de nosotros, con nuestros silencios y dudas, nos convertimos en corresponsables de esas posiciones políticas. Bueno, ahora todos sabemos adónde nos condujo ese camino [...]. Un éxito futbolístico no es necesariamente una derrota del pueblo, pero tampoco puedo sostener que es un triunfo [...]. Hasta ahora no hay motivos para pensar que un pueblo adquiere más conciencia revolucionaria en proporción directa a las tristezas y frustraciones que le toque en suerte experimentar [...]. Por el contrario, solo un pueblo alegre, confiado en sí mismo y con ganas de vivir y triunfar, puede tener el suficiente optimismo para superar una derrota y luchar para su liberación”.

La guerra de las Malvinas

En las primeras horas que siguieron al anuncio de la realización del “Operativo Malvinas” algo hermano al exilio y al interior: la desbordada sorpresa.

Uno de los autores de este libro hospedaba a la sazón a otro colega de exilio, de paso por México y proveniente de Venezuela, donde residía habitualmente.

–Despertate –golpeó su voz y su mano en la puerta del dormitorio–, desembarcaron los milicos en las Malvinas.

Los primeros minutos fueron de una incredulidad casi surrealista, y se continuaron en la frontera del estupor mientras asomaba una pregunta: “¿Y ahora, qué?”.

La acción inmediata consistió en llamar por teléfono a una agencia de noticias para confirmar que no era una de las típicas bromas de exiliados. La respuesta llegó con rapidez y se multiplicó en los primeros, excitados llamados telefónicos directos a la Argentina y en el intercambio de nerviosas noticias y conjeturas con los compañeros en México. Los exiliados convirtieron a los teléfonos en el vehículo de ruptura de toda la autocensura que había regido previamente respecto de las comunicaciones con la Argentina. El teléfono fue un auxiliar invaluable en las primeras reuniones espontáneas, improvisadas en las que otra vez el exilio se encontraba obligado a definiciones sobre un tema tan angustiante. La tecnología telefónica mexicana, por entonces infinitamente superior a la argentina, jugó a nuestro favor.

De inmediato surgió en nuestra memoria el recuerdo de los hechos sucedidos a finales de 1978, cuando la tensión bélica entre la Argentina y Chile había estado a punto de hacer despegar cazabombarderos argentinos rumbo a Santiago, lo que pudo haber desencadenado un conflicto de dramáticas e imprevisibles consecuencias históricas para ambos países y para toda la América Latina. En aquella ocasión, las tensiones y discusiones habían sido serias pero el nivel de definiciones precario. La política exterior argentina consistió, durante décadas, en caminar a remolque de las potencias occidentales pero teñida de un nacionalismo exasperado que se enfrentaba a una débil vocación latinoamericana. En aquel 1978 el exilio argentino se había visto enfrentado a otro exilio, el chileno, que también estaba muy firmemente asentado en tierra mexicana. Los debates giraron, entonces, alrededor de los derechos nacionales de ambos países; de la necesidad de continuar con la línea establecida en el acuerdo entre Salvador Allende y Alejandro Agustín Lanusse; y de la inconsecuencia argentina –para lograr una ubicación seria en el escenario internacional–, que era capaz de tomar el camino del arbitraje pero aceptaba como mediador, en muchos casos, al ocupante colonial de parte del territorio nacional.

La guerra de las Malvinas era parte fundamental de los objetivos de subsistencia y continuidad de la dictadura. La Argentina no había librado una guerra externa desde 1865-1870, cuando se produjo el fatídico enfrentamiento contra el Paraguay de Francisco Solano López por parte del mitrismo, los colorados uruguayos y el imperio del Brasil, empujados a distancia por Gran Bretaña.

Pero ahora había una guerra precisamente con Gran Bretaña, la vieja enemiga que por largos años había saqueado el patrimonio argentino como tutora de la antigua oligarquía durante la Década Infame y, a la vez, ocupante durante un siglo y medio de aquellas islas.

En un clima de enorme emotividad e incertidumbre, el exilio se sumió en un estado deliberativo permanente, que duró desde el comienzo del conflicto hasta la rendición. El local donde se discutió y donde se tomaron muchas de las decisiones relativas al hecho fue –otra vez– la sede de la CAS. La misma fue escenario de dos largas y concurridas asambleas, fragmentadas en varias jornadas, y también de las deliberaciones sectoriales del grueso de los peronistas y de grupos de izquierda.

El conflicto también dividió al exilio, tanto antes como después de la invasión a las islas. La emigración política se había preparado, con el comienzo de la era Galtieri, para una etapa de resistencia a largo plazo, confiada en el lento pero creciente desarrollo de la combatividad popular, apoyada en las posiciones de la llamada CGT-Brasil, los organismos de derechos humanos y algunas fracciones relativamente combativas de los partidos políticos. Y es que las definiciones “duras” del sucesor de Viola (supuesto “aperturista” frustrado) sugerían ese largo plazo. Pero el conflicto modificó las condiciones políticas previas y se convirtió en un revulsivo de la estructura exiliar.

Durante el desarrollo de la guerra, la búsqueda de información se convirtió en un imprescindible y urgente ejercicio. La ventaja del exilio sobre el “interior”, en este caso, era claramente la diversidad de fuentes informativas que, desde el

comienzo, se podía tener acerca de la evolución de las operaciones militares en su conjunto y sobre todo de las acciones políticas de Gran Bretaña y los Estados Unidos, las cuales eran disminuidas, recortadas y simplificadas por los medios argentinos y el triunfalista aparato comunicacional de la dictadura.

El exilio contaba con una masa de información suministrada por todas las agencias internacionales, la prensa mexicana en su totalidad y los diarios y revistas argentinos que llegaban en ese entonces con toda regularidad. A eso se sumaba el acceso a las informaciones proporcionadas por fuentes oficiales británicas y norteamericanas. Y por supuesto, también se producían permanentes diálogos telefónicos con parientes y amigos en la Argentina, lo cual permitía medir el impacto de la emoción patriótica en la mayoría de los dialogantes.

A partir de las propias identidades políticas, de las actitudes frente a la dictadura y de los análisis específicos del conflicto, las posiciones asumidas por el exilio en México se pueden agrupar en tres grandes bloques:

- El primero, que tuvo más predicamento en la etapa inicial del conflicto, fue la de los apoyadores casi acríticos. Para ellos la reivindicación anticolonialista era el principal tema a juzgar y a evaluar en la cuestión. Fue una línea minoritaria.

- El segundo, enfrentado radicalmente al anterior, alzó la postura de los críticos globales del operativo, al que entendían simplemente como una maniobra de la dictadura y un juego político.

- El tercero, el de la gran mayoría del exilio, con todas las variantes imaginables luchó por coordinar una férrea postura antidictatorial con la justificación de los derechos argentinos en el enfrentamiento con Gran Bretaña.

Claro que también hubo, por cierto, grupos políticos que se definieron frente al conflicto de manera aislada de los demás. Una vez más fue el caso ejemplar –por oportunista– de los Montoneros. Resultó patética la actitud protagonizada por su máxima dirigencia residente en México, la cual, en los

días del conflicto, visitó varias veces la embajada argentina. Allí presentaron un petitorio que planteaba el regreso de los exiliados para poder participar en la defensa de la soberanía nacional. En la sede del consulado argentino, manifestantes montoneros y diplomáticos de la dictadura cantaron juntos el Himno Nacional.

Con posterioridad a este episodio, figuras caracterizadas de la dirección montonera realizaron un vuelo charter a la Argentina antes de la finalización del conflicto. El viaje, con diversas escalas en países latinoamericanos, se interrumpió en Lima por la manifiesta negativa del gobierno dictatorial a permitir el ingreso de esos viajeros a territorio argentino.

El debate en el seno de la CAS, en cambio, fue muy largo y abarcó al conjunto de las posiciones y comprendió todos los matices sobre el punto. La declaración producida por la Asamblea General de la CAS tuvo puntos votados y otros redactados por acuerdos logrados luego de intensísimos debates.

Sin embargo, hubo otras definiciones que se plantearon paralelamente a las generadas en la CAS. Así, los diversos sectores peronistas que no formaban parte de la CAS y la gran corriente que sí se integraba en la misma, buscaban construir una posición propia frente a los sucesos. Dos solicitadas ilustran esta posición y son reproducidas en el Apéndice Documental (“Ante la recuperación de las Malvinas, como argentinos y peronistas” y “¡Alto a la agresión imperialista de Inglaterra y Estados Unidos!”). Docs. 37 y 38 respectivamente). Es de destacar que este último documento tiene la singularidad de haber sido el pronunciamiento suscripto en México por mayor número de peronistas que en cualquier otra circunstancia.

El fin de la guerra, con la rendición sin gloria de las fuerzas al mando del general Mario Benjamín Menéndez, causó en el exilio un impacto probablemente menor al producido en la Argentina.

Y es que lo que ocurrió fue que, sencillamente, la progresión informativa daba cuenta en México de la inexorable esca-

lada de las fuerzas militares británicas y eso hacía evidente que ningún triunfalismo tenía fundamento.

Una escena para nosotros inolvidable fue la contemplación de Galtieri por televisión durante su discurso final (“La batalla de Puerto Argentino ha terminado...”). Esa noche, en el local de la CAS, el exilio escuchó aquellas palabras y descubrió que al mismo tiempo se inauguraba una perspectiva inmediata que fue interpretada por Julio Villar con estas palabras: “El exilio terminó”. La derrota en las Malvinas implicaba la caída del régimen militar. No se abría solamente el posible retorno de la democracia, sino que con ella se afianzaba la soñada esperanza del viaje de vuelta.

La cultura argentina en el exilio mexicano

La cultura argentina, en los años de la dictadura, fue severamente afectada por las condiciones que impuso el autoritarismo militar. Si se entiende por cultura el quehacer creativo de un pueblo, desde 1976 y acaso desde poco antes, el pueblo argentino fue condenado a un oscurantismo brutal. Esto no quiere decir, en modo alguno, que en el país no haya habido creatividad; pero sin dudas la represión, la persecución, la censura, el miedo, la crisis económica y la falta de libertades públicas produjeron un innegable retroceso cultural.

En el plano internacional, la cultura argentina tuvo una presencia paupérrima, si se la compara con el viejo esplendor que se le reconocía –casi un mito– en otras latitudes, y particularmente en la América Latina. El autoritarismo, condición en cierto modo constitutiva de la sociedad argentina como sistema político, en los marcos militares pero también en los civiles causó estragos y dificultó enormemente que el papel de los intelectuales fuera el de revolventes, el de cuestionadores, el de conciencia crítica de una sociedad conservadora y pacata, proclive al paternalismo y a la superficialidad.

Así como en el país nuestro pueblo fue sometido a una fuerte operación de distorsión cultural, y la dictadura organizó una concepción de la cultura solo al servicio de rancios y anquilosados modelos “occidentales y cristianos”, en el exilio costó mucho trabajo vencer el miedo a la reflexión libre, como también a ciertas tendencias al dogmatismo y a las prácticas superficiales.

Como fuere, pensamos que el exilio argentino hizo un interesante aporte a la cultura de los países donde los exiliados fuimos acogidos. Entendemos también que es justo describir el trabajo cultural de los argentinos transterrados, para ubicarlo en su exacta dimensión: en esos años ni la cultura argentina se hizo solo en el exilio, ni nos parece adecuado que se excluya al exilio del resumen productivo; ni el trabajo cultural fue fácil o lúcido fuera de las fronteras patrias, ni fue un trabajo tan plagado de dificultades.

En rigor de verdad, los exiliados tuvimos quizás un único privilegio: el de haber sobrevivido en libertad y haber tenido condiciones ambientales para la reflexión y la autocrítica, y para la revisión de nuestra historia y la reconsideración de nuestros comportamientos nacionales.

En ese marco –si se admite ese supuesto privilegio– los trabajadores de la cultura en el exilio pudieron crear. Pero lo hicieron sometidos a los mismos condicionantes de aquel tiempo, que afectaron tanto a los argentinos de “adentro” como a los de “afuera”: éramos una sociedad dislocada por el autoritarismo, con una vinculación con la muerte y con la violencia que marcó a todo el país –aunque de formas muy diversas–, y con clara conciencia de vivir la mayor tragedia de la historia argentina y siempre en condiciones de emergencia.

El exilio fue un fenómeno político que marcó a toda una generación, obligada a la huida o a la muerte, a la cárcel o al silencio. Las condiciones de producción estuvieron marcadas, entonces, por esa forzada posición de extramuros. Por eso en

este capítulo realizamos un recuento provisional de la presencia cultural argentina en el exilio mexicano, de sus modalidades y sus protagonistas.

Ante todo parece advertible que, en las más diversas expresiones culturales y artísticas, el realismo burdo y el panfleto fueron dejados de lado en la generación cultural exiliar. Sin dudas, el espanto que se vivía en el país influyó en la creación literaria, pictórica, musical y teatral, pero tanto en los artistas exiliados como en los que se iniciaron en el exilio hubo conciencia de que no todo era consignar las torturas ni las desdichas infligidas por la represión, sino que se asumió una tensión crítica y una fuerte preocupación por la excelencia formal.

Y es que la circunstancia de trabajar fuera del país no fue, como muchos parecieron creer, un estímulo. Tampoco fue, claro, una inhibición. Cualquier exiliado, trabajara en el modo productivo que trabajara, había sufrido pérdidas y desgarramientos personales. Sin embargo, antes que intelectual exiliado estimamos que en cada uno privó la condición de intelectual argentino, y en el exilio comenzó a perfilarse la de trabajador cultural latinoamericano.

La historia de la cultura argentina está muy marcada por la condición exiliar, y durante la dictadura se siguió con esa densa tradición. El *Facundo* de Sarmiento es, por cierto, una obra de exilio. La obra del más grande cuentista rioplatense, Horacio Quiroga, puede considerarse también una obra de exilio. Como la del otro gran cuentista argentino, Julio Cortázar, que también está atravesada por esta condición. Y lo mismo puede decirse de muchos intelectuales y creadores, músicos, escultores, pintores, dramaturgos, cineastas.

El trabajo cultural en el exilio fue, asimismo, una forma de expresar una presencia política constante en la sociedad que acogía a los argentinos desterrados. Y nos parece importante que esta producción sea reconocida.

A continuación se consigna la actividad cultural (profesional, docente, artística) de los exiliados argentinos en México.

Se trata de un recuento, pero también de un reconocimiento. El mismo intenta constituirse en un registro, el que será necesariamente imperfecto pero en el cual, por cierto, las ausencias que pudiera haber se deberán atribuir a ignorancia nuestra y no a intención discriminatoria. Por otra parte, el enunciado constituye solo un registro y de ningún modo implica evaluación ni cualificación.

Abogados

Elisa Costamagna, Zulita Gandolfo, Rafael Pérez, Rodolfo Gil, Esteban Righi, Alberto Federico, Roberto Estesso, Alfredo Guevara, Alfredo Osorio, Carlos González Gartland, Noemí Cohen, Mario Kestelboim, César Calcagno, Marta Fernández, Enrique Zylberberg, Oscar Pedrotta, Haydeé Birgin, Héctor Sandler, Horacio Obregón Cano, Alfredo Arias, Alfredo César, Estela Arnoig, Juan Manuel Abal Medina.

Arquitectos

Isabel Briuolo, Andrés Wegier, Héctor Marcovich, Fermín Estrella Gutiérrez.

Asistentes sociales

Florinda Castro, Susana Lapsenson, Patricia Wohlers, Raquel Villar, Marta Jiménez, Nélica Yuzuk, Susana García.

Antropólogos

Alicia Martínez, Eduardo Menéndez, Rosario Ezcurra.

Astrónomo

Miguel Roth.

Ciencia y tecnología

Enrico Stefani, Marcelino Cereijido, Carlos Zolla, Rolando García, Raúl Laguzzi, Celia Bullit, Ana de Espejo, Yván Chamboleyrón, Silvia Fernández.

Cine y televisión

Humberto Ríos, Rafael Filipelli, David Blaustein, Adolfo García Videla, Liliana Mazure, Silvia Corral, Leopoldo Nacht, Ignacio Vélez, Nerio Barberis, Martín Salinas, Octavio Getino, Nicolás Amoroso, Jorge Denti.

Economistas

Virginia Moori-Koenig, Carlos Ábalo, Luis Castillo Marín, Lucio Geller, Gustavo Lugones, Jorge Todesca, Alberto Spagnolo, Oscar Cismondi, Jorge Fontanals, Miguel Teubal, Juan Villarreal, Edgardo Lifchitz, José Silva.

Escritores (narradores, poetas, ensayistas)

Tununa Mercado, Miguel Espejo, Raúl Dorra, Hugo Gola, Noé Jitrik, Alberto Adellach, Esther Jacob, Ana Rosa Domenella, Nicolás Casullo, Mempo Giardinelli, David Viñas, Pedro Orgambide, Jorge Boccanera, Humberto Costantini, Leónidas Lamborghini, Iverna Codina, Sergio Sinay, Roberto Follari, Tamara Kamenszain, Héctor Libertella, Miguel Bonasso, Carlos Patiño.

Filósofos

Juan Carlos de Brasi, Oscar del Barco, Oscar Terán, Enrique Dussel, Nilda Palacios, Ricardo Forster.

Físicos

Sara Melul, Felipe Maldonado.

Editores

Guillermo Schavelzon, Ricardo Nudelman, Arnaldo Orfila Reynal, Lautaro González Porcel, Alberto Díaz.

Historiadores

Rodolfo Puiggrós, Carlos Sempat Assadourián, Sergio Bagú, Cristina Bartolucci, Iván Baigorria, Mirta Rossofsky, Horacio Crespo, Mónica Blanco, José Aricó, José Carlos Chiaramonte, Hugo Cormick.

Ingenieros

Hugo Donato, Julio Villar, Pedro Joselevich, Roberto Tomasini, Hugo Galletti.

Lingüistas, epistemólogos y semiólogos

Teresa Carbó, Gregorio Kaminski, Ana María Nethol, Mabel Piccini, Héctor Schmucler.

Matemáticos

Carlos de Lorenzo, Alberto Minujin, J. Bunge.

Médicos

Alicia Mercer, Hugo Mercer, José Amorín, Carlos Inza, Pedro de Sarasqueta, César Lorenzano, José Carlos Escudero, Raquel Thevenon.

Música, teatro, danza

Mirta Blostein, Horacio Acosta, Liliana Felipe, Naldo Labrín, Adriana Postinghel, Nora Zaga, Andrés Altomaro, Alicia Villaverde, Delfor Sombra, Hebe Rosell, Eduardo Bejarano, Caíto Díaz, Juan Sosa, Juan Carlos Roca, Luis Nacht, Integrantes del Grupo Sur, Integrantes del Grupo Los Huincas.

Periodistas

Guillermo Almeyra, Ana María Amado, Luis Bruschtein, Sergio Búfano, Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Jorge Luis Bernetti, Oscar González, Diana Kallman, Tununa Mercado, José Ricardo Eliashev, Eduardo Kragelund, Osvaldo Pedroso, Mempo Giardinelli, Ricardo Esparis, Carlos “Quito” Burgos, Ignacio González Jansen, Adolfo Gilly, Stella Calloni, José Gorlero, María Llobet, María Victoria del Piero (Victoria Azurduy), María Seoane (Laura Avellaneda), Miguel Ángel Piccato, Ana Villa, Rodolfo Puiggrós, Carlos Vanella, Horacio Rodríguez, Horacio Serafini, Norma Osnajansky, Lelia Driben, Antonio Marimón, Celso Castiñeira de Dios, Jorge Gadano, Victoria Verlichak, Roberto

Bardini, Carlos Ulanovsky, Miguel Bonasso, Eduardo Molina y Vedia, Silvia Schulein, Antonio Coria, Amílcar Fianza, Sergio Sinay, Jorge Lebedev, Gregorio Selser, Eduardo Jozami, Lilia Ferreyra, Oscar Pugliese, Elsa Naccarella, Elsa Jascavevich, Mauricio Ciechanower, Oscar Martínez Zemborain, Héctor Mauriño, Raúl Cuestas, Lila Pastoriza, Irene Selser.

Pedagogos

Justa Ezpeleta, Alfredo Furlán, Adriana Puiggrós, Juan Carlos Geneyro, Elena Squarzon, Azucena Rodríguez, Miguel Talento, Roberto Follari, Ana María Ezcurra, Cayetano de Lella, Marta Casarini, Deolidia Martínez, Eduardo Remedi, Roberto González Gentile.

Pintura, escultura y diseño

Nicolás Amoroso, Alberto Diez, María Oscos, Ana María Herrera, Susana Palomas, Graciela Schiffrin, Elsa Amado, Susana Ehrenfeld, Adriana Slemenson, Marta Rotemberg, Jorge Blostein.

Psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras

Marie Langer, Horacio Scornik, Diego García Reynoso, Gillou García Reynoso, Jaime Winkler, Marcelo Pasternak, Marta Arregui, Norma Barros, Silvia Bleichmar, Laura Bonaparte, Ema Costaguta, Aída Dinerstein, Ana Fernández, Guillermo Greco, Mara Lamadrid, Estela Maldonado, Mariana Tronquoy, Rubén Musicante, Ricardo Nacht, Alejandro Forster, Marta Saslavsky, Carlos Schenquerman, Alberto Sladogna, Estela Troya, Diana Chorne, María Teresa Lodieu, Silvia Bermann, Cristina Bottinelli, Beatriz Aguad, Ignacio Maldonado, María Eugenia Riccio, María Clara Cocco, Diana Cruces, Alicia Stolkiner, Miguel Matrajt, Mirta Bicecci, Leticia Damonte, María del Carmen Bianchi, René Di Pardo, Elena de la Aldea, Diana Rubli, Mirta Matrajt, Silvia Emer, Daniel Kusnir, Elfi Margulis, Gloria Rojas, Marta Kapustin, Rosa María Martina, Emilia Ferreyra, Claudia Selser.

Psicopedagogos

Ana María Kauffman, Mónica Schapira, Nora de Borón.

Sociólogos

Oscar Colman, Néstor García Canclini, Ernesto López, Mario Margulis, Juan Carlos Marín, Olga Pisani, Emilio de Ipola, Juan Carlos Portantiero, Nora Rabotnikoff, Otilia Vainstock, Sofía Villarreal, Carlos Marquis, Alcira Argumedo, Rubén Dri, Susana Mallo, Jorge Bartolucci, Rodolfo Saltalamacchia, Atilio Borón, Liliana de Riz, Pedro Krotsch, Eusebio Maestre, José Candia, Pedro Pirez, Enrique Cárpena, Alicia Ziccardi, Alfredo Pucciarelli, Marcos Kaplan, José Nun.

Los jóvenes en el exilio

Como en toda organización social amplia, las diferencias generacionales pesaron en el exilio argentino y tuvieron una manifestación evidente. A diferencia de la generación de sus padres, o de los que cuando llegaron a México entre 1974 y 1977 tenían entre 20 y 35 años, la mayoría de los arribados con edades de entre 8 y 15 años realizaron una peculiar parábola frente a la política –la política de sus mayores.

No fue ésta una manifestación que se puso en evidencia desde el comienzo del exilio. Más bien, en esos tiempos, lo que predominó en los jóvenes fue un cierto espíritu imitativo de los modelos heroicos y revolucionarios que pesaban con gran densidad sobre la emigración argentina.

En el marco del COSPA se organizó una comisión juvenil en la que trabajaban, orgánicamente, los elementos juveniles de los Montoneros y del PRT-ERP. Hacia 1979 este proceso estaba en plena declinación y la progresiva crisis de los Montoneros y el estallido en forma de escisión del PRT alejaron a los más jóvenes de la militancia exiliar. La derrota política en la Argentina descubrió un mundo

poco atractivo para ellos, pues ya no era la Argentina dictatorial sino los propios proyectos revolucionarios los que estaban alejados de sus demandas más urgentes. Fue en ese momento cuando, masivamente, pasaron a predominar en la juventud exiliar valores personales, relacionados con la amistad y el amor, el estudio, el descubrimiento de perspectivas estéticas. Fue así que la mayoría de los jóvenes se enfrentaron con la tarea de construir su adolescencia en un país que no les era del todo propio, junto con las sombras del país que les había sido arrebatado más a sus mayores que a ellos mismos.

Algunos de estos jóvenes, empero, se sumaron a las propuestas de regreso a la Argentina planteadas en las llamadas “contraofensivas” montoneras. Pero esto no constituyó un fenómeno de características cuantitativas más amplias que lo verificado en los adultos. No existió una epidemia de heroicidad. Del mismo modo, los jóvenes que dieron un prudente paso atrás respecto de las opciones “revolucionarias” de algunos de sus mayores tampoco ingresaron masivamente en la etapa de recomposición política del exilio.

Este hecho no debe inducir a una interpretación sobre el apoliticismo de la conducta juvenil. Muchos de ellos examinaron y siguieron, a grandes rasgos y a su modo, la evolución de la política argentina; marcharon al mismo nivel emotivo de sus mayores en las expectativas que generaba el debilitamiento de la dictadura. Y fueron forjando su propia visión política de la Argentina.

En la etapa final del exilio –en 1981– la generación más joven (los que entonces tenían entre 16 y 20 años) constituyó la Juventud Argentina en el Exilio (JAE), grupo que se mantuvo independiente del COSPA y de la CAS y que se movilizó en esa etapa junto a los demás organismos del exilio, sumándose a la Coordinadora.

El desarrollo de los procesos de liberación centroamericanos (Nicaragua, El Salvador, Guatemala) focalizó su atención

al mismo tiempo que mantenían su principal preocupación en la realidad argentina. Estos jóvenes realizaron una tarea de formación política y para ello convocaron a dirigentes y militantes de las generaciones adultas de los diversos partidos a fin de requerirles información acerca de la historia, desarrollo e ideales de las fuerzas partidarias argentinas.

Frente al proceso electoral de 1983, se produjo en los jóvenes una polarización similar a la del resto del exilio, el que, a su vez, reprodujo en su conjunto las opciones que se daban por entonces en el país. La preferencia por la candidatura del doctor Alfonsín, en las encuestas de votos en el exilio, fue extensamente superior a las simpatías recogidas por Ítalo Luder, mientras la candidatura de Oscar Alende crecía de manera notable.

Democracia, convivencia, un cierto progresismo prudente, solidaridad latinoamericana, desconfianza crítica por las experiencias de los mayores, fueron algunos de los valores puestos en danza por los jóvenes.

Al mismo tiempo, cabe decir que la generación de los jóvenes adoptó conductas muy libres frente a temas como el amor y la pareja, perspectiva en la que recibieron los beneficios de una actitud más abierta y comprensiva por parte de sus padres.

Uno de los mayores problemas que debieron enfrentar los jóvenes, como le sucedió a todo el exilio, fue el trauma del regreso una vez que las condiciones políticas lo hicieron factible. Concluir los estudios se convirtió en un imperativo tan determinante como resolver el drama afectivo planteado por la separación de los amigos y de los primeros amores. Como algunos mayores, también hubo jóvenes que decidieron quedarse a vivir en México, no como decisión definitiva sino como elección frente a la falta de estímulos generada para ellos desde la Argentina. Una cuestión que, en cierto modo, se convirtió en una herida que todavía no termina de cerrar ni en los que hoy son mayores y viven en México ni en los que regresaron y hoy viven en la Argentina.

La pareja en el exilio

Excepto los más viejos y los más chicos (que llegaron exiliados con y por sus padres, o vinieron apenas salidos de la adolescencia) el exilio argentino en México fue mayoritariamente un exilio de parejas jóvenes. No se trataba necesariamente de matrimonios legalizados, pero sí de parejas constituidas, en muchos casos, sobre la base de un fuerte vínculo político común, tal como era casi una imposición de la militancia en la década de 1970.

Estas parejas sufrieron en el exilio modificaciones que llegaron a límites que llamaríamos folklóricos. Porque son pocas las parejas que hicieron todo el recorrido exiliar permaneciendo juntos ambos integrantes de la dupla.

Quizás, si se hiciera una estadística –de las tantas que faltan y parecen de imposible realización– se podría apreciar que hubo: 1) exiliados que deshicieron sus parejas y constituyeron otras (fueron la mayoría); 2) exiliados que llegaron emparejados y regresaron solos (un poco menos); 3) exiliados que llegaron solos y regresaron con parejas (los menos, y de estos la gran mayoría con nuevos compañeros/as de nacionalidad argentina, lo que indicaría además un encapsulamiento del exilio. Son verdaderas excepciones los que hicieron pareja en el exilio con mexicanos/as o de otras nacionalidades); 4) exiliados que llegaron solos y regresaron solos.

El exilio produjo en las parejas un fenómeno, nos parece, que se repitió a la hora del retorno al país: el fortalecimiento de la institución matrimonial, la solidificación de la pareja como contenedora del individuo en el momento de la trans-terración, en el de echar raíces o en el de recuperar las viejas raíces en el país.

Sabemos que en este punto, sobre todo, es peligrosa cualquier generalización. Pero diremos, responsablemente, que tenemos la impresión de que, al llegar, las parejas tendían a una forma de autismo, a un encapsulamiento para afrontar juntos

la nueva vida. Se dieron, sin embargo, muchos replanteos, y así muchas parejas empezaron a separarse, a probar nuevos rumbos, a redimensionar relaciones. Un fenómeno de implosión al principio, de explosión luego, para repetirse otra vez en ciertas formas de implosión a la hora de los retornos al Sur.

Si la solidificación fue necesaria al principio –hasta tanto se entendiera el nuevo país, hasta tanto se disminuyera la vida de gueto–, también es cierto que la sociedad mexicana, menos represiva que la argentina en materia de relaciones libres y con la institución del divorcio consagrada legalmente, facilitó para muchos exiliados la búsqueda de nuevos horizontes afectivos.

No es el caso referir aquí los porqués de las separaciones, que escaparían completamente a nuestras posibilidades. Pero cabe el señalamiento de que fue larguísima la lista de divorcios, separaciones y formación de nuevas parejas, al punto de que uno de los más afamados pediatras mexicanos, el doctor Amador Pereyra (quien atendió en esos años a toda una generación de niños argentinos o mexicanos hijos de argentinos) solía decir en tono jocoso: “Con estos chicos nunca se sabe el origen y uno, como médico, además de la ficha clínica tiene que llevar un organigrama familiar para no meter la pata”.

Y es que fue muy frecuente –casi promiscuamente frecuente– que los argentinos, cuando se separaban, tendían a rehacer parejas con compatriotas, lo que provocaba sorprendentes y hasta risibles mezclas de hijos, y hasta algunas fraternidades curiosas. Por suerte, aquí hay que señalar ciertas cuotas de inteligencia y de adultez pues en la mayoría de los casos estos experimentos fueron tomados por los niños con excelente humor.

La legislación mexicana admite el amasiato; el concubinato está protegido legalmente y el derecho de familia era, por lo menos en aquellos años, mucho más avanzado que el argentino. Pensamos que esta circunstancia, aunque no se la considerara necesariamente a la hora de las separaciones o de la constitución de nuevas parejas, de todos modos estaba presente y ayu-

daba a que los “escandaletes” típicos de todo barrio, de emigrados o no, fueran menos dramáticamente “a la italiana”.

Pensamos también que el feminismo ayudó mucho a que el problema de las parejas argentinas en crisis no adquiriera ribetes violentos. El movimiento feminista mexicano, de reducidas dimensiones entonces pero de vigorosa actividad, tuvo una fuerte influencia sobre el exilio argentino. Mientras que en la Argentina, por entonces, el machismo nacional ocultaba su existencia como uno de sus grandes éxitos y el apenas incipiente feminismo estaba frenado por diversos prejuicios y por la represión política imperante.

De modo que los exiliados masculinos tuvimos ocasión –y en muchos casos no nos quedó otro remedio– de aceptar nuestro machismo, de reelaborar nuestra condición de varones y de revincularnos de otro modo con las mujeres. Las mujeres argentinas exiliadas, en su mayoría, aprehendieron diversas expresiones del discurso feminista imperante en el hemisferio norte del mundo. Y sin que ello las llevara necesariamente a militancias feministas (aunque sí fue el caso de muchas) al menos imprimieron ese nuevo discurso en sus renovadas relaciones.

Quizás esto mismo permite entender por qué nuestra afirmación del principio de este punto, en el sentido de que nuevamente hubo fortalecimiento de las parejas al final del exilio. Porque posiblemente hubo un redimensionamiento de los respectivos roles a partir de una mayor coincidencia. Si las parejas argentinas entraron en crisis al año o a los dos años de residir en México, también se produjo cierta estabilidad en el último año del exilio. Las relaciones, podemos afirmarlo, se hicieron más adultas, más libres (en el sentido del respeto a la independencia del otro) y también fueron, nos parece, mejores. Porque se alcanzaron niveles de menor represión, y porque posiblemente la ausencia de entornos familiares presionantes permitió que las decisiones personales de mujeres y hombres se tomaran con mayor autonomía que la que hubiesen tenido en la Argentina.

No pretendemos aquí establecer ninguna regla fija, ni queremos aparecer como idealizando una situación. Pero podemos concluir afirmando que en nuestra opinión, desde el punto de vista de las relaciones afectivas y de la constitución de matrimonios o uniones libres, mayoritariamente, el exilio fue realmente positivo, más allá de lo gracioso de una que otra situación anecdótica.

Cómo votó el exilio el 30 de octubre de 1983

El domingo 30 de octubre de 1983 fue un día especial, no solo para los argentinos en la Argentina, sino también para los exiliados, que vivimos con enorme ansiedad el pronunciamiento electoral que terminaba con siete años y medio de dictadura militar.

Ese día hubo dos polos de atracción en la extensa geografía de la Ciudad de México: uno en el centro de la ciudad, en la calle Tíber 98, 2° piso, sede del consulado argentino, adonde debieron confluir todos los residentes en México, exiliados o no, para justificar la no emisión del voto por la presencia en el exterior; y otro en el sur de la ciudad, en el local de la CAS en la colonia Tlacopac, donde a partir de las tres de la tarde (las 18 horas en la Argentina) hubo una gran choricada en medio de una expectación impresionante que congregó a más de 300 personas como público estable, con una circulación que no acabó sino hasta las cuatro de la mañana del día siguiente.

Es imposible saber –aunque se pensó, en broma y en serio, colocar una urna en la puerta del consulado– cuál hubiese sido el resultado de los comicios entre la comunidad argentina en México. Nosotros pensamos que, seguramente, también allí hubiese tenido más votos el radicalismo. Estábamos convencidos de esto incluso con anterioridad al conocimiento del escrutinio. Y es que en los días previos era corriente escu-

char este razonamiento: “Yo votaría por Alfonsín, pero me parece que en la Argentina va a ganar el peronismo”.

En las compulsas que hacíamos entre los amigos y compatriotas más cercanos, advertíamos que sobre todo entre los compañeros de la izquierda argentina Alfonsín obtenía más preferencias que Luder. Y aun en muchos peronistas, como nosotros mismos hasta entonces, había conciencia del temor que significaba un posible triunfo de Herminio Iglesias y sus patotas.

Curiosamente, entre los más jóvenes, o sea aquellos que llegaron a México siendo niños o adolescentes, con sus padres exiliados, eran muy notables las preferencias por el Partido Intransigente y la paternal figura de Oscar Alende. No hubiese sido aventurado esperar –de haberse realizado un cómputo en este sector– que el peronismo hubiese quedado en tercer lugar.

Aquella mañana mexicana del 30 de octubre de 1983, luminosa y fría, soleadamente otoñal, una cosa era cierta: la ansiedad y el nerviosismo imperaban a la entrada del consulado, donde una multitud no dejó de cantar durante horas estribillos contra la dictadura y las autoridades consulares: “Cónsul, boludo / búscate otro laburo” y “Siga, siga, siga el baile / al compás del tamboril / reventamo’ a lo’ milico’ / gane Luder o Alfonsín”, fueron los más entonados.

Poco tiempo después resultaría toda una paradoja el hecho de que el entonces cónsul argentino, Vicente G. Arnaud, fue designado el 10 de diciembre como uno de los subsecretarios de Relaciones Exteriores del gabinete del canciller Dante Caputo. Efectivamente, el discutido y para muchos odiado cónsul de la dictadura durante los años de exilio se había conseguido otro laburo... muchísimo mejor.

No faltaron allí, en la ancha calle Tíber de la colonia Cuauhtémoc, donde se encontraba el consulado, transeúntes y automovilistas mexicanos que saludaban a la concurrencia (que ocupaba media calzada) con bocinazos y hasta con algu-

nas banderitas argentinas entrelazadas con la mexicana. La prensa escrita y televisiva cubrió el improvisado acto, en el que hubo un solo orador improvisado: el periodista Eduardo Jozami, quien apenas dos meses antes había llegado a México luego de ocho años de prisión en las cárceles de Villa Devoto y Rawson.

También se cantó el Himno Nacional un par de veces y, hay que consignarlo, algunos peronistas intentaron cantar una vez la marcha partidaria sin que encontraran eco suficiente. No obstante, en medio del clima de alegría general y sin chicanas políticas, también es verdad que nadie intentó siquiera cantar la Marcha Radical.

Había muchos carteles en la calle y un enorme afiche que rezaba: “Que aparezcan los desaparecidos”. También, espontáneamente, se repartieron papeles y marcadores para que cada uno de los asistentes pudiera escribir el nombre y apellido de sus familiares o amigos desaparecidos y la fecha de su secuestro. Esos papeles fueron pegados en toda la cuadra, en los árboles, en las paredes, en las ventanas, en el palier del edificio de Tíber 98, en el ascensor, en los pasillos de las escaleras y aun dentro de la recepción del consulado. Todo lo cual le significó un duro trabajo al cónsul Arnaud, quien personalmente salió un par de veces a la recepción y a los pasillos para arrancar de las paredes, con gesto enfurecido, los nombres que señalaban –acusadores– lo ominoso del régimen al que él servía.

Abajo, en la calle, había desconcierto, a la vez, entre militantes peronistas y de izquierda, pues las posibilidades electorales reales no parecían ser del franco gusto de esa militancia. Había socialistas que deseaban un triunfo lude-rista, pero Alfonsín, sin dudas, había cosechado simpatías inesperadas entre los militantes de la izquierda. Y entre los peronistas el temor ya apuntado no era determinante, por cierto, ni de un voto en blanco ni hacia Alfonsín. Pero sí era un hecho que todo el mundo, en sus imaginarias bole-

tas comiciales, cortaba papeles y hacía combinaciones en las que, salvo los que votaban a Luder y la lista justicialista completa, el resto no eran listas completas, sino que probablemente Augusto Conte Mac Donell hubiese triunfado en el exilio, y el PI habría tenido mucho mejor representación parlamentaria.

La ansiedad no llegó, sin embargo, en ningún momento a la angustia, sino, al contrario, se matizó toda la mañana y parte de la tarde con mucho jolgorio; la quema de un muñeco de trapo y estopa vestido de Videla y los cánticos siempre oportunos de la concurrencia, como el que se improvisó cuando la bien estructurada actriz Leonor Benedetto llegó al consulado con botas negras, pantalones ceñidísimos y pieles al cuello. Más de uno se sintió paralizado ante tan impactante presencia, hasta que los muchachos que estaban en la calle empezaron a cantar: “Jugamo al teto / jugamo al teto / el cónsul se va a la mierda / y yo con Leonor Benedetto”.

Por la noche, la actividad de información electoral pasó por la CAS, que era de hecho la embajada democrática. Desde la redacción del diario *unomásuno* los periodistas argentinos que trabajaban en él llamaban cada media hora a la CAS. Por su parte, desde las oficinas de la agencia AFP con igual frecuencia se adelantaban cables que en la CAS reproducían otros compañeros en hojas de papel para los que estaban en la planta baja del local. Y en el primer piso, en la secretaría de la institución, se habían instalado dos radios, una transoceánica y otra de onda larga, y un aparato de televisión.

Este servicio terminó ya entrada la madrugada, cuando muchos datos e impresiones se completaron con los llamados telefónicos que se recibieron desde Buenos Aires.

Quizás la última evocación que nos parece importante de este testimonio debe referirse al clima que imperó durante y al terminar el conocimiento de los cómputos en el país: alegría desbordante, ausencia de revanchismo antiperonista y el completo estoicismo de los justicialistas.

Las despedidas

La discusión en los últimos tiempos del exilio fue larga respecto de cómo definir la finalización del mismo. La “pálida” era en aquel momento cada día peor. Ya desde los inicios de 1983, cuando muchos empezaron a organizar sus retornos y a fijar fechas de regreso, prácticamente todo cambiaba.

El tema de los contenedores, de los barcos, del correo marítimo, de los boletos de avión conformó el nuevo paisaje del exilio durante ese año, y la sensación de desasosiego y de ansiedad comenzó a ser tremenda, angustiante.

Por un lado había temor al regreso, desde luego, pero mezclado con la lógica ansiedad. Cada compañero que retornaba era un pedazo de esos años que se iba, era volver a hacer recuentos, era volver a llorar. Las despedidas en el Aeropuerto Benito Juárez se poblaron muchas veces de fantasmas, de patetismo y de cierta desolación. No porque no se supiera que era decir un “hasta pronto”, ni porque se pensara que ya no se continuarían las relaciones en la Argentina, sino porque se producían nuevos cortes en la historia de cada uno de nosotros. Regresar al país era un poco evocar el día de la partida, era sentirse como cuando se llegó a México. Era otro gran cambio. ¿Acaso definitivo?

El temor a la represión o a los rebrotes autoritarios influyó, sin dudas, en el proceso interno de cada uno. Y cada uno, ante la perspectiva inmediata del regreso, manejaba propias evaluaciones respecto del proceso político en la Argentina, y éstas se hacían con mayor o menor optimismo. En las despedidas parecía que se atravesaban nuevamente las viejas disputas políticas y los desencuentros y que, pese a las diferencias, se planteaba una pequeña pérdida de cada uno. Cada compatriota retornado era un pedazo de nuestra historia colectiva que se trasladaba al lugar de pertenencia, pero abandonando el que trabajosamente habíamos construido todos como lugar de refugio en esos años.

Hubo, por supuesto, los que se fueron bien y los que se fueron mal. Y algunos muy mal. Los primeros son aquellos

que nos parece que crecieron y aprendieron en el exilio y volvieron siendo mejores personas, como escribió Carlos Ulanovsky en su libro *Seamos felices mientras estamos aquí*. Éstos partieron con mucho dolor: se habían hecho querer en México y habían aprendido a querer entrañablemente a ese país contradictorio. Se habían imbricado fuertemente en la compleja sociedad mexicana y para ellos el retorno fue un hecho doloroso, porque dejaron afectos, recuerdos, historia, relaciones. No solo porque tuvieron hijos, esposas o maridos mexicanos, sino porque se involucraron afectivamente con esa tierra y ese pueblo. En ellos el exilio sería –como lo es todavía para nosotros, los autores– una especie de doble vuelta porque siempre tendrían en el Norte una porción importante de sus sentimientos.

Los que se fueron mal son aquellos que por diversas causas –incomprensión, falta de voluntad, soberbia– siempre tuvieron relaciones conflictivas con México. Son los que nunca entendieron o no quisieron entender las reglas de juego de una sociedad a la que habían llegado forzados por la dictadura pero en una elección de dudosa rigurosidad. Son los que se fueron sin despedirse, los que durante años hablaron mal de la tierra donde sobrevivieron y vivieron, y acaso guardan pobres recuerdos de su experiencia mexicana.

Del otro lado está todo aquel que en la Argentina se identifica con el sustantivo “argenmex”, término acuñado por uno de los autores de este libro en una novela de 1978 (*El cielo con las manos*). Ser “argenmex” es hoy toda una identificación para los exiliados que regresaron. Quizá esa seña de identidad, esa marca de nuestra piel, sea la mejor demostración de que el paso por México tuvo un significado profundo. Porque dejó una huella, y solo lo que no tiene importancia, lo intrascendente, no deja huellas en las personas.

Las despedidas son, siempre, motivo de dolor. Despedirse, romper, terminar, cortar relaciones, es conflictivo para la esencia conservadora que todo ser humano tiene adentro. Por

eso, también este capítulo debe ser breve. Porque este libro se termina en estas páginas.

Solo queda por señalar, como símbolo último, el acto formal de terminación del exilio argentino en México, producido cuando el presidente Miguel de la Madrid Hurtado recibió a un grupo de exiliados en el Palacio Nacional.

Palabras finales

Si un final supone extraer conclusiones, sería necesario hacerlo sobre el propio exilio.

¿Qué ganamos, qué perdimos en aquellos años? ¿Fue mucho lo primero, fue siempre negativo lo segundo?

Los del exilio somos, en el momento de la redacción final de este libro, una generación que ronda hoy los 50 años de edad, gente que perdió vida y perdió compañeros, amigos, tiempo. Todo lo cual no se nos regresará jamás.

Pero al mismo tiempo fuimos de los más afortunados, porque sobrevivimos. Aunque fuimos sobrevivientes desgarrados porque estuvimos muchos años lejos (pese a todos los esfuerzos) de los acontecimientos que, finalmente, concluyeron con la dictadura.

En México hemos vivido, pero este libro –es obvio– no habla sobre México en general, sino sobre un aspecto del exilio argentino en el país frontera de América Latina con el Estado-nación más poderoso del mundo. Es posible que poco se conozca de México a través de estas páginas. Será necesario que los argentinos conozcan México llevados por el pensamiento y las imágenes construidas por ellos mismos. O por argentinos, desexiliados o visitantes que se preocupen por ver el conjunto de ese impresionante país.

De México recibimos la posibilidad de sobrevivir y la libertad. La gran mayoría del exilio pudo, además, estudiar, producir e investigar. Aprendimos de la historia, la geografía y la cultura de México. Y, en México, también aprendimos de otros países

latinoamericanos, de los centroamericanos y los del Caribe, y hasta de otros conosureños, por haber convivido en esa larga cadena de transterrados forzados por la acción de las dictaduras.

Hicimos un largo ejercicio de revisión histórica. De la historia argentina inmediata, dolorosamente debatida frente a los cadáveres y las ausencias. Revalorizamos la democracia. Y en ese proceso, luego de nuestro regreso, los autores, junto con otros “argenmex” y otros que no lo eran, concluimos un largo recorrido político que nos llevó a separarnos del peronismo el 19 de agosto de 1985.

Desde México y gracias a México asumimos una perspectiva latinoamericana mucho más sólida.

De la vida exiliar nos quedamos con la convicción de que pudo haber sido mejor, en el plano de sus organismos políticos representativos, si se hubiera atenuado cierto espíritu intolerante y de haberse considerado la ley de la mayoría como criterio de definición excluyente. Pero es posible que el exigente peso del debate ideológico fuera demasiado para un grupo social que debía, como toda la Argentina, revisar sus errores y al mismo tiempo luchar contra la dictadura aun desde el exilio.

Desde la experiencia mexicana, habiendo participado de una vida nacional asentada en fuertes raíces culturales autóctonas, pudimos conocer mejor nuestro país y comprender mejor a la Argentina de la inmigración. Y además de replantear nuestras convicciones políticas e intelectuales, de vivir experiencias fraternales y amatorias, de entablar relaciones con la psicología fascinante y a veces inasible de los mexicanos, además de latinoamericanizarnos, todo eso nos permitió darnos cuenta de que habíamos madurado.

Entre las últimas disputas, polémicas y trabajos del exilio, y los primeros entusiasmos del regreso al país, quisimos empezar a ver, dificultosamente, el rostro de una Argentina reparadora.

México, D.F., junio de 1984 – Buenos Aires, abril de 1998.

APÉNDICE DOCUMENTAL

DOCUMENTO 1

De la declaración de principios de la CAS

La Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) es una entidad formada por un conjunto de argentinos que debió emigrar de su país como consecuencia de la represión existente dirigida contra las expresiones políticas, sindicales, culturales y sociales que han canalizado y canalizan la capacidad productiva de su pueblo, especialmente sus aspectos más progresivos, avanzados y críticos.

Su fundación anterior al golpe de marzo de 1976 responde al propósito de prestar solidaridad a los refugiados argentinos que la necesiten, difundir los aspectos sobresalientes de la experiencia política que vive el país y denunciar la violación de los derechos humanos en la Argentina sometida hoy a un régi-

men militar dictatorial que se ha apropiado por la fuerza del gobierno y control todos los poderes del Estado (...) La CAS es por consiguiente, un modesto aporte de argentinos que con la independencia de sus filiaciones políticas partidarias o decisiones ideológicas están dispuestos a aunar esfuerzos hasta que el país supere la dramática situación que padece, ayudando además en la medida de sus fuerzas a todos los que por cualquier circunstancia son víctimas de una represión que ha provocado en forma deliberada y sistemática la violación de los derechos humanos más elementales.

La tarea común que aguarda a sus miembros no implica por lo tanto abandonar convicciones personales ni exige dejar de lado la adhesión que sus miembros mantienen a las distintas expresiones o partidos políticos argentinos: al contrario, supone como principio fundamental el respeto a la identidad política de todos los integrantes de la Comisión, al pluralismo irrestricto y a la democracia interna; ello solo no impide hacer confluir esfuerzos para la obtención de estos objetivos comunes a casi todos los argentinos que se han visto obligados comunes a casi todos los argentinos que se han visto obligados a llegar a la República Mexicana en los últimos dos años, sino que los favorece (...)

(Aprobada por unanimidad en la asamblea del 13 de noviembre de 1976)

DOCUMENTO 2

Carta Demanda al presidente de la República Argentina

México, D.F., 15 de marzo de 1977

Sr. Presidente de la Nación Argentina

Tte. Gral. Jorge Rafael Videla

Balcarce 50. Buenos Aires, República Argentina

Desde que la Junta Militar que Ud. preside derrocó el 24 de marzo de 1976 al gobierno constitucional de la República Argen-

tina, miles de ciudadanos de las más diversas creencias e ideas han sido cruelmente perseguidas en ese país (...) Nos permitimos solicitarle que, rectificando la conducta seguida hasta ahora, esa junta militar adopte de inmediato las siguientes medidas:

1) Publicidad de la nómina de todos los detenidos políticos existentes en el país, con clara indicación de los lugares y fechas de detención y las causas de ella, como así de las autoridades a cuya disposición se encuentran;

2) Liberación de todos los detenidos no sometidos a proceso;

3) Garantías procesales para todos los detenidos sometidos a tribunales ordinarios y amplias seguridades para la defensa en juicio;

4) Cese de la jurisdicción de los tribunales militares y anulación de todos los procesos seguidos ante ellos aún cuando estuvieren sentenciados;

5) Restablecimiento integral de la libre actividad de la prensa, todos los partidos políticos, los sindicatos obreros y centros estudiantiles; y el derecho de huelga;

6) Otorgamiento de salvoconductos a todos los asilados políticos en embajadas en Buenos Aires;

7) Cese de las torturas, apremios y vejaciones a que están sometidos los prisioneros políticos y disolución de los campos de concentración;

8) Derogación de toda la legislación de represión política y amplias garantías para la libre actividad política, sindical, estudiantil y cultural y para el regreso de todos los exiliados políticos que deseen retornar a su país;

9) Firmes garantías para los asilados políticos latinoamericanos que aún quedan en la Argentina;

10) Pública fijación del plazo durante el cual la junta militar se propone permanecer en el poder, y convocatoria simultánea a todos el pueblo para que decida libremente sobre su reemplazo (...) En ese sentido, le formulamos una formal petición de la que naturalmente enviamos copia a los organismos pertinentes. Lo saludamos.

Firmas: Gabriel García Márquez, escritor colombiano. Premio y jurado permanente de la Casa de las Américas; Genaro Carnero Checa, secretario general de la Federación Latinoamericana de Periodistas y miembro del Ejecutivo de la Organización Internacional de Periodistas (OIP); Marcelo Quiroga Santa Cruz, ex ministro de Minas y Petróleo de la República de Bolivia; Pedro Vuskovic Bravo, ex ministro de Economía de la República de Chile; Alfredo Valdez Palacio, general (R) del Ejército Peruano y cofundador del Partido Socialista Revolucionario de la República del Perú; Vicente Pérez Portillo Tostado, investigador; Luis Jordá, secretario general del Sindicato de Periodistas de México y vicepresidente de la FELAP; Luis Rivera Terrazas, rector de la Universidad Nacional Autónoma de Puebla; Jaime Kravzov, director del Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla; Emma de Torres, viuda del general Juan José Torres, ex presidente de la República de Bolivia; Regis Debray, asesor del Partido Socialista Francés, escritor y periodista; Octavio Solís, representante del rector de la Universidad Autónoma de Guerrero; Berta Fernández y otros, sección mexicana de Amnesty Internacional; Simón Pérez Correa, de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales (ENEP); Alejandro Sánchez, de la Asociación Nacional de Periodistas de México; María Guadalupe Georgina Peralta, periodista; Luis Suárez, vicepresidente de la Organización Internacional de Periodistas (OIP).

DOCUMENTO 3

Carta a la Casa de Chile en México

México, D.F., 25 de junio de 1977

A los compañeros de la Casa de Chile en México

Av. Universidad nro. 1134, México 12, D.F.

De nuestra consideración:

Nos dirigimos a Uds. para expresarles nuestro profundo desagrado por las declaraciones formuladas por el dirigente

del Partido Comunista Chileno, Luis Corvalán, que publica “Excelsior”, en su primera plana del 18 de junio ppdo. En ellas se hace una especie de clasificación de las dictaduras existentes en América Latina, para luego afirmar que “hay que considerar que el régimen de Perú no es igual al de la República de Chile y menos aún al de Ecuador o el de Argentina, porque el chileno es fascista, no así el de Ecuador y el argentino no está decidido por lo menos”. En opinión del nombrado dirigente, la dictadura argentina es “diferente” que la chilena por lo que sugiere que aquella no es igualmente represiva ni tan negativa como la de Pinochet.

El dirigente Corvalán, que ha salido de la cárcel a que lo había sometido la Junta chilena, ha omitido que existen más de 20.000 argentinos privados de su libertad que no han tenido la misma posibilidad, se desentiende del destino de miles de desaparecidos cuyo paradero se ignora, y olvida que como consecuencia de la feroz represión del régimen argentino al que juzga “no definido”, han sido secuestradas y asesinadas más de 5.000 personas. Desde marzo de 1976, la Junta Militar argentina ha desarrollado una estrategia que no difiere en su esencia represiva de la dictadura chilena, buscando pese a ello disfrazarse para no soportar el mismo descrédito internacional que soporta el régimen de Pinochet. A ella coadyuva Corvalán, quien parece haber olvidado que muchas de las víctimas de la represión de la dictadura argentina, son precisamente chilenos que llegaron a Argentina después del golpe que asesinó al Presidente Allende, y muchos argentinos a los que se persigue, precisamente, por haber participado en su organismos de solidaridad con el pueblo chileno.

Queremos, por último, aclarar que no creemos que las citadas declaraciones de Luis Corvalán sean representativas del conjunto de los compañeros que formaron la Unidad Popular ni expresión de la Casa de Chile. Pero al mismo tiempo, no podemos menos que reafirmar que si algún argentino hiciera declaraciones de similar contenido para

aludir a la dictadura chilena, no sería admitido en la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS).

Reciban Uds. nuestro afecto de siempre,

Firmas: Esteban Righi, Rafael Pérez, Haydée Birgin, Oscar Pedrotta, Noé Jitrik, Ricardo Nudelman.

DOCUMENTO 4

Estallido en la cumbre (1). La crisis de los Montoneros

Diario *El Universal* - México, 21 de marzo de 1979

Por Jorge Luis Bernetti

El 25 de febrero pasado, el diario francés “Le Monde” publicó un detonante documento de renuncia de dos altos dirigentes de los Montoneros, la organización guerrillera argentina. Rodolfo Galimberti, titular de la rama juvenil y Juan Gelman, secretario de prensa, ambos integrantes del llamado “Consejo Superior del Movimiento Peronista Montoneros” dimitían en duros términos a sus cargos. Se trata de la primera escisión pública que sufren los Montoneros desde que volvieron a cargar sus armas, allá por septiembre de 1974. El panorama político argentino actual en el cual se reconstruye la tradicional alianza popular donde se vinculan los partidos políticos mayoritarios y el sindicalismo, a través de la vertebración del peronismo, recibe una nueva señal del deterioro político del otrora vigoroso proyecto foquista. Con la furia de todos los heterodoxos, los *apparatchiki* renunciantes realizan una serie de afirmaciones que es necesario anotar para luego analizar críticamente.

Según “Le Monde” citado, la dupla G-G afirma: “La dirección nacional del partido Montonero está después de mucho tiempo alejada del territorio argentino y en consecuencia alejada de las condiciones reales en las que se libra la resistencia. La dirección efectiva de las fuerzas que luchan en Argentina no existe. Esta situación ha agravado antiguas desviaciones

que no han sido jamás enteramente corregidas y ha permitido que nuevas deformaciones surgieran. Señalaremos las más graves entre ellas: la resurrección de un militarismo de origen foquista (...) militarismo desarmado que se reduce al uso de fórmulas y a la exhibición de las mismas en el exterior del país; la repetición de prácticas conspirativas de los cuadros del partido en el seno de los organismos de dirección del Movimiento Peronista Montonero, prácticas destinadas a garantizar la hegemonía del partido al precio mismo del sabotaje de la organización de conjunto; el sectarismo maníaco que pretende negar toda representatividad al nivel de masas a aquellos que no están bajo el estricto control del partido (...) la burocratización definitiva de todos los niveles de dirección del partido; finalmente, la ausencia total de democracia interna que yugula toda tentativa de reflexión crítica”.

La andanada de los montoneros disidentes Galimberti y Gelman sigue: “Frente a estos numerosos errores existe una realidad, la lucha de masas (...) Renunciamos a las estructuras que han devenido un freno para alcanzar los objetivos que han justificado su creación. Pero nosotros no renunciamos al peronismo montonero ni a las banderas de soberanía política, independencia económica y justicia social, síntesis del camino a recorrer para la construcción del socialismo en nuestra patria. Declaramos igualmente que en tanto existe una dictadura, habrá una resistencia popular armada, con la participación del peronismo montonero”.

Como el lector menos avisado verá, aquí hay “de todo como en botica”. Merece y necesita un análisis relativamente extenso esta andanada que se dispara, aunque sus autores y receptores lo nieguen con entusiasmo, desde el espacio oscuro de una dramática derrota del campo popular argentino y, sobre todo, del sangriento desplome de las fantasías políticas foquistas pamperas. Se tratará de ver en próximas notas cómo, efectivamente, los argumentos de la dupla disidente dan en el blanco en algunos aspectos (ya reiteradamente anotados por centena-

res de renunciando al montonerismo largo tiempo ha), insisten en defender la “tradicción” montonera y en rescatarla (es decir, afirman ser, como toda ruptura de partido de izquierda, los “verdaderos” montoneros), y, en definitiva permanecen dentro de la misma concepción rígida, verticalista, militarista y vanguardista que afirman cuestionar. Y, notablemente, pese a que nombra a la “reflexión” no realizan el menor recorrido crítico a la historia montonera de los últimos cinco años. En definitiva, que los protestantes Galimberti-Gelman se mueven dentro de la misma “teología de la derrota” que el Vaticano montonero del Papa Mario Firmenich. Veremos por qué.

Estallido en la cumbre (2). Seis años atrás

Diario *El Universal*

Por Jorge Luis Bernetti

Algunos lectores de la primera nota de esta serie han cuestionado cierto tropicalismo del lenguaje. Podría ser cierta la objeción y, en dicho caso, la frondosidad conspiraría contra el análisis despojado de los hechos. A los hechos pues, que es lo sustantivo.

Se decía en la nota mencionada que los montoneros Galimberti y Gelman cuestionaban el funcionamiento y las tácticas del montonerismo sin realizar una crítica estructural, permaneciendo, por tanto, en el mismo universo ideológico. G y G señalan su decisión de “rescatar el contenido revolucionario” del montonerismo, mismo que reconocen vigente “hasta hoy” 22 de febrero de 1979, fecha que data el texto completo de su dimisión. G y G realizan toda una serie de cuestionamientos políticos de carácter interno al partido político al que pertenecían, los que se mantienen, en un cierto sentido, dentro del marco de la lucha fraccional. Allí están “la concepción elitista del partido de cuadros”, “las prácticas conspirativas” de grupos dirigentes, el “sectarismo maníaco”, la “burocratización de todos los niveles de conducción”, la “ausencia total de democracia interna”.

Estos enunciados, sin embargo, no realizan una crítica a los actos políticos propiamente “externos” a la estructura partidaria. Solo quedaría en ese plano “el resurgimiento del militarismo de cuño foquista”. No existe entonces un recorrido autocrítico, ni siquiera examinador de la trayectoria política recorrida en los últimos años. En primer lugar, lo del “resurgimiento del foquismo” parece indicar que en algún momento el tal foquismo fue postergado, cuestionado o abandonado. Precisamente, es la concepción foquista (entendida como una concepción militarista de la política conductora del proceso de acción) la que preside todo el accionar de los Montoneros, aun cuando realizaran en otras épocas, grandes manifestaciones de masas o estructuraran organismo reivindicativos. Ese foquismo es el que han compartido los críticos y que ratificaron en abril de 1977 al participar de la fundación del Movimiento Peronista Montoneros.

Ese foquismo viene de lejos, de los orígenes, por ello conviene recordar la historia. Una visión absolutamente simplificadora de la actual realidad política argentina, quiere asimilar la situación de estos años 1976 a 1979 a la vivida en el anterior Gobierno militar de 1966 a 1973. El golpe militar de 1966, realizado contra un gobierno civil surgido de un proceso electoral proscriptivo del peronismo, se realizó contra lo bueno del gobierno del presidente Illia y no contra lo malo. La “revolución argentina” subsiguiente extendió la política proscriptiva del peronismo llevándola al conjunto de los partidos políticos; atacó al movimiento obrero y orientó al país tras una política económica antinacional y una orientación cultural retrógrada. Un lento proceso de convergencia de fuerzas populares, la movilización del movimiento obrero, el liderazgo de Perón y las acciones guerrilleras, llevaron al país a la recuperación de la democracia política.

Pero el 25 de mayo de 1973 no solamente volvía la democracia liberal a la escena política, sino que retornaba el peronismo al Gobierno después de 18 años de proscripción partidaria y exilio de su líder. Allí comenzaron o se manifestaron

las confusiones político-ideológicas que llevarían a situaciones desconcertantes. Los Montoneros habían supuesto que el peronismo en el Gobierno significaría la antesala del socialismo. Entendiéndose como vanguardia de ese proceso comenzaron a luchar abiertamente contra Perón. Al mismo tiempo, el proceso peronista veía la aparición del proyecto neo-fascista de José López Rega. Confundiendo, en razón de la oscuridad ideológica, la caracterización de la situación, los Montoneros colocaron en la misma bolsa al sindicalismo peronista –representante concreto de la base obrera– y al astrólogo conspirador. Este grave error tendría su expresión más notoria cuando, a dos días de celebradas las triunfantes elecciones del 23 de septiembre de 1973, que llevaran a Perón a la presidencia con el 62 % de los votos, los Montoneros mataran nada menos que a José Rucci, secretario general (peronista) de la CGT, central única de trabajadores. Una acción que sembró el desconcierto no solo entre los tirios sino también entre los troyanos. Y que precipitaría el enfrentamiento interno justicialista.

Estallido en la cumbre (3). Las culpas de una matriz

Diario *El Universal*

Por Jorge Luis Bernetti

A partir de la muerte de Rucci se profundizó la distancia entre Perón y el movimiento sindical de una parte, y los Montoneros por otra. La rectificación de la “primavera camporista” conducida por Perón se convirtió en abierta lucha contra los Montoneros. López Rega aprovechó esta situación para favorecer su política delirante.

Confundir primero los objetivos del gobierno de Perón con los socialistas y luego sobredimensionar su propio rol en el peronismo condujo a la insólita situación del 7 de septiembre de 1974. En esa fecha, a poco más de dos meses de asumido el cargo de Presidente de la Nación por Isabel Martínez de

Perón, los Montoneros reasumieron las formas armadas de la resistencia. Es decir, se alzaron en armas contra el gobierno que habían votado, pasaron a la ilegalidad por decisión propia y dieron orden de abandonar los cargos públicos y legislativos a sus partidarios. La defensa contra el ataque terrorista de López Rega no pudo ser el motivo profundo: pocos meses más tarde éste perdía poder y abandonaba el país empujado por el movimiento obrero y el repudio político. En realidad, el 7 de septiembre se había reabierto una opción de “guerra popular”.

Pero la “guerra popular” sin pueblo no se puede librar y por ello pudo imponerse la “guerra contrarrevolucionaria” exacerbada luego del golpe militar del 24 de marzo de 1976. La pérdida de una democracia marchita y deteriorada (que debe hacer su propio Syllabus de errores), no fue demasiado lamentada por los Montoneros. La “exacerbación de las contradicciones”, la “polarización de los contrarios”, el principio de “cuanto peor, mejor” eran vistos como la antesala de concentración de fuerzas populares. En realidad fue la antesala de la derrota militar y el aniquilamiento físico de los militantes. Es que en toda la situación previa a los comicios de 1973, los Montoneros no entendieron a la democracia como un proceso de acumulación de fuerzas para una perspectiva popular, sea en Argentina o España, y solo la asumieron como una forma de “concentración logística” de poder humano y material. Aquí, combinado, yace el pecado de “vanguardismo” y “aparatismo”. Anuladas las libertades democráticas y sindicales, deteriorado el campo popular, el enfrentamiento bélico de los aparatos montonero (y de la guerrilla no peronista, que merece un capítulo aparte por sus propios y aún más graves errores), contra el de las Fuerzas Armadas terminó como era previsible.

La derrota militar de los Montoneros es, en primer lugar, una derrota política, la derrota de una matriz ideológica. Ante los hechos evidentes, los Montoneros ensayan, ya en el exterior de la Argentina su conducción, una rectificación. Nace así, en Roma en abril de 1977, el “Movimiento Pero-

nista Montonero” (MPM), cuyo Consejo Superior Galimberti y Gelman integran. Entonces, la pretensión de reagrupar al peronismo a su alrededor se reveló imposible porque el MPM no era, ni es, más que la prolongación “política” de la “política militar” del “partido” y el “ejército” montoneros. El deterioro de esta perspectiva conduce a la ruptura de G-G. Pero su reivindicación del “peronismo montonero” se revela contradictoria. Perogrullada: el montonerismo existe solo dentro de los Montoneros, no afuera. Pero, y he aquí lo fundamental: la embestida de G-G es una crítica a los “accidentes” que no a la “sustancia” de los Montoneros, como diría un tomista. Porque las manifestaciones que ellos anotan como destructoras de una idílica edad de oro (“militarismo”, “elitismo del partido de cuadros”, “burocratización”, “ausencia de democracia interna”) conforman, en realidad, parte estructural de la ideología montonera.

El rumbo de la Argentina. Alianza Cívico-Sindical

Diario *El Universal*

Por Jorge Luis Bernetti

Entender las afirmaciones realizadas en las notas anteriores de la serie, supone colocar sobre la mesa algunas precisiones acerca de la realidad política argentina. A tres años cumplidos del golpe militar que derrocara al gobierno constitucional de Isabel Martínez de Perón, el país argentino –de la manera que puede– le enrostra su fracaso político global. El gobierno militar puede anotarse una sola victoria importante: aquella producida, al precio y los métodos conocidos, en la “guerra antisubversiva”. Pero, también como es sabido, esa guerra ha terminado por cubrir al país entero. De tal modo que se ha convertido, por la contraria, en factor unificador mínimo de la amplísima mayoría del pueblo: basta de “guerra”, basta de represión.

La política económica del superministro, hacendado y representante de las transnacionales José Alfredo Martínez de Hoz (autoproclamada como expresión de la Comisión Trilateral), no ha hecho más que sostener a la Argentina a la cabeza mundial de la inflación. La reducción de la industria y su desnacionalización corren parejos con la persistencia nefasta en orientar a Argentina hacia el vetusto rol de “granero del mundo”. Sin embargo, el parasitismo de los grandes propietarios de la pampa húmeda impide, pese a las proclamas agraristas, un aumento espectacular de la producción que las feraces tierras argentinas entregarían, apenas el capital que va a parar a Suiza se invirtiera en las estancias.

La cancelación de la democracia que implicó el derrocamiento del gobierno peronista implica la doble negación de la soberanía popular y la reducción de la independencia nacional, cuya defensa reside en la formación social argentina, en la clase trabajadora, y en sus aliados de los sectores medios y de la burguesía mediana. ¿Dónde está pues la real resistencia argentina? Sin duda alguna en el movimiento obrero, que no ha dejado de realizar paros y huelgas en los más diversos gremios y en las más alejadas latitudes del país. Todo ello, con las intervenciones de la Confederación General del Trabajo (CGT) y la mayoría de los sindicatos nacionales, la prisión de dirigentes de todos los niveles, la desaparición de delegados de plantas fabriles, oficinas administrativas e institutos escolares. Estos movimientos tienen inspiraciones políticas diversas, a menudo espontáneas; sin embargo, a nivel político nacional existen dos representaciones políticas concretas, ambas peronistas: la “Comisión Nacional del Trabajo (CNT)” y la “Comisión de los 25”. Esta última agrupa a la mayoría del movimiento obrero y recoge la tradición de las “62 Organizaciones Peronistas”, el tradicional agrupamiento justicialista. Este frente sindical, cada día más crítico respecto del gobierno, tiene una cierta correspondencia con el agrupamiento de los partidos políticos populares, centristas

e izquierdistas que recoge la tradición del acuerdo “La hora del Pueblo” de 1970. El 19 de noviembre del año pasado, los partidos Justicialista (peronismo), Conservador Popular, Intransigente, Socialista, Demócrata Cristiano, Comunista, Udelpa, produjeron un documento que sintetizó demandas mínimas que, sin duda, agrupan a la mayoría aplastante de los argentinos.

Estas fueron algunas de sus expresiones: “Los problemas socioeconómicos y culturales no tendrán solución mientras no se resuelva el problema político institucional (...) Hay que restablecer de inmediato el estado de derecho que es algo más que la simple vigencia de las instituciones políticas. Es ni más ni menos restablecer el prestigio de la ley como marco que condicione, sin excepciones, la conducta de gobernantes y gobernados. Es el único modo de que la vida y la libertad de nuestros conciudadanos se encuentre garantizada contra el terrorismo, cualquiera fuese su signo ideológico y contra los excesos del poder (...) Debe procederse sin vacilaciones a una revisión integral del plan económico, que solo exhibe fracasos a fin de transformarlo en un programa de raíz nacional y popular en beneficio del pueblo y la nación (...) En una solución institucional nadie puede estar ausente. La política, en el sentido genérico y exacto del término no es tarea ajena a ningún sector (...) Todo plan de restauración institucional –si es serio– debe fundarse inexorablemente en el sistema electoral que surge de la Constitución. Una cosa es atribuir a las elecciones un fin en sí mismo y otra subestimar ese modo de consulta y de búsqueda de la verdadera voluntad política del pueblo. No es democrático negar este instrumento que ni a nivel de doctrina ni de realidad ha podido ser sustituido”. En síntesis, es esta Alianza Cívico-Sindical la que hoy por hoy, guste o no guste, sintetiza –centralmente atravesada por el peronismo– la oposición real, el rumbo que la inmensa mayoría de los argentinos desean –de inmediato– para su patria.

Oposición, Reflexión, Crítica (5 y fin). Un final y un principio

Diario *El Universal*

Por Jorge Luis Bernetti

El gran periodista uruguayo Carlos Quijano suele recordar la frase que Miguel de Unamuno le disparó cuando en plan de reportero, el oriental lo entrevistaba en Francia a su llegada de la España dominada por la dictadura de Primo de Rivera. “Me preocupa la oposición, no el gobierno”, exclamó el polémico escritor español. La oposición. Es ahí donde hay que mirar, revisar, reflexionar críticamente hoy en la Argentina interior y la exterior.

Atribuir la situación de la Argentina a las contradicciones del capitalismo, la acción de la oligarquía ganadera, las transnacionales y los mandos militares, con ser una verdad, puede servir a una coartada autojustificadora de los graves y profundos errores cometidos por toda la oposición. Los facilismos y las simplificaciones abundan. Entre ellas, y no la menos perniciosa, es aquella que afirma que la ruptura del orden constitucional en 1976 se debió a la “acción de provocación del foquismo”. En este andarivel transitan aquellos militantes del peronismo que se niegan, a su turno, a endosar las responsabilidades respectivas al gobierno de Isabel Perón. Bastaría recordar la Triple A y los públicos elogios de la mandataria votada por los obreros a las empresas transnacionales.

Otros olvidos (consciente o inconscientemente): las graves responsabilidades deteriorantes del proceso iniciado el 25 de mayo de 1973 que cupieron al foquismo no peronista. El PRT-ERP fue el protagonista de una “guerra” contra las Fuerzas Armadas desde el inicio del gobierno de Héctor Cámpora. Lo que hizo después de aquellos cuarenta días fue todavía peor.

Aludir a cualquiera de estas situaciones en forma crítica puede ocasionar a su autor el riesgo de ser calificado como “objetivo” favorecedor de la política del gobierno de Videla. Los miles de muertos, desaparecidos y torturados, el masivo éxodo de miles de ciudadanos (movimiento único en la historia argen-

tina), acumulan comprensibles factores emocionales perturbadores del análisis, manejados en muchas ocasiones con intención política inmovilizadora. No se trata, por cierto, de olvidar aquello que constituye el sino fúnebre de la tragedia argentina. Se trata de luchar, con eficacia, por la libertad de los presos, la aparición de los desaparecidos, el cese de las torturas, el retorno al país de los exiliados. Si un mandato político debe extraerse del holocausto de miles de argentinos, es el de la justicia para ellos y para los millones de sobrevivientes. Junto con estos millones y no alejados de ellos. El lento reagrupamiento político argentino permite dos grandes variantes para las posiciones progresistas: una, la de la reconstitución de la tradicional izquierda peronista en el seno del Movimiento; la segunda, la del reagrupamiento de los sectores socialistas no peronistas en una fuerza de extensión nacional unida a los protagonistas centrales democráticos de la escena pública. A esa franja progresista, hoy solo posibilitada de luchar por la otrora despreciada democracia, le corresponde trabajar por la elaboración de un nuevo proyecto nacional, transformador de una realidad en retroceso reaccionario. Esto solo será posible con su unidad fervorosa en el conjunto del movimiento popular y en tanto no confunda su idea de la vanguardia. Es decir, mientras no confunda a Gramsci con Pol-Pot.

Lenta, muy lentamente, ha llegado el momento de comenzar a abrir una nueva página en la historia política argentina. Es la hora, como dijo un ilustre intelectual –Leopoldo Marechal– de cambiar “la tristeza de todos los exilios por los colores de todas las esperanzas”.

DOCUMENTO 5

Trayectoria y papel de los Montoneros

(En revista *Proceso*, nro. 132, México, D.F., 14 de mayo de 1979)

En el nro. 131 de *Proceso*, la oficina de prensa del Movimiento Peronista Montonero intenta desmentir la caracterización

de militarismo foquista que se adjudicó a esa agrupación. Habría que llenar algunas deficiencias informáticas. Entre 1970 (año de su aparición) y mediados de 1972, Montoneros fue una organización cuyos lineamientos se ajustaban al modelo del foco guerrillero urbano de la época. No es cierto, por lo tanto, que los Montoneros “inicien su política de masas cuando la clase trabajadora, bajo la conducción de Perón, pasa a la ofensiva”. La clase trabajadora estaba a la ofensiva desde 1969. En los años posteriores, Montoneros participa, con sus acciones armadas en apoyo de una movilización popular vasta y multifacética para la cual, empero, no tenía ni organizaciones ni políticas definidas. Constituye, asimismo, una distorsión afirmar que ellos “logran que Perón respalde a Cámpora como candidato a la Presidencia”. Lo real es que Perón designó primero a Cámpora como su delegado personal en la Argentina, en noviembre de 1971, y como candidato a la Presidencia en diciembre de 1972, cuando apenas los Montoneros, a tres meses de los comicios y ante la fuerza de los hechos (y de las masas), abandonan su discusión sobre si las elecciones eran convenientes o no, en perspectiva a sus nociones de guerra popular.

Por cierto, en los últimos tramos de 1972 y en particular en 1973, Montoneros realizó un serio y contradictorio esfuerzo para, como solía decirlo en sus propias palabras, superar la etapa del foco. Fue en ese período y hasta avanzado 1974 cuando la lucha armada, sin abandonarse, quedó en suspenso como método principal de lucha. Montoneros se proponía ser vanguardia de las masas y fue por y desde esa óptica que enfrentó a Perón, figura hegemónica del movimiento popular. Las distintas políticas de masas de Montoneros en ese período expresaron así, al mismo tiempo, el esfuerzo transformista y la concepción vanguardista de cuño foquista no superada. Para disputar la hegemonía se hacían necesarias las masas, pero las políticas ensayadas –más que construir una auténtica instancia organizativa popular– se dirigieron centralmente a forjar

elementos de presión, para una lucha de sesgo inmedatista por el control del gobierno y las instituciones desde arriba. Las acciones armadas acompañaron este diseño.

Así, el 25 de septiembre de 1973 (dos días después de las elecciones presidenciales en que triunfó la candidatura de Perón con el 62% de los votos), los Montoneros mataron a José Rucci, secretario general de la CGT, la central única de seis millones de trabajadores y hombre de confianza del propio líder popular que Montoneros aclamaba en las calles. Se calificó a Rucci como “centro del dispositivo enemigo”. No hablamos de vanguardismo, foquismo, militarismo o *putchismo* en forma vana. En el caso montonero, las cuatro variantes (y podrían mencionarse otras), son distintas caras de una misma matriz ideológica que integró una etapa de la izquierda argentina y que nace de autosuponerse hacedores directos y exclusivos del proceso de cambio social, en un ajedrez en el que los sectores sociales propiamente dichos con puramente datos objetivos por computar y que nace de autosuponerse hacedores directos y exclusivos del proceso de cambio social, en un ajedrez en el que los sectores sociales propiamente dichos son puramente datos objetivos por computar.

Tras la muerte de Perón, el 1º de julio de 1974, el endeble gobierno de Isabel Perón fue incapaz de contener las tensiones que se insinuaban, y que enfrentaban, con violencia, a diversos sectores del peronismo. Montoneros, carente de una representatividad en la clase trabajadora, el 6 de septiembre de ese año anuncia su pase a la clandestinidad, declarando la guerra (sic) al gobierno que había votado, junto con el pueblo, once meses antes. Es distorsionador decir que “si nosotros hemos sido arrojados a la clandestinidad, en realidad hemos sido arrojados al seno mismo del pueblo que en su conjunto ha sido arrojado a la clandestinidad”. La historia demostraría que el pueblo, lejos de ello, se hallaba en 1974 inmerso en luchas abiertamente sindicales y políticas dentro de un conflictivo marco democrático que el propio pueblo había conquistado.

Montoneros confundió el prestigio ganado en el contexto de las luchas peronistas con el proyecto de una efectiva conducción orgánica de las masas: creyó que el pueblo se sumaría a la guerra. Aceleró así enérgicamente su trámite de regreso al foco, retirando sus fuerzas políticas de una desconsiderada legalidad: se ordenó renunciar a los diputados adictos, se impulsó el cierre de las instancias propias que aun servían de trinchera, se convirtieron los frentes de masas en destacamentos milicianos de “guerra” (desestabilización) contra un marco democrático y un gobierno elegido por las mayorías. Como los comunistas alemanes de la década del ’30, Montoneros metió en una misma bolsa a nazis y social-demócratas, y diagnosticó como enemigos definitorios del proceso, la alianza estratégica de los sectores encabezados por el ministro López Rega y el sindicalismo peronista. El diagnóstico, llamado “brujovandorismo”, se vino estrepitosamente abajo en junio de 1975 cuando López cayó por la fuerza de la movilización popular, en la cual jugó un importante papel el sindicalismo peronista.

No es cierto, entonces, que “el rol jugado por Montoneros, política y organizativamente en esas movilizaciones, trasuntó una vez más una política de masas”. A decir verdad, su papel fue escaso. Montoneros advertía al pueblo acerca del “acuerdo lopezreguista-sindicalista” hasta pocos días antes del acto de masas del 27 de junio, al que, además, sus activistas no concurrieron. Luego del intento de volver a hacer política de masas en las elecciones provinciales de Misiones (donde obtuvieron, aliados a otras fuerzas, el 15% de los votos) el militarismo foquista siguió desarrollándose, en todo caso perturbado, sobre todo, por un encuadre constitucional disgregado pero retardador de la “guerra de clase contra clase” que, pocos meses después del golpe, la conducción de Montoneros revelaba como su lectura central del proceso argentino. Es así que aun en los marcos del gobierno peronista iniciaron el ataque a guarniciones del ejército definiendo de esta manera, a través de los hechos, la “interpretación” montonera de lo que se

imponía, en dicho período de enfrentamiento de clases y sectores de clases, como política a asumir por el pueblo.

En marzo de 1976, cuando el golpe militar derrocara al endeble y aislado gobierno de Isabel, los Montoneros juzgaron la situación desde la conocida óptica “cuanto peor, mejor” y se figuraban el “fin histórico” del movimiento peronista, suplantado entonces por el partido Montonero de clase (como se anuncia oficialmente pocos meses después del golpe), y el “fin” del sindicalismo peronista burocratizado, enterrado por las nuevas exigencias de la “guerra popular”. El accionar militar de Montoneros fue aplastado paulatinamente por la contrainsurgencia de las fuerzas armadas y, desligado del pueblo, dejó un conjunto de militantes indefensos frente al poderoso aparato militar. Montoneros mismo afirmaba, en 1978, haber perdido el 80% de sus fuerzas en esta dispareja batalla de aparatos con poder de fuego.

Para comienzos de 1977, la conducción montonera debió salir de aquel seno del pueblo y dirigirse a Europa. La guerra que se estimaba posible debió ser reemplazada por la constitución (en Roma) del Movimiento Peronista Montonero, sin que se registrase ningún cambio en las concepciones, a no ser por el “revivido” peronismo. Desde esta crónica es objetivo decir que la resistencia montonera no tiene nada que ver con el paro general del 27 de abril de 1979, decretado por la “Comisión de los 25”, orientada por el sindicalismo peronista.

Si la aniquilación física, la prisión y el exilio de miles de militantes constituyen signos objetivos de la derrota de la guerrilla argentina, si decirlo es signo de “derrotismo”, entonces el error se hace más grave. Si afirmar que la quiebra constitucional, la intervención de los sindicatos, la prohibición de partidos políticos y una política económica ultraconservadora, resultan una “grave pérdida para el movimiento popular” es derrotismo que “tiende a apuntalar el plan político de la dictadura”, entonces se ha entrado llanamente en la táctica donde para ciertos vanguardismos la expresión de ideas y la búsqueda de verdades se transforman en fantasmales enemigos.

El verdadero derrotismo está situado, en todo caso, en no querer ver dónde residen los mecanismos auténticos de los pequeños triunfos populares en los últimos años. Estos residen, en primer lugar, en el movimiento obrero y en las formas de lucha que éste se da. Negarlo no solo confunde, sino que también es síntoma del papel que se juega en el actual proceso político y de los recursos que se ponen en juego, para acallar el debate profundo que los argentinos necesitan. Por último, una observación acerca del humanismo y las responsabilidades revolucionarias. La oficina de prensa del MPM cita a Firmenich, secretario general del Partido, cuando afirma que (los Montoneros) “ponemos los muertos”. La expresión utilizada se califica por sí misma. Cabría también preguntar si eso expresa algo semejante a lo de Millán de Astray, en la Universidad de Salamanca, cuando gritaba “Viva la Muerte”. Finalmente la historia no olvida a aquellos que tienen gran parte de la responsabilidad de llevar a un pueblo hacia la derrota.

Firmas: Jorge Bernetti, Sergio Rubén Caletti, Adriana Pui-
grós, Héctor Schmucler.

DOCUMENTO 6

“Bienvenido, Dr. Cámpora. Continuemos la lucha por el salvo- conducto de Héctor Cámpora (h) y de Juan Manuel Abal Medina”

(En diario *unomásuno*, México D.F., 11 de diciembre de 1979)

La Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), con motivo de la llegada a México del Dr. Héctor J. Cámpora, y la persistente negativa del gobierno militar argentino de otorgar el salvoconducto para salir del país a Héctor Cámpora (h) y a Juan Manuel Abal Medina, ha resuelto:

1) Agradecer al pueblo y al gobierno mexicanos el asilo otorgado al Dr. Héctor J. Cámpora, Héctor Cámpora (h) y a Juan Manuel Abal Medina, así como la firme actitud que posibilitó el otorgamiento del salvoconducto al ex presidente argentino.

2) Extender este agradecimiento a los organismos internacionales, partidos políticos mexicanos y extranjeros y otros organismos de solidaridad argentinos (...)

3) Saludar en la figura del Dr. Héctor J. Cámpora a quien, como presidente de los argentinos elegido por mayoría absoluta de los votos, llevó a cabo en el breve lapso de su gestión transformaciones orientadas a la democratización del país en lo político, social y económico; y rechazar la identificación que, pese a su clara trayectoria democrática, la dictadura militar pretende hacer entre su figura y la acción de grupos minoritarios terroristas (...)

Firmas: Esteban Righi (secretario general); Jorge Bernetti; Noé Jitrik; Gregorio Kaminsky; Ricardo Nudelman; Osvaldo Pedroso; Rafael Pérez; Juan Carlos Portantiero; Sofía Villarreal; Elvio Vitali.

DOCUMENTO 7

Contra el plan político y gremial de la junta militar argentina

(En diario *unomásuno*, México, D.F., 19 de enero de 1980)

Ante la sanción de las “bases políticas” y la ley sindical por cuenta del gobierno militar, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), declara:

1) Su terminante rechazo a las denominadas “bases políticas” dadas a conocer por la dictadura militar genocida, cuya finalidad es articular un sistema democrático permanente que institucionalice su proyecto. Ratifica una vez más su posición en el sentido de que la única solución argentina la constituye el ejercicio irrestricto de la soberanía popular a través de los mecanismos previstos por la Constitución Nacional.

2) Su repudio a la nueva Ley de Asociaciones gremiales; porque esta Comisión defiende la unidad de los trabajadores argentinos, sus organizaciones sindicales, el derecho de aquellos a darse las estructuras que consideren adecuadas, y para

administrar las obras sociales y su participación activa en la política del país. Esta legislación antiobrera de la dictadura militar forma parte del intento de impedir la capacidad de reacción de las masas en defensa de sus condiciones de vida y contra el sometimiento a los designios de la oligarquía, los monopolios y las transnacionales.

3) Su oposición al plan de destrucción sistemática de la escuela pública (cuya primera manifestación está constituida por el significativo crecimiento del analfabetismo) y a la legislación universitaria, propósitos ambos que suponen la implantación de esquemas profundamente retrógrados en la organización, en los métodos y en los contenidos de la enseñanza.

4) Que reitera su exigencia de inmediata libertad a los presos políticos, la aparición de los secuestrados por la dictadura y el otorgamiento de los salvoconductos a Juan Manuel Abal Medina y Héctor Cámpora (h), asilados en la embajada de México en Buenos Aires.

5) Que son igualmente repudiables los intentos de la dictadura militar por implementar un plan político a través de una “convergencia cívico-militar”, encabezada por personajes comprometidos con el proceso iniciado el 24 de marzo de 1976.

Firmas: Esteban Righi (secretario general); Jorge Bernetti; Noé Jitrik; Gregorio Kaminsky; Ricardo Nudelman; Osvaldo Pedroso; Rafael Pérez; Juan Carlos Portantiero; Sofía Villarreal; Elvio Vitali.

DOCUMENTO 8

Movimiento Peronista Montonero

(Documento mimeografiado)

El Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, reunido para el tratamiento de la convergencia entre sus propias estructuras y la del Partido Montonero, constata que no ha logrado efectuar la síntesis necesaria entre la totalidad de

sus miembros. Los siguientes consejeros: Sylvia Bermann, Miguel Bonasso, René Chávez, Jaime Dri, Gregorio Levenson, Pedro Orgambide, Julio Rodríguez Anido y Susana Sanz han llegado, sin embargo, con los restantes miembros del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, al siguiente acuerdo: 1) Partimos del común objetivo estratégico de la lucha contra la alianza Oligárquico-Imperialista cuya derrota, mediante la insurrección popular armada, es imprescindible para la Liberación Nacional y Social de la Patria. 2) Mantene-mos importantes divergencias tácticas y estratégicas para la realización de ese objetivo. 3) Esas diferencias nos impiden actuar dentro de las mismas estructuras orgánicas. 4) Por lo tanto, decidimos de común acuerdo actuar con la más absoluta libertad política y organizativa. 5) Acordamos, también, procurar por todos los medios a nuestro alcance, impedir que esas diferencias sean aprovechadas por nuestro enemigo común: la tiranía oligárquica. Dado que nuestros planteos políticos diferenciados pueden llevarse a cabo sobre un mismo espacio político, afirmamos nuestra voluntad de entablar el debate político ideológico sin agresiones que beneficiarían al enemigo. 6) Este mismo acuerdo, logrado en la más amplia y democrática discusión, es prueba de la madurez política de la lucha del pueblo argentino y del espíritu fraternal que anima a los que firman.

En algún lugar de Sud América, a los 18 días del mes de marzo del año 1980.

Firmas: Mario Firmenich (Secretario General); Roberto Perdía (Secretario Ejecutivo); Fernando Vaca Narvaja (Secretario de Relaciones Exteriores); Miguel Bonasso (Secretario de Prensa); Gregorio Levenson (Secretario de Finanzas).

Rama Sindical: Gonzalo Chávez (Secretario Adjunto); Aldo Morán (vocal); Eduardo Berrospe (Secretario de Asuntos Internacionales).

Rama Política: Oscar Bidegain (Primer Secretario); Ricardo Obregón Cano: (Secretario Adjunto); Julio Rodríguez Anido:

(Secretario de Asuntos Internacionales); Jaime Dri: Secretario de Finanzas; Rafael Iaccuzzi: Vocal.

Rama Femenina: Susana Sanz (Secretaria de Organización); Coca Lencinas (Secretaria de Prensa); René Chávez (vocal).

Rama de Profesionales Intelectuales y Artistas: Rodolfo Puiggrós (Primer Secretario); Sylvia Bermann (Secretaria de Organización); Pedro Orgambide (Secretario de Prensa).

Rama Agraria: Osvaldo Lovey (Primer Secretario)

DOCUMENTO 9

Declaración de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)

Asamblea General (mayo 1980). Texto original mimeografiado.

“La Argentina se encuentra sometida por una dictadura terrorista al servicio de la oligarquía, los monopolios y el capital transnacional (...) Y los principales responsables de tal situación son las fuerzas armadas en su conjunto, que mediante el denominado Plan Político buscan instrumentar fórmulas continuistas de su actual política antipopular. Con su firmeza y persistencia, esta lucha ha sabido contrarrestar, en buena medida, la falta de derechos y libertades impuesta por la dictadura. Dentro de este cuadro se inscriben:

- La movilización obrera que se registra a lo largo de todo el país, pese a la prohibición legal y a la intervención militar en los gremios más importantes como lo demuestran la significativa huelga general del 27 de abril del año pasado, organizada por la “Comisión de los 25”, y la incesante sucesión de huelgas locales, paros y otros fenómenos de lucha por las reivindicaciones salariales y democráticas del movimiento obrero.

- La creciente actividad política, tanto de los partidos tradicionales que en forma individual y en pronunciamientos conjuntos han hecho importantes denuncias democráticas como también de los castigados núcleos, organizaciones y

militantes de izquierda, que desde el primer momento opusieron su resistencia a la dictadura militar. Dentro de este contexto merece destacarse el documento publicado el 30 de marzo último por los partidos Justicialista, Intransigente, Conservador Popular, Socialista Unificado, Cristiano Popular y Socialista Popular, donde definen al gobierno como dictadura militar y reclaman, entre otras cosas, el inmediato retorno al estado de derecho, la libertad de los detenidos políticos y gremiales, el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y una democracia sin condicionamientos ni proscripciones.

• La persistente labor de denuncia y solidaridad de distintos organismos como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, la Comisión de Familiares de Presos y Desaparecidos por Razones Políticas, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, el Consejo de Iglesias y la infatigable acción de las Madres de Plaza de Mayo, cuya voz no ha podido ser acallada (...) Consecuentemente con lo anterior, la CAS se plantea como tareas importantes de esta etapa: 1) Contribuir con todas sus energías a la lucha del pueblo argentino por el restablecimiento de la soberanía popular y la plena vigencia de los derechos humanos; la aparición de todos los secuestrados y la derogación de la siniestra ley sobre desaparecidos y de toda la legislación represiva; el levantamiento del estado de sitio; la libertad de los presos políticos y la disolución de los tribunales especiales. 2) Bregar por el pleno restablecimiento de la actividad política, sin proscripciones ni exclusiones de ninguna naturaleza y, por la derogación de las inhabilitaciones incluidas en las llamadas actas institucionales. Del mismo modo, la CAS bregará por el cumplimiento del precepto constitucional de la opción para salir del país para los presos a disposición del poder ejecutivo y por el respeto al derecho de asilo. En tal sentido seguirá luchando por el otorgamiento del salvoconducto a Héctor Cámpora

(h) y Juan Manuel Abal Medina, refugiados en la embajada de México en Argentina desde hace más de cuatro años. 3) Apoyar la lucha de los trabajadores argentinos por la elevación de su nivel de vida, por el mejoramiento de sus condiciones de trabajo, por la defensa del patrimonio nacional y por el derecho a decidir por sí mismos sobre sus organizaciones sindicales. 4) Contribuir al examen crítico de la experiencia política de los últimos años como un ejercicio consciente, pluralista y democrático, no solo en torno al comportamiento de los sectores responsables de la dictadura sino también en torno a las políticas sostenidas por el conjunto de las fuerzas políticas argentinas (...) 5) Con igual énfasis, la CAS considera necesario denunciar el caso de gobiernos que no solo permanecen indiferentes ante la represión descargada sobre el pueblo argentino, sino que aún apoyan a la dictadura. Y ello debe ser condenado ya que es inadmisibles que en nombre de intereses económicos o geopolíticos pretenda justificarse la complicidad con los genocidas (...) Al rendir homenaje a todos aquellos que han sufrido la violencia represiva de la dictadura militar, la CAS expresa su más profundo respeto a quienes con su lucha en el país están forjando la Argentina del futuro y compromete todos sus esfuerzos para el logro de los objetivos del pueblo argentino”. México, D.F., 9 de mayo de 1980.

DOCUMENTO 10

(Solicitada publicada en diario *unomásuno*, México, D.F., 30 de junio de 1980).

Héctor J. Cámpora. Invita a la misa que con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la desaparición física del general Juan Perón se celebrará en la capilla Santa Rita, parroquia de San Agustín (Horacio 921, Polanco, D.F.), el día 1º de julio próximo, a las 19:30.

DOCUMENTO 11

"1974 –1 de julio –1980"

Al cumplirse un nuevo aniversario de la desaparición física del general Juan Domingo Perón, creador del Movimiento Nacional Justicialista y luchador incansable por una Argentina justa, libre y soberana, la Agrupación de Peronistas en el Exterior (APE) convoca a un acto de homenaje y reafirmación militante bajo las siguientes consignas: 1) Expresar la vigencia de la doctrina de Liberación Nacional y Justicia Social que nos legara Juan Domingo Perón. 2) Repudiar a la dictadura militar que oprime al Pueblo Argentino. 3) Apoyar la política consecuentemente antidictatorial que está impulsando la conducción del Partido Justicialista a través de su vicepresidente primero, compañero Deolindo Felipe Bittel. 4) Respaldo activamente el programa de lucha, la estrategia y la conducción del Movimiento Sindical Peronista, que se ha convertido en la vanguardia obrera de la lucha contra la dictadura (...) 8) Por el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos. 9) Por la libertad de la presidente constitucional, María Estela Martínez de Perón.

Firma: Agrupación de Peronistas en el Exterior (APE)

DOCUMENTO 12

Desaparecidos: El inaceptable blanqueo que propone la Junta

Por Osvaldo Pedrozo

(En revista *Controversia*, México D.F., nro.7, julio 1980)

El artículo de Héctor Schmucler "La Argentina de adentro y la Argentina de afuera", publicado en *Controversia* nro.4, me ha sugerido algunas reflexiones; de entre ellas, la más importante es que tal vez la apariencia de realismo y valentía del pensamiento de Schmucler (reflejado en aquella y en su anterior colaboración "Actualidad de los derechos humanos"

(*Controversia*, nro.1), implique, en última instancia, una línea de resignada conciliación con la dictadura. Como él afirma: “Tal vez estamos destinados a decir las cosas más brutales si queremos reconocernos”. Seguramente.

Al denunciar a la dictadura por la promulgación de ley sobre desaparecidos (*Controversia*, nro.1), Schmucler la acusa de intentar un “borrón y cuenta nueva” con un acto de gobierno fundado sobre la creencia en “el poder mágico de las palabras”. No obstante, en el nro. 4 de la revista, es Schmucler quien pasa a creer en ese poder mágico de las palabras y propone lo mismo que le imputa a la junta militar. Primero cita de un compañero una frase que asegura que nuestro país “(...) parece estar dispuesto a enterrar en el olvido, sin mayor trámite, esta historia de infeliz recuerdo (...)”, y más adelante afirma que “(...) los derechos humanos en el exilio evocan generalmente la muerte (...) un pasado que se quiere borrar (...)”.

(...) La marcha de las Madres de Plaza de Mayo no es un “espectáculo”, tal como lo entiende Schmucler; es, por el contrario, (...) el acontecimiento político más importante aparecido desde el 24 de marzo de 1976, surgido mucho antes de que muchos partidos se animasen a pronunciarse contra la dictadura (...) un hecho que ha estampado una acusación indeleble en el rostro de la junta militar, denunciándola a nivel mundial con mayor eficacia que cualquiera otra de las actividades antidictatoriales que se desenvuelven en nuestro país.

Igualmente equivocado es pensar que la sociedad argentina “observa” sin participar de las luchas de esas madres que reclaman la aparición con vida de sus hijos (...). Por eso, inclusive, no sorprende que en el reciente documento conjunto de los partidos Justicialista, Intransigente, Conservador Popular, Socialista Unificado, Cristiano Popular y Socialista Popular se haya incluido el reclamo por el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos. Porque ese es un pasado que no puede borrarse, aunque todavía no exista la fuerza suficiente para imponer lo que Schmucler llama “un Nüremberg”.

Lo otro, el “borrón y cuenta nueva” que pretende la Junta, es moral y políticamente inaceptable, aunque Balbín crea que sí lo es cuando señala que esos miles y miles de militantes no están desaparecidos sino muertos (declaraciones en la TV española el 13.04.1980). Muchos compañeros desaparecidos, miles, no son cadáveres, están vivos, permanecen secuestrados; es probable que sigan siendo torturados, pero están vivos, y su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad se basa en que los que estamos fuera de las cárceles y campos de concentración, nosotros y nuestros compatriotas en el exilio y en la Argentina, no los consideramos cadáveres. Más aún: su rescate debe ser uno de los objetivos centrales de nuestra lucha, así como también lo hace, marchando cada jueves, gente que se ha quedado en nuestro país. Que Balbín prefiera considerarlos muertos para evadir la responsabilidad histórica de no haber luchado por su liberación, es algo condenable. Que la junta militar lo haga para encubrir su genocidio es siniestro. Pero ni uno ni otra constituyen modelos justos de conducta. En ese sentido, no creo que la movilización que existe en todo el mundo encaminada a postular a las “Madres de Plaza de Mayo” para el premio Nobel de la Paz constituya ni la “evocación de la muerte” ni la hueca admiración por un “espectáculo” que carece de apoyo social en la Argentina; antes bien, esa movilización es un importante trabajo político, cuyo éxito –si se lograra– sería una condena ilevantable para la dictadura.

Coincido con Schmucler en que no existe hoy en nuestro país poder suficiente como para hacer justicia, castigando a los responsables de los crímenes cometidos contra el pueblo. Y también creo que el pueblo no está en condiciones de imponer su voluntad. Pero el hecho de que la relación de fuerzas favorezca a los opresores y asesinos no quiere decir que haya que resignar posiciones. En la lucha antidictatorial también son “viables” formas y caminos tradicionales, como es el caso del documento interpartidario al que me refería,

donde es perceptible la recuperación de una conducta política coherente con las necesidades y aspiraciones populares. Y no me engaño pensando, por ejemplo, que Bittel –que firma ese documento– es un demócrata consecuente, porque recuerdo su silencio frente a los crímenes de la AAA. Pero sus reclamos de hoy por la recuperación de la democracia, la libertad de los presos políticos y el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos, me parecen una justa posición ante la dictadura.

DOCUMENTO 13

El testimonio de los sobrevivientes

Por Héctor Schmucler

(En revista *Controversia*, nro. 9/10, México D.F., diciembre de 1980)

“Aquí dentro nadie es dueño de su vida, ni de su muerte. No podrás morirte porque lo quieras. Vas a vivir todo el tiempo que se nos ocurra. Aquí adentro somos Dios”.

(Un guardia de campo de concentración a la detenida-desaparecida Graciela Geuna)

Aún no se han difundido suficientemente los diversos testimonios producidos por sobrevivientes de los campos de exterminio que existieron en la Argentina. Tales campos parecen haber funcionado entre los años 1976 y 1979 y, aparentemente, fueron eliminándose a partir de la última fecha. Según declaraciones de los testigos y averiguaciones efectuadas por organismos internacionales esos campos estuvieron situados por lo menos en la Capital Federal, provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Por ellos pasaron varios miles de personas cuyo destino en la inmensa mayoría de los casos habría sido la muerte. Allí estuvieron los desaparecidos. En esos antros de la destrucción humana se libró parte destacada de la “guerra sucia” a la que aluden los jefes de las fuerzas armadas argentinas. Allí fueron liquidados materialmente los proyectos de

la guerrilla que actuó en los últimos años y que, al menos en el caso de los Montoneros, había logrado constituir un importante movimiento de masas. Los testimonios de los sobrevivientes constituyen documentos de inagotable riqueza.

Nada puede condenar a la junta militar responsable del golpe de 1976, como estas narraciones de horror, pero su importancia no se limita a la denuncia del crimen. Los interrogantes que surgen de su lectura van más allá del espanto que produce el contacto con el salvajismo desenfrenado de los torturadores y se internan en la ansiosa demanda por los orígenes.

La historia de la humanidad –entre otras cosas– es una cruel narración de la impiedad de los dominadores y ésta que nos toca es el episodio argentino actual de esa historia. Pero los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de otra realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla. Esta pregunta por el “cómo” puede aportar respuestas sustanciales al porqué y el tema de las causas puede iluminar la significación de un proceso cuyas consecuencias siguen siendo vigentes en la Argentina al menos en dos actitudes que parecen generalizadas: el desacuerdo con el gobierno y el repudio al terrorismo (...) Atravesando el relato de los suplicios y asesinatos, surge de los testimonios otro relato: el de la destrucción interna, destrucción previa a la tortura, situación que tiene que ver con las condiciones que rodean al militante en el momento de su caída, compelido por complejas razones a solidarizarse con una política que muchas veces reconocía errada e incluso catastrófica. Los testimonios muestran las características peculiares –contradicciones internas de los militares, proyectos políticos de las diversas armas, crisis personales de los propios torturadores– que explican la sobrevivencia de un puñado de prisioneros. Lo significativo, sin embargo, es que esto ocurriera simultáneamente en diversos lugares del país, que la colaboración de muchos montoneros, por ejemplo, sirviera, para socavar la propia organización donde habían ocupado, poco antes, lugares destacados (...)

Deberíamos comenzar a reconocer palabras sin los prejuicios que una retórica política cargada de metafísica ha desvirtuado. Deberíamos poder mencionar hechos sin que escandalicen. Estamos tan impregnados de un lenguaje que reconoce valores provenientes del dogma, que las palabras parecen no tener historia, corresponder al mundo de la naturaleza. Digamos, por ejemplo, que según los testimonios la inmensa mayoría de los desaparecidos ya no existen: están muertos. Estas declaraciones han molestado a mucha gente. Hasta se ha sostenido que quienes declaran en este sentido son agentes de la junta militar argentina pues tienden a desmovilizar a los grupos que reclaman por los secuestrados. Como si la muerte no mereciera un pedido de cuentas. ¿Desde qué criterios políticos se estimulan semejantes ideas? La sospecha de que los desaparecidos están muertos, es la más grave sombra que se cierne sobre el futuro de los gobernantes argentinos. Una legión de torturados que luego fueron sistemáticamente asesinados –mujeres, hombres, adolescentes casi niños– están allí: fantasmas que esperan recuperar sus cuerpos ante sus seres queridos para de una vez ser enterrados. Están muertos y desaparecidos: ésa es la inhumanidad del represor. Tan inhumano como quienes se molestan ante esta verdad y quieren ignorarla por temor a perder una bandera. El muerto, parece, no interesa; interesa la bandera agitativa. Los desaparecidos dejan de ser entelequias en la reconstrucción de los testimonios de los sobrevivientes. Empiezan a tener existencia. Al materializarlos en cuerpos concretos se inicia la develación de lo macabro.

No quisiéramos entrar en la discusión escatológica que propone Osvaldo Pedroso en el nro.7 de *Controversia* cuando afirma: “Muchos compañeros desaparecidos, miles, no son cadáveres, están vivos, permanecen secuestrados; es probable que sigan siendo torturados, pero están vivos, y su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad se basa en que los que estamos fuera de las cárceles y campos de

concentración, nosotros y nuestros compatriotas en el exilio y en la Argentina, no los consideremos cadáveres”. Lo cierto es que los únicos datos directos y verosímiles que poseemos, son los que nos llegan a través de los testimonios de éstos que aún viven y que, a su vez, son los únicos desaparecidos que retornaron al mundo de los vivos (...)

Alguna vez la sociedad argentina pedirá una rendición de cuentas por la forma en que fueron liquidados miles de sus miembros. Lo pedirá, aunque no sea hoy ni mañana, porque ahora lo que necesita es reparar sus heridas y seguir viviendo. Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual “indignación moral” de los argentinos se transforme en condena por la forma de una represión sin barreras, la política que encarnaban muchos de los desaparecidos de ninguna manera será reivindicada. Esta sociedad argentina que empieza a resurgir porque nunca había concluido necesita crecer y para ello enterrar a sus muertos. Necesita sonreír y para ello abandonar el miedo. Necesita olvidar las pesadillas del pasado y proponerse otra forma de construir su destino (...) Pocos son los sobrevivientes. Tal vez no lleguen a un par de centenares. ¿Cómo pudieron sobrevivir? ¿Por qué no los mataron también a ellos? Una compleja red de motivaciones permitieron su sobrevivencia. Lo cierto es que allí están y algunos de ellos han dado fe de lo que pasaron. Entre otras cosas, de su colaboración con los represores. Según los testimonios, todos los sobrevivientes colaboraron en distintas proporciones, o simulaban convincentemente alguna forma de colaboración. El coro de los justicieros en el exilio se levantará una vez más para señalar a los traidores. ¿Traidores a qué? ¿Desde dónde enjuiciarlos? Toda generalización no es más que eso: la afirmación de valores globales que no dan cuenta de los hechos reales, históricos. La generalización suele tener un sin sentido. Pensar la situación del torturado en general, nos remitiría a categorías irrelevantes. ¿Por qué colaboraron los torturados en los campos de concentración argentinos? ¿Cuál podría ser el trato con la muerte

de estos seres que muchas veces regresaban de la muerte? La pastilla de cianuro que acompañaba permanentemente a gran número de militantes guerrilleros ¿tendía a evitar la traición? ¿Se ha pensado lo que significa como proceso de desgaste y subestimación el sentirse “traidor en potencia?” Para negarse a la posible traición, el militante se transforma en suicida constante. Ante cada riesgo, la pastilla entre los dientes, una, dos, tres muertes diarias. Entre traidor y suicida, ningún lugar para la vida. El torturado que delata, que colabora, frecuentemente no es derrotado solo por el sufrimiento. Su derrota es previa; cae derrotado porque ha vivido en un diálogo continuo con la muerte, donde el fin de su cuerpo aparece como una instancia táctica al servicio de una técnica política.

La derrota, paradójicamente, se produce cuando toma conciencia de que la muerte no es inevitable. De que la vida es posible y que lo único que se le había ofrecido era la muerte. A la máquina terrorista implementada por las fuerzas armadas, se opone otra máquina que solo confía en su confianza técnica a cuyo servicio están los militantes. Cuando el militante sobrevive (aun a pesar de él) y observa que puede escapar de la máquina a la que estaba enajenado, sufre una conmoción y queda sin asidero. Ya no tiene sentido morir por la máquina a la que servía; entonces ve la posibilidad de la vida que le impone porque ya no tiene sentido la muerte. También por esta razón, porque es máquina versus máquina la realidad que se le ofrece, en algunos casos, cuando sobreviene la ruptura total, la vida es asumida como terror que hay que vencer pasando a servir a la otra máquina destructora. Si no hubiera una matriz sustancialmente similar, sería difícil comprender porqué se puede pasar tan fácilmente y en cantidad tan significativa a la máquina hasta ese momento enemiga. La derrota del militante aparece como una esperanza que se le había negado, porque la organización está construida en función de la muerte. Bruscamente termina el encandilamiento y, en los mejores casos, se vuelve a la vida y se desea compartirla. Tal

es la situación de los sobrevivientes que aprovecharon favorables circunstancias para salvarse y salvar a otros; salvarse juntos, contra el enemigo y contra los que ayer eran sus amigos y se transformaron en los peores acusadores (...) Las preguntas olvidadas, sin embargo, vuelven como espectros a alucinar a los teóricos de la política cuando se deben dar respuestas a las acciones precisas en que se resuelven los hechos históricos. Hacia ellas debiéramos retroceder, es decir, avanzar, si queremos reconocernos en la vida real. La sociedad argentina, que no vive la oscuridad de la agonía, ha comenzado a interrogarse por los mismos temas que muchos nos planteamos fuera de las fronteras y para lo que hemos tenido que destruir casi todos los sistemas de pensamiento que guiaron nuestra comprensión del mundo en el pasado. La lección de nuestros muertos, cuyos ojos aparecen a través de los testimonios de los sobrevivientes, es la misma que nos ofrecen las experiencias de muchos otros pueblos del mundo. Las razones que debemos oponer al poder dominante no son aquellas por las que murieron, aunque tal vez tengamos que rescatar su esperanza, traicionada por la técnica política.

DOCUMENTO 14

Los sobrevivientes de los testimonios

Por Mempo Giardinelli

(En revista *Cuadernos de Marcha*, México D.F., enero-febrero de 1981)

Estimado amigo don Carlos Quijano, director de *Marcha*:
Adjunto a la presente, me permito enviarle un artículo sobre los desaparecidos en la Argentina que me parece podría ser de utilidad para *Cuadernos de Marcha*. Originalmente, esta nota fue presentada a la revista *Controversia*, pero los editores de dicha publicación no quisieron incluirla en sus páginas. Por esa razón, me considero en libertad para ofrecérsela a ustedes. Sin otro particular, lo saluda atentamente, MG.

(...) El artículo de Schmucler, a mi criterio, se equivoca desde el principio. No sé si es desafortunado, pero sí es esclarecedor de una línea de pensamiento que se ha generalizado bastante, digamos, en el último año (...)

1) La primera consideración se refiere al tono general, que se expresa desde el comienzo en el sugestivo uso de los tiempos verbales: los campos de concentración “parecen haber funcionado” hasta que “fueron eliminándose” (y aquí no se explica si se evaporaron por causas naturales). Luego se afirma que “estuvieron situados”, que “por allí pasaron”, “estuvieron los desaparecidos”, “se libró” la guerra sucia y “allí también fueron liquidados materialmente los proyectos de la guerrilla”. Todo un primer párrafo en pasado, que pretende cerrar capítulos y establecer una lejanía tal que pareciera que deben ser vistos con la frialdad con que podemos hablar de la Primera Guerra Mundial, o de la batalla de Maipú. Cuando, en realidad, sobran evidencias de que los campos existen, que no los eliminaron (ni se eliminaron ellos mismos), y que ahí todavía están los presos, identificados y de los otros.

2) La segunda consideración indispensable es la de que allí no se liquidaron solamente “los proyectos de la guerrilla” (que sí se liquidaron), sino mucho más que eso: se liquidó a gente del pueblo, a madres, políticos de partidos como el Justicialista, el FIP, el PC, el Radical, sindicalistas, intelectuales. Habría que dudar, en principio, del argumento de que la derrota –o el triunfo militar– fue solamente una victoria de un proyecto (el de las fuerzas armadas) sobre otro (el de la guerrilla). Habría que establecer, previamente, si realmente hubo guerra, y si ésta fue “sucia” como se dice, y si lo fue quién la ensució. Porque la mugre, de un solo lado no estuvo. Y Schmucler lo sabe perfectamente. Esto viene a cuento porque en el artículo se dice que “los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de otra realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla”. Y yo insisto; sí, hubo derrota, pero no solo de la guerrilla. La democracia fue la derrotada (aunque no

la encarnaban precisamente los guerrilleros). Fue derrotado el proyecto nacional y popular; fue derrotado el pueblo que votó afirmativamente y mayoritariamente por la liberación nacional y social el 11 de marzo de 1973 (...)

3) La tercera consideración imposible de pasar por alto radica en esas sugestivas “consecuencias (que) siguen vigentes en la Argentina al menos en dos actitudes que parecen generalizadas: el desacuerdo con el gobierno y el repudio al terrorismo”. Toda una definición de esta línea de pensamiento, que se atribuye nada más que desacuerdos frente a la dictadura, y reserva su repudio para la guerrilla (que no es lo mismo que terrorismo, si bien es cierto que en el paroxismo de “su” proyecto, la guerrilla, y especialmente la montonera, frecuentó en sus estertores las prácticas terroristas). Y digo toda una definición porque me sorprende que los compañeros que suscriben las ideas escritas por Schmucler, no tengan claro que en la Argentina, hoy, el repudio es para Martínez de Hoz, para la mediocrización de la sociedad, para la corrupción de oficiales de las tres armas metidos a funcionarios públicos (...) 4) Esa línea de pensamiento ofrece más posibilidades para reconocerla: pareciera que el enemigo principal está confundido; ahora el enemigo ya no es el régimen militar, sino los ex compañeros, a los que con tanta vehemencia se defendía en Buenos Aires. Si es cierto que “la lógica del dominante lleva implícito su afán de destrucción de las fuerzas que lo cuestionan”, no lo es –para nada– que “importa más cuales son las formas que adquiere la acción propia, que facilitan la acción del enemigo”. Esto es como avalar la remanida argumentación común en el exilio, especialmente en aquellos que gustan de hacer “buena letra” para que “allá” se olviden de “nuestros errores”; de que la derrota se produjo por los errores propios y no por el horror sembrado por los ajenos. Autocrítica sí, y este exilio viene haciendo muchísima, pero autoflagelación y auto-satanización, no. Fundamentalmente, porque es la fórmula del inmovilismo (...)

5) Una quinta posibilidad de reconocer esta línea de pensamiento aparece cuando se afirma que “los testimonios muestran las características particulares –contradicciones internas de los militares, proyectos políticos de las diversas armas, crisis personales de los propios torturadores– que explican la sobrevivencia de un puñado de prisioneros”. Vale decir, entonces, que se justifican los testimonios por el solo hecho de que muestran contradicciones internas, proyectos políticos diversos y crisis personales en los represores. Y se olvida olímpicamente que, en su inmensa mayoría, los testimonios contienen minuciosas precisiones sobre la “destrucción interna” de las organizaciones (no solo las guerrilleras), sobre la corrupción peronista, sobre la cobardía de los dirigentes de las políticas “erradas e incluso catastróficas”, sobre el quiebre de la moral del militante, sobre la inutilidad de la lucha. Lo dicho, pues: se ha cambiado de enemigo principal, y ahí está el quid de la cuestión. De ahí que se alude varias veces en el artículo al “gobierno” (no se utiliza la palabra dictadura) y enfrentados a él, a las “fuerzas llamadas revolucionarias”. Como si semánticamente se pudiera cambiar la historia.

6) Evidentemente, esta línea de pensamiento pretende un eclecticismo imposible, que se emparenta con los anhelos de algunos compañeros que creen que con la buena letra, con la moderación, con el reacomodamiento a la realidad, allanarán su camino de regreso. Y no se dan cuenta de que lo único que nos hará retornar será la intransigencia frente a la dictadura, la denuncia permanente, si es que realmente se quiere volver a trabajar políticamente. Porque volver para mirar el Obelisco, sí, con un par de años de hablar de “gobierno” y no de “dictadura”, y de satanizar al “terrorismo”, se puede volver.

Pero, evidentemente, el tema central de la discrepancia parece ubicarse en la presunta muerte de los desaparecidos. Y ésta es la segunda lectura que permite el artículo de Schmucler. Ahí se afirma que “según los testimonios la inmensa mayoría de los desaparecidos están muertos”. Según los tes-

timonios. Ahí están. Cualquiera puede leerlos. ¿Y por eso los desaparecidos están muertos? ¿Son suficiente prueba? Yo pienso que los desaparecidos están desaparecidos. No muertos. Para que haya una muerte, hace falta un cadáver, una causa de fallecimiento, o un asesino. Hace falta que se dé una explicación, que se diga cómo murió, cuándo, de qué, quién lo mató y, naturalmente, que haya un juicio y una sentencia. Si no hay nada de esto, el que desapareció está desaparecido. No está muerto (aunque uno íntimamente pueda tener fundadas sospechas –y los testimonios las avalan –de que muchos sí están muertos). (...)

“Como si la muerte no mereciera un pedido de cuentas”, dice Schmucler. Claro que lo merece, pero no es lo mismo, no lo será en el caso argentino, pedírselas a un futuro régimen militar (o democrático, por qué no) que dirá que “aquello pasó hace años”, que “fue la guerra sucia y el trabajo sucio le tocó a Videla”, etcétera. La “realpolitik”, por otra parte, hará que entonces sea preferible el silencio. Habrá mil argumentos (reconciliación, pacificación, no hurgar en el pasado, lo que se quiera) para que el pedido de cuenta nunca tenga una respuesta. En cambio, reclamar hoy: 1) implica, como dice Osvaldo Pedroso en el nro. 7 de *Controversia*, luchar por los que todavía están vivos y mantienen “su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad”; y 2) implica mantener viva no solo nuestra conciencia, sino también la conciencia criminal de los torturadores, y de los responsables de los torturadores. Implica, vamos, no dejar dormir tranquila a la junta militar (...) Y justicia no es “pedir cuentas” dentro de diez años. Justicia es no olvidar; volverlos locos con la culpa, con la señalización permanente. Ahí están los exiliados chilenos, que desde hace siete años no han bajado un milímetro sus reclamos por 2.500 desaparecidos, no por 2.500 muertos. Justicia es recordar –como diría Brecht– no a los 7.000, los 30.000 o los 40.000 desaparecidos, sino a cuatro o cinco, pero con nombre y apellido, que fueron

amigos o compañeros, con señas particulares visibles, con tics nerviosos y sonrisas. Y reconocerles, claro, la posibilidad de que estén vivos. Reclamarlos con vida. Y no por una cuestión de oportunismo político, como sugiere Schmucler, sino porque pueden estar vivos. Está la posibilidad, potencial, remota, mínima, lo que quieran, pero está. Porque no han mostrado los cadáveres de esos cuatro o cinco nombres y apellidos, no nos han dicho cuándo, de qué, cómo, ni por quién, fueron muertos.

8) Tampoco es cierta la siguiente afirmación de Schmucler, de que “la sospecha de que los desaparecidos están muertos es la más grave sombra que se cierne sobre el futuro de los gobernantes argentinos” (...) Los que secuestraron, torturaron y mataron no estarán en el gobierno cuando se les “pida cuentas”. No serán nunca, juzgados (no pienso necesariamente en un Nüremberg, cabe aclararlo), Videla, Massera y Agosti ya no están la mando de sus fuerzas. Cuando se les “pida cuentas”, estarán ancianos, jubilados o muertos (...) Ahí están, además, las afirmaciones de Schmucler de que “alguna vez la sociedad argentina pedirá una rendición de cuentas”. ¿Por qué “alguna vez”? ¿Eso quiere decir que ahora no, porque como “están muertos” no hay nada que hacer? ¿Y si quedara uno solo vivo? ¿Y a ese solo sobreviviente, que posiblemente aún está siendo torturado, que tiene un nombre y un apellido, no sería atroz e inhumano, pero verdaderamente inhumano, olvidarlo para “pedir cuentas alguna vez”? Según Schmucler no. Porque él afirma que “ahora” (la sociedad argentina) lo que necesita es reparar sus heridas y seguir viviendo”; dice que “ahora necesita crecer y para ello enterrar a sus muertos. Necesita sonreír y para ello abandonar el miedo”. Pero olvida explicar a cuál sociedad argentina se refiere. Porque las Madres de Plaza de Mayo, los periodistas de Buenos Aires y el FIP (Frente de Izquierda Popular), por tomar solo los tres últimos pronunciamientos por la aparición con vida de los desaparecidos parecen no estar dispuestos a “enterrar a sus muertos” (prefieren

reencontrarse con sus vivos); parece no resultarles fácil “sonreír”; parece que les cuesta “reparar sus heridas”, en tanto y en cuanto no encuentren respuestas, por lo menos a sus reclamos (...) En todo caso, lo que resulta de las afirmaciones y los énfasis de Schmucler, más bien recuerda a ese “pesimismo reaccionario y simplificador” del que habla Juan María Alponete en un memorable artículo que todo el exilio debería leer. Dice Alponete que el “pesimismo, en suma, desarticula la resistencia, cierra las fuerzas a la réplica, destruye la posibilidad de esclarecimiento” (...)

12) Llama la atención, también, que esta línea de pensamiento se preocupe tanto por la “compleja red de motivaciones (que) permitieron su sobrevivencia” de los sobrevivientes testimoniantes. Aquí hay ser preciso y andar sin vueltas: yo no creo, como algunos, que todos los sobrevivientes testimoniantes son agentes de la junta. Pero sí creo, me obligo a creer, que algunos pueden serlo. Como dije en un artículo en *uno más uno*, se corre el riesgo de cometer injusticias y hacer caza de brujas. Cierto. Tan cierto como que si descartamos la posibilidad somos unos irresponsables (...)

El punto es que la “compleja red de motivaciones” de la sobrevivencia pasaría por tres ejes, según Schmucler: 1) las “contradicciones internas de los militares”; 2) “los proyectos políticos de las diversas armas; 3) las crisis “personales de los torturadores”.

Esto quiere decir que en todos los casos se insiste en una justificación a partir de rasgos generosos de los represores. En muchos testimonios aparece el “militar bueno” que ayuda a salvarse. O bien se salvan por “contradicciones internas” que vuelven a dividir a los militares maniqueamente. O bien, parece que ahora hay “proyectos políticos” diversos, cuando todo el mundo sabe que el “proceso de reorganización nacional” no es un invento de una sola arma. Y en un marco en que hay una obvia y permanente acusación a las organizaciones, al peronismo, a los dirigentes y a todo lo que sea contestata-

rio del régimen, uno podría, entonces, sostener que esa red de motivaciones es tan compleja como sospechosa. Lo cual no quiere decir, redundancia necesaria, que todos los testimonios sean sospechosos de provenir de agentes de la dictadura, simplificación que se nos atribuye y que obliga a volver a citar a Alponente, por aquello de que “cierra las puertas a la réplica y destruye la posibilidad del esclarecimiento”.

13) Además, eso de “olvidar las pesadillas del pasado y proponerse otra forma de construir su destino” es –y vuelvo a decirlo sin chicanas– argumento de la Junta. ¿Acaso no hablan ellos de “ganar la paz”, de “mirar hacia el futuro”, de “sepultar el recuerdo de una guerra que no buscamos”, para que la “Argentina pueda construir su destino de grandeza?” (...)

Finalmente, y volviendo al tema de los desaparecidos, que no nos consta que estén muertos, y por ende debemos suponer que están vivos, hasta tanto se demuestre lo contrario, convendría también reflexionar sobre el tema mismo, y el título del artículo de Schmucler. Habría que ocuparse un poco menos de los “testimonios de los sobrevivientes”, para ocuparse un poco más de los sobrevivientes de los testimonios. Es decir, los desaparecidos.

DOCUMENTO 15

COSOFAM: “Solo la verdad hará posible la convivencia”

(Original mimeografiado de un documento producido por la Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos, Muertos y Desaparecidos por causas políticas en Argentina, COSOFAM)

Con cierta frecuencia, tanto en la prensa argentina como en publicaciones del exilio, aparecen expresadas opiniones acerca del problema de los detenidos-desaparecidos en el país. Es sobre todo a partir de los llamados “testimonios de los sobrevivientes” de campos de concentración que las distintas opiniones se hacen más frecuentes (...) Repetimos que es desde que estos

documentos salen a la luz que con más asiduidad se conocen posturas al respecto, ya por fuera de los testimonios. Así vemos que las opiniones se dividen en dos grandes grupos con diferencias ideológicas y, a no dudarlo, de objetivos, entre sostenedores de una misma opinión. Por ejemplo, los que reclamamos la aparición con vida de los desaparecidos (Familiares de Argentina, COSOFAM de todo el exilio, Madres de Plaza de Mayo, etc.) somos apoyados por organismos de derechos humanos, distintos sectores religiosos, sindicatos, personalidades políticas, etc. (...) En el otro grupo se encuentran quienes opinan que “todos los desaparecidos están muertos”. Toman partido por esta casi consigna personal de la más diversa procedencia política y con objetivos que suponemos absolutamente antagónicos, ya que además de algunos testimoniante, sostienen lo mismo el general Saint-Jean, el doctor Balbín, el señor Schmucler, entre otros (...) Creemos que respondiendo a algunos de esos conceptos aclararíamos más fácilmente nuestras posiciones:

- 1) El 1º de diciembre pasado se entregó al gobierno argentino (en Buenos Aires y en varias de sus embajadas) un documento en donde se reiteraba la exigencia de que publiquen las listas de detenidos-desaparecidos, motivo de su detención, lugar y estado en que se encuentran. Nos resulta totalmente incomprensible que esta exigencia sea tomada como una inhumana actitud solo comparable a la inhumanidad del represor, a juicio del articulista. Rebajar a simple “bandera agitativa” el esclarecimiento de la suerte de miles de personas es, por lo menos, absolutamente incorrecto.

- 2) No creemos que el olvido, la postergación del juicio que merecen los crímenes de la dictadura u “olvidar las pesadillas del pasado”, ayude a la sociedad argentina a “reparar sus heridas”. Por el contrario, solo con el total esclarecimiento y enjuiciamiento consecuente de las barbaridades de los militares y sus cómplices, con el restablecimiento de la verdad y una verdadera justicia como categorías prioritarias, es que será posible una digna y respetable convivencia entre argentinos (...)

3) Sin ser citados específicamente creemos que podríamos estar encuadrados en lo que él (N. de los A.: se refiere al artículo de Héctor Schmucler, Documento 13) llama “el coro de los justicieros del exilio” (no así, claro está), en lo que podría denominarse el “coro de los penitentes del exilio”. De ser así, debemos aclarar que desde nuestro organismo jamás enjuiciamos a ningún testimoniante ni detenido. No consideramos pertinente analizar los mecanismos que llevarían a supuestas delaciones o “traiciones”, etc. Las declaraciones testimoniales aportan, sobre todo, la evidencia de la feroz situación represiva sufrida por miles de personas. Demuestran, por esa vía, la violación sistemática y a niveles casi inimaginables de los más elementales derechos de la persona humana. Y nuestro objetivo principal es, precisamente, la defensa de los derechos humanos en Argentina de las víctimas de la represión, así como obtener su libertad.

Cabe agregar, con respecto a los testimoniantes, que leyendo cuidadosamente sus declaraciones siempre “están, lamentablemente, convencidos” de la muerte de sus compañeros de cautiverio. Nosotros, repetimos una vez más, no enjuiciamos esa actitud. Pero no podemos dejar de señalar que la apreciamos como totalmente subjetiva, ya que ninguno da fe de haber visto morir a tres, cuatrocientos, o dos mil prisioneros. Además, utilizando ese criterio, los mismos testimoniantes hubieran sido dados por muertos, ya que también ellos estuvieron “desaparecidos”. Y otra cosa: ¿y los más de cien secuestrados en el transcurso de 1979-1980? ¿Por qué pedir por ellos, no es cierto? Por el contrario, según el juicio que no compartimos, sería mucho más coherente y “sensato” ayudar a colocarles la lápida. Porque lo que se olvida es que la “desaparición”, como forma de represión instalada en la vida política del país, sigue vigente, como práctica y como latente amenaza a todo aquel que cuestione seriamente a la dictadura (...)

Los peronistas exiliados en México crearon la COPAMOA

(En periódico *Volveremos*, Puebla, México, Julio de 1980)

Luego de varias asambleas plenarias de militantes peronistas residentes en México y como saldo del proceso de discusión de los mismos, quedó constituida la Comisión Peronista de Apoyo al Movimiento Obrero Argentino (COPAMOA). La COPAMOA hace suyo el programa de reivindicaciones políticas y sindicales que viene levantando el Movimiento Obrero Organizado de la República Argentina desde el 27 de abril de 1979, fecha de la histórica Jornada Nacional de Protesta que tuvo su mayor expresión combativa en el paro general de 24 horas, declarado por la “Comisión Nacional de los 25”.

Los objetivos principales del mencionado programa son:

1) La recuperación de la Confederación General del Trabajo (CGT), disuelta por decreto militar y la devolución a sus legítimas autoridades de los sindicatos intervenidos por la dictadura militar;

2) La plena vigencia de la Constitución Nacional; el retorno al Estado de Derecho; el respeto a las garantías individuales; la derogación de las llamadas “actas institucionales”; el respeto irrestricto al derecho de asilo y el ejercicio de la Soberanía Popular, libremente expresada en las urnas;

3) La recuperación del poder adquisitivo de los trabajadores, a través de un salario justo;

4) La reanudación de la discusión de los contratos colectivos de trabajo; 5) Lograr un cambio radical en la actual política económica antinacional y antipopular;

6) La defensa de la industria nacional, que es conducida a su destrucción total por una política que sirve a las transnacionales;

7) La derogación de la nueva “ley de asociaciones profesionales” promulgada por decreto por la Junta Militar;

- 8) La unidad, en la acción, del Movimiento Obrero organizado;
- 9) La liberación de los presos políticos y sindicales; el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y la libertad de la ex Presidente Constitucional María Estela Martínez de Perón.

DOCUMENTO 17

Ante el golpe militar en Bolivia

(Solicitada publicada en el diario *unomásuno*, México D.F., 20 de julio de 1980)

La Comisión Argentina de Solidaridad (CAS): 1) Denuncia la interrupción del proceso democratizador protagonizado por el pueblo, que ya se había expresado electoralmente por la democracia y la independencia nacional, a pesar de los intentos de fraude y los condicionamientos de las fuerzas de la reacción; 2) Manifiesta su repudio por la feroz política represiva desatada por el nuevo elenco dictatorial sobre el movimiento campesino, obrero y popular, trágicamente verificada en los asesinatos del líder minero Simón Reyes y del dirigente socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz (...); 3) Ante las declaraciones de Jaime Paz, compañero de fórmula de Siles Suazo, en relación con la influencia de la Junta Militar argentina en estos episodios, se confirma la acción antidemocrática y coincidente de las dictaduras del Cono Sur, también constatada en los recientes secuestros de ciudadanos argentinos en el Perú (...)

DOCUMENTO 18

Constitución del Grupo de Discusión Socialista (Mesa Socialista)

(Solicitada en diario *unomásuno*, el 20 de julio de 1980. Y en revista *Controversia*, nro. 8, septiembre de 1980)

(...) Las personas que suscriben esta declaración deciden constituir un grupo de discusión socialista. Prescindiendo de sus

individuales definiciones filosóficas, religiosas o partidarias, e identificados todos por su común adhesión a la causa del socialismo como propuesta de transformación de la sociedad de clases en una sociedad sin clases, democrática y pluralista en la República Argentina y en el mundo, intentarán realizar una tarea de indagación crítica y de confrontación democrática de los problemas que ha planteado y plantea el movimiento real que en el mundo se define a sí mismo como socialista. Reconocemos que esta designación es solo una denominación genérica para una multiplicidad de experiencias, muchas de las cuales aparecen hoy ante nosotros como desvirtuadoras en la práctica de una doctrina definida esencialmente por una propuesta de liberación del hombre.

Sabemos además que aunque el socialismo nunca se agotó históricamente en la doctrina de Marx, ni menos aún en las interpretaciones y prácticas posteriores, fue y es el movimiento socialista de filiación marxista el que ha logrado una hegemonía tal como para que ambos términos aparezcan como idénticos. Aún colocando esta propia identificación como un tema de discusión y reconociendo no obstante la importancia excepcional de las elaboraciones de Marx para una teoría crítica de la sociedad y de su transformación revolucionaria, pensamos que los rasgos que adopta la crisis del sistema de explotación capitalista moderna y los fenómenos de autoritarismo y burocratización presentes en las sociedades socialistas requieren necesariamente un reexamen crítico de las teorías y de las prácticas de los movimientos socialistas.

Si cada vez más estamos convencidos que el socialismo no es una mera encarnación de una idea del mundo, sino una tendencia a la transformación social que emana del interior de la desigualdad y de la opresión, es preciso validar la potencialidad crítica y revolucionaria de la doctrina en el examen del mundo actual, de sus contradicciones y tendencias, de las virtudes y las lacras del socialismo “real”, de las posibilidades efectivas de conquista por parte de los hombres de sociedades libres e

igualitarias. Comprendiendo, por tanto, que un proyecto socialista en las condiciones presentes no puede descender de la teoría, sino que implica un ajuste de cuentas con una prolongada experiencia histórica cargada de victorias y de derrotas, de avances y de retrocesos gigantescos, en los que hasta la propia teoría queda en juego, nos proponemos intentar un esfuerzo reflexivo colectivo de examen crítico de toda esta experiencia, de la que nos reconocemos partícipes en todas sus vicisitudes. Pero aun reconociendo esta experiencia como nuestra, tenemos la firme convicción de que solo a través de la crítica radical de ella podemos sostener la esperanza y la voluntad de lucha por otro socialismo, aún inédito. Nuestro trabajo se desplegará en el análisis de una variedad de temáticas, a las que se tratará de abordar desde una perspectiva socialista. Trataremos de mostrar cómo solo desde esa perspectiva es posible comprender la contradictoria historia de un movimiento que, expresivo de la voluntad de emancipación de los trabajadores, encuentra aquí la razón de ser de su existencia y de su capacidad transformadora. Dentro de esta línea de análisis nos proponemos centralmente dirigir nuestra preocupación hacia el examen y la discusión de las perspectivas concretas que asume una lucha por la construcción y el desarrollo de una alternativa socialista para la Argentina. Partiendo del reconocimiento de los fracasos que históricamente han sufrido todas las experiencias partidarias dirigidas hacia ese fin en nuestro país, de su incapacidad manifiesta para devenir una opción asumida por las grandes masas, trataremos de indagar en esa peculiaridad, rastreando en los aspectos políticos, sociales y culturales que, en el presente y en el pasado, permitan acercarnos a una respuesta para dicho problema y a la vez proponer una reflexión para el futuro que, sin pretender sustituir la acción de los partidos y corrientes políticas, pueda ser utilizada como elemento para una discusión crítica que los englobe.

Firmas: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, María Caldelari, Horacio Crespo, Alberto Díaz, Agustina Fernández,

Rafael Filipelli, Néstor García Canclini, Oscar González, Emilio de Ipola, Pedro Lewin, Elsa Nacarella, Ricardo Nudelman, Susana Palomas, Marcelo Pasternak, Osvaldo Pedroso, Rafael Pérez, Olga Pisani, Juan Carlos Portantiero, Horacio Rodríguez, Nora Rosenfeld, Horacio Serafini, Oscar Terán, Jorge Tula, Gregorio Kaminsky.

DOCUMENTO 19

El exilio argentino y el Premio Nobel de la Paz

(Solicitada en diario *unomásuno*, 15 de octubre de 1980)

El otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al ex prisionero político Adolfo Pérez Esquivel por su defensa de los derechos humanos en Argentina constituye una condena implícita a la Junta Militar genocida de nuestro país (...) La conciencia democrática universal condena así una vez más a la Junta Militar de Argentina. Toca ahora a los organismos de la comunidad jurídica internacional también manifestarse condenando a la dictadura genocida de los militares en Argentina y contribuir al establecimiento de una sociedad auténticamente democrática. Una sociedad organizada sobre el principio de la soberanía del pueblo, escrupulosamente respetuosa de los derechos humanos, fundada en la justicia y la libertad sin condicionamientos ni proscripciones (...).

Firmas: Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos, Muertos y Desaparecidos por Causas Políticas en Argentina (COSOFAM); Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU); Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA); Unidad y Resistencia Argentina en el Exilio (URAE); Trabajadores de la Salud Mental Argentinos Residentes en México (TSM); Cristianos Argentinos en el Exilio (CAE); Grupo de Arquitectos e Ingenieros Argentinos en México (GAIAM); Frente Argentino de Cineastas (FAC).

DOCUMENTO 20

El Nobel: condena a la dictadura argentina

(Declaración publicada en el semanario *Proceso*, nro. 209, México D.F., 3 de noviembre de 1980)

El otorgamiento del Premio Nobel de la Paz a nuestro compatriota Adolfo Pérez Esquivel, en reconocimiento a su infatigable defensa de los derechos humanos, significa la más alta condena recibida por la dictadura militar que impera en la Argentina y el terrorismo de Estado que caracteriza su política (...) El Nobel a Esquivel, constituye un estímulo para los distintos organismos populares que, dentro y fuera de la Argentina, luchan contra el despotismo vigente en nuestra patria: aparición de los desaparecidos, libertad a los presos políticos y gremiales, y el retorno a la patria de todos los exiliados (...)

Firma: Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)

DOCUMENTO 21

La COPAMOA y el 17 de octubre

(Solicitada en diario *unomásuno*, 18 de octubre de 1980)

(...) ante este nuevo 17 de octubre, la COPAMOA, que saluda, acompaña y apoya el proceso de unidad interna peronista que se verifica en el país, manifiesta su absoluta solidaridad con las luchas políticas y sindicales que libran hoy los trabajadores argentinos, consecuentes con su historia, contra una dictadura que como nunca antes en la memoria del país intenta consolidar la estructura del terror y el privilegio en beneficio de los grandes monopolios. Desde esta perspectiva, la COPAMOA exhorta a la opinión pública y a las organizaciones políticas y populares mexicanas y latinoamericanas a hacer suyos los contenidos de esta lucha que hoy se expresan fundamentalmente en: el enfrentamiento a los planes continuistas de la dictadura y la condena al “diálogo” tramposo que pretenden

imponer las Fuerzas Armadas; la resistencia a la política de entrega y destrucción nacional llevada adelante por el ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz y su equipo; la defensa del nivel de vida de los trabajadores y demás sectores populares, la reconquista de las libertades individuales y políticas, el restablecimiento pleno del estado democrático de derecho y la derogación de las Actas Institucionales, la devolución de los sindicatos intervenidos y la recuperación total de los derechos y conquistas gremiales y de la CGT; la libertad de la ex presidenta constitucional María Estela Martínez de Perón y de todos los presos políticos y sindicales, tales como el compañero Julio Guillán, líder nacional de los trabajadores telefónicos; la defensa de la unidad del Movimiento alrededor de la clara política popular y antidictatorial expresada en la conducción del compañero Felipe Deolindo Bittel.

La COPAMOA quiere asimismo manifestar su convicción de que no habrá derrota de la dictadura y de su proyecto sin la férrea unidad del Movimiento Peronista y, por lo tanto, llama a todos los compañeros peronistas residentes en el exterior, por encima de sus diferencias menores, a cerrar filas tras la conducción orgánica del compañero Bittel y a convertirse, como principal esfuerzo en esta etapa, en una disciplinada expresión más del Movimiento, única forma de dar auténtico sentido a todas las actividades que puedan desplegarse en el exterior del país.

DOCUMENTO 22

Argentina: a 35 años del 17 de octubre de 1945

(Solicitada de la Mesa Peronista, publicada en el diario *unomásuno*, 17 de octubre de 1980)

(...) En este 17 de octubre, los exiliados argentinos nucleados en la Mesa Peronista declaramos: 1) nuestra oposición a la política de la dictadura militar, cualquiera sea el nombre de su representante ocasional; 2) nuestro reconocimiento al proceso de Unidad

del Movimiento Peronista y a la conducción expresada por el compañero Deolindo Bittel, cuya legitimidad surge de sus definiciones públicas antidictatoriales; 3) nuestra solidaridad con las luchas libradas por la clase trabajadora argentina, cuyo más alto grado fue alcanzado con el paro nacional del 27 de abril de 1979, encabezado por la “Comisión de los 25”, las innumerables huelgas y conflictos verificados en estos cuatro años de gobierno antiobrero y con el proceso de reconstitución del organismo unificador de los obreros, la CGT; 4) nuestro repudio a la política antinacional y antipopular del equipo de Martínez de Hoz dirigida a la reducción del mercado interno, la desnacionalización de la industria y la brutal compresión de la participación obrera en el producto nacional; 5) nuestro reclamo por el restablecimiento inmediato de la soberanía popular sin proscripciones ni exclusiones, el levantamiento del Estado de Sitio, la derogación de las actas institucionales, la libertad de los presos políticos, el otorgamiento del salvoconducto a los asilados en la embajada de México en Buenos Aires, la libertad de acción para los partidos políticos, incluyendo en este aspecto el levantamiento de las intervenciones a los gremios y el restablecimiento de la tradicional Ley de Asociaciones Profesionales, conquista histórica del Movimiento Obrero Argentino; 6) nuestra unión a la voz del Pueblo Argentino por la reaparición de los detenidos-desaparecidos, responsabilidad que cabe en su conjunto a las tres Fuerzas Armadas. Los argentinos no han olvidado, ni olvidarán los atentados contra la libertad, la integridad física y moral, la vida y la dignidad de miles de argentinos; 7) nuestro repudio a la acción represiva de la dictadura militar en el exterior; 8) nuestro rechazo a la política exterior de la dictadura militar que compromete la soberanía nacional con acuerdos como los firmados con Brasil y al rol intervencionista asumido en el reciente golpe militar en Bolivia y en Centroamérica; 9) que la Argentina no puede llegar a la justicia, la soberanía ni a la independencia con un pueblo sometido al exilio interior ni al exterior y asumir esta definición como una bandera irrenunciable del Movimiento; 10)

que junto a miles de compañeros y compatriotas del exilio, nos encontramos unidos a la lucha que libra el peronismo, acompañado por las fuerzas políticas nacionales, populares y democráticas, por la independencia económica, la soberanía política y la justicia social en Argentina.

DOCUMENTO 23

Libertad a Isabel Perón y a todos los presos políticos en Argentina

(En diario *unomásuno*, México DF, 5 de marzo de 1981)

Los peronistas en México reiteramos nuestro apoyo al reclamo de la conducción del Movimiento Nacional Justicialista por la libertad de Isabel Perón y de todos los presos políticos argentinos y solicitamos al pueblo mexicano y a la comunidad internacional su apoyo a esta campaña. Isabel Perón, presidenta del Partido Justicialista y ex mandataria constitucional derrocada en 1976 por el golpe militar de la reacción oligárquica cumple cinco años de encarcelamiento. Durante su largo cautiverio fue permanente su exigencia de respeto a las libertades y a los derechos humanos, actitud que ha sido congruente con la resistencia del pueblo argentino y con la intransigente posición del Movimiento Peronista. Con la detención de Isabel Perón el gobierno militar ratificó –en uno de sus actos de más alta significación antiperonista– el fin de la democracia en la Argentina, la supresión de las libertades y del Estado de derecho, la vulneración de los derechos humanos patentizada en los miles de presos y en los desaparecidos por cuya aparición con vida clama el pueblo argentino. A este cuadro desalentador se suman una impune represión sindical, social y universitaria y un proyecto antihistórico exterminador de la economía nacional. Esta política de la dictadura militar se ha vuelto a poner de manifiesto recientemente con la detención de un grupo de dirigentes empresariales de la CNEA, y de los representantes de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, así como el bárbaro atentado perpe-

trado contra el líder sindical peronista Lorenzo Miguel. En 1973 Isabel Perón integró la fórmula de la victoria que, encabezada por el líder histórico del Justicialismo, General Juan Domingo Perón, lograra el 62% de los votos en las últimas elecciones libres realizadas en la Argentina. Su prisión y la de los restantes detenidos políticos y desaparecidos, acompaña hoy las voces de un pueblo reprimido que en la exigencia de su liberación resguarda su dignidad y su conciencia de lucha.

Firma: COPAMOA.

DOCUMENTO 24

Argentina: Viola es el continuismo militar

(En diario *Excelsior* del 25 de marzo de 1981)

Ayer 24 de marzo se cumplieron cinco años de la implantación de la dictadura militar en Argentina. Dentro de cuatro días asumirá la presidencia de la Nación el general Roberto E. Viola (...) Esta decisión se enmarca en el intento de institucionalizar la presencia militar en el aparato estatal. Implica una etapa continuista que, a no dudarlo, significa reproducir y mantener las políticas implementadas a partir de 1976.

Viola tuvo un papel protagónico como Jefe del Estado Mayor del Ejército al tiempo de la toma del poder por los militares. Aprobó y ejecutó aquellas políticas como integrante de la Junta Militar. Fue el comandante general del Ejército que dirigió la etapa más masivamente represiva de la generalizada violación de los derechos humanos en Argentina. Desempeñó, permanentemente, un rol preponderante en la formulación de los lineamientos políticos de la dictadura. Fue, por fin, el vocero de la doctrina de la seguridad continental en la Conferencia de los Comandantes de los Ejércitos de los países latinoamericanos, realizada entre el 5 y 10 de noviembre de 1979 en Bogotá, donde proclamó la internacionalización de la lucha de los ejércitos contra los pueblos de América. Y, en Argentina,

fue quién definió la actitud militar ante las sistemáticas violaciones de los derechos fundamentales: “Las Fuerzas Armadas no permitirán la revisión de lo actuado en la lucha” (...)

Los organismos firmantes, consiguientemente, reiteran su denuncia de esta situación, alertan sobre su continuidad a partir del nombramiento del general Roberto E. Viola y reivindican: 1) La plena vigencia de las libertades públicas y las garantías constitucionales en Argentina fundadas en el principio de la soberanía popular; 2) La vigencia de una democracia sin proscripciones, condicionamientos ni exclusiones, con plena participación popular; 3) El desmantelamiento del aparato represivo montado por las Fuerzas Armadas, la derogación de la legislación represiva y el levantamiento del estado de sitio; 4) La constitución de un poder judicial autónomo, no subordinado al poder ejecutivo hoy ejercido por las fuerzas armadas, y el esclarecimiento y castigo de los crímenes cometidos por el terrorismo de Estado; 5) Plenas garantías para la actividad sindical irrestricta, y respeto a los derechos sociales de la clase trabajadora; y 6) la vigencia integral de las garantías económicas y culturales del pueblo argentino.

En torno a estos reclamos, invitamos al pueblo de México, a los compañeros latinoamericanos y a todos los argentinos a concurrir el día viernes 27 de marzo, a las 13 horas, frente a la embajada del gobierno argentino –Reforma Lomas 1225– para ratificarlos con su presencia y hacer entrega de un documento.

México, 24 de marzo de 1981.

Firmas: Arquitectos e Ingenieros Argentinos en México (AIAM); Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU); Comisión Argentina de Solidaridad (CAS); Comisión de Solidaridad de Familiares de Presos, Muertos, y Desaparecidos por razones políticas en Argentina (COSOFAM); Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA); Cristianos Argentinos en el Exilio (CAE); Frente Argentino de Cineastas (FAC);

Trabajadores de la Salud Mental Argentinos en México (TSM);
Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio (TYSAE);
Unidad y Resistencia Argentina en el Exilio (URAE).

DOCUMENTO 25

Carta de Deolindo Felipe Bittel

Buenos Aires, 7 de abril de 1981.

“A los compañeros peronistas en el exilio. Presentes”

Para quien como yo posee una real veteranía política y ha vivido intensamente los acontecimientos de nuestro proceso, le resulta un alto honor saludar a los compañeros peronistas que se encuentran en el exilio. Considero que este régimen entre las equivocaciones trascendentes cometió el inexplicable acto de acusar a todos los peronistas sin distinguir “el trigo de la paja”.

Hay muchos compañeros peronistas que forzados por las circunstancias debieron dejar el país, porque sabían que sus nombres estaban signados con el mote de “subversivos”. La historia algún día aclarará esta injusticia, ya que los que abrazamos la doctrina justicialista hemos sido auténticamente los que defendimos –desde la ideología– nuestro sistema de pensamiento y nuestra filosofía de vida, ante los intentos de copamiento que plantearan desde la extrema izquierda o derecha. La llamada “guerra armada contra la subversión” –en nuestro proceso– fue importante, pero más importante fue el que la idea era rechazada por otra idea superior: el justicialismo.

Hoy aquí pareciera que el proceso adquiere distensión y como consecuencia de ello, lo más duro habría pasado. Pienso que de afirmarse este clima ustedes podrán regresar para sumarse a los esfuerzos colectivos que realiza el movimiento para ganar el legítimo lugar que le corresponde. Ustedes vivieron una experiencia inédita fuera de nuestras fronteras y desde la dialéctica de las cosas, la misma será un enriqueci-

miento en vuestra formación como cuadros políticos, que terminará haciendo más efectivo el rol que jugarán en el futuro.

He querido llegar hasta ustedes por intermedio de nuestro compañero (N. de los A.: omitido en el texto original) con la esperanza de que mi saludo hará más llevaderas las situaciones que cada uno de ustedes debe afrontar hasta su retorno. Reciban un fuerte abrazo peronista,

Firma: Deolindo Felipe Bittel.

DOCUMENTO 26

Solidaridad con las Madres de Plaza de Mayo

(Solicitada en el diario El Día, México, D.F., jueves 30 de abril de 1981)

En el marco de las diferentes acciones de apoyo al Movimiento de las Madres de Plaza de Mayo, invitamos a los argentinos residentes en México y a todos aquellos dispuestos a brindar su solidaridad a guardar UN MINUTO DE SILENCIO hoy, jueves 30 de abril, a las 12:30 horas. En ese momento en Argentina, el Movimiento de las Madres de la Plaza de Mayo realizará su acostumbrada marcha frente a la Casa de Gobierno, en conmemoración de cuatro años de tenaces, valientes y desoídos reclamos a la junta militar por la aparición con vida de los 30 mil desaparecidos y por la libertad de todos los presos políticos (...)

Firmas: CAS, COSPA, URAE, COSOFAM, CADHU, TYSAE, CAE, CCA, GAIAM, FAC y TSM.

DOCUMENTO 27

1974–General Perón–1981

(En diario *unomásuno*, México, D.F., 1º de julio de 1981)

(...) en las actuales circunstancias, cuando el accionar político y económico de la junta militar ha llevado al país a una crisis sin precedentes, expresamos nuestro total apoyo y solidaridad

a la lucha de los trabajadores argentinos y a la Confederación General del Trabajo (CGT) que encabeza la Jornada Nacional de Protesta. Frente al dramático presente que vive la Nación, otra vez el Movimiento nacional Justicialista se yergue como al esperanza de cambio de las mayorías argentinas. Nuevamente sintetiza la dignidad y la resistencia de esas mayorías contra la opresión, y resume una extensa memoria popular que, tampoco en esta trágica experiencia de nuestra historia, pudo ser vencida por el antiperonista –y fracasado– proyecto oligárquico militar.

Adherimos plenamente a las exigencias del peronismo de inmediata libertad a la Presidente Constitucional de la Argentina y Presidente del Partido Justicialista, Sra. María Estela Martínez de Perón, de todos los presos políticos y gremiales, y de aparición con vida de los presos desaparecidos (...).

Firmas: Amado, Elsa; Añón, Juan; Argumedo, Alcira; Armirante, Norma; Amado, Ana María; Bag, Rubén; Bruschtein, Luis; Blanco, Mónica; Bartolucci, Jorge; Bejarano, Eduardo; Bermúdez, Dora; Bernascon, Blanca; Bernetti, Jorge Luis; Bocco, Gerardo; Caletti, Rubén S.; Castillo Marín, Luis; Casullo, Nicolás; Cádiz, Jorge; Cohen Noemí, De Lorenzo, Carlos; Donato, Hugo; Eliashev, José Ricardo; Estrella, Fermín; Ferreyra, Lilia; Fidanza Amílcar; Galli, Luisa; Gulco, Julio, Giardinelli, Mempo; Grynberg, Isabel; Herrera, Ana; Jacob, Esther; Kestelboim, Mario; Kragelund, Eduardo P.; Kallman, Diana; Labrín, Naldo; Lamborghini, Leónidas; Lapsenson, Susana; Laxagueborde, Pedro; Maestre, Eusebio; Mallo, Susana; Martínez, Alicia; Menassé, Carlos; Marqués, Carlos; Minujin, Alberto; Melul, Sara; Oliveira, Martín; Oliveira, Inés; Panebianco, Silvia; Palaviccini, Elsa; Paz, Pedro; Puiggrós, Adriana; Quintar, Aída; Ramos, Jorge; Rabotnikof, Nora; Rosenwaig, Adriana; Righi, Esteban; Salvia, Agustín; Saslavsky, Marta; Sosa, Juan; Schmucler, Héctor; Silva, José A.; Sombra, Delfor; Scarpato, Marta; Schulein, Silvia; Silberberg, María Inés; Todesca, Jorge; Talento, Miguel; Villar, Julio; Vélez, Ignacio; Villa, Ana; Vásquez, José María; Villareal, Juan; Vitali, Elvio; Yofre, Francisco; Zylberberg, Enrique.

Eva Perón –1952 -26 de julio-1981–

(Solicitada en diario *unomásuno*, 25 de julio de 1981)

A 29 años de su muerte los peronistas exiliados en México recordamos la vigencia de su lucha incansable, junto al general Perón, por los derechos sociales y políticos de las mayorías nacionales, por las reivindicaciones de la clase trabajadora, por la participación de la mujer en todos los planos de la vida nacional y por su acción social en pro de los desposeídos, al frente de la Fundación Eva Perón (...)

El juicio sobre su labor se ha expresado inequívocamente en la memoria histórica del pueblo argentino, que no ha admitido sustituciones ni falsificaciones. Recordar su acción, su trayectoria, su compromiso, no es un mero ejercicio de memoria piadosa. Ser peronista significa sostener una posición intransigente frente a las minorías del privilegio, hoy representadas por la dictadura militar que escarnece nuestra Patria. Unido alrededor de este eje histórico, el Peronismo podrá alcanzar su imprescindible reorganización partidaria democrática y continuar encabezando su lucha por:

- la plena vigencia de la soberanía popular en el marco de un estado de derecho
- la inmediata libertad de los presos políticos y gremiales y la aparición con vida de los presos desaparecidos
- el restablecimiento pleno de la actividad política y sindical
- el reconocimiento de la Confederación General del Trabajo
- la recuperación del poder adquisitivo de los asalariados y la reactivación de la economía nacional
- el regreso irrestricto de todos los exiliados, sin distinción de ideologías.

Por una Argentina, justa, libre y soberana.

Firmas: Amicha, Isabel; Añón, Juan; Añón, Norma; Bocco, Gerardo; Bernetti, Jorge; Briuolo, Isabel; Burgos, Carlos A.; Blaustein, David; Colla, Norberto; Chiaraviglio, Nilda; Duhau,

Emilio; Cámpora, Héctor; Estrella, Fermín; Fabris, Mirta; Follari, Roberto; Fonseca, Ricardo; Ferreyra, Lilia; Giardinelli, Mempo; Girola, Lidia; Galli, Luisa; Gorra, Ana; Greco, Guillermo; Grynberg, Isabel; Herrera, Ana; Jacob, Esther; Kragelund, Eduardo; Krotsch, Pedro; Lapenson, Susana; Lugones, Gustavo; Lugones, Virginia; López, Ernesto; Lodieu, Marcelo; Postinghel, Adriana; Puiggrós, Adriana; Maldonado, Felipe; Nethol, Ana María; Ortega, Cristina; Saslavsky, Marta; Ramos, Juan; Righi, Esteban; Silva, José; Talento, Miguel; Tamarit, José; Tassara, José; Todesca, Jorge; Todesca, Alicia; Villar, Julio; Vitali, Elvio; Vélez, Ignacio; Wegier, Andrés; Yofre, Francisco.

DOCUMENTO 29

Argentina: A 9 años de la masacre de 16 militantes populares en Trelew, la lucha continúa

(Solicitada en diario *El Día*, México D.F., 21 de agosto de 1981)

(...) Su ejemplo, de unidad en la lucha, sin claudicaciones ni negociar a espaldas del pueblo, marca el camino. Como homenaje a los héroes de Trelew reafirmamos: No al borrón y cuenta nueva. Nuestros muertos, presos y detenidos-desaparecidos no se negocian.

Presente. Abajo la dictadura militar

Firmas: CADHU, COSOFAM, COSPA, CAE, FRACIN, GAIAM, TYSAE, GRUPO México, URAE.

DOCUMENTO 30

A las autoridades y al pueblo mexicano

(Solicitada en diario *unomásuno*, 29 de octubre de 1981)

- La comunidad argentina residente en México se ha enterado con consternación, a través de la prensa, de un hecho de extraordinaria gravedad en el cual estarían involucrados varios compatriotas.

- La comunidad argentina expresa su confianza en el ordenamiento jurídico vigente y, por tanto, descuenta que todos los procedimientos correspondientes a esta situación se ajustarán a las normas legales y a los procedimientos de práctica.

- La comunidad argentina confía asimismo que, en el curso del proceso judicial iniciado, los imputados contarán con las debidas garantías. Del mismo modo solicitamos respetuosamente se esclarezca la situación de algunos compatriotas acerca de cuyo paradero se desconocen detalles, en especial de la niña Tania Hollan Berlak, y otros niños afectados.

- La comunidad argentina quiere manifestar finalmente ante las autoridades y la opinión pública su sorpresa ante esta imputación a compatriotas que carece de precedentes.

Firmas: Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), Comisión de Solidaridad de Familiares de Detenidos y Desaparecidos Políticos en Argentina (COSOFAM), Trabajadores y Sindicatistas Argentinos en el Exilio (TYSAE), Unidad y Resistencia Argentina en el Exilio (URAE), Frente Argentino de Cineastas (FRACIN), Músicos argentinos en México, Arquitectos e Ingenieros Argentinos en México, Grupos de Teatro Argentino en México, Trabajadores Argentinos de la Salud Mental Residentes en México.

DOCUMENTO 31

Al Pueblo y Gobierno de México

(Solicitada en diario *unomásuno*, 1^o de noviembre de 1981)

Los abajo firmantes, en nuestra condición de ciudadanos argentinos y militantes el Movimiento Justicialista expresamos nuestro más firme repudio a las acciones que culminaron con el secuestro de la licenciada Beatriz Madero Garza en el que, de acuerdo con lo informado por las autoridades mexicanas, estarían involucrados varios connaciona-

les. Este episodio que lamentamos hace necesario formular las siguientes consideraciones: 1) Tales hechos constituyen una afrenta a México, que ha sido y es abanderado del respeto al derecho de asilo, refugio generoso para todo perseguido por sus ideas políticas y hogar de quienes llegaron en busca de un mejor horizonte de vida. 2) No hay ni puede haber argumento alguno que legitime la comisión de actos que agravan la hospitalidad que brinda México y distorsionan irresponsablemente la imagen de la comunidad argentina. 3) Nuestro Movimiento, expresión política mayoritaria desde hace treinta y seis años del Pueblo Argentino, se apoya en la voluntad democrática de las clases populares. El Justicialismo ha condenado reiteradamente las prácticas aventureras y delictivas que, desvinculadas de las mayorías nacionales, hacen el juego a la reacción y al imperialismo. 4) Manifestamos nuestro deseo de que este lamentable episodio aislado no empañe la honorabilidad del conjunto de los argentinos residentes en México, quienes cotidianamente con su conducta retribuyen la confianza, la solidaridad y el techo que les ofrece esta Nación generosa. 5) Los militantes del Movimiento Justicialista, como la mayoría de los integrantes de la comunidad argentina, reiteramos nuestro respeto a las leyes del país que nos honra con su hospitalidad. Sabemos que la Justicia Mexicana deslindará responsabilidades y esclarecerá los hechos.

Firmas: Amirante, Norma; Argumedo, Alcira; Bag, Rubén; Bartolucci, Jorge; Bavio, Ernesto; Bermúdez, Dora; Blanco, Mónica; Caletti, Rubén; Casullo, Nicolás; Castiñeira de Dios, Celso; Castiñeira de Dios, Carmen; Cormick, Hugo; Costaguta de Cormick, Ema; Fidanza, Amílcar; Gulco, Julio; Kestelboim, Mario; Lamborghini, Leónidas; Leal, Raquel; Marcos, Mercedes; Marquis, Carlos; Mintz, Regina; Minujin, Alberto; Quintar, Aída; Ramos, Jorge; Rabotnikoff, Nora; Silberberg, María Inés; Schmucler, Héctor; Schmucler, Sergio; Torrecillas, Graciela.

**Lista Uno (de la Comisión Argentina de Solidaridad-CAS)
Definición. Programa de Objetivos y Trabajo (fragmentos)**

(Original mimeografiado, México D.F., noviembre 1981)

El pueblo argentino y, en especial, su clase trabajadora, enfrentan desde 1976 el más reaccionario y represivo régimen dictatorial de su historia. Al proceso de disolución nacional que comenzó con la muerte del general Perón, siguió el cuartelazo del 24 de marzo de 1976 impulsado por la oligarquía agraria, la burguesía financiera y el imperialismo, para destruir el movimiento nacional (...) A más de cinco años del golpe de marzo de 1976, la resistencia expresada en innumerables luchas obreras como la huelga de Luz y Fuerza, los grandes paros portuarios y ferroviarios, los innumerables paros por fábrica, la jornada de lucha de abril de 1979, las acciones del SMATA, la jornada de protesta nacional de julio de este año y la reciente marcha a San Cayetano convocada por la CGT, no ha dejado de manifestarse. La calidad de la resistencia crece; de la huelga a la movilización, de la lucha política implícita en la reivindicación sindical a las expresiones antidictatoriales nítidas. Esos miles de trabajadores que vuelven a la calle, la Iglesia, la Comisión Multipartidaria, levantan hoy la bandera de los desaparecidos, rodeando con un sólido abrazo de solidaridad la heroica lucha de las Madres de Plaza de mayo y de otras organizaciones de defensa de los derechos humanos. Esa bandera, asumida por el Consejo Nacional del Partido Justicialista en su declaración ante la visita de la CIDH de la OEA en septiembre de 1979, es hoy un reclamo de todo el pueblo, la más alta de la lucha antidictatorial, que revive la consigna “ni olvido, ni perdón”. Es, a la vez, el límite entre quienes luchan por una verdadera democracia y los que están dispuestos a un contubernio a espaldas del pueblo. No solo no ha habido perdón, sino que tampoco hay olvido, salvo las desmemorias sugestivas de aquellos pocos que, fuera del gobierno militar,

han querido forzar el curso de la historia pretendiendo que debería haber borrón y cuenta nueva. Para los peronistas, por el contrario, eso que quieren los militares (el olvido y, en consecuencia, el virtual perdón al negro e imborrable período de los millares de secuestros y desapariciones), equivale a aquello que el decreto 4161 significó para los justicialistas del '55 en adelante. Se nos pide que neguemos nuestra identidad de argentinos y peronistas: no lo vamos a hacer.

En estos años, es el peronismo el que ha protagonizado, de manera principal, aunque no exclusiva, la resistencia a la dictadura. Es, en especial, la lucha de la clase trabajadora peronista la que puso las bases para la erosión y el fracaso del proyecto del bloque dominante y las FFAA, el llamado “proceso de reorganización nacional”. La lucha contra la dictadura precisa, por cierto, de la unidad del peronismo y, de igual forma, resulta imperativa la conjunción de todos los sectores populares y democráticos para alcanzar la victoria. Es imperativa también la recomposición de nuestro movimiento –en su programa y en su conducción– y de los sectores populares, si lo que se quiere es el establecimiento en la Argentina de una verdadera democracia de signo antioligárquico y antimperialista.

Por ello, como militantes del Movimiento Peronista y del Partido Justicialista afirmamos que “el peronismo, cuyo contenido revolucionario nacional y popular sigue siendo vitalmente necesario para sacar al país de esta encrucijada histórica, requiere urgente organización y un profundo debate histórico. No puede vivir en la inorganicidad ni limitarse a los movimientos tácticos que han sido el horizonte de su conducción” (Declaración de “Intransigencia Peronista”, 8 de julio de 1981). Este proceso requiere la construcción de una democracia interna, única perspectiva correcta para llenar el vacío producido por la desaparición del líder. En este marco, el exilio es una de las particularidades de la situación mencionada, con una composición y características propias. Se trata de un exilio que abarca a vastos sectores de la sociedad argentina y a los

que estuvieron comprometidos, en mayor o menor medida, con algunos de los proyectos del campo popular.

Existe, por lo tanto, una doble responsabilidad de este exilio: en primer lugar, la que nos compromete a una práctica solidaria y activa con las luchas de nuestro pueblo; en segundo lugar, una responsabilidad histórica que pasa por una revisión crítica de nuestra práctica –así como de las alternativas que tuvo el campo popular– en la búsqueda de nuevas respuestas que impidan la reiteración de las concepciones que, en parte, condujeron a la actual situación. Revisión que posibilite el logro de los objetivos revolucionarios que inspiraron aquellas luchas. Esta actividad deberá estar ceñida a la realidad de nuestro país para evitar las desviaciones ideologistas y oportunistas que han limitado la capacidad del exilio peronista para vincularse y aportar a las luchas de nuestro pueblo (...)

En relación con la defensa de los derechos humanos, irrenunciable bandera popular, señalamos la necesidad de que el peronismo incremente sustancialmente su aporte a esta lucha, en aquellos espacios del exilio donde se efectúa, especialmente en la “Instancia de coordinación de derechos humanos” de México. Sin duda, podemos decir hoy que existen mejores condiciones para la unidad organizativa del peronismo en el exilio en diversos planos de acción. El llamado “proceso de ampliación” de la Lista Uno llevado a cabo por los compañeros que protagonizaron su construcción durante este año, debe caminar en un suceso de participación activa tanto en las elecciones como en las complejas tareas que aguardan en el año 1982.

Estimamos que las actuales circunstancias que vive el exilio argentino en México y, particularmente en la CAS, pueden servir para crear mejores condiciones de unidad entre los argentinos exiliados. El punto de confluencia está dado por el enfrentamiento intransigente contra la dictadura y por la unidad en un marco global y democrático. El desarrollo de la convivencia en los marcos del trabajo común constituye un

desafío para todos los militantes del campo popular. Se debe encontrar una metodología inteligente y respetuosa para zanjar las diferencias y construir propuestas confluyentes entre todos los sectores. La metodología de trabajo establecida en la fundación de la Lista Uno ha sido la del funcionamiento democrático por asamblea. Es la Asamblea General de la Lista la que designa sus candidatos a la CD, discute la aplicación del programa, impulsa el trabajo de los integrantes y adherentes en las comisiones y, en definitiva, juzga el papel de sus representantes electos. Esta línea de procedimientos constituye la garantía más adecuada para la participación del conjunto y la eliminación de hegemonismos sectoriales (...)

DOCUMENTO 33

**Movimiento Independiente (Lista Dos) de la CAS
El país, el exilio, la CAS (fragmentos)**

(Original mimeografiado, México, D.F., noviembre de 1981)

(...) A pesar de lo que pueda significar la Multipartidaria en la politización de la vida social, los resultados de su acción han sido muy inferiores a las expectativas que la precedieron. Ganados ideológicamente por el régimen, los sectores que en ella confluyen no tienen otros principios económicos que los del desarrollismo; por otro lado, parten del supuesto que debe negociarse para recuperar la democracia, pero no combaten por ella. De este modo, la Multipartidaria no es un hecho que demuestre una ofensiva clara de los sectores opositores y, en ese sentido, no podemos caracterizarla como una instancia de la “recuperación de la iniciativa política de los partidos más fuertes y populares”, sino tan solo como una búsqueda de espacio político. Recuperar la iniciativa y plantear una ofensiva, tal como lo sostienen sectores con vocación socialdemócrata, exige enfrentar a la dictadura con una práctica que genere un proyecto alternativo de país. Eso no existe, ni en la

convocatoria ni en su intención política. La multipartidaria no pone en real entredicho el paquete reactivador Viola-Sigaut: le discute los ritmos, le cuestiona los grados, busca espacios en su interior para tener voz en torno a la definición del perfil industrial, se somete a la discrecionalidad del capital financiero cuando elige éste los sectores empresarios a salvar. En síntesis, no se trata de un proyecto alternativo, no es una crítica al rumbo global del país, son variaciones en torno a los mismos o similares objetivos.

Por otra parte, la Multipartidaria no representa a las fuerzas sociales que más activamente se oponen al régimen (por ejemplo, sectores de la clase obrera y de la clase media urbana y rural, las Madres de Plaza de Mayo y demás organizaciones de derechos humanos, los universitarios); su intento por monopolizar la expresión política de la oposición, tratando de subordinar la incorporación de otros sectores o simplemente marginándolos, en fin, su toma de distancia respecto a los sectores sociales y políticos más combativos, son una señal de que las cúpulas de los partidos no revisan, no modifican ni revierten las condiciones objetivas de lucha por la democratización del país. Sin embargo, un lenguaje menos rígido por parte de la dictadura y una distensión en el ritmo de secuestros y desapariciones, significaron, para muchos, un cambio cualitativo en el proceso; las fisuras que se detectaban en el régimen –en sus grupos sociales de apoyo y en el partido militar– indicaban, a los menos prevenidos, que el principio de una retirada estaba cercano, y a los más cautelosos una prueba segura de que el régimen tenía la necesidad ineludible de negociar alguna salida política que algunos llaman, ingenuamente, el “tramo democratizante” (...)

En el campo popular una actitud de resistencia ha sido la respuesta a la brutalidad de la política oficial. En esa estrategia defensiva pueden observarse algunas líneas de acumulación de fuerzas. La lucha por aclarar la situación de los detenidos-desaparecidos, por liberar los presos políticos, por obtener el

retorno de los exiliados, las formas públicas, desafiantes que adopta aquella lucha y su reproducción en el país y fuera de él, son expresiones de una convicción profunda y creciente de que los criminales no escapan a su juicio, de que no habrá olvido ni perdón.

Paradójicamente, el pueblo, ese gran ausente en las decisiones del poder militar, se hace, sin embargo, presente en las discusiones de los cuadros militares y civiles del régimen, asumiendo la forma fantasmagórica de Nuremberg. La otra línea de acumulación de fuerzas es la que tiene lugar en las calles y en las fábricas en la disputa cotidiana de los trabajadores por la ocupación y el salario y que prepara la irrupción violenta de las masas en el escenario político del país. Tiene relación con la “dureza” de la CGT, que al tratar de distanciarse de las direcciones sindicales más dóciles, busca mayor representatividad y contribuye. Así, al aislamiento del gobierno; incide, además, en el bloqueo en la dirección política del Justicialismo del diálogo-negociación con el Ministerio del Interior y reproduce prácticas de lucha originales que tienden a unir fuerzas opositoras (...)

DOCUMENTO 34

Día Internacional de los Derechos Humanos: la dictadura terrorista de Argentina, al margen de la Comunidad Internacional

(Solicitada en diario *unomásuno*, 10 de diciembre de 1981)

Hoy se recuerda mundialmente la proclamación, por su Asamblea General, de la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. La Carta ha sido permanentemente pisoteada por la dictadura militar terrorista de las fuerzas armadas en Argentina, encaramada en el poder el 24 de marzo de 1976. Dominación política por el terror; explotación y empobrecimiento de la clase obrera y el pueblo; negación del acceso a los básicos derechos a la salud, la educación, la vivienda, la alimentación y

el empleo, se articulan con múltiples crímenes –30.000 detenidos-desaparecidos, campos de concentración, más de 1.000 presos políticos, muchos más ilegalmente torturados y condenados por una justicia totalmente subordinada– y una política de intimidación a la sociedad civil para tratar de ocultarlo.

Coincidentemente, la dictadura copatrocina a sus iguales en el continente y se alinea servil e indignamente con la reaccionaria concepción de la administración Reagan: sus declaraciones insultantes contra los países que propician una solución democrática en El Salvador y su irrestricto apoyo a su junta genocida, son ejemplos más que notorios de esta conducta denigrante (...)

Aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y su inmediata libertad. Libertad a todos los presos políticos.

Firmas: CADHU, CAS, COSOFAM, COSPA, CCA, CAE, FRACIN, GAIAM, TSMAM, TYSAE y URAE.

DOCUMENTO 35

Homenaje a Héctor J. Cámpora

(Solicitada en diario *unomásuno*, 18 de diciembre de 1981)

La Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) rinde homenaje a la memoria de Héctor J. Cámpora, al cumplirse el primer aniversario de su muerte en el exilio mexicano. Como presidente constitucional de los argentinos, fue uno de los protagonistas principales del proceso de restitución al pueblo de sus derechos democráticos. Luego del golpe militar de 1976, fue impedido de ejercer el derecho constitucional de asilo político, y sufrió la más despiadada represión. La CAS convoca al pueblo mexicano, a los compañeros latinoamericanos y al exilio argentino a rendir homenaje a su figura, como parte del proceso de lucha del conjunto del pueblo argentino para derrotar a la dictadura militar terrorista, expresión armada de la oligarquía financiera y el imperialismo.

Los actos gubernamentales del Dr. Cámpora durante su presidencia constitucional de 1973 constituyen puntos de referencia para la lucha por la recuperación de la soberanía popular, la libertad de todos los presos políticos, la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y la restitución de sus legítimos derechos a la clase trabajadora. El acto de homenaje se llevará a cabo el día sábado 19 de diciembre a las 13:30, en los Mausoleos del Ángel.

Firma: Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)

DOCUMENTO 36

Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)

A los seis años de la dictadura militar

(Original mimeografiado, declaración, marzo de 1982)

Cuando se produce el golpe del 24 de marzo de 1976, se cumple un designio largamente elaborado por los militares y la oligarquía financiera: la concepción e instauración, sin margen de error, de un proyecto de “nueva sociedad”, con exclusión de las organizaciones básicas que hacen a la vida comunitaria –sindicatos, partidos políticos, agrupaciones estudiantiles, etc.– sin voluntad de cambio, sin voz, ni protesta; sin la posibilidad de que los individuos decidan sobre su cuerpo y –menos aún– sobre la vida o la muerte. Este proyecto no había podido realizarse antes por la movilización de las masas y las revueltas sociales que signaron la vida política del país en los últimos años, activadas y dirigidas –fundamentalmente– por expresiones del peronismo y de la izquierda argentina. Un proceso de luchas casi sin solución de continuidad desde el año 1955, que en el Cordobazo (1969) llegó a conmover los cimientos del poder, alcanzó su punto más alto con la recuperación de la soberanía popular en las elecciones del 11 de marzo de 1973, cuando triunfó el peronismo después de 18 años de proscripciones (...)

La sociedad argentina se degrada en la medida del ritmo de imposición del proyecto. Una escueta enumeración sirve para describir las consecuencias: quiebras de numerosos sectores de la economía nacional, expansión de actividades especulativas, deterioro del nivel de vida de la clase obrera y de sectores populares, destrucción del sistema educativo y de salubridad, atropello y censura a las expresiones culturales, uso salvaje de la violencia, militarización de la vida social, institucionalización del secuestro y la tortura, creación de campos de concentración. Durante el momento más duro de esta empresa, los argentinos en el país se recluyen, apagan las luces a una hora conveniente, bajan el tono de la voz, los más directamente afectados soporitan con dolor pero nunca con resignación la suerte de sus hijos, hermanos, compañeros, presos, secuestrados o asesinados; lentamente, la sociedad en su conjunto concibe la posibilidad de reorganizarse con prudencia, pero firmemente, las formas de la resistencia toman nuevos cauces. Otros argentinos se van del país, iniciando un éxodo que ya supera los dos millones de exiliados; en el extranjero, se organizan, tratando de golpear al gobierno militar con todos los recursos a su alcance: la denuncia, la solidaridad, la discusión, el esclarecimiento sobre una realidad que la dictadura militar distorsiona mediante campañas de creación de imagen que implican enormes erogaciones y persiguen silencios ambiguos o complicidades no confesables.

Poco a poco, subrepticamente, el tejido social se reconstruye. Las reacciones no se demoran. Los trabajadores hacen paros (de la electricidad, ferroviarios, portuarios, del servicio subterráneo, de la prensa y otros más) (...) La resistencia se manifiesta de múltiples modos: trabajo a desgano, boicot a la producción, brazos caídos, trabajo a tristeza y, últimamente, tomas de fábricas y marchas pacíficas. Dos huelgas generales fueron convocadas por la Confederación General del Trabajo (en abril de 1979 y en julio de 1981), como asimismo la manifestación obrera y popular de la iglesia de San Cayetano, el 9 de noviembre pasado. A la consigna “Paz, Pan y Libertad”

se suman otras que –en otros tiempos– resonaron como una esperanza: “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”, “Que se vayan los milicos” y otra, muy certera, que no permite dudas acerca de la firmeza con que se desarrollan las luchas: “Que aparezcan los desaparecidos”.

En el plano de la oposición política, los partidos que conforman la Multipartidaria (peronismo, radicalismo, intransigente, democracia cristiana y movimiento de integración y desarrollo) y otros partidos que está fuera de ese acuerdo, también protestan participando del ascendente movimiento social. Llegan progresivamente a hacerse eco de las reclamaciones combativas acerca de la suerte corrida por los “desaparecidos”, manifiestan con dureza su desaprobación a la paulatina enajenación del país y cuestionan la política de apoyo de los militares argentinos a las dictaduras de América Latina. El proyecto del régimen oligárquico-militar, basado en las políticas señaladas de represión y militarización de la sociedad, sigue el modelo a través del cual los sectores más reaccionarios del imperialismo norteamericano pretenden imponer su estrategia de dominación sobre el conjunto de los pueblos de América. En este sentido, la Argentina es ejecutora de los planes de Reagan en el continente: planifica, interviene con asesores político-militares en contrainsurgencia en el golpe militar boliviano, envía armas y técnicos militares en apoyo a las Juntas genocidas de El Salvador y Guatemala; intenta, por diversos medios, desestabilizar al gobierno de Nicaragua; se compromete ante la Junta Interamericana de Defensa al envío de tropas en caso de necesidad, en apoyo al régimen democristiano de El Salvador; es gestora de la respuesta de la reacción latinoamericana al comunicado México-Francia sobre la situación en dicho país (...)

A pesar de tan flagrantes violaciones a los más elementales principios de la conciencia democrática universal, la dictadura argentina dista de estar aislada: gobiernos europeos occidentales toleran el apoyo de sus mercaderes a la industria argentina de la guerra, mientras la Unión Soviética persiste

en apoyar la posición del gobierno argentino en las Naciones Unidas frente a la cuestión de los derechos humanos.

Recordar la fecha del 24 de marzo es para los exiliados argentinos un acto puntual en el que confluyen, con un carácter unitario, todos los organismos que, fuera del país, han logrado constituirse para denunciar la dictadura. El exilio, mes a mes, año a año, avanza en su capacidad de acumulación (...) Si el “borrón y cuenta nueva” es el aspecto central de la propuesta política que los militares estarían sustentando, obligados por su impotencia, desde México los argentinos decimos NO y nos sumamos a las variadas formas de enfrentamiento a la dictadura; impugnamos y denunciemos a la junta militar y a sus propuestas continuistas; criticamos cualquier inconsecuencia que pueda significar, en la búsqueda de un espacio político, la negación de la memoria histórica que asocia a los presos, muertos, secuestrados, con los momentos más altos de las luchas populares.

En este sexto año de la dictadura más implacable que ha sufrido nuestro país, la CAS expone sus objetivos políticos inmediatos:

- Solidarizarse con las luchas –y apoyarlas desde el exilio– que en la Argentina procuran denunciar y detener la política de secuestros;

- repudiar el asesinato en los últimos días de Ana María Martínez, militante del Partido Socialista de los Trabajadores;

- solidarizarse –y apoyarlas desde el exilio– con las luchas que en la Argentina procuran la libertad de los detenidos políticos, la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y la investigación de los instigadores y ejecutores de la política de exterminio;

- solidarizarse –y apoyarlas desde el exilio– con las luchas del movimiento obrero por “Paz, Pan y Libertad”;

- luchar en el exilio por hostigar, bloquear e impedir la política internacional de la dictadura argentina en América Latina, puesta al servicio del imperialismo norteamericano;

- luchar en el exilio por lograr el salvoconducto para Juan Manuel Abal Medina.

Ante la recuperación de las Malvinas como argentinos y peronistas

(Solicitada en diario *El Día*, 14 de abril de 1982)

Ante el legítimo acto de recuperación del territorio de las Islas Malvinas, declaramos:

1) Las islas Malvinas son argentinas; por razones geográficas y por derecho heredado de la Corona española a la hora de nuestra Independencia Nacional en 1816. La soberanía argentina fue efectiva hasta 1833, cuando la fragata inglesa “Clío” tomó las islas por la fuerza, continuando la acción perpetrada en 1831 por Estados Unidos. Desde entonces, reiteradamente, el pueblo argentino y sus sucesivos gobiernos jamás dejaron de reivindicar su soberanía sobre dicho archipiélago. La posesión de las Malvinas por la Corona Británica es una situación colonial, como lo son los casos de Puerto Rico, las bases yanquis de Guantánamo (Cuba) y el Canal de Panamá, o aquellos de la Guayana francesa, Martinica y Guadalupe, en poder de Francia.

2) En 1946, al asumir el gobierno constitucional, el general Juan Domingo Perón, en una de sus primeras medidas, se dirigió al gobierno británico para señalar que “las islas Malvinas son argentinas y que la soberanía de derecho ejercida sobre las mismas solo espera “ser complementada con la posesión que ha sido constantemente reclamada”.

3) La Junta Militar encabezada por el general Leopoldo Galtieri usurpa los derechos soberanos del pueblo argentino y es responsable de la desaparición y encarcelamiento de más de 30 mil compatriotas que lucharon y sostuvieron posiciones en defensa de la Soberanía Nacional, la Justicia Social y la Independencia Económica.

4) Esta dictadura desarrolla una política de liquidación de nuestro patrimonio a favor de los intereses transnacionales y programa la desnacionalización del subsuelo como parte de

un plan de entrega de los recursos petroleros y mineros. Las Malvinas recuperadas se ubican en la rica cuenca petrolera del sur del Mar Argentino.

5) Los argentinos tenemos una larga experiencia de lucha contra quienes desde adentro y desde afuera, atentan nuestros intereses. Sabemos que la Junta Militar realizó este acto nacionalista para modificar su imagen teñida de sangre argentina y ahora también centroamericana. Sabemos también que el imperialismo inglés comenzó la larga serie de asaltos realizados por las grandes potencias contra nuestro patrimonio. Recuperar las Malvinas es una vieja aspiración nacional cuyo primer intento fue realizado en 1966 por el militante peronista Dardo Cabo, quien encabezó la primera implantación de la bandera nacional en suelo malvinense y fue asesinado por esta misma dictadura en 1977.

6) La manifestación en apoyo de la recuperación de las Malvinas convocada por la CGT fue reprimida por el gobierno porque los trabajadores no solo corearon “las Malvinas son argentinas”, sino que gritaron consignas antigubernamentales y entonaron la “Marcha Peronista”. La soberanía nacional es indisociable de la lucha popular por la recuperación de todos los derechos democráticos, la aparición con vida de los desaparecidos y la defensa integral de nuestro patrimonio nacional.

Firmas: Juan Carlos Añón, Norma Barros, Jorge Luis Bernetti, Luis Bruschtein, Noemí Cohen, Silvia Corral, Pedro de Sarrasqueta, José Ricardo Eliashev, Fermín Estrella, Miguel Espejo, Lilia Ferreyra, Jorge Gadano, Luisa Galli, Claudia Genoud, Mempo Giardinelli, Florinda Habbeger, Esther Jacob, Diana Kallman, Susana Lapsenson, María Teresa Lodieu, Ernesto López, Eusebio Maestre, Alicia Martínez, Héctor Mauriño, Liliana Mazure, Sara Melul, Adriana Menassé, Carlos Menassé, Silvia Panebianco, Adriana Puigrós, Azucena Rodríguez, José Serra, Elena Squarzon, Nélida Vázquez, Ana Villa, Silvia Yulis, Enrique Zylberberg.

¡Alto a la agresión imperialista de Inglaterra y Estados Unidos!

(Solicitada en diario *unomásuno*, 2 de mayo de 1982)

Al pueblo y al gobierno de México:

Al concretarse una nueva y criminal agresión colonialista inglesa, con la participación activa de los Estados Unidos, contra las Islas Malvinas, los abajo firmantes, militantes y exiliados peronistas en México, defensores consecuentes de las tres banderas históricas de nuestro Movimiento: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social:

1) Reclamamos el cese inmediato de la agresión militar imperialista y nos pronunciamos por extremar la búsqueda de una solución pacífica en el marco de la irrenunciable soberanía argentina sobre las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.

2) Condenamos la agresión militar británica que se traduce en el derramamiento de sangre latinoamericana y en una amenaza a la paz mundial. Asimismo, denunciemos la posición de Estados Unidos, avasalladora, una vez más, de los intereses y de la soberanía de los pueblos de América Latina y del Tercer Mundo.

3) Apoyamos la lucha del Movimiento Peronista y sus reclamos por la soberanía territorial, ligada de modo indisoluble al ejercicio irrestricto de la soberanía popular, expresada en: el retorno del pueblo al ejercicio del poder político; la defensa del patrimonio nacional; el restablecimiento de los derechos sindicales; la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos; la liberación de todos los presos políticos y el otorgamiento del salvoconducto al ex secretario general del Movimiento, compañero Juan Manuel Abal Medina.

4) Responsabilizamos a la Junta Militar que hoy oprime y desgobierna al país, por todos aquellos actos diplomáticos, militares y económicos con que puedan lesionar la inalienable soberanía nacional y que son realizados a espaldas de la soberanía popular. En este sentido, reafirmamos la histórica

posición tercerista y no alineada del Movimiento Peronista y su solidaridad con los pueblos que luchan por su liberación, en particular los de Centroamérica, agredidos diplomática y militarmente por la junta militar argentina.

5) La configuración de una auténtica unidad nacional exige, entre otras cosas, el retorno irrestricto e inmediato de todos los exiliados, para compartir en la patria las luchas de nuestro pueblo.

6) En estas horas dramáticas que vive nuestra patria, exhortamos al pueblo de México, a sus autoridades y a todas las organizaciones políticas y populares, a pronunciarse contra la agresión del imperialismo inglés y norteamericano y a contribuir a una solución pacífica que garantice, de manera clara y definitiva, el derecho de Argentina sobre el territorio que hace siglo y medio nos fuera arrebatado, así como el apoyo a las luchas de nuestro pueblo por una patria justa, libre y soberana.

Firmas: Amirante, Norma; Amorín, José; Añón, Juan; Añón, Norma; Argumedo, Alcira; Amado, Ana María, Amado, Elsa; Arias, Jorge; Bag, Rubén; Bardini, Roberto; Bavio, Ernesto; Bavio, Gerardo; Berlak, Miryam; Bermann, Sylvia; Bernasconi, Blanca; Bernetti, Jorge Luis; Blanco, Elisa; Bianchi, María del Carmen; Bocco, Gerardo; Botinelli, Cristina; Bruschtein, Luis; Cádiz, Jorge; Castillo Marín, Luis; Castro, Florinda; Casullo, Nicolás; Ciriani, Gerardo; Cohen, Noemí; Coria, Antonio; Cormick, Hugo; Costaguta, Ema; Donato, Hugo; Chávez, René; De Lorenzo, Carlos; De Lella, Cayetano; Duhau, Emilio; Eliashev, José Ricardo; Escayola, María; Espejo, Miguel; Estrella, Fermín; Ezcurra, Ana María; Ferrera, Lilia; Fidanza, Amílcar; Fontanals, Jorge; Fontanals, Mirta; Follari, Roberto; Gadano, Jorge; Galli, Luisa; Genoud, Claudia; Giardinelli, Mempo; Gil, Rodolfo; González, Ignacio; Guevara, Alfredo; Gulco, Julio; Jacob, Esther; Jauretche, Ernesto; Jansen, Víctor; Kallman, Diana; Kestelboim, Mario; Labrín, Naldo; Lanín, Ricardo; Lapsenson, Susana; Le Bozac, Mercedes; Ledesma, José; Leutier, José; Litier, Mir-

tha; López, Ernesto; Lodieu, María Teresa; Lugones, Gustavo; Maestre, Eusebio; Maresca, Bernardo; Marqués, Carlos; Martínez, Alicia; Mauriño, Héctor; Melul, Sara; Menassé, Carlos; Moore Koenig, Virginia; Nardelli, Jorge; Nelrod, Mario; Oliveira, Martín; Ortega, Cristina; Otheguy, María; Penconing, Aldo; Penconing, Liliana; Panebianco, Silvia; Pastoriza, Lila; Pesacovich, Fabio; Pino, Leonardo; Postinghel, Adriana; Pui-ggrós, Adriana; Rabotnicoff, Nora; Righi, Esteban; Rosenzweig, Adriana; Rotenberg, Marta; Sanz, Susana; Sarrasqueta, Pedro; Serra, José; Schulein, Silvia; Silberberg, Silvia; Silva, José; Slemenson, Adriana; Sosa, Juan; Squarzon, Elena; Scarpatto, Martha; Salvia, Agustín; Talento, Miguel; Tamarit, José; Torres, Susana; Tedesco, Viviana; Thevenon, Raquel; Todesca, Jorge; Vaich, Susana; Veocia, Teresa; Vélez, Ignacio; Verlichak, Victoria; Villa, Ana; Villar, Julio; Villar, Raquel; Villareal, Juan; Vitali, Elvio; Wegier, Andrés; Yofre, Francisco; Yulis, Silvia; Zylberberg, Enrique.

DOCUMENTO 39

Discurso pronunciado por Juan Manuel Abal Medina, en el acto de homenaje a Eva Perón

Celebrado en la sede del Congreso del Trabajo, México, D.F., 29 de julio de 1982. (Mimeografiado; fragmentos)

(...) Nosotros creemos en la unidad de la gran nación latinoamericana como única forma de enfrentar exitosamente al imperialismo. Por eso auspiciamos como paso inmediato la creación de una organización de los países latinoamericanos, sin interferencias gringas; una vía latinoamericana independiente, autónoma, sobre la base del reconocimiento a la pluralidad ideológica de los pueblos y gobiernos que componen nuestra América. Una América de los pueblos, que sea coraza contra las agresiones imperialistas e instrumento idóneo para la lucha contra las dictaduras oligárquicas; una América de los pueblos

basada en el pleno respeto a la autodeterminación y la no intervención; que exija el fin de todo tipo de colonialismo y de toda forma de discriminación; que sea campeona en la lucha contra el hambre y las desigualdades económicas; que colabore decididamente en la causa del desarme y exija en todos los casos la solución justa y por la vía pacífica de todas las controversias (...)

Bien se ha dicho que el tema de los derechos humanos constituye la divisoria de aguas de la política argentina: de un lado los criminales y sus cómplices, sean estos activos o colaboren con su silencio en la no menos imposible que deleznable tarea de “tender un manto de olvido”; del otro los hombres de bien, sin distinción de banderías políticas, que exijan la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y el castigo de los responsables. Pues bien, esto es así, es la divisoria de aguas de la política argentina porque desde hace seis años tenemos en la plaza histórica una presencia doliente y corajuda que hizo imposible el olvido (...)

Desde el peronismo dijimos hace poco que creíamos en la necesidad de trabajar en torno a tres ejes para preparar a nuestro Movimiento para esa política frentista que nos llevará sin dudas a la victoria. En primer término, creíamos y creemos que la formulación de una propuesta adecuada, de una alternativa popular al proyecto oligárquico-militar resulta indispensable. Esta propuesta, sosteníamos y sostenemos, no puede partir sino de la profundización de las concepciones antioligárquicas y antiimperialistas que conforman la sustancia doctrinaria del peronismo. En segundo lugar, es necesario lograr la unidad del Movimiento, pero no cualquier unidad, sino la que parta de la expresión correcta de los intereses y deseos del pueblo, de la voluntad de cambio de los trabajadores argentinos. Finalmente, la necesidad de profundizar la política intransigente frente a la dictadura, lo que implica descartar desde el comienzo, como artículo de fe, toda forma de convergencia o salida concertada (...)

Compañeros: yo estoy seguro de que de esta política surgirá la nueva victoria. Algunos pueden pensar, y no dudo que de

buena fe, que es una política imposible, que es en exceso dura, que es pedir demasiado. No es así. El peronismo de la victoria formuló y ejecutó en 1970-1973 una política similar en lo esencial, ante el escepticismo y la condena de muchos que también creían imposible el regreso de Perón o la victoria electoral. Fue una política de intransigente enfrentamiento a la dictadura con la que llevamos al peronismo a la victoria; y fueron los críticos de esa política, los timoratos, los supuestos realistas, los que luego rifaron el poder. Hoy de nuevo la única política posible, porque es la única decente, es esta política “imposible” (...)

DOCUMENTO 40

Repudio a la masacre en El Líbano

(Comunicado de prensa, México, DF, 21 de septiembre de 1982)

Ante la masacre perpetrada en los campos de refugiados palestinos de Chatila y Sabra, al amparo de la invasión israelí al Líbano, la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), manifiesta su repudio al genocidio. Y reitera que la solución a la crisis de Medio Oriente pasa ineludiblemente por el reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino, representado por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

Firmas: Noé Jitrik (secretario general), Jorge Luis Bernetti

DOCUMENTO 41

¡No a la intervención!

(Declaración mimeografiada, México, D.F., mayo de 1983)

Todas las organizaciones políticas y de exiliados latinoamericanos, residentes en México, estimamos nuestro deber convocar a una urgente movilización de solidaridad con la Nicaragua Sandinista, y contra la amenaza de la intervención directa en Centroamérica. La lucha del pueblo nicaragüense, después del

derrocamiento de la tiranía somocista, ha sido un constante esfuerzo nacional por reconstruir su patria en un régimen de democracia y libertades, inspirados en las ideas patrióticas, antiimperialistas y revolucionarias de Sandino, el forjador de la lucha contra la invasión norteamericana.

El afianzamiento de una política de dignidad nacional y de afirmación de la soberanía de Nicaragua, desde sus inicios ha sido sabotada, hostigada y amenazada por los enemigos internos y externos de la Revolución. La administración Reagan ha financiado y sostenido la invasión –desde suelo hondureño– de las bandas somocistas, amenazando de este modo la regionalización del conflicto y la eventualidad de una intervención directa de los Estados Unidos (...)

Firmas: Comisión Argentina de Solidaridad (CAS); Comité de Solidaridad con Uruguay (COSUR); Centro de Estudios Colombianos; Comunidad Brasileña en México; Secretaría Ejecutiva de Solidaridad con el Pueblo Chileno, Casa de Chile en México, A.C.; FDR-FMLN (El Salvador); Comité Guatemalteco de Unidad Patriótica.

DOCUMENTO 42

El caso argentino y la Asamblea de la OEA

Está reunida en Washington la Asamblea de la Organización de Estados Americanos, de la que nuestro país es parte. En esa reunión se trata la situación de los derechos humanos de Argentina, respecto de la cual la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización ha verificado documentadamente que “por acción u omisión de las autoridades públicas y sus agentes, se cometieron en el periodo 1975-1979 numerosas y graves violaciones de fundamentales derechos humanos reconocidos en la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre”. Las violaciones fundamentales se sintetizan en el Informe de la Comisión en atentados a los derechos a la vida, a la libertad

personal, a la seguridad e integridad personales, a la justicia y el proceso regular y a restricciones a las libertades de expresión, información y opinión, a los derechos laborales y políticos y a la acción de los grupos de defensa de los derechos humanos.

A pesar de las recomendaciones que contiene ese Informe, el gobierno militar argentino continúa violando sistemáticamente los derechos fundamentales, desconociendo sus obligaciones internacionales. Frente a esto, como mexicanos y de acuerdo con la tradición de defensa de la democracia que siempre ha caracterizado la política internacional de México, hacemos un ferviente llamado a los pueblos y gobiernos del continente para que en la Asamblea de la OEA aseguren el tratamiento específico del caso argentino y desarrollen en profundidad todas las acciones que coadyuven consistentemente a que el pueblo argentino recupere sus derechos fundamentales y la efectiva vigencia de la democracia, condenando así a la dictadura militar que lo sojuzga.

México, 23 de noviembre de 1980.

Firman: Socorro Díaz, Jorge Aymamí, Javier Resmaro, Henrique González Casanova, Gustavo Esteva, Thelma Nava, Adolfo Mejía González, José Luis Cuevas, Carlos Monsiváis, Efraín Huerta, Fausto Castillo, Emanuel Carballo, Natalio Vázquez Pallaras, Raúl Moreno Wonchec, Angélica Arenal viuda de Siqueiros, Berta Arenal de Ocampo, Manuel Agüitará Gómez, Renato Leduc.

DOCUMENTO 43

Entrevista a Emilio Fermín Mignone

En *Revolución peronista*, publicación editada en México por “Peronismo en la Resistencia”, grupo liderado por Rodolfo Galimberti. Circuló cuando ya Leopoldo Fortunato Galtieri presidía la junta militar, pero antes de la guerra de Malvinas.

Abogado, ex ministro de Educación de la Nación y ex rector de la Universidad de Luján, Emilio Fermín Mignone es un argentino más, uno de los miles a los que la dictadura les ha arrebatado un familiar. Miembro del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), entrevistado por Revolución Peronista en el Palacio de Naciones de Ginebra, se declaró miembro de Intransigencia Peronista, vinculado –junto a Saadi– al proyecto del diario *La Voz*, de próxima aparición en Buenos Aires. Convencido de que el problema de los desaparecidos “es en sí mismo un problema político (...) el principal tema desestabilizador del régimen”, Mignone considera, además, que sobre ese tema “se va a librar la última batalla” contra la dictadura.

Por Carlos Viñas

Revolución Peronista: doctor Mignone, ¿Qué significa para usted el cambio de Viola por Galtieri?

Emilio Mignone: El cambio de Viola por Galtieri no significa nada o, si algo significa, es una prueba del deterioro de la dictadura militar. La dictadura militar se viene desgastando desde sus comienzos, aunque un proceso más acelerado comenzó en 1978 cuando, por una parte, se puso en evidencia lo erróneo –por no decir directamente ofensivo para los intereses del país– de la política económica y cuando se advirtió, también, que el único plan político de las fuerzas armadas era el de permanecer como ejército de ocupación el mayor tiempo posible en el poder, sin disponer de ninguna alternativa válida y sin ningún propósito honesto de volver al régimen constitucional.

Por otra parte, también es inexacto lo que a veces algunos observadores suelen afirmar, que si bien –como ya nadie pone en duda– el régimen ha fracasado en todos los campos, en el económico, político, administrativo, internacional, su único éxito habría provenido de haber aniquilado a los sectores disidentes que ellos llaman subversivos. En realidad, también en esto ha habido un fracaso, porque una victoria sobre el enemigo, aun en el aspecto militar, tiene que ser

una derrota política. El simple aniquilamiento no necesariamente es una victoria política.

Usted recuerda la famosa frase, muy repetida, de Clausewitz, que dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios; habría que complementarla con otra muy conocida de Clemenceau, quién dirigió la Primera Guerra. Decía Clemenceau que la guerra es una cosa demasiado seria para dejarla en manos de los militares. ¿Por qué? Porque aplicar métodos puramente militares para un objetivo que necesariamente es político, puede conducir a una derrota, como efectivamente ha conducido. Gran parte, si no todos los cuadros de las organizaciones combatientes, han sido aniquilados pero, simultáneamente, se ha hecho desaparecer, se ha asesinado, se ha lanzado a miles de personas al exilio, a la cárcel; a miles y miles de personas que solamente eran activistas, ideólogos, o simpatizantes y, a veces, ni siquiera eso, estaban totalmente al margen de la situación. Todo esto supone –como se ha hecho en forma clandestina, como se utilizaron métodos ilegales– un extraño fenómeno para el mundo Occidental, el de miles de personas que, como todos saben, han sido detenidas por las fuerzas armadas, hay pruebas de ello en una proporción muy alta, y el gobierno niega haberlas arrestado. En la hipótesis más benévola, la de que las fuerzas armadas llegasen a la conclusión de que han fracasado y los cuadros jóvenes o medios, incluso los generales, tuviesen que admitir esta verdad y como tantas veces, decidieran retirarse y entregar el gobierno a un régimen más o menos constitucional, no podrían hacerlo. No pueden porque ven como un fantasma la inevitable revisión de la represión.

Los desaparecidos son como fantasmas. No están en las tumbas, tampoco están en las cárceles, sobrevuelan, constituyen un clima, la gente exige que aparezcan o que se dé una explicación. El régimen no está dispuesto a darla porque reconocería que hasta ahora ha mentido, ha procedido de manera ilegal. Eso todo el mundo lo sabe y ya no tiene salida, el clamor popular en

vez de decrecer, aumenta. Cualquiera que abre las páginas de los diarios argentinos en los últimos meses advierte que el tema de los desaparecidos tiene más vigencia que nunca (...) Bittel, en un momento de extraordinaria lucidez, señaló que los militares, si querían irse, tenían que resolver primero –dijo él– ese gran problema de los desaparecidos, porque de lo contrario ningún gobierno constitucional podrá enfrentarlo, porque el primer día que suba al poder van a estar las mil 500 madres en la Plaza de Mayo, a los 15 días va a haber 15 mil y al jueves siguiente va a estar la plaza llena de gente exigiendo. Un gobierno constitucional no puede dejar de satisfacer esos requerimientos, mediante comisiones investigadoras o simplemente llevando todos los elementos de juicio de que se dispone, que son muchísimos, a la justicia y con una justicia independiente llevar adelante las investigaciones. Nosotros no pretendemos llevar a cabo ningún juicio de Nüremberg, no nos preocupa aquello de vencedores y vencidos; pretendemos, simplemente, que la justicia independiente actúe, cosa que no se da en la actualidad (...)

En el proyecto de plataforma de los partidos políticos, se ha puesto una cláusula expresa donde se establece que no se permitirá que en la plataforma de los partidos políticos –y no solo en la plataforma sino en sus discursos, propósitos y manifestaciones– se pueda proponer la revisión de los actos de la represión. Además de ser inconstitucional y coartar toda libertad de expresión, esta cláusula del proyecto es infantil, porque en definitiva no tiene por qué ponerlo. Lo pongan o no, después será la relación de fuerzas la que decidirá si finalmente se coloca o no. Pero impedirlo en los discursos ya sería coartar la libertad de expresión y tendrían que llegar, entonces sí, a dictar una ley de supercensura, que estableciese que ningún diario, libro, ni radio argentina pueda hablar de ese tema. Esto los coloca en un verdadero callejón sin salida en el cual yo no veo que haya solución.

La posibilidad de la permanencia de las fuerzas armadas en el poder ya está descartada, porque en la actualidad su

debilidad es muy grande. Usted me preguntaba recién las diferencias entre Viola y Galtieri. En realidad los dos comenzaron con el mismo objetivo que era, terminado el período de Videla –un hombre absolutamente incapaz, como todos ellos, porque yo no creo que haya habido en la Argentina una generación de militares tan mediocre, tan incapaz y, por supuesto, tan criminal como ésta– decía, que después de Videla su objetivo era buscar una fórmula de entendimiento con los partidos. Viola, como tenía muy poca libertad de movimiento, muy poca imaginación, muy poco vuelo porque la junta militar no le permitía nada y a él tampoco le daba para mucho, dio pasos muy tímidos, provocó un deterioro muy rápido y tuvieron que sacarlo.

Galtieri ha venido con el ímpetu artificial de hacer pinta, de la imagen de la consistencia, sonreír –el canchero–, llegar con el uniforme, sacárselo, dar la impresión de dinamismo, dejar la luz prendida de la ventana que da sobre Plaza de Mayo a las dos de la mañana (...)

Yo creo que en los partidos siempre va a haber dirigentes dispuestos a negociar, en la Argentina y en cualquier otro lado, no hay que engañarse; lo importante es que dentro de los partidos políticos haya sectores que no admitan la negociación. Cada partido tiene algún sector que juega este papel, y fue eso lo que volcó el eje de la iniciativa pública, que tenía el gobierno, a la Multipartidaria (...)

Estoy convencido que todo lo que hizo Balbín fue para negociar luego con Viola y que la negociación iba a ser no tocar el tema de la represión, pero Balbín se murió y la muerte de Balbín, que era el elemento moderador de la Multipartidaria, desconcertó al gobierno, porque de alguna manera era él quien tenía una actitud abierta hacia ellos. Y produjo otro efecto inesperado, que fue el funeral de Balbín –porque el argentino es muy afecto a los entierros; nos parecemos a los egipcios por la necrofilia–. Fue un acto apoteótico, miles de personas que lo acompañaron desde Buenos Aires hasta La Plata, que lloraron (¡cómo lloran los argentinos en los entierros!) y que lo pro-

clamaron, no tanto por sus virtudes personales, sino como la exaltación del político, porque si hay alguien en la Argentina que puede ser tenido como político profesional, que en su vida no hizo otra cosa que hacer política, ése es Balbín. Fue la reivindicación del político, y esa reivindicación la gente la hizo contra los militares, manifestándose en el entierro a los gritos de “Que se vaya, que se vaya la dictadura militar”, “Adelante radicales, adelante sin cesar, no queremos represivos ni dictadura militar” y cantidad de expresiones de este tipo. De manera que sin Balbín va un poco más a la deriva la Multipartidaria pero, de cualquier manera, ésta es un hecho político.

Ahora, en la medida que el régimen no la satisface, intenta lanzar un partido propio y no dialoga con ella, la va forzando a una actitud más dura, y como dentro de cada partido político hay una especie de fisura; dentro del radicalismo hay un sector de Alfonsín, más que una tendencia, con una posición más dura; dentro del peronismo avanza bastante la Intransigencia Peronista, con Saadi (que a partir de mayo va a sacar un diario, *La Voz*, al cual yo estoy vinculado, y es un proyecto que va a tener mucha importancia); y dentro de la Democracia Cristiana está el grupo de Humanismo y Liberación, que dirige Vicente. Es decir, hay una alianza de sectores dentro de la Multipartidaria que pesa mucho, esto es visible en el último documento que no es malo, y en el que toda la parte de derechos humanos evidentemente está escrita por sectores que lograron, no en su totalidad pero al menos en parte, imponer esta línea. Entre los dirigentes, el más decidido en esta materia es Oscar Alende. La Democracia Cristiana tiene problemas internos, y su posición depende de quién vaya a las reuniones; los radicales también, hay gente como León, por ejemplo, que no es alfonsinista pero es decidido. Perette mismo e Illia, aunque no habla. Evidentemente los sucesores directos de Balbín –Pugliese, Trócoli y Vanoli– son muchos más negociadores.

Dentro de los grupos socialistas, que no están dentro de la Multipartidaria, la Confederación Socialista es la que tiene

la postura más firme, aunque fluctúan también. Pero, en definitiva, actualmente todo el mundo está avanzando hacia una postura o línea más radicalizada, más opositora (...)

El calificativo más suave que allí se oyó fue el de dictadura militar. Incluso lo empleó Nadra, y eso que el comunismo en la Argentina hasta el momento se había cuidado de no hablar de dictadura militar. Hasta Nadra dijo “esto es una dictadura militar”. Se ve que también ellos huelen que la cosa va para ese lado, que no hay nada o poco que ganar (...)

Revolución Peronista: ¿Qué trascendencia le da usted a la lucha por los derechos humanos en el contexto de la lucha por la democracia en la Argentina?

Emilio Mignone: Las organizaciones de derechos humanos actúan no solamente sobre el gobierno sino sobre la sociedad en su conjunto y sobre los partidos políticos en particular. Es una especie de lobby, de sector que no se excluye porque a todos nos tiene que preocupar y en todos lados hay que vigilar. Los organismos de derechos humanos deben actuar con neutralidad política. Yo, por ejemplo, tengo una posición política; pero como todos, tenemos que exigirnos a nosotros mismos no sacar ventajas ilícitas de los organismos, tenemos que trabajar en conjunto y hay que lograr que en todos los partidos políticos predominen aquellos dirigentes que tengan esto como punto primordial. No podemos aprovecharnos de las Madres, de esto o de lo otro, en favor de uno u otro partido. Aparte sería estúpido. Hay que ejercer presión sobre todos los partidos y sobre todos los dirigentes de los partidos.

El problema de derechos humanos es en sí mismo un problema político, es el principal tema desestabilizador del régimen y, además, es el tema sobre el cual se va a librar la última batalla. Cuando los militares estén totalmente derrotados, cuando ya no sepan para donde agarrar, cuando ya no tengan otra alternativa que la división o retirarse a los cuarteles, lo último que van a pedir es que no se los juzgue. Porque además tendrán que romper con los sectores de la oligarquía que son

los beneficiarios de la política económica. Los militares también se han beneficiado con esa política, porque las fuerzas armadas están armadas hasta los dientes, pero, en última instancia se disociará esa relación (con la oligarquía) y lo último que les va a quedar (a los militares) es el temor por la justicia.

Revolución Peronista: ¿Existe, en este momento, un intento de unificar las posiciones internas de las fuerzas armadas por parte de la cúpula militar? De existir tal intento, ¿en torno a qué objetivos e intereses se desarrolla?

Emilio Mignone: Bueno, resulta claro que el primer objetivo de la cúpula militar es que exista esa unidad, el segundo es mantener la línea de poder militar en el país. El tercero es llevar adelante una política económica que beneficia a los sectores que ya conocemos, y en cuarto lugar se trata de proteger su propio pasado, de no tener que desaparecer.

Porque ellos han prostituido de tal manera a las fuerzas armadas que eso ya no es más un ejército, es un ejército de ocupación, es una banda de gánsters, pero en el sentido total de la expresión, porque los procedimientos que tienen son de gánsters, incluso para dirimir los problemas entre ellos. Hay un artículo en la revista norteamericana *Foreign Policy*, escrito por un señor Me Lyon, donde dice: las fuerzas armadas argentinas actúan como una mafia, que busca objetivos de beneficio propio y que utiliza mecanismos e instrumentos de mafia; porque asesinan, niegan, mienten, porque no saben nada, se cubren unos a los otros.

Revolución Peronista: ¿Lo que fue antes un pacto en la sangre es hoy, además, un pacto en la corrupción?

Emilio Mignone: Claro, es un pacto en la corrupción, porque en todos los casos, que aquí, que en San Luis, que en YPF, siempre hay un militar detrás de todo eso. Además, como ocuparon todos los cargos públicos es inevitable que cometan deslices; los cometen los civiles, con más razón ellos, que tienen una total impunidad.

(...). Lo que ocurre, es que no se puede detentar impunemente el poder absoluto sin que un ángel gobernando se

convierta en una puta. Son seis años de gobierno en la impunidad, de gente que ya de suyo es ladrona, porque ya son ladrones desde que salen del Colegio Militar. (...)

Revolución Peronista: ¿Qué salida política ve usted para la Argentina ante la profundización de la crisis actual?

Emilio Mignone: No sé, se va despelotar todo, Uno puede dar las tendencias, las líneas. La crisis de todo esto conduce a una fractura interna militar. El régimen militar no va a aguantar unido, pese a la unidad que le da el pacto de sangre por los crímenes cometidos. Algo va a pasar internamente, y a mi modo de ver lo más probable es que haya una situación de caos. La otra alternativa es una ley marcial a la polaca: una ley marcial y un régimen absolutamente duro, que acabe con todo; pero no se ve ni el caudillo, ni la voluntad, ni la capacidad dentro de las fuerzas armadas. Entonces, o un régimen de ley marcial, que puede durar 10 o 15 días, o una situación caótica.(...)

Revolución Peronista: ¿Puede resurgir un movimiento nacionalista democrático dentro de las fuerzas armadas?

Emilio Mignone: Yo no creo. No creo por cómo están educadas las fuerzas armadas. A las fuerzas armadas hay que cambiarlas. El que hayan llegado a protagonizar los crímenes que han cometido, a concebir lo que ellos llaman “la doctrina de guerra”, sobre la base de la tortura, el ocultamiento, la falsedad, y que todos hayan participado en eso, demuestra que la formación recibida dentro del Colegio Militar es radicalmente totalitaria y desglorificadora. Todos los militares jóvenes han participado con entusiasmo en las torturas y en los fusilamientos.(...)

DOCUMENTO 44

Renuncia al Partido Justicialista y al Movimiento Peronista

Firman: Alvaro Abós; Ana María Amado; Alcira Argumedo; Dora Barrancos; Cristina Bartolucci; Jorge Luis Bernetti; Jorge Carpio; Nicolás Casullo; Susana Checa; Bibiana Del Bruto; José

Pablo Feinmann; Liliana Furlong; Mempo Giardinelli; Horacio González; Pedro Krotsch; Roberto Marafioti; Eduardo Moon; Vicente Palermo; Víctor Pesce; Adriana Puiggrós; Jorge Ramos; Patricia Terrero; Carlos Trillo; Aída Quintar; Héctor Verde; Mario Wainfeld.

¿Por qué nos vamos?

La crisis y descomposición del Movimiento Peronista se expresa hoy, de manera rotunda, en el dominio que sobre sus estructuras ejerce una conducción a espaldas de los cambios que vive nuestra sociedad.

Asistimos a las artimañas de un peronismo que, desde su dirigencia, promueve mensajes de tinte antidemocrático, alentadores de salidas autoritarias supuestamente “populares”. Oímos diariamente la voz oficial de un partido reducido a expresiones anacrónicas y carente de la concepción popular que dice representar.

Padecemos la constante desilusión de una política que, en su rol opositor, se muestra desnuda de respuestas válidas, enmudecida en cuanto a alternativas y proyectos y asumiendo posiciones reaccionarias en lo que debería ser su misión de fiscalizar los muchos flancos débiles del gobierno radical. Presenciamos la distorsión de los planteos nacionales del peronismo, a través de componendas con siglas y políticos despreciados por el pueblo, con militares de los campos de concentración y con los sectores ideológicos y culturales más inquisidores del país. Sin embargo, esta conducción así como la dirigencia de segunda línea que la avala, no es espuria ni se ha infiltrado aviesamente en las actuales estructuras del Movimiento. Se trata de cierto justicialismo de vieja data que desde hace tiempo se consolida en los feudos de la interna partidaria y sindical y cobra fuerza ante el repliegue popular y la represión a los cuadros combativos del peronismo.

Es una conducción que no se resigna a los nuevos valores populares de los años ‘80. Que se afirma en su puesto descono-

ciendo el repudio de amplios sectores de bases que ya no votan por su propia identidad histórica ni respetan las posiciones de las cúpulas. Que se entroniza en los congresos ante la indiferencia de importantes caudales de militancia para quienes la lealtad a una memoria de lucha pasa hoy por el distanciamiento frente a propuestas que no les pertenecen.

Ante este panorama crecientemente irreversible, cuadros valiosos y honestos del peronismo que se expresan en la política, el sindicalismo en funciones de gobierno o en el federalismo provincial, no encuentran ya posibilidades para un auténtico viraje de la situación. Sufren por lo tanto las secuelas del accionar de los dueños del aparato y viven la incertidumbre sobre la actitud a adoptar frente a los mariscales de pasadas y futuras derrotas.

Las raíces de la decadencia

Creemos que esta realidad oficial del peronismo es fruto de un proceso que se precipita con la frustración revolucionaria del '73: esa gesta que había dado cita al conjunto de las generaciones políticas nacionales para protagonizar un momento clave en la resolución de la Argentina contemporánea.

En aquella encrucijada, el recuerdo activo de las realizaciones de justicia social y afirmación nacional labrado en la etapa 1945-1955, que sustentara la histórica resistencia popular contra los regímenes de la dependencia, confluyó con una multitudinaria juventud, propugnando el retorno de Perón y la puesta en marcha de un ideario de liberación nacional y social.

En los años '60 y '70 nosotros asumimos un compromiso total con la causa peronista, participando de un proyecto que se nutría de la conciencia política de la clase trabajadora; proyecto que sabíamos tensado por diferentes intereses y objetivos. Comprendimos que en esa realidad contradictoria del movimiento popular estaba nuestro lugar de acción y pensamiento y la verdad de una historia de masas acosadas por los "democráticos" de cuartel, por fuerzas armadas impregnadas

de “seguridad nacional”, por socialismos dogmáticos y por la estéril lucidez de intelectuales solitarios. Esa historia de masas culmina con el retorno de Perón y el triunfo espectacular del 11 de marzo.

Diversos factores de decisiva importancia frustrarían más tarde la experiencia de gobierno. Las políticas de terror de las derechas paramilitares del propio justicialismo, invadiendo las esferas de decisión y actuando como cofradías. La guerrilla montonera con sus posiciones militaristas, sus provocaciones de un foquismo armado y sectario y su ambición de copar el rumbo del movimiento nacional. Los intereses parcializados de una dirigencia gremial atrincherada en sus baluartes sindicales, demostrando su limitada capacidad para plantear una alternativa al conjunto de la sociedad. Un elenco partidario que evidenció un perfil de figuras frágiles, con dependencias contraproducentes respecto de los aparatos y una marcada desarticulación de propósitos que lo volvieron inocuo en momentos críticos. En este cuadro se manifiestan las limitaciones del presidente Perón para consolidar, a través de su propuesta de un proyecto nacional, las diferentes expectativas que había aunado en etapas previas de lucha; equivocándose en su permisividad frente al avance lopezrreguista y en su elección de Isabel Perón como vicepresidenta de la Nación y del partido Justicialista.

Con la muerte del general Perón estalla dramáticamente este conjunto de contradicciones, frustrando esa propuesta que luego, con el arribo de la dictadura y su planificada represión, costaría la vida de miles y miles de peronistas y jóvenes argentinos. Y ese encuentro de la historia, con la espectacularidad de las masas que imaginan su transformación, terminaría en un cuadro de fuerzas indefensas y disgregadas, en desencanto, en crisis abismal del proyecto nacional en la Argentina. Se debe asumir entonces, en su pleno significado, el costo de la revolución frustrada. Comprender que el peronismo comenzó a escribir, desde esa experiencia, uno de sus epílogos.

Sobre ese cuerpo social dolorido, la política global del Proceso actúa sin concesiones en la destrucción del movimiento popular: las medidas económicas desarticulan y empobrecen a la clase trabajadora y lanzan amplios sectores a la marginalidad y al desempleo; el terror rompe los lazos de solidaridad; la proscripción destruye los espacios de debate y organización popular y atomiza a un peronismo previamente desmoralizado. Y si bien durante este período se expresaron desde el peronismo algunos hitos de rebelión, también en él encontraría “amigos” y solícitos “agentes”, ese lúcido proyecto de desintegración del campo popular llevado adelante por las untas Militares.

A una década de fracaso del gobierno peronista y vivido el drama de la etapa militar, sentimos que de aquella gesta recuperamos la autenticidad de una esperanza política que anidó en millones de hombres y mujeres del pueblo. Recuperamos los significados transformadores que la impulsaron desde las bases sociales. Rescatamos los sentimientos profundos que engarzaron ese tiempo de los ‘70 con antiguos tiempos de la política popular argentina, que es sobre todo desesperada cultura de identidad que busca plasmarse. No olvidamos los sueños históricos de aquellas mayorías que pretendieron un destino de liberación nacional y social, más allá del derrumbe peronista y de la dictadura que aniquiló bestialmente esa empresa donde se sentía posible un cambio real.

El peronismo que quedó

Cuando cayó el gobierno militar –básicamente como consecuencia de la guerra de las Malvinas– el peronismo ya no pudo encarar, como en otras coyunturas, una oposición clara y definitiva al régimen del genocidio y la entrega ni interpretar las nuevas expectativas de la mayoría de los argentinos.

No pudo reencontrarse con aquel sentido histórico que le había dado vida, ni revisar críticamente el pasado con una dirigencia que conquistaba puestos de mando sobre el retroceso de las históricas corrientes libertadoras del Movi-

miento. No pudo reasumir su sentido popular ante el vacío oportunismo de sus “nuevos guías” convencidos de que nada había cambiado en la sociedad y de que la manipulación de los discursos sobre luchas pasadas podía más que la realidad de los recuerdos ciertos. No pudo ser una alternativa creíble por el desprecio de sus “notables” a las renovadas aspiraciones de democracia y cambio en los procedimientos políticos, que expresaba en un país asfixiado de soberbias, autoritarismos y verticalidades castrenses. Ni por la manifiesta coincidencia de numerosas figuras dirigentes con el continuismo militar pactando “historias saldadas” y desconsiderando de manera impúdica, pero ideológicamente coherente, el trágico tema de los derechos humanos, pese a que el peronismo había sido principal víctima.

De tal forma, el Movimiento Peronista no solo dejó de expresar las mutaciones producidas en el país luego de una década turbulenta sino que se solazó en la regresión de sus posturas. Renegó de argumentos y decisiones con los cuales había democratizado a la sociedad muchos años antes. Se alió con los “dueños de la tierra”. Descubrió su afinidad con el empresariado más rancio y monopólico. No le alcanzaron elogios para rescatar y amnistiar a las fuerzas armadas que actuaron en su destrucción. “Realizó” su vocación latinoamericana abrazándose al nacionalismo oligárquico expansionista contra el “enemigo” chileno. Recuperó, al elegirla como “interlocutora imprescindible”, la imagen de una cúpula eclesástica retrógrada que, a diferencia de otras iglesias de América latina, se abstuvo de anunciar ante su sociedad y el mundo la barbarie que asoló a la Argentina.

En síntesis, a través de muchos de sus máximos dirigentes, caudillos zonales, doctores liberales, señores feudales de sindicatos y provincias, ideólogos explícitos del fascismo, amigos de Camps y Galtieri, junto a nuestra propia impotencia derivada, entre otros factores, de una equívoca disciplina partidaria que nos llevó a una indudable indulgencia y a una

creciente marginación, el peronismo pone de manifiesto que había sufrido, inapelablemente, las consecuencias de una historia que no pudo resolver. Que había quedado definitivamente en manos de aquellos sectores peronistas para quienes la derrota de las corrientes transformadoras del Movimiento fue la clave de su coronación. Fue la definición, a su favor, del pleito entre el peronismo de la liberación forjado durante años de dura experiencia y el partido de la coalición de derechas.

El fracaso de la renovación

Contra esta situación se levantó una propuesta de renovación peronista plagada de contradicciones y adscripciones azarosas que no fue capaz de plantear opciones reales. Porque lo que resultó más que evidente fue que las discrepancias entre las cúpulas justicialistas –inmersas en un mundo de conciliábulo, asados confraternizadores, hipocresías y apuestas a ganador– ya no reflejaban ni sintetizaban ninguna de las grandes problemáticas de la sociedad y el hombre argentino. Era la disputa de espacios sin contenidos, de consensos ficticios, de controles superestructurales sin proyectos de grandeza.

El rápido deterioro y el triste final de los llamados renovadores o la emergencia de “alternativas” personalistas fabricadas por los “mass media”, con lenguajes lavados que jamás cuestionaron nada de esta historia, potables para todo o integrables a cualquier cosa, son datos que marcan los límites para una modificación real de las estructuras del Movimiento.

Creemos que este resultado de la crisis del peronismo –convertirse en un partido del Orden para administrar a una sociedad autoritaria– era una de las posibilidades de la crónica del movimiento nacional. No consideramos que sea un producto de la casualidad o de un imprevisto de la historia. Sí de una consecuencia de potencialidades que nunca terminaron de articularse adecuadamente, de circunstancias trascendentes que se desbarrancaron, de reiteradas políticas represivas que calaron hondo, de aparatos muchas veces hegemonizados

por aquellos que hoy, a su manera y desde sus estrategias, se sienten herederos de las luchas populares de cuatro décadas y depositarios de la “revolución nacional”; pero en este caso al servicio del fin de la democracia, de la oligarquía empresaria, del militarismo y los cazadores de brujas.

Por eso nuestra evaluación de los hechos que definen actualmente al justicialismo va más allá de la buena o mala fortuna de algún núcleo renovador o de las especulaciones sobre guarismos en elecciones futuras. Consideramos que evidencias más profundas y decisivas atraviesan la realidad del peronismo y tienen que ver con su descomposición como fuerza y trinchera de integridad moral para una sociedad castigada y con el vaciamiento conceptual de una política. Que ninguna figura importante del Movimiento en estos últimos dos años se haya hecho escuchar en su decisión de romper en términos drásticos con esta dolorosa parodia no es producto de que “las circunstancias no están dadas”: habla elocuentemente de la contaminación de este peronismo, incapaz de reinaugurar una historia nacional que encalló hace tiempo.

La nuestra no es, entonces, una disconformidad circunstancial. No es simplemente un desacuerdo con ciertos procedimientos o metodologías lo que nos diferencia de este peronismo. Es la conciencia de que se arribó a un límite frente al cual ya no tiene sentido seguir considerándose parte de una misma política, en su tiempo creada y recreada por el pueblo. Es una cuestión de dignidad con la propia memoria, con la historia y los valores que la alentaron, frente al “negocio de la política”, aun de la bienintencionada.

De estos dirigentes peronistas nos distancian concepciones, experiencias, interpretaciones del pasado, conductas éticas, procedimientos para hacer política y visiones sobre la sociedad que queremos. Pero, por encima de todo, hemos extraído una renovada enseñanza del pueblo, ya que, para nosotros, la división del Movimiento Peronista no se ha dado

tanto en forma vertical y por opciones políticas sino de manera horizontal: entre una parte mayor de la dirigencia y las bases populares que paulatinamente se alejan de la que fuera su causa política indoblegable.

Nuestra decisión

Por todo esto, nos apartamos en forma definitiva. Decimos basta frente a una realidad que tergiversa y olvida lo que significó para nosotros y para muchos como nosotros ser parte del movimiento peronista. Decimos basta a lo que ya no nos representa. Decimos basta a este universo carcelario para las nuevas ideas que termina involucrando a los intentos críticos para condenarlos a una lucha interna sin horizontes. Decimos basta a los actos de homenaje y a las alianzas espurias con los almirantes y generales del Proceso, a las posiciones peronistas oficiales sobre la patria potestad o la ley de defensa nacional, a los “olvidos” cómplices de ciertos dirigentes sindicales ante el asesinato de sus compañeros, a la metodología que desprecia la confrontación con las bases, a la traición de los más caros ideales de nuestra historia popular. Decimos basta a un doctrinarismo disecado porque creemos en la necesidad de revisar profundamente nuestro ideario para que pueda expandirse una nueva imaginación política, una nueva edad moral, humanista, de proyectos y fraternidades, popular y nacional, latinoamericana y antiimperialista.

No nos seducen los cantos de sirena de aquellas posiciones que entienden a la democracia como proceso exclusivamente institucional y pretenden ceñirla a un modelo liberal decimonónico. No aceptamos las nuevas interpretaciones del radicalismo y de la derecha modernizante que barren de un plumazo el significado de cincuenta años de crónica argentina, considerándola como mero “encadenamiento de equivocaciones” supuestamente terminadas en octubre de 1983. No nos convencen los revolucionarismos de textos en desuso de ciertas izquierdas que descubren, cuando ya se acabó la película, las

bondades de un aparato peronista en descomposición. No coincidimos con izquierdas desencantadas de sus propias biografías que renuncian a llevar adelante ideas de transformación en nuestra historia ni con aquellas otras que sustentan, sin revisar ni enriquecer, un cuerpo de consignas liberacionistas de hace veinte años.

Por todo lo expuesto:

1. Abandonamos las estructuras orgánicas del Movimiento Peronista y renunciamos a nuestra afiliación al Partido Justicialista –que también significa abandonar estériles ilusiones de lucha interna– porque entendemos que la actual conducción encarna un espíritu antidemocrático, incapaz de convocar a las mayorías argentinas tras un proyecto nacional, popular y de unidad latinoamericana.

2. Ratificamos nuestra identidad peronista; porque eso fuimos, porque eso somos, porque inscriptos en esa tradición política hemos transitado momentos fundamentales del país y de nuestras vidas. Pero también nos declaramos abiertos a la confluencia con aquellas propuestas nacionales que aspiren a la renovación de la cultura política argentina en el marco de una democracia representativa y social. Desde esta perspectiva, queremos recuperar esa fecunda experiencia peronista que sabemos se encuentra hoy viva en hombres, mujeres y jóvenes argentinos, en organismos sindicales renovados, en realidades regionales, provinciales y barriales, o en el silencio y la espera, convencidos todos ellos de la necesidad de decir basta e inaugurar una nueva etapa en la marcha del pueblo.

3. A partir de esta decisión colectiva, nos proponemos contribuir a la apertura de un profundo debate político, ideológico y cultural para reinterpretar los significados de nuestra sofisticada historia política y la del conjunto del campo nacional; para analizar la actual realidad del país condicionada por una dura dependencia externa y por inoperancias internas, buscando respuestas a los problemas planteados por este tiempo

de intensa crisis. Debate para reformular concepciones y enriquecer la crítica; para liberar al pensamiento y la acción de interpretaciones reduccionistas de la política; para reconocer y discutir las nuevas referencias, proyectos, teorías y estrategias de la realidad internacional en la que, junto con América Latina, estamos directamente involucrados. Debate que nos vincule con nuestra generación y con aquellas más jóvenes preocupadas por el destino del país; con las distintas prácticas políticas, sindicales y culturales de los argentinos que no abdican en sus sueños de cambio; y nos proyecte a un nuevo compromiso con las mayorías populares.

4. Como militantes de un proyecto que escribió una apasionada historia de las luchas sociales argentinas abandonamos las estructuras del peronismo con la plena conciencia del significado de nuestra decisión –del desgarramiento que nos provoca– y respetando las opciones de cada peronista que, compartiendo nuestra incertidumbre, la enfrente de la manera que considere más correcta.

Buenos Aires, 19 de agosto de 1985.

Equipaje para el exilio (Jorge Luis Bernetti)

Detesto la primera persona del singular para el texto periodístico y el ensayo, pero su uso se hace imprescindible en un libro testimonial donde la referencia personal presiona ineludible.

Mi exilio comenzó el 12 de octubre de 1974, día en que salí por Ezeiza hacia Lima (Perú). Dos semanas después, desde la capital peruana, viajaba en esa misma condición hacia La Habana (Cuba). Allí permanecería hasta el comienzo de agosto de 1975. El 11 de ese mes llegaba a México D.F, la capital que nombra al país donde estuve hasta el 25 de diciembre de 1984, previo reencuentro con la Argentina en un tramo que corrió desde el 12 de diciembre de 1983 al 12 de enero de 1984.

El exilio fue consecuencia de la derrota del proyecto político de la liberación peronista, de aquel de la izquierda peronista y, específicamente, de Montoneros. La salida al exilio fue la reacción preventiva frente a la brutal ofensiva reaccionaria y la errada supuesta “construcción de poder popular” que no solamente equivocaba el rumbo, sino que desprotegía a la militancia de ese proyecto.

Recuerdos de la acción para cambiar la Argentina. Primero, militante católico “progresista” en la Juventud Estudiantil Católica (JEC) del Nacional Buenos Aires; luego participante en el grupo Larja, juventud del “Tercer Movimiento Histórico”; más tarde, integrante de la Acción Revolucionaria Peronista (ARP) de John William Cooke; y secretario de redacción, en sus inicios, de la revista *Cristianismo y Revolución*; militante de la Democracia Cristiana. Fui integrante de JAEN, uno de los grupos concurrentes a la vasta corriente de la Tendencia Revolucionaria del peronismo. A finales de la década de 1960 había comenzado a trabajar como periodista y a encenderme en el sindicalismo periodístico. Como cofundador del Bloque Peronista de Prensa (BPP) participé de ese huracán de movilizaciones de la década de 1970. Ese Bloque era parte de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el frente de masas que conducía Montoneros. El trabajo sindical en el bloque, desarrollado en la desaparecida Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA), fusionada en 1986 con el Sindicato de Prensa de la Capital Federal en la UTPBA, tuvo presencia en numerosas empresas periodísticas. En agosto de 1974, la lista Naranja –que yo encabezaba– y que el Bloque hegemonizaba, era la favorita para ganar los comicios de la APBA. Otero, el ministro de Trabajo de Isabel Perón, intervino el gremio. Siempre a partir del periodismo nos encontramos con Mempo Giardinelli en Resistencia, y desde allí marchamos a muchas gloriosas asambleas sindicales en la Editorial Abril y en la APBA.

En el verano del 73 recorrí privilegiadamente el país junto a Héctor J. Cámpora, candidato presidencial del peronismo,

en tanto coordinador de prensa en esa gira de acentos épicos. Esa esperanza equívoca duró poco tiempo.

En julio de 1974, las cartas estaban echadas. La derrota se perfilaba como aniquilamiento al intentar resolver la circunstancia política en un marco de enfrentamiento militar. El exilio fue la salida personal a partir de la salida de la “organización”. Cuba fue un pasaje que sería, finalmente, intermedio para una vida no imaginada en México. Hacia Cuba viajé junto con mi compañera Silvia Rudni. Los hombres del periodismo cubano, necesariamente unidos a la política de la Revolución, nos abrieron las puertas de la capital caribeña. Casi diez meses en la isla constituyeron una suerte de paréntesis. La vida de trabajo se reveló imposible en Cuba y luego del agradecimiento a la puerta abierta, viajamos con Silvia a México D.F. Allí, en noviembre de 1975, luego de una breve enfermedad, Silvia murió.

Cuando partí al exilio mentí a mi madre y a mi hermana: “esto va a durar dos o tres años”. Pensé en el doble. En México se alargaron aquellas previsiones luego de que el golpe procesista se asentara con su ferocidad planificada, aunque luego la derrota en la aventura de Malvinas cambió abruptamente las expectativas. En enero de 1977, todo era negro. Y fue en este caso un desesperado aferrarme a la vida mientras apuntaba los secuestros y asesinatos de queridos compañeros, lo que me condujo –auxiliado por las muy buenas condiciones mexicanas– a proyectar nuevas alternativas. Juntarme con los otros exiliados, reagruparme con los peronistas que veníamos de Montoneros o de otros sectores y que, desde diversas perspectivas, teníamos una honda insatisfacción con ese Movimiento al que habíamos –muchos de nosotros– ingresado como “juventud nacionalizada” de las décadas de 1960 y 1970. Tuve la posibilidad de poder trabajar en mi profesión, sobre todo en el diario *El Universal*. Ingresé en la hoy añorada Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde me gradué en la Facultad de Ciencias Políticas (el patio abierto de esa casa era

un cruce del pensamiento progresista mexicano y latinoamericano). Todas ellas fueron alternativas vitalizadoras. Y pensar críticamente al país, también. Participé en el grupo “Reflexivos” de ex montos que discutió en largas noches de la Villa Olímpica, el peronismo, el socialismo, la guerrilla, la democracia. Allí nos conocimos con Adriana Puiggrós, mi compañera desde 1979, con la que volvimos a Buenos Aires en 1984.

Asesinato, secuestro, tortura, prisión, exilio interior, exilios difíciles, fueron categorías terribles de esos años impiadosos. México fue de los exilios más favorecidos adonde arribé por una enorme dosis de azar, porque bien podría haber sido España, ¿por qué no Suecia? *Mirta de Liniers a Estambul* es realismo socialista: compañeros de carne y hueso deglutieron lenguas escandinavas.

¿Qué fue más difícil, partir o volver? Volver a empezar siempre contiene esperanza hasta cuando dije adiós a un país donde me había hecho un espacio rector y asumido sensorialmente América Latina. Biografías, testimonios, balance analítico, todo sirve para construir un fresco del último exilio, momento inescindible de la historia argentina durante la dictadura del Proceso.

Memoria política personal (Mempo Giardinelli)

Provengo de una familia altamente politizada: mi abuelo paterno fue militante socialista en Ramos Mejía; mi abuelo materno fue dirigente conservador y jefe de policía en un pueblo del oeste bonaerense. Mi padre y mi madre se unieron, pues, en correlativas rebeldías y construyeron una familia –en los 40 y 50– que políticamente se definía como radical y visceralmente antiperonista. Mi única hermana y yo fuimos criados en medio de la admiración ética a don Ricardo Balbín, quien cada vez que visitaba el Chaco era recibido en mi casa –casi un comité opositor hasta 1955– y con quien de niño yo tenía la familiaridad que se tiene con los tíos.

Me sentí siempre radical, seguramente por influjo del hombre que más profundamente marcó mi vida: mi cuñado

Buby Leonelli, para mí un segundo padre después del prematuro fallecimiento de mi papá, cuando yo todavía era un niño. La primera lucha política de la que me sentí partícipe –a los 11 años– fue por la enseñanza laica, en 1958. La primera pared que pinté en mi vida –a los 12– expresaba consignas de la Juventud Radical.

Entre los 16 y los 21 años cursé la carrera de Derecho en la Universidad Nacional del Nordeste, en la ciudad de Corrientes, y allí simpatiqué con diversos grupos de izquierda ligados a la FUNE (Federación Universitaria del Nordeste) y procurando siempre tres cosas: no ser ni antirradical ni antiperonista; ser ante todo librepensador y no dogmático; y no afiliarme al Partido Comunista. Solo cumplí esto último, quizá porque a los 18 años simpatiqué durante un breve tiempo con las posiciones maoístas de lo que se llamó Vanguardia Comunista.

Toda la mañana del 28 de junio de 1966, poco antes de cumplir mis 19 años, me recuerdo llorando de impotencia y rabia porque el general Juan Carlos Onganía había derrocado al gobierno radical de Arturo Illia y porque había demasiada gente contenta con ese golpe de Estado y en los diarios y radios se hablaba de una “expectativa esperanzada”. Fue la primera vez en mi vida que sentí fastidio ante ciertos irresponsables ataques de felicidad del pueblo argentino. Y también por primera vez me di cuenta de que cuando se coarta la democracia y se imponen el autoritarismo y la censura, no queda otra salida que resistir.

En 1969 conocí a Jorge Bernetti. El había sido enviado a Corrientes para cubrir periodísticamente las revueltas estudiantiles correlativas al Cordobazo. En aquellos días nació nuestra amistad y empezamos a construir una confianza política que ha sido y sigue siendo uno de los tesoros de mi vida. A fines de ese año me fui a vivir a Buenos Aires y empecé a trabajar en la vieja, desaparecida Editorial Abril. Milité en el gremio de prensa (entonces Asociación de Periodistas de Buenos Aires; hoy la UTPBA) y fui delegado del personal de esa

empresa durante varios años. En 1972 ya militaba en el peronismo revolucionario. Como tal estuve en Gaspar Campos, en la fundación de la JTP (Juventud Trabajadora Peronista) en la Federación de Box, en todas las listas electorales y conflictos gremiales de prensa. Fui detenido en marzo de 1974 en la sede de la JTP de la Avenida San Juan, y en septiembre de ese año cuando la revista *Causa Peronista* se ufano del asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, aunque yo no era montonero sentí repulsión, vergüenza y miedo, y empecé a distanciarme de aquella militancia. En 1975 terminé mi primera novela, que fue publicada por la Editorial Losada, pero como apareció inmediatamente después del golpe de marzo del 76 fue secuestrada y quemada. Entonces marché al exilio.

En México me acerqué fugazmente al COSPA (Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino) y luego trabajé y milité varios años en la CAS (Comisión Argentina de Solidaridad), donde encontré un espacio plural y democrático y donde llegué a compartir responsabilidades del exilio de las que habla este libro.

En 1973 me había afiliado al PJ. Fue la primera y única vez en toda mi vida que formé parte de un partido político. Renuncié públicamente en 1985, junto con un grupo de intelectuales, y de eso también da cuenta este libro.

Desde que regresé a la Argentina, en diciembre de 1984, me he dedicado a la literatura, el periodismo y la docencia. Nunca en mi vida fui asalariado de ninguna entidad pública, nacional, provincial o municipal, ni tampoco estuve a sueldo de ninguna organización política. Considero que mi independencia es uno de los máximos valores que poseo. Aunque también sea, acaso, mi mayor limitación.

Pero éste he sido y éste soy, y siento que así debía manifestarlo en este libro.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abal Medina, Juan Manuel 88, 102, 110, 111, 116, 117, 120, 121, 168, 207, 213, 260, 263, 265
- Ábalo, Carlos 26, 76, 79, 95, 102, 129, 169, 235
- Abós, Álvaro 277
- Acevedo, Georgina 132
- Acosta, Horacio 170
- Acosta, Mariclaire 101
- Adellach, Alberto 169
- Aguad, Beatriz 171
- Agüitara Gómez, Manuel 269
- Allende, Oscar 92, 119, 127, 174, 179, 274
- Alfonsín, Raúl 22, 92, 101, 111, 142, 174, 178, 179, 180, 274
- Allende, Salvador 55, 161, 191
- Almeyra, Guillermo 102, 170
- Alponte, Juan María 228, 229
- Altomaro, Andrés 170
- Amado, Ana María 123, 170, 245, 264, 277
- Amado, Elsa 171, 245, 264
- Amicha, Isabel 246
- Amirante, Norma 249, 264
- Amorín, José 170, 264
- Amoroso, Nicolás 169, 171

Añón, Juan 76, 84, 88, 245, 246, 262, 264
 Añón, Norma 246, 264
 Aramburu, Pedro Eugenio 295
 Arenal de Ocampo 269
 Arenal de Siqueiros 269
 Argumedo, Alcira 96, 155, 171, 245, 249, 264, 277
 Arias, Alfredo 168
 Arias, Jorge 264
 Aricó, José 79, 129, 169, 235
 Arnaud, Vicente G. 179, 180
 Arnoig, Estela 168
 Arregui, Marta 171
 Aura, Alejandro 101
 Aymamí, Jorge 269
 Aznárez, Carlos 130

Bag, Rubén 245, 249, 264
 Bagú, Sergio 102, 169
 Baigorria, Iván 99, 169
 Balbín, Ricardo 70, 216, 230, 273, 274, 293
 Balcárcel, José Luis 140
 Banzer, Hugo 52
 Barberis, Nerio 169
 Bardini, Roberto 122, 170, 264
 Barrancos, Dora 277
 Barros, Norma 171, 262
 Bartolucci, Cristina 169, 277
 Bartolucci, Jorge 172, 245, 249
 Bavio, Ernesto 249, 264
 Bavio, Gerardo 264
 Bayer, Osvaldo 147

Becerra Acosta, Manuel 123
 Bejarano, Eduardo 170, 245
 Benedetto, Leonor 181
 Bengeldorf, Walter 119
 Berlak, Miryam 264
 Bermann, Sylvia 171, 210, 211, 264
 Bermúdez, Dora 249
 Bernal, Joaquín 111
 Bernasconi, Blanca 264
 Bernetti, Jorge Luis 76, 78, 99, 100, 123, 129, 207, 208, 209, 245, 246, 262, 264, 267, 277, 294
 Berrospe, Eduardo 210
 Bianchi, María del Carmen 171
 Bianchi, Marta 96
 Bicecci, Mirta 171
 Bidegain, Oscar 210
 Birgin, Haydeé 96, 98, 119, 168, 192
 Bittel, Deolindo Felipe 85, 92, 94, 214, 217, 238, 239, 244, 272
 Blanco, Elisa 264
 Blanco, Mónica 169, 245, 249
 Blaustein, David 168, 246
 Bleichmar, Silvia 171
 Blostein, Jorge 171
 Blostein, Mirta 170
 Boccanera, Jorge 123, 169
 Bocco, Gerardo 245, 246, 264
 Bonaparte, Laura 171
 Bonasso, Miguel 74, 114, 128, 169, 170, 210
 Bonino, Jorge 142
 Borg, Bjorn 49
 Borges, Jorge Luis 109

Borón, Atilio 172
 Bottinelli, Cristina 171
 Brandoni, Luis 96
 Braun, Oscar 95
 Briuolo, Isabel 168, 246
 Bruschtein, Luis 70, 75, 100, 123, 170, 245, 246, 264
 Buendía, Manuel 112, 113, 114, 153
 Bufano, Sergio 79, 170, 235
 Bullit, Celia 168
 Bunge, Jorge 170
 Burgos, Carlos 122, 170, 246
 Burkún, Mario 80, 100
 Bussi, Antonio Domingo 48
 Bussi, Hortensia 55

 Cabo, Dardo 58, 262
 Cabrera, Carlos 121
 Cádiz, Jorge 245, 264
 Calcagno, César 168
 Caldelari, María 235
 Calderón Puig, Emilio 116, 117
 Caletti, Rubén Sergio 75, 76, 83, 89, 129, 170, 207, 245, 249
 Calloni, Stella 170
 Camilión, Oscar 116
 Campbell, Federico 101
 Cámpora, Héctor (h) 76, 207, 209, 212
 Cámpora, Héctor José 14, 77, 83, 87, 88, 109, 110, 111, 114, 115, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 201, 203, 207, 208, 213, 247, 256, 257, 290
 Campos, Julieta 101
 Camps, Ramón 282

 Candia, José 172
 Cantinflas 27, 109
 Caputo, Dante 179
 Carballo, Emanuel 269
 Carbó, Teresa 170
 Cárdenas, Lázaro 109
 Carlos IV 28
 Carnero Checa, Genaro 190
 Cárpena, Enrique 172
 Carpío, Jorge 277
 Carvajal Moreno, Gustavo 119
 Casarini, Marta 171
 Castañeda, Jorge 116
 Castillo Marín, Luis 169, 245, 264
 Castiñeira de Dios, Carmen 249
 Castiñeira de Dios, Celso 155, 170, 249
 Castro, Florinda 168, 264
 Casullo, Nicolás 76, 83, 96, 123, 129, 130, 169, 170, 245, 249, 264, 277
 Cerejido, Marcelino 168
 César, Alfredo 168
 Chambouleyrón, Yván 168
 Charaviglio, Nilda 246
 Chávez, Gonzalo 210
 Chávez, René 210, 211, 264
 Checa, Susana 277
 Chiaramonte, José Carlos 169
 Chorne, Diana 171
 Chumbita, Hugo 130
 Ciechanower, Mauricio 170
 Ciriani, Gerardo 264
 Cismondi, Oscar 100
 Cocco, María Clara 171

Codina, Iverna 169
 Cohen, Noemí 75
 Colla, Norberto 246
 Colman, Oscar 80, 99, 100, 171
 Connors, Jimmy 49
 Conte Mac Donell, Augusto 180
 Conti, Haroldo 58
 Córdova, Alejandro 101
 Coria, Antonio 89, 128, 170, 264
 Cormick, Hugo 169, 249, 264
 Corral, Silvia 75, 100, 168, 262
 Cortázar, Julio 167
 Corvalán, Luis 54, 191
 Costaguta, Ema 171, 264
 Costamanga, Elisa 168
 Costantini, Humberto 169
 Crespo, Horacio 169, 235
 Cruces, Diana 171
 Cuestas, Raúl 170
 Cuevas, José Luis 269

 Damonte, Leticia 171
 De Borón, Nora 171
 De Brasi, Juan Carlos 169
 Debray, Regis 190
 De Cea, Marta 89
 De Espejo, Ana 168
 De Ipola, Emilio 79, 96, 171, 236
 De la Aldea, Elena 171
 De la Calle, Ángel Luis 137
 De la Madrid Hurtado, Miguel 117, 183
 Del Barco, Oscar 149, 169
 Del Bruto, Bibiana 277

 De Lella, Cayetano 171, 264
 Delich, Francisco 129
 De Lorenzo, Carlos 170, 245, 264
 Del Piero, María Victoria 122, 170
 De Negri, Roberto 110
 Denti, Jorge 169
 De Riz, Liliana 79, 172
 De Sarasqueta, Pedro 170
 De Torres, Emma 55, 190
 De Unamuno, Miguel 201
 Díaz, Alberto 169, 235
 Díaz, Caíto 170
 Díaz, Socorro 269
 Diez, Alberto 171
 Dinerstein, Aída 171
 Di Pardo, René 171
 Discépolo, Enrique Santos 109
 Domenella, Ana Rosa 169
 Donato, Hugo 169, 245, 264
 Dorra, Raúl 169
 Dos Santos, Theotónio 55
 Dri, Jaime 210, 211
 Dri, Rubén 102, 171
 Driben, Lelia 170
 Duhau, Emilio 246, 264
 Dussel, Enrique 169

 Echave, Luis 55
 Echeverría Álvarez, Luis 25, 109, 112
 Ehrenfeld, Susana 171
 Eliashev, José Ricardo 123, 170, 245, 262, 264
 Emer, Silvia 171
 Escayola, María 264

Escudero, José Carlos 170
 Esparis, Ricardo 170
 Espejo, Miguel 169, 262, 264
 Estesio, Roberto 100
 Esteva, Gustavo 269
 Estévez Boero, Guillermo 119
 Estrella Gutiérrez, Fermín 168, 245,
 247, 262, 264
 Ezcurra, Ana María 171, 264
 Ezcurra, Rosario 168
 Ezpeleta, Justa 171

 Fabris, Mirta 247
 Fasano Mertens, Federico 55, 125
 Federico, Alberto 80, 100, 168
 Feinmann, José Pablo 278
 Felipe, León 45
 Felipe, Liliana 170
 Félix, María 27
 Fernández, Agustina 235
 Fernández, Ana 171
 Fernández, Berta 190
 Fernández, Marta 168
 Fernández, Silvia 168
 Ferreira, Juan 137
 Ferreira Aldunate, Wilson 137
 Ferreyra, Emilia 171
 Ferreyra, Lilia 170, 245, 247, 262,
 Fidanza, Amílcar 75, 82, 98, 122,
 155, 170, 245, 249, 264
 Filipelli, Rafael 168, 236
 Firmenich, Mario 86, 90, 120, 194,
 207, 210
 Follari, Roberto 169, 171, 247, 264,
 Fonseca, Ricardo 247
 Fontanals, Jorge 169, 264
 Fontanals, Mirta 264
 Forster, Alejandro 171
 Forster, Ricardo 169
 Frondizi, Arturo 108
 Furlán, Alfredo 171
 Furlong, Liliana 278

 Gadano, Jorge 75, 170, 262, 264
 Galimberti, Rodolfo 74, 82, 83, 86,
 128, 192, 193, 194, 198, 269
 Galleti, Hugo 100
 Galli, Luisa 129, 245, 247, 262, 264
 Galtieri, Leopoldo Fortunato 113,
 114, 120, 162, 165, 261, 269, 270,
 273, 282
 Galván López, Félix 115
 Gandolfo, Zulita 168
 García, Rolando 168
 García, Susana 168
 García Canclini, Néstor 102, 171, 236
 García Márquez, Gabriel 190
 García Reynoso, Diego 171
 García Reynoso, Gillou 171
 García Riera, Emilio 101
 García Robles, Alfonso 110
 García Videla, Adolfo 168
 Garibay, Gustavo 101
 Garré, Nilda 88, 102, 119, 120
 Gelbard, José Ber 95, 151
 Geller, Lucio 80, 100, 169
 Gelman, Juan 74, 82, 86, 193, 194,
 198,

Geneyro, Juan Carlos 171
 Genoud, Claudia 262, 264
 Gertrudis, Héctor 114
 Getino, Octavio 169
 Geuna, Graciela 217
 Giardinelli, Mempo 99, 123, 129,
 169, 170, 245, 247, 262, 290
 Gil, Rodolfo 76, 168, 264
 Gilly, Adolfo 54, 102, 170
 Girola, Lidia 247
 Gola, Hugo 169
 Gómez Centurión, Carlos 115
 González, Horacio 278
 González, Ignacio 264
 González, Oscar 79, 123, 170, 236
 González Gartland, Carlos 32, 67,
 102, 168
 González Gentile, Roberto 171
 González Jansen, Ignacio 25, 122,
 170
 González Porcel, Lautaro 169
 González Salazar, Roque 109
 Gorlero, José 122, 170
 Gorra, Ana 247
 Graiver, David 151, 152, 153
 Gramsci, Antonio 202
 Greco, Guillermo 76, 159, 171, 247
 Grynberg, Isabel 245
 Guevara, Alfredo 88, 102, 168, 264
 Guevara, Ernesto "Che" 155
 Guevara de La Serna, Roberto 155
 Guillán, Julio 238
 Gulco, Julio 245, 249, 264
 Guzmán Galarza, Mario 55
 Guzzetti, César 110
 Habbeger, Florinda 262
 Halac, Ricardo 96
 Harguindeguy, Albano 111
 Herrera, Ana María 171, 245, 247
 Hollan Berlak, Tania 248
 Huerta, Efraín 269
 Iaccuzzi, Rafael 211
 Iglesias, Herminio 22, 178
 Illia, Arturo Umberto 195, 294
 Imbaud, Carlos 119
 Infante, Pedro 109
 Ingenieros, José 109
 Inza, Carlos 170
 Isabel II 118
 Jacob, Esther 169, 245, 247, 262,
 264
 Jaime, Armando 78
 Jansen, Víctor 264
 Jascavevich, Elsa 170
 Jáuregui, Luciano 151
 Jauretche, Arturo 63
 Jauretche, Ernesto 74, 88, 129
 Jiménez, Marta 168
 Jitrik, Noé 78, 79, 96, 98, 99, 100,
 101, 105, 142, 169, 192, 208, 209,
 267
 Jordá, Luis 190
 Joselevich, Pedro 169
 Jozami, Eduardo 102, 170, 179
 Julião, Francisco 55
 Kallman, Diana 170, 245, 262, 264
 Kamenszain, Tamara 169

Kaminsky, Gregorio 208, 209, 236
 Kaplan, Marcos 172
 Kapustin, Marta 171
 Karakachoff, Sergio 58
 Kauffman, Ana María 171
 Kennedy, Edward 136
 Kestelboim, Mario 73, 75, 155, 168, 245, 264
 Kragelund, Eduardo 170, 245, 247
 Kravzov, Jaime 190
 Krotsch, Pedro 172, 247, 278
 Kusnir, Daniel 171

 Labrín, Naldo 99, 129, 140, 170, 245, 264
 Laguzzi, Raúl 25, 168
 Laluf, Carlos 114
 Lamadrid, Mara 171
 Lamarque, Libertad 109
 Lamborghini, Leónidas 155, 169, 249
 Lambruschini, Armando 112
 Langer, Marie 171
 Lanín, Ricardo 264
 Lanusse, Alejandro Agustín 161
 Lapsenson, Susana 100, 168, 245, 262
 Lara, Agustín 27, 109
 Lara Villarreal, José Antonio 115
 Laxagueborde, Pedro 245
 Lázara, Simón 119
 Leal, Raquel 249
 Lebedev, Jorge 170
 Le Bozac, Mercedes 264

 Ledesma, José 75, 264
 Leduc, Renato 269
 Lencinas, Coca 211
 León, Luis Agustín 218, 219, 274
 Leonelli, Buby 294
 Leutier, José 264
 Levenson, Gregorio 210
 Lewin, Pedro 236
 Libertella, Héctor 169
 Lifchitz, Edgardo 169
 Litier, Mirtha 264
 Llobet, María 170
 Lodieu, Marcelo 247
 Lodieu, María Teresa 171, 26, 265
 López, Atilio 142
 López, Ernesto 102, 129, 171, 247, 262, 265
 López Mateos, Adolfo 108
 López Portillo, José 82, 112, 116, 136
 López Rega, José 25, 85, 196, 197, 205
 Lorenzano, César 99, 170
 Lovey, Osvaldo 211
 Luder, Ítalo Argentino 22, 92, 174, 178, 179, 180
 Lugones, Gustavo 169, 247, 265
 Lugones, Virginia 247

 Madero, Pablo Emilio 153
 Madero Garza, Beatriz 153, 248
 Madero Bracho, Enrique 153
 Maestre, Eusebio 99, 129, 172, 245, 262, 265
 Maira, Luis 55

Maldonado, Estela 171
 Maldonado, Felipe 169, 247
 Maldonado, Ignacio 171
 Mallo, Susana 172, 245
 Maló, Saúl 114
 Manrique, Francisco 121, 151
 Maradona, Diego Armando 49
 Marafioti, Roberto 278
 Marcos, Mercedes 249
 Marcovich, Héctor 168
 Marechal, Leopoldo 202
 Maresca, Bernardo 265
 Margulis, Elfi 171
 Margulis, Mario 171
 Marimón, Antonio 79, 123, 142, 170
 Marín, Juan Carlos 80, 171
 Marini, Ruy Mauro 55
 Marquis, Carlos 140, 171, 245, 249, 265
 Martina, Rosa María 171
 Martínez, Alicia 168, 245
 Martínez, Ana María 260
 Martínez, Ascensión 104
 Martínez, Carlos Alberto 151
 Martínez, Deolidia 171
 Martínez, Vicenta 104
 Martínez, Víctor 143
 Martínez de Hoz, José Alfredo 62, 95, 101, 124, 139, 159, 199, 224, 238, 239
 Martínez Erazo, Néstor 119
 Martínez Zemborain, Oscar 170
 Marx, Karl 234
 Matrajt, Miguel 171
 Matrajt, Mirta 171
 Massera, Emilio Eduardo 69, 110, 115, 151, 227
 Mauriño, Héctor 75, 102, 123, 170, 262, 265
 Mazure, Liliana 75, 168, 262
 Mejía González, Adolfo 269
 Melul, Sara 129, 169, 245, 262, 265
 Menassé, Adriana 262
 Menassé, Carlos 245, 262, 265
 Menéndez, Eduardo 168
 Menéndez, Mario Benjamín 164
 Mercado, Tununa 96, 170
 Mercer, Alicia 170
 Mercer, Hugo 170
 Merkin, Marta 96
 Miguel, Lorenzo 121
 Miguez, Susana 32, 67
 Millán de Astray, José 207
 Mintz, Regina 249
 Minujin, Alberto 170, 245, 249
 Miranda, Hugo 55
 Molina y Vedia, Eduardo 170
 Moon, Eduardo 278
 Moori-Koenig, Virginia 169
 Morán, Aldo 210
 Morán, Ariel Ítalo 155
 Moreira, Neiva 55
 Moreno Wonchec, Raúl 269
 Monsiváis, Carlos 101, 269
 Montemayor, Mariano 151
 Musicante, Rubén 171
 Naccarella, Elsa 170
 Nacht, Leopoldo 168

Nacht, Luis 170
 Nacht, Ricardo 171
 Nahmad, Salomón 101
 Nardelli, Jorge 265
 Nava, Thelma 269
 Negro, Raquel 113
 Nelrood, Mario 265
 Nervo, Amado 108
 Nethol, Ana María 170, 247
 Nudelman, Ricardo 79, 98, 99, 129, 169, 192, 208, 209, 236
 Nun, José 172

 Oblea, Emma 55, 190
 Obregón Cano, Horacio 168
 Obregón Cano, Ricardo 25, 48, 73, 74, 97, 113, 143, 210
 O’Gorman, Juan 26
 Oliveira, Inés 245
 Oliveira, Martín 245
 Onganía, Juan Carlos 294
 Orfila, Alejandro 151
 Orfila Reynal, Arnaldo 109, 169
 Orgambide, Pedro 123, 169, 210, 211
 Ortega, Cristina 247, 265
 Ortega, Daniel 54
 Oscos, María 171
 Osnajansky, Norma 170
 Osorio, Alfredo 168
 Otero, Ricardo 290
 Otheguy, María 265
 Ovalle Fernández, Ignacio 117
 Oviedo, Antonio 143

 Palacios, Alfredo 109
 Palacios, Nilda 169
 Palaviccini, Elsa 245
 Palermo, Vicente 278
 Palomas, Susana 171, 236
 Panebianco, Silvia 245, 262, 265
 Pasternak, Marcelo 171, 236
 Pastoriza, Lila 170, 265
 Patiño, Carlos 169
 Payró, Ana Lía 25
 Paz, Jaime 233
 Paz, Octavio 109
 Paz, Pedro 95, 102, 245
 Pedroso, Osvaldo 78, 79, 99, 100, 170, 208, 209, 219, 226, 236
 Pedrotta, Oscar 98, 168, 192
 Pegoraro, Juan 80, 99
 Penconing, Aldo 265
 Penconing, Liliana 265
 Peralta, María Guadalupe Georgina 190
 Perdía, Roberto 210
 Pereyra, Amador 176
 Pereyra, Carlos 101
 Pérez, Carlos Andrés 135
 Pérez, Rafael 25, 96, 98, 168, 192, 208, 209, 236
 Pérez Correa, Simón 190
 Pérez Esquivel, Adolfo 236, 237
 Pérez Portillo Tostado, Vicente 190
 Perón, Eva 246
 Perón, Isabel 25, 26, 57, 82, 85, 128, 134, 196, 198, 201, 204, 214, 233, 238, 240, 241, 245, 280, 290

Perón, Juan Domingo 19, 76, 82, 107, 110, 133, 134, 135, 137, 195, 196, 203, 213, 214, 241, 250, 261, 267, 279, 280
 Pesacovich, Fabio 265
 Pesce, Víctor 278
 Piacentini, Pablo 55
 Piccato, Miguel Ángel 98, 102, 123, 129, 141, 142, 143, 144, 170
 Piccini, Mabel 99, 170
 Pino, Leonardo 265
 Pinochet, Augusto 191
 Pirez, Pedro 100, 172
 Pisani, Olga 79, 171, 236
 Pol-Pot 202
 Porcu Zuca, Angelo 155
 Portantiero, Juan Carlos 78, 79, 96, 99, 102, 129, 171, 208, 209, 236
 Postinghel, Adriana 170, 247, 265
 Primo de Rivera, Miguel 201
 Prudencio, Oscar 55
 Pucciarelli, Alfredo 172
 Pugliese, Oscar 170, 274
 Puiggrós, Adriana 25, 76, 102, 129, 171, 245, 247, 292
 Puiggrós, Rodolfo 25, 26, 52, 73, 74, 97, 122, 137, 138, 139, 140, 141, 169, 170, 211
 Puiggrós, Sergio 140

 Quijano, Carlos 55, 71, 201, 222
 Quintar, Aída 245, 249
 Quiroga, Horacio 167
 Quiroga Santa Cruz, Marcelo 55, 190, 233

 Rabanaque Caballero, Raúl 119
 Rabotiknoff, Nora 171
 Ramírez y Ramírez, Enrique 122, 138
 Ramos, Jorge 245, 249, 278
 Ramos, Juan 247
 Reagan, Ronald 256, 259
 Remedi, Eduardo 171
 Resmaro, Javier 269
 Reutemann, Carlos 49
 Reviglia, Ramón Antonio 155
 Reyes, Alfonso 109
 Reyes, Simón 233
 Riccio, María Eugenia 171
 Righi, Esteban 25, 73, 75, 76, 82, 83, 84, 96, 97, 98, 99, 125, 133, 134, 137, 168, 192, 208, 209, 245, 247, 265
 Ríos, Humberto 168
 Rivera Terrazas, Luis 190
 Robledo, Ángel 109
 Roca, Juan Carlos 170
 Rodríguez, Azucena 171, 262
 Rodríguez, Horacio 170, 236
 Rodríguez, José 121
 Rodríguez, Miguel Ángel 98
 Rodríguez Anido, Julio 210
 Rojas, Gloria 171
 Roldós, Jaime 135
 Romero, Javier 141
 Rosell, Hebe 170
 Rosenfeld, Nora 236
 Rosenzvaig, Adriana 245, 265
 Rossovsky, Mirta 169

Rotenberg, Marta 265
 Roth, Miguel 168
 Rouquié, Alain 101
 Rubli, Diana 171
 Rucci, José 196, 204
 Rudni, Silvia 291
 Rulfo, Juan 109

 Saadi, Vicente Leónidas 120, 270, 274
 Saint-Jean, Ibérico Manuel 230
 Sáinz, Gustavo 101
 Salamanca, René 142
 Salinas, Martín 169
 Saltalamacchia, Rodolfo 172
 Salvia, Agustín 245, 265
 Sánchez, Alejandro 190
 Sánchez Cárdenas, Carlos 141
 Sandino, Augusto 53, 54, 268
 Sandler, Héctor 73, 78, 102, 131, 155, 168
 Sandrini, Luis 109
 Santucho, Julio 155
 Sanz, Susana 210, 211, 265
 Sarrasqueta, Pedro 262, 265
 Saslavsky, Marta 171, 245, 247
 Scarpato, Marta 245
 Schapira, Mónica 171
 Schavelzon, Guillermo 169
 Schenquerman, Carlos 171
 Scherer García, Julio 124
 Schiffrin, Graciela 171
 Scornik, Horacio 171

 Schlaen, Nora 99
 Schmucler, Héctor 70, 71, 76, 83, 129, 155, 170, 207, 214, 215, 216, 223, 224, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 245, 249
 Schmucler, Sergio 249
 Schulein, Silvia 123, 170, 245, 265
 Segovia, Rafael 101
 Selser, Claudia 171
 Selser, Gregorio 53, 79, 102, 122, 170
 Selser, Irene 171
 Sempat Assadourán, Carlos 169
 Seoane, María 95, 123, 170
 Serafini, Horacio 114, 123, 170, 236
 Serra, José 262, 265
 Sesad, Pedro Julio 114
 Sigaut, Lorenzo 254
 Silberberg, María Inés 245, 249
 Silberberg, Silvia 265
 Siles Suazo, Hernán 140, 233
 Silva, José 169, 245, 247, 265
 Simpson, Máximo 96
 Sinay, Sergio 123, 169, 170
 Sladogna, Alberto 171
 Slemenson, Adriana 171, 265
 Solano López, Francisco 162
 Solís, Octavio 190
 Sombra, Delfor 245
 Somoza, Anastasio 52, 54, 56
 Sosa, Juan 170, 245, 265
 Sosa, Yon 54
 Spagnolo, Alberto 80, 100
 Squarzon, Elena 100, 262, 265

Stavenhagen, Rodolfo 101
Stefani, Enrico 168
Stolkiner, Alicia 171
Suárez, Carlos 25, 26
Suárez, Luis 190
Sule, Anselmo 55

Talento, Miguel 76, 78, 84, 102, 171,
245, 247, 265
Tamarit, José 247, 265
Tassara, José 247
Tedesco, Viviana 265
Terán, Oscar 79, 129, 169, 236
Terragno, Rodolfo 147
Terrero, Patricia 278
Terzaga, Moro 143
Teubal, Miguel 169
Thevenon, Raquel 170, 265
Tickell, Crispin 117, 118
Todesca, Alicia 247
Todesca, Jorge 76, 102, 169, 245,
247, 265
Tomassini, Roberto 169
Torrecillas, Graciela 249
Torres, Juan José 55
Torres, Susana 265
Torrijos, Omar 135
Tosco, Agustín 142
Trillo, Carlos 278
Tronquoy, Mariana 171
Troya, Estela 171
Tula, Jorge 79, 129, 236
Turner, Jorge 140

Ugarte, Manuel 108
Ulanovsky, Carlos 96, 170, 182
Uribe Escandón, Humberto 112

Vaca Narvaja, Fernando 210
Vaich, Susana 265
Vainstock, Otilia 171
Valenzuela, Tulio 112, 113, 114
Valdez Palacio, Alfredo 190
Vanella, Carlos 122, 170
Vaquero, José 151
Varela, Alfredo 119
Vasconcelos, José 109
Vázquez, Jorge 120
Vázquez, José María 100
Vázquez, Nélide 262
Vázquez, Rafael 117, 118
Vázquez Pallaras, Natalio 269
Vélez, Ignacio 88, 169, 245, 247, 265
Veocia, Teresa 265
Verde, Héctor 278
Verlichak, Victoria 170, 265
Vértiz, Juan José 108
Vesco, Robert 151
Videla, Jorge Rafael 60, 69, 111, 112,
123, 151, 157, 159, 181, 201, 226,
227, 273
Vilas, Guillermo 49
Villa, Ana 170, 245, 262, 265
Villaflor, Osvaldo 89, 102
Villar, Julio 76, 96, 165, 169, 245,
247, 265
Villar, Raquel 168, 265
Villareal, Juan 169, 245, 265
Villareal, Sofía 78, 99, 171, 208, 209

Villaverde, Alicia 170
Viñas, David 169
Viola, Roberto Eduardo 69, 102,
112, 115, 116, 151, 157, 162, 241,
242, 254, 270, 273
Vitali, Elvio 78, 99, 208, 209, 245,
247, 265
Vuskovic Bravo, Pedro 55, 190

Wainfeld, Mario 278
Walsh, María Victoria 58
Walsh, Rodolfo 58
Wegier, Andrés 168, 247, 265
Winkler, Jaime 171
Wohlers, Patricia 168

Yager, Raúl 140
Yofre, Francisco 76, 245, 247, 265
Yofre, Ricardo 151
Yrigoyen, Hipólito 107
Yrigoyen, Hipólito Solari 129
Yulis, Silvia 75, 262, 265
Yuzuk, Nélica 168

Zaga, Nora 170
Zavaleta Mercado, René 55
Ziccardi, Alicia 172
Zylberberg, Enrique 129, 168, 245,
262, 265
Zolla, Carlos 168

ÍNDICE

- 11 **Prefacio a esta edición**
- 13 **Palabras preliminares** (de la versión original)
- 17 **Prólogo a la primera edición**
 - Exilio: En las vísperas de una tormenta del azar
 - Por Ernesto López

- 25 **Capítulo uno. La llegada a México**
- 28 La organización del exilio
- 32 Los problemas laborales
- 37 La educación de los hijos en el exilio
- 41 Visión argentina del mundo
- 44 Visión mexicana de los argentinos
- 47 El país visto desde México
- 52 El redescubrimiento de América Latina
- 57 Los peores años

61	Capítulo dos. Denuncia y solidaridad
66	Los derechos humanos en el exilio mexicano
73	Grupos políticos en el exilio
81	El peronismo: debate y tendencias
89	La izquierda: debate y tendencias
92	Las grandes polémicas del exilio
96	La historia de la CAS
107	Capítulo tres. las relaciones bilaterales México-Argentina
118	Los que pasaron por México
121	La información sobre el país
126	Publicaciones del exilio
131	Tres símbolos del exilio: Héctor J. Cámpora, Rodolfo Puiggrós Miguel Angel Piccato, el radical de México
145	Capítulo cuatro. El temor a cómo nos veían en la Argentina
148	Casos que conmocionaron al exilio
156	El Mundial de Fútbol de 1978
160	La guerra de las Malvinas
165	La cultura argentina en el exilio mexicano
172	Los jóvenes en el exilio
175	La pareja en el exilio
178	Cómo votó el exilio el 30 de octubre
182	Las despedidas
184	Palabras finales
187	Apéndice documental
187	Documento 1 . De la Declaración de Principios de la CAS
188	Documento 2. Carta Demanda al Presidente de la República Argentina
190	Documento 3. Carta a la Casa de Chile en México
192	Documento 4. Estallido en la cumbre (1). La crisis de los Montoneros Estallido en la cumbre (2). Seis años atrás Estallido en la cumbre (3). Las culpas de una matriz El rumbo de la Argentina (4). Alianza Cívico-Sindical Oposición, Reflexión, Crítica (5 y fin) Un final y un principio

- 202 Documento 5. Trayectoria y papel de los Montoneros
- 207 Documento 6. “Bienvenido, Dr. Cámpora. Continuemos la lucha por el salvoconducto de Héctor Cámpora (h) y de Juan Manuel Abal Medina”
- 208 Documento 7. Contra el plan político y gremial de la junta militar argentina
- 209 Documento 8. Movimiento Peronista Montonero
- 211 Documento 9. Declaración de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)
- 213 Documento 10. Participación por aniversario muerte de Perón
- 214 Documento 11. “1974 –1º de julio –1980”
- 214 Documento 12. Desaparecidos: El inaceptable blanqueo que propone la Junta
- 217 Documento 13. El testimonio de los sobrevivientes
- 222 Documento 14. Los sobrevivientes de los testimonios
- 229 Documento 15. COSOFAM: “Solo la verdad hará posible la convivencia”
- 232 Documento 16. Los peronistas exiliados en México crearon la COPAMOA
- 233 Documento 17. Ante el golpe militar en Bolivia
- 233 Documento 18. Constitución de la Mesa Socialista
- 236 Documento 19. El exilio argentino y el Premio Nobel de la Paz
- 237 Documento 20. El Nobel: condena a la dictadura argentina
- 237 Documento 21. La COPAMOA y el 17 de octubre
- 238 Documento 22. Argentina: a 35 años del 17 de octubre de 1945
- 240 Documento 23. Libertad a Isabel Perón y a todos los presos políticos
- 241 Documento 24. Argentina: Viola es el continuismo militar
- 243 Documento 25. Carta de Deolindo Felipe Bittel
- 244 Documento 26. Solidaridad con las Madres de Plaza de Mayo
- 244 Documento 27. “1974 –General Perón– 1981”
- 246 Documento 28. Eva Perón 1952 –26 de julio– 1981
- 247 Documento 29. Argentina: a 9 años de la masacre de 16 militantes populares en Trelew, la lucha continúa
- 247 Documento 30. A las autoridades y al pueblo mexicano
- 248 Documento 31. Al Pueblo y Gobierno de México
- 250 Documento 32. Lista Uno (de la Comisión Argentina de Solidaridad–CAS) Definición. Programa de Objetivos y Trabajo (fragmentos)
- 253 Documento 33. Movimiento Independiente (Lista Dos) de la CAS. El país, el exilio, la CAS
- 255 Documento 34. Día Internacional de los Derechos Humanos: la dictadura terrorista de Argentina, al margen de la Comunidad Internacional

- 256 Documento 35. Homenaje a Héctor J. Cámpora
- 257 Documento 36. C.A.S. Comisión Argentina de Solidaridad. A los seis años de la dictadura militar
- 261 Documento 37. Ante la recuperación de las Malvinas como argentinos y peronistas
- 263 Documento 38. ¡Alto a la agresión imperialista de Inglaterra y Estados Unidos!
- 265 Documento 39. Discurso pronunciado por Juan Manuel Abal Medina, en el acto de homenaje a Eva Perón
- 267 Documento 40. Repudio a la masacre en El Líbano
- 267 Documento 41. ¡No a la intervención!
- 268 Documento 42. El caso argentino y la Asamblea de la OEA
- 269 Documento 43. Entrevista a Emilio Fermín Mignone
- 277 Documento 44. Renuncia al Partido Justicialista y al Movimiento Peronista

289 **Los autores por sí mismos**

- 289 Equipaje para el exilio (Jorge Luis Bernetti)
- 293 Memoria política personal (Mempo Giardinelli)

297 **Índice onomástico**

